

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XIX

BUENOS AIRES

1936

OBRAS COMPLETAS
DE
JOAQUIN V. GONZALEZ



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

*Bronce de Pedro Zonza Briano.
Buenos Aires, 1915.*

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XIX



BUENOS AIRES

1936

DONACION

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ley.

IMPRESA MERCATALI, ACOYTE 271. — BUENOS AIRES.

PATRIA

1900

*A todos los que en la República Argentina
se consagran a la enseñanza y educación
de la juventud, dedica este libro, que es
condensación metódica de una labor dispersa,*

EL AUTOR.

PARTE PRIMERA

CAPITULO I

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL

I

Cuando más nos alejamos de la juventud, en que nos place rendir tributo a los sentimientos exquisitos del alma, se nos hace más difícil confesar que un día nos invade el hielo de la duda, del escepticismo, de la sensualidad de la vida, por último, hasta el grado de hacernos temblar por el porvenir, y con cierto agudo remordimiento por haber olvidado enseñanzas adorables, que así nos seducen en la niñez como reaparecen en los últimos años, semejantes a esos reflejos de sol poniente que brotan entre nubes sombrías en el horizonte opuesto. ¡Oh, entonces, qué bella se transparenta la edad impecable, y qué radiantes y alegres nos llegan sus recuerdos!

Hace el hombre, cuando más culto se cree, algo como punto de honra el encallecer el corazón, ahogar las ternuras y desterrar los afectos más dulces que alientan y confortan en la lucha interminable. La cultura nueva trae una cubierta de dorado metal, reluciente pero impenetrable, que encierra y sofoca los más delicados atributos de nuestra naturaleza. El hogar trasmite con el calor materno y la santidad del culto doméstico, la virtud fundamental de todo hombre; y la escuela, convertida en hogar de la inteligencia, en regazo visible de la gran madre ideal que llamamos Patria, completa la obra del hogar para extender en más dilatados espacios el núcleo de la familia primitiva. La infancia, la hermosa edad de las más perfectas asimilaciones, y la juventud, la de los

sueños y anhelos más generosos, ¡cuántos tesoros se llevan al alejarse para siempre, y cómo se arrancan del corazón del hombre contemporáneo! Parece que se hallase decretado un absoluto divorcio entre las idealidades e inspiraciones del joven y las experiencias y realidades de la edad madura: son dos hombres, dos vidas, dos organizaciones distintas y dos destinos diversos.

Semejante transformación, no fácil de explicar, comunica a la sociedad sus efectos, y vemos a la sociedad convertirse de pronto en un frío, desconsolado y estoico hacinamiento de hombres que recorren su camino, labran su tierra, llenan su labor diaria, pero sin que surja de sus faenas un canto de entusiasmo, ni un grito de pasión por aquellos ideales que fueron alimento de las almas en años juveniles.

Una educación incoherente, un aprendizaje improvisado de costumbres exóticas y un descaminado concepto de la vida conjunta o nacional, realizan en un día la destrucción de lo que el hogar y la escuela crearon en labor amorosa y creyente. Se imagina que el bloque de mármol labrado sobre la colina, va a convertirse por sí solo en la obra de arte y animarse con el movimiento de la sangre; el niño ha de ser hombre cuando haya dejado la escuela, y ningún pulimento posterior será necesario para convertirlo en el ciudadano, en el obrero de una civilización, en el factor de un destino nacional.

Esta relación entre la escuela y el niño es la misma que existe entre la tierra y el hombre: la una engendra el vínculo del espíritu que lo sigue a través del tiempo y asiste a todos sus desarrollos y cambios, la otra crea ese fuerte lazo semejante al de la maternidad, que nos sujeta hasta la muerte, hasta que volvemos a depositar en sus entrañas la materia de que nos vestimos para la penosa peregrinación.

Patriotismo es ese amor, esa fuerza, esa ley natural ineludible que ata al hombre a la tierra en que nace, le convierte en un defensor airado y en un trabajador incesante para enriquecerla y hermosarla. Como amor es fuente de grandeza y sacrificios, como fuerza es agente de cultura y de dominio,

como ley es principio eterno que rige la formación y vida de las sociedades. Es anterior a toda doctrina, superior a toda convención e interés y más poderoso que las voluntades. Por eso es germen de perfección moral, móvil eterno de heroísmos individuales y colectivos, y la única inextinguible fuente de la verdadera gloria.

II

Si no hubiesen existido estas hondas vinculaciones entre el hombre y el suelo en América, robustecidas por otras causas históricas y aceleradas por una política contradictoria con toda condición social, hubiera tardado muchos siglos la Revolución, y se habría desarrollado con lentitud y sin los prodigiosos heroísmos que fueron su fuerza y su triunfo. Nada hay que adhiera más el corazón a la vida, como la conciencia de la propiedad, la noción del dominio magnificada por la esperanza de una soberana y exclusiva posesión. Ha sido ella la causa de los más célebres sacrificios en los tiempos, en los cuales se vieron pueblos entregados al hacha del conquistador extranjero, ciudades incendiadas, martirios de apóstoles y guerreros que iban a la muerte antes que ceder un palmo de la tierra bendita, consagrada por los huesos de sus mayores.

¿Cómo podría explicarse de otro modo que por una ley inherente a nuestra naturaleza, esta inspiración ingénita de todas las naciones, para estrecharse, armarse y correr a la pelea apenas ha sonado la hora del peligro? ¿Por qué la tendencia de conservar la vida, luchar por ella y rodearla de todos los encantos y atractivos posibles, desaparece ante el temor o la perspectiva de una extraña ofensa? No es, por tanto, el amor de la patria una cualidad adquirida, ni un conocimiento posterior, ni menos una convención. Las leyes educadoras y políticas que la desconociesen o la contrariasen llevarían en principio, para términos más o menos próximos, la disolución o la esclavitud, la decadencia y la ruina. Algu-

nos ejemplos de pueblos tan infortunados nos ofrece la historia: pueblos que tienen una patria ideal, sin una porción de tierra donde se pueda levantar un templo único para sus dioses y bendecir el cálido hogar de los afectos íntimos.

Hijos de una raza vigorosa, entusiasta y amante, nacidos en un suelo en que la belleza y la fuerza tienen un reino opulento, los americanos pudieron reemplazar con la pasión y los anhelos patrióticos los recursos bélicos que la ciencia, la fortuna o la pericia sólo procuran en el mundo. Y ninguna revolución puede decirse que llevara a sus combates tanta savia nativa, tanto ardimiento guerrero y tanta prematura experiencia para las grandes situaciones históricas. Pero no olvidemos que también usábamos de una herencia recogida a través de seculares opresiones y negros ostracismos, sufridos por nuestros progenitores, a quienes tocara vivir en la época del imperialismo naciente y del naufrago de todas las libertades.

Oleadas de hombres exaltados por las victorias y las conquistas de un siglo de oro para las armas españolas, entre los cuales vinieron personajes ilustres en las ciencias, la religión, las letras y las armas, fundaron en este suelo desbordante de riquezas las bases de una sociabilidad, lentamente modificada por las influencias étnicas y por las leyes de la propia evolución local. Las antiguas libertades, conservadas en secreto culto en el fondo de los corazones, retoñaron al calor fecundante de nuestros climas y al riego de los más caudalosos ríos del orbe.

Y luego, al expirar el siglo XVIII, puede contemplarse este interesante fenómeno histórico: la sociedad antigua, fundadora de ciudades y municipios dueños de regio abolengo y desbordantes de vida democrática, y a su lado, en crecimiento silencioso pero acelerado, la sociedad nativa, mezcla potente como la del bronce y el hierro, de la noble sangre española con la savia virginal de la tierra conquistada. Pronto, pues, el ramaje nuevo cubre con su follaje el tronco centenario: la América joven toma el puesto de la antigua, y este doloroso

cambio que hubo de realizarse con muchos sacrificios, no fué sino el cumplimiento de una ley eterna.

Pero la vida nueva no se desarrolla sin duras pruebas y amargas vicisitudes; y la nobleza de alma y de genio, el vigor y abundancia de la propia naturaleza y fortuna, el temple heredado de la hidalga nación a que debemos la existencia, fueron fuente de continuos dolores para el patriotismo argentino, que parece destinado a nutrir de su robustez y de su sangre a naciones hermanas, que si habían nacido en un solo hogar, pronto le fueron arrebatados tras de nuestros triunfos y como premio de nuestro esfuerzo. Nación que en su seno incubara la independencia, que la diera a luz en hora propicia para su rápido crecimiento, se hallaba condenada a los dolores del amor materno, a ver alejarse a sus hijos desviados por pendencias domésticas o sugerencias insanas; y todavía la joven soberana los bendice, los despide con lágrimas y vela por ellos en su trabajada existencia.

Nuestra patria, como a Roma comparaba el lírico inmortal, es "semejante a la vieja encina de los sombríos bosques de la Algida raleados por el hacha. Se acrecienta con sus pérdidas, se anima con sus heridas, y nuevo vigor arranca del hierro que la golpea". Hoy, después de haber dado la vida de su cuerpo a tres naciones, y vertido su sangre a torrentes para dar la libertad a otras tantas más lejanas, se encuentra aún con el mismo problema ante su conciencia y su corazón, y se pregunta: ¿Hasta cuándo es lícito el sacrificio; hasta cuándo es honorable la renuncia de su patrimonio; hasta cuándo la humana moral y la cristiana abnegación exigen de un pueblo las inmolaciones estériles, nunca compensadas ni fructificadas en favor de un ideal realizable?

Acaso conviene detenerse a meditar en este carácter de nuestra vieja política. Hemos exigido siempre a nuestros soldados el homenaje de la vida por la Patria, y ellos la cedieron y triunfaron; hemos vencido con las armas y comprobado la pujanza y vigor nativos de nuestra sociabilidad; nunca los colores nacionales han adornado el carro de ningún vence-

dor extranjero: jamás desmintieron los ejércitos la gloria con que San Martín, Belgrano, Alvear, Las Heras y tantos otros lo ungieron en innumerables batallas; y no obstante, nadie reconoció jamás el precio de sus victorias, ni reclamó la indemnización de sus sacrificios, como si fuesen el ejército y la Nación argentinos enviados del reino de los cielos para crear pueblos, formarlos, dotarlos de libertades y territorios, y esperar en la vida eterna la recompensa espiritual de sus hazañas.

Es necesario decirlo una vez, aunque nos cueste rubores y sufrimientos: parece existir en el fondo de nuestra vida, en el corazón y en las costumbres de nuestra juventud, en las conciencias de nuestros hombres de acción y de enseñanza, algo semejante al frío de la muerte de aquellos sentimientos primordiales sobre que se levantan las grandes nacionalidades, se fundan las civilizaciones más sólidas y durables, y existe y se fortalece esta religión terrena que la humanidad ha condensado en la palabra Patria.

III

Religión, sí, y no solamente una noción ni una teoría que pueden ser cambiadas a voluntad o a capricho de los innovadores cotidianos, porque sólo así se explicaría la virtud superior con que algunos hombres elegidos persisten durante toda la vida en la abnegación y sacrificio de su reposo, hacienda y sangre. Religión y no otra idea perecedera y mudable es el patriotismo, porque el siglo en que vivimos, presa y juguete de intereses, pasiones y cálculos nada románticos, no habría presenciado esos levantamientos y guerras en que las masas humanas, impulsadas por el amor y la conciencia de la patria, removieron estremecidas de asombro las seculares cenizas que hacen del suelo de la Grecia y de la Italia templos de sagrados cultos nacionales.

Belgrano no se habría resignado a los reveses y contradicciones de la lucha, que inicia como pensador y continúa co-

mo general, hasta caer rendido por sus intensas amarguras; San Martín no habría concebido su vasto plan militar, ni sus altos designios políticos no fáciles de comprender por la crítica vulgar, de recorrer la América y de abandonar después todo poder; y por último, sólo un espíritu hondamente penetrado de esos misticismos y dramas que viven y luchan en el fondo del alma humana, podría medir la inmensidad del dolor del héroe que se vuelve de la ribera patria para no volver a ella sino en cenizas traídas de tierra extraña. Y luego, ¿qué pasión, qué idea, qué creencia es esa que mantiene en el combate a aquellos argentinos que luchan durante cincuenta años con las pasiones, la barbarie y la tiranía, para fundar al fin tras de tanta sangre y dolor una nación para sus hijos, para todos los hombres, menos para ellos que apenas tienen la suerte de morir en la tierra donde nacieron?

No; no puede ser el patriotismo una noción adquirida, ni una convención universal, ni un principio científico que puedan cambiar los gobiernos y modificar los métodos, sino un atributo substancial de la humana naturaleza, una ley de su organización física, afectiva e intelectual, que nace, crece y muere con el hombre mismo. Por eso los pueblos que lo olvidan en sus escuelas o en su política, se encaminan al desorden, a la decadencia, a la cobardía: cualquier aventurero los hará su fácil presa, cualquier influencia extraña hallará en el terreno propicio, cualquier género de corrupción tendrá en él una víctima voluntaria.

Y estas observaciones que el recuerdo de los grandes días de la Patria nos sugiere, en libre y entrañable confianza con nuestros lectores argentinos, no son una vaga idealidad ni una metafísica inaccesible. Las exponemos para decir que las tristes lecciones de nuestra historia sobre los hechos en que el patriotismo interviene, deben hacernos cambiar de sistema, abandonar de un solo golpe viciosos, débiles o enfermizos miramientos y complacencias con nosotros mismos, y con los extraños, para reanimar y fortalecer la noción patriótica de todas nuestras enseñanzas y actos gubernativos y

sociales; para reabrir la continuidad perdida de la tarea de nuestros antepasados, guerreros y constituyentes; para cumplir, en fin, nuestro destino nacional, en una época en que sólo es posible contrarrestar los agentes de la ciencia y del arte, de la pericia y la astucia, con un acendrado y puro amor de la tierra y de sus glorias e instituciones, todo lo cual completa el concepto del patriotismo verdadero y eficiente.

Por sus progresos generales, sus inmensos territorios, su creciente prosperidad, la misión civilizadora de la República Argentina en esta América no debe tener superior; y para realizarla no han de ser bastantes los cañones, ni los buques ni los ferrocarriles, que antes serían formas de nuestro tributo, si el pueblo y su gobierno no restableciesen en toda su esplendidez y vigor, el santo fuego del antiguo amor de la Patria, de aquel que aparece en la plaza de Mayo en 1810, siembra una victoria en cada región del continente, y con el brazo de sus hijos o con su influencia, funda naciones libres en cada país donde llegan sus armas.

El cetro está inviolado, pero nadie lo empuña como dueño: se guarda en la necrópolis donde duermen nuestros héroes y nuestros próceres del pasado. La misión de sus descendientes, de los felices herederos de tanta fatiga y de tanta gloria, es hacer revivir la conciencia de la propia grandeza, y escuchando las espontáneas inspiraciones del patriotismo, nunca extinguido aunque extraviado, incorporarse de la muelle indiferencia que nos inmoviliza y nos consume; encender de nuevo en los hogares la lumbre de los antiguos dioses desterrados por la moderna idolatría; hablar sin rubor y a grandes voces de la Patria, injustamente desterrada de nuestras festividades, conversaciones y discursos, con riesgo de ahuyentarla también del corazón, y despreciando novísimas actitudes, consagrar nuestras horas a robustecer el cuerpo y refrescar el alma con los ejercicios que dan fuerza, y los recuerdos que vuelven la creencia y el perfume del ideal juvenil. Por último, hagamos que desde la escuela primaria hasta el colegio y los institutos profesionales y universitarios, la en-

señanza patriótica no sea abandonada; que siga corriendo por las venas del hombre la misma savia que le entusiasmara cuando niño, y le arrancara gritos de pasión y acciones heroicas cuando joven, para que nuestro respeto no sea insultado, ni nuestra tierra usurpada, ni nuestras libertades corrompidas, y por ver si por fin llega un día en que haya virtudes como aquella que hizo exclamar, radiantes de júbilo, a los Macabeos, en presencia de la hoguera que iba a devorarlos:

“Estamos dispuestos a morir, antes que traicionar las leyes de Dios y de la Patria”.

CAPITULO II

PATRIA, PATRIOTISMO

I

Una resurrección feliz favorece en esta época los estudios ideales, aun en los países más notables como innovadores o materialistas. Después de la fiebre literaria que agitara a la Francia de los últimos tiempos, llevándola a extremos imprevistos de positivismo e irreligión, parecería que una voz desconocida le hablase desde el seno del torbellino, y la llamase al recogimiento y a las sencillas y antiguas virtudes de la raza y la nacionalidad. No sólo sus literatos, artistas y filósofos más avanzados, sino sus hombres de ciencia y de gobierno, marchan hoy al frente del noble cortejo que se vuelva hacia los sagrados recuerdos que constituyen la gloria y el honor colectivos, hacia los sentimientos esenciales de la comunidad social, cual si acudiesen a los templos de dioses olvidados. Mientras por las calles ruedan en vértigo estruendoso las multitudes desenfrenadas o enceguecidas por sus placeres o sus vanidades, en las altas regiones del espíritu hay una labor incesante, apasionada, férvida, por forjar el alma nueva del pueblo, el acero vigoroso del carácter, la grandeza común del porvenir.

Se lucha, se trabaja, se sueña con agitación, con delirio, con ansia y esperanza de un bien superior aun invisible. El noble ejemplo de estos elegidos contagia a todos los hermanos de raza que, unos apenas libertados de la disolución y la anarquía como la Italia, otros arrastrando con heroismo inna-

to el peso secular de sus recuerdos gloriosos como España, se esfuerzan por restaurar, conservar y engrandecer el legado de sus mayores, el vínculo acaso debilitado de sus tradiciones más remotas, como si procurasen evocar desde el fondo de los siglos el alma nacional ausente.

Más felices las naciones alejadas del parentesco latino y de su ambiente tórrido, a pesar de sus profundas revoluciones y cambios y aun de las maravillas de la fuerza y la voluntad, se sienten libres de las continuas intermitencias de carácter y de pasión, y desde la infancia hasta la edad madura, la órbita de su crecimiento y cultura es una amplia y majestuosa curva de término inmensurable. Ni Alemania ni Inglaterra creyeron jamás apartarse de la familia universal, por dirigir todas sus potencias creadoras hacia la formación y crecimiento de la nacionalidad propia, de la unidad de su carácter, de su individualidad perfecta.

La fuerza, el respeto y el honor que el mundo les reconoce, ya sean producto de influencias combinadas de la naturaleza física y de la sangre, ya el resultado de una labor persistente y uniforme de las inteligencias de su misión civilizadora, se asientan sobre esas cualidades superiores nunca abandonadas ni contradichas, y que se manifiestan en una firme y progresiva continuidad del trabajo de todas las fuerzas y todos los espíritus. Así se constituye antes la personalidad individual de la nación, para ser hábil y capaz de influir en el resto del mundo.

Luego, no obstante la presumida y perezosa ignorancia de todos los tiempos, no es una locura, ni una tarea de mediocres ésta del cultivo de árboles centenarios, que tan tarde compensan las fatigas con sus frutos o su follaje; porque la formación de esos altos y eternos sentimientos, como el de patria, se asemeja a aquella empresa secular. Pero también tiene por objeto, no un deleite sensual y transitorio que halaga la existencia de un hombre o de una generación, sino fundar un ideal, un culto capaz de perpetuarse y de servir de foco inmortal de vida y de grandeza para todos los hombres

y las generaciones de una sociedad, de un estado, de una nación, y convertirse en el alma misma que circule a través de los siglos, como la savia del suelo alimenta y renueva sin término los bosques, a pesar de las devastaciones del rayo y del hacha.

La patria es la persona imperecedera para quien luchan y trabajan los hombres, las sociedades, los gobiernos, las naciones; ella es distinta de todos ellos, superior a todos ellos; es su alma invisible y generadora; sus errores y extravíos pueden alejarla, desvanecerla, combatirla, pero entonces no son de extrañar los desfallecimientos inesperados, las derrotas, los desencantos, las disoluciones y la muerte.

Grecia antigua pudo ser por sí sola un templo inmenso donde el arte se confundiese con la divinidad; pero diluído quizá en su cielo azul y embriagador el concepto individual y antiguo de patria, en vano llamara a las puertas de los santuarios y de los sepulcros y encendiera incienso en colosales trípodas de oro, o al pie de las deidades olímpicas más eternas en el mármol que en la creencia, para detener las olas bárbaras e impías del norte y del oriente y las águilas invencibles y crueles del ocaso. “La risa perpetua de las ondas marinas”, que antes reflejara la gloria y la alegría, resonaba ahora como la fúnebre y desgarradora algazara de la celeste orgía agonizante. Es que esa idea es unidad, es fuerza, es acción colectiva, es concepto individual, social, nacional, político, y lleva en sí la íntima relación de alma y de cuerpo, de territorio y de habitantes, de propiedad y soberanía, de voluntad y de renuncia, de abnegación suprema, de amor y de martirio: “la patria es la más poderosa abstracción que haya creado el lenguaje humano”, la síntesis más absoluta y verdadera de la vida.

II

Nosotros constituímos una vida nueva, llena de vigor nativo, de calor de alma, de impulsos geniales y arrebatos no-

bilísimos. Los tenemos también de nuestros antepasados; es nuestra herencia secular; es el fondo inmutable de la raza, donde vendrán a fundirse todas las influencias, fuerzas y elementos de las otras que se unen con ella en el tiempo y en la tierra que habita, bajo el cielo que la cubre. Como individualidad humana somos una nación antigua, dueña de altísimas y sagradas tradiciones que han modelado su espíritu; y así como otras más poderosas buscan hoy sus viejos orígenes para saturarse de antigüedad y reconstruir su destrozado abolengo, sólo necesitamos despojarnos del polvo de las luchas recientes, para contemplar el pasado y comprender lo que valen para la dicha y la grandeza de la patria los recuerdos, los vínculos de sangre, el tesoro de las glorias comunes, guardado con el religioso respeto de los amores supremos y transmitido por los anales de la familia secular.

Nuestra sociedad es antigua, de estirpe elevada y tendencias superiores; y esas cualidades, fortalecidas en el suelo virgen de América, hicieron que la vieja savia castellana diese al mundo una nueva revelación de sus virtudes, con el nacimiento de un pueblo que fuese como un retoño robusto del árbol centenario, destinado a perpetuar en su propia vida los caracteres fundamentales de su origen, embellecidos, transformados, glorificados con la juventud y la fuerza.

Constituimos, además, una nación y un estado, que vive sobre un país inmenso, dotado de riqueza y hermosura incomparables; y unidos, encaminados en un sendero común por instituciones también seculares, que tienen el bautismo de sangre y de genio de todas las revoluciones históricas, y la consagración del sacrificio por sus propios antepasados, realizamos en toda su amplitud y profundidad la idea de una patria propia, exclusiva, íntima y eterna. Porque no sólo se ligan en ellas la tierra y el hombre en unión perpetua e irrevocable, sino también las glorias y los sufrimientos, los trabajos y los goces, la sangre y el sudor de muchas generaciones, vertidos en luchas y por ideales propios de la nación joven, a veces contra enemigos extranjeros, a veces en disensio-

nes intestinas, siempre dolorosas y cruentas. De todas ellas el vigor nativo salió triunfante, la sangre derramada no ha sido estéril, aunque haya retardado el crecimiento y la cultura; sus frutos han sido la conquista definitiva de una personalidad externa, capaz y digna del más bello destino, y el establecimiento de un sistema de libertades, derechos y gobiernos, calculado para labrar la felicidad colectiva y conservar y engrandecer el legado patrimonial, el respeto y el honor de la nación en el presente y en el porvenir.

Si tenemos una patria con todos sus caracteres ideales y reales; si ella es una personalidad viviente e imperecedera; si es una gran solidaridad constituída por los sacrificios que se ha hecho y los que se está dispuesto a hacer todavía; si es una grande entidad materna, un superior concepto moral que precisa la vida y el destino de la sociedad, podemos ya exigir a todos los que la forman, la sostienen y representan, su parte de deber, de esfuerzo, de abnegación. Ella no es sólo un organismo vegetativo e inerte: se compone de cuerpo y de espíritu, de voluntades e impulsos que es necesario dirigir hacia un fin general, ascendente, progresivo, material e intelectual.

El patriotismo consiste en la mayor o menor suma del tributo voluntario puesto al servicio de todos, del bien común: de parte de los ciudadanos, por la concurrencia del trabajo material y moral, y de parte de los que gobiernan, por la lealtad, diligencia, amor y vigilancia en todas las cosas que a la patria interesan, del doble punto de vista de su cuerpo u organismo físico, en su territorio, y de su alma, o sean sus atributos de dignidad, cultura, honor, soberanía y engrandecimiento.

La defensa de los derechos patrimoniales de la nación, no es menos inherente al deber patriótico de gobernados y gobernantes: los primeros por la consagración de la vida a formar la fuerza material para la lucha necesaria, y los segundos para no descuidar un instante la causa nacional dentro o fuera del país, ante el tribunal permanente y universal de

la humana justicia. Aquel ídolo incásico puesto en la cima de la montaña con el brazo derecho armado, extendido hacia el océano, y el izquierdo vuelto hacia la tierra de sus hijos, parece un símbolo perfecto del deber patriótico en los que rigen pueblos y guardan territorios.

Pero la fuerza, asiento y base de toda patria, no se forma sólo por la aglomeración de las armas y de los soldados; no es sólo la unión de veteranos y novicios para constituir un ejército; no son sólo los tesoros acumulados para armar flotas numerosas: la fuerza invencible y eterna es la que resulta de la perenne labor de todos para perfeccionar, robustecer y ennoblecer la nación misma, en su cuerpo y en su alma, en su naturaleza física y moral, en sus atributos intelectuales y sensitivos, y presidida esta incesante y ordenada tarea por esa pasión suprema, por ese ideal sublime, — único capaz de reemplazar el religioso, porque se forma también de carne y espíritu como el hombre, — el sentimiento, pasión e ideal de patria.

Ella “representa el patriotismo intelectual y moral de las generaciones de una misma sociedad. La funda la comunidad de glorias, desastres y sacrificios: la unión de los corazones, de los sentimientos, hace lo demás. Ella se liga al territorio como la selva al suelo que la alimenta”. Unir los corazones, solidarizar los sentimientos, armonizar las inteligencias, ¿no es acaso una gran misión política, un ideal capaz de llenar una vida y fundar una gloria, dar origen a una pasión y a un sacerdocio?

He ahí un motivo digno de ocupar las horas del hombre de estado; ver si la educación argentina en sus grandes ciclos, no va extraviada de este derrotero salvador y supremo, y si en vez de elaborar el tipo nacional del porvenir, no se echan los cimientos de otro innominado, amorfo o heterogéneo que lleve en su sangre los gérmenes de la decadencia o la degeneración mental, o sea, la muerte de la nacionalidad. Y siguiendo en este análisis, podríamos precisar la *política pa-*

triótica por excelencia, la que inspira los actos en defensa, honor y gloria de la nación y en su respeto universal y permanente; llegaríamos a saber si nuestra patria ha definido ya para siempre y de modo inmutabe sus derechos de soberanía, y si no tiene problemas o deudas sagradas consigo misma que resolver ante su propia conciencia moral y jurídica, y de sus destinos y deberes en la civilización.

Grande, heroica y de tardías compensaciones es, por tanto, esta misión del patriotismo en el gobierno de las sociedades. Por eso requiere una base profunda de virtudes invencibles, que sean consubstanciales con el alma misma del pueblo, y las más resistentes son, sin duda, el valor, la renuncia de sí mismo, la honestidad y el amor, como constitutivas de una acción más perdurable y activa.

La patria es una región superior donde se confortan todos los corazones, se hermanan todos los ideales, se combinan todas las fuerzas, se funden y convierten en afectos benévolos todos los rencores que la lucha de la vida enciende entre los hijos de un mismo hogar nacional; “ella encarna lo más precioso que tenemos y debe sernos más querido, el pasado de nuestros abuelos, el porvenir de nuestros descendientes. Es el depositario de las tradiciones sagradas, de las esperanzas inviolables, de los recuerdos gloriosos, de los sentimientos íntimos de una raza: tiene la guardia y la responsabilidad de sus destinos, de su grandeza, de su independencia. Es lo que persiste a través de los tiempos, sobrevive a todas las individualidades; es lo que puede adherirnos y por lo cual podemos sacrificarnos”.

Tan alto y noble sentimiento, que tiene de humano y de divino, por las santas inspiraciones que despierta en las almas, puede ser baluarte de las libertades contra las tiranías, las corrupciones, los halagos engañosos de la fortuna, las desesperanzas mortales de la adversidad; y en esas épocas no desconocidas en la historia, en que desaparecen los atractivos e ilusiones que ligan a la vida y al trabajo, el amor de la pa-

tria puede ser un refugio, un baluarte, el foco de una reacción gloriosa y fecunda. Hablar siempre de ella, amarla, hacerla amar de los otros, ennoblecerla y hermosearla con el culto de nuestra inteligencia y de nuestros corazones, es honrar y perpetuar la memoria de los héroes que la fundaron y velan por ella desde la inmortalidad.

CAPITULO III

SÓBERANIA NACIONAL

I

Entre las múltiples reflexiones que sugiere la fecha imperecedera de Mayo, nos place detenernos en aquella que nos pone en comunicación con el espíritu cívico del pueblo autor de la Revolución y origen de la soberanía nacional, en cuya virtud se rige por sus propias leyes y ha fundado el imperio de la libertad en su territorio.

No son los grandes sacudimientos históricos aquellos que cambian el curso de los acontecimientos y alteran la faz de las civilizaciones en una porción determinada del mundo, los que acuden a las fuerzas organizadas, a los ejércitos regulares o permanentes, sino las que lo confunden todo en la aspiración común de la sociedad, tan propia y exclusiva del soldado como del paisano, porque es la del hijo de la tierra, ya empuña el sable o el arado.

Antes bien, cuando esta hora suena para las naciones, jóvenes o antiguas, en que el espíritu cívico, el espíritu público está en sazón y calienta con su entusiasmo y nutre con su savia a todo cuanto respira la misma atmósfera, las filas se disgregan de su régimen primitivo, las armas son arrojadas al suelo o arrebatadas en desorden, para correr a la muchedumbre agitada en aparente confusión, y en cuyo seno arde la llama fecunda que improvisa ejércitos desconocidos, engendra potencias nuevas, originales, irresistibles, y derriba las organizaciones veteranas.

Entonces hay ciudadanos, hay un pueblo, hay una patria distintos, separados, fatalmente autónomos, que han conquistado su soberanía propia y tienen derecho a reclamarla ante la ley natural. Y cuando la han adquirido, y han visto reconocer su personalidad en el mundo, y han dado existencia a un gobierno regular, comienza la labor interminable de la vida civilizada, el ejercicio de la soberanía, que es conjunta o externa, y es individual o interna.

La Revolución de Mayo fué una revolución del pueblo del Río de la Plata, de una nación ya formada y consciente, que obtuvo por su solo esfuerzo, la práctica, la posesión, el ejercicio de su *imperium*. Con las armas y con el sacrificio de la sangre triunfó en lucha tremenda contra una de las naciones más valerosas de la tierra, como que era de su propia carne y de sus propios huesos, y cuyo espíritu patriótico no tiene igual.

Así fué también la generación aquella. En ninguna revolución conocida mostróse más unida, más homogénea el alma de la nación en el anhelo de la libertad y soberanía externa e interna, que en esa contienda de inmortal recuerdo para esta América. Soldados, ejércitos, generales, dinero, recursos sinnúmero, apóstoles, oradores, escritores, poetas, buques y marinos surgían de la nada, como evocados por un conjuro omnipotente; y cuando se creían agotadas las fuentes, y la lucha languidecía, y la suerte de la guerra corría peligro, veíase brotar de ignorado origen la palabra salvadora, la acción decisiva, el hombre, el brazo, conductores de la victoria.

¡Milagros aparentes de la Providencia, — que por mucho tiempo fuera considerada como una ley histórica eficiente, — pero en realidad, prodigios de la virtud cívica y de la convicción patriótica, que busca con la abnegación de la vida y la consagración al bien de los demás, establecer en el suelo nativo el imperio de la voluntad colectiva, y dar a esa unidad de cuerpo y alma, o sea de territorio y población homogénea que llamamos una nación, la personalidad a que aspira en el concierto del mundo!

Y estos dos aspectos de la vida nacional argentina se han desarrollado juntos en su historia, unas veces en armonía íntima y estrecha, casi confundidos en uno solo, otras en aparente divergencia, como si no se concibiese la idea de patria al mismo tiempo que la de libertad. Nunca ha sido así, por cierto; porque si algo daba vigor inmenso a la contienda guerrera contra el poder real, era el sentimiento profundo de la protesta contra el régimen de opresión, de negativa de los derechos civiles y políticos, las diferencias de clases, los privilegios y exacciones, las exclusiones inicuas de los hombres por otros hombres naturalmente iguales, y contra esa ausencia de personería externa que caracteriza a las colonias y mina su existencia, consumiendo sus energías nativas.

Así, pues, fueron vanas y estériles las tentativas de suprimir la libertad de nuestro suelo, como la de cercenar la integridad territorial por la fuerza de las armas o la conquista, mientras la nación tuvo una voz para expresar su pensamiento y el voto de su alma. Si hubo tiranías devastadoras que obscurecieron por largo espacio el escenario recién abierto a las expansiones de la vida libre, ellas provinieron de causas sociológicas bien definidas, y pasaron arrastradas por el torrente de la misma savia que ahogaron con sus excesos.

En cambio, cuántas veces se dió la señal de la defensa común, en nombre de la ley de "cohesión nacional que constituye la patria, jamás faltaron ni la fuerza ni el heroísmo bastantes para vencer al adversario y salvar intachable el pabellón, que es símbolo de honor y de gloria. Si luego, después de la victoria, los consejos políticos fueron errados o magnánimos, al despojarse de los derechos inherentes al vencedor y ceder al contrario, como prenda de paz y humanidad, el tesoro que fuera causa de la querrela y las inmolaciones, cuestión es que atrae hondamente la inteligencia y el corazón, y aparece como extrema, como excesiva interpretación de la moral evangélica.

II

Cada vez que las dos fuertes virtudes de un pueblo, el civismo y el patriotismo, se han presentado en la acción en desacuerdo o divorcio, grandes e irreparables desastres han caído sobre los estados. Hay entre ellos, por tanto, una unidad indisoluble, un lazo real de armonía que acrecienta su poder en la acción, y que rotos o disueltos, se traducen en la enfermedad y la muerte. El ideal de toda educación y cultura nacional debe ser, por tanto, el que la conciencia cívica y la virtud patriótica se compenetren, se ayuden, se conforten una a otra, para que en los días de la prueba no falte el vigor que regenera en la desgracia, y en el caso contrario, no puedan la artera astucia o la falsa humanidad desbaratar las conquistas de la victoria, que sólo se consiguiera con sangre, vidas y haciendas.

Hemos dicho que la Revolución de Mayo fué obra del sentimiento popular, nacional y cívico, de esa profunda armonía que constituye una entidad soberana en la más vasta acepción de la idea: ella debe ser sin cesar manifestada a las generaciones jóvenes que harán la nación del porvenir, para que no sean inducidas en error por el interés de secta o de círculo, tan inclinado a mezclar o profanar a cada momento las más nobles cosas y los conceptos más puros; ni a caer en el extremo opuesto de confundir por causas y en ocasiones transitorias o parciales, lo que es frágil con lo imperecedero, la fracción o el partido con la nacionalidad, el interés o la vanidad de un hombre, con el destino o el orgullo y grandeza de la patria.

Nunca será bastante la enseñanza de estos principios a los que han de sostener mañana el legado de nuestros mayores. Esa faz de la historia de Mayo no ha sido estudiada todavía para extraer de ella la lección que entraña; y por respetos y homenajes explicables aún, no se ha ocupado el maestro de arrancar de nuestro pasado los ejemplos dolorosos de sus olvidos o transgresiones.

Aquéllos concibieron e hicieron para sus descendientes una patria común, que es una unión indisoluble de regiones, comarcas, porciones, provincias, o estados inseparables, en virtud de la sabia ley natural o social federativa; y si fueran interrogados los gobiernos de algunas épocas sobre la ejecución de ese mandato, no siempre pudieran, quizá, probar que lo habían cumplido. ¿Cuántas veces ha sido desgarrada, desmembrada la unidad territorial de 1810, de 1813, de 1816 y de 1824, y quién rendirá cuenta de esos actos en el tribunal de la posteridad?

Cuidemos con culto religioso ese tesoro de bienes materiales y de doctrinas salvadoras y eternas, cuya raíz está en la naturaleza humana. No leamos la historia por el único prestigio y el atractivo épico de las batallas y de los tumultos populares: éstos solos no constituyen la gloria, ni conducen a la dicha duradera, porque también hay combates heroicos, grandiosos, para aherrojar libertades y esclavizar y conquistar pueblos enteros. Leamos sus páginas para desentrañar de ellas los consejos de la sabiduría, de la moral y la verdad, que han de conducirnos por caminos rectos y seguros, porque no sólo contienen el alma de los grandes hombres que veneramos, sino la síntesis de una experiencia, la realización de leyes seculares que llegan a convertirse en leyes permanentes de la evolución universal.

Ellas nos dicen que toda nación que ha llegado a ser un organismo individual y perpetuo, se convierte en una patria; ésta es una personalidad conjunta y compleja, a la vez que una unidad indestructible; ella tiene, como el hombre individual, su ley moral suprema; y en el lenguaje práctico de las leyes y de las gentes, toda patria comprende dos sentidos claros y distintos: el que afecta a la integridad y decoro con relación a las demás naciones, y el que se refiere a su constitución, su sociabilidad, su libertad y su decoro internos.

Por eso, no es todo el amor de la patria la disposición de combatir y dar la vida por su independencia y dignidad exteriores; ni es todo el patriotismo la asidua e inteligente

consagración a la labor doméstica. La misión de una sabia enseñanza, de una cultura superior, sería la de realizar la armonía justa entre ambos extremos, no para excluirse, sino para constituir una sola substancia, una sola idea, un solo sentimiento.

Cuando esto se realiza en la sociedad, en la conciencia del pueblo, es cuando llega la era de las conquistas, de las glorias definitivas e indestructibles. La convicción y el hábito de la dignidad y el respeto íntimos constituyen por sí solos una fuerza incontrastable y eterna, para mantener contra toda amenaza, asechanza o insinuación, la integridad ideal de la soberanía externa, mientras que la sola capacidad exterior, nos lo enseñan ejemplos conocidos, no basta a cubrir o detener el mal de la disolución o de la inmoralidad internas.

Recordemos que nuestra Revolución de Mayo fué una fórmula perfecta de aquella noción de la patria; es la única absoluta y exacta, porque conserva la unidad originaria de la soberanía; porque identifica al ciudadano con ella misma en cuerpo y alma, y porque sólo así el amor de la patria es voluntad, virtud y poder.

CAPITULO IV

EL IDEAL DE LA PATRIA

I

Se han caracterizado las últimas décadas de la historia contemporánea, por un visible decaimiento de los ideales en diversos órdenes de la vida; en unos pueblos el materialismo literario ha ido muy lejos, hasta provocar por su propio exceso una reacción opuesta; en otros las preocupaciones y prejuicios antirreligiosos han tocado los extremos, y comienzan a mirar hacia atrás, como buscando de nuevo algún nuevo reflejo del sentimiento perdido; otros, por fin, han abandonado de tal modo sus ideales y cultos patrióticos, que diríase de ellos que marchan sin rumbo, sin propósitos, sin calor, sin luz directiva en este interminable camino de la existencia.

No son estos los más, sino, lo que es más raro, son las naciones más jóvenes e inexpertas, — y acaso la República Argentina deba contarse entre ellas, — las que se distinguen por este extraño enfriamiento de los que fueron los afectos dominantes de la raza, de la nacionalidad misma, desde los primeros días de su vida independiente. Poseídas del vértigo de las grandezas materiales, de la fiebre, también grandiosa, de la lucha por el progreso y la prosperidad económica, han dejado en ocasiones languidecer las llamas vivas de las nobles pasiones originarias e ingénitas, bajo las cenizas no removidas de los impulsos utilitarios dominantes.

Cierto es que, pasada la época heroica con las victorias finales de la independencia, invadió el alma nacional, bajo la forma engañosa de un anhelo de libertad civil y política, el odio de partido, de bandería, de facción, de guerra civil con sus horrores mil veces más atroces que los de la guerra extranjera; y esos terribles elementos de anarquía, de descomposición, de disolución social, dejaron acaso en el fondo del espíritu del pueblo argentino gérmenes vivientes, cuyo trabajo continúa y se inoculara en todas las manifestaciones de la vida común.

La extensión del territorio, la variedad de sus climas, la espontánea abundancia de sus fuentes productoras, la desigual y precipitada incorporación de inmigraciones heterogéneas, y la falta absoluta de una política continua, persistente, de elevado patriotismo y de orientación superior en el país, han hecho en no pocos períodos revelarse verdaderas aberraciones; han dejado tomar cuerpo independiente y magnitud incontrastable a ideas divergentes de nuestro destino nacional; han hecho posible algunas veces concebir la desmembración del rico legado histórico, y la creación de entidades separadas dentro del sagrado y vastísimo recinto, en que la naturaleza y la historia colocaron el alma de la "nueva y gloriosa nación" de Mayo.

Mas era un deber de las generaciones sucesoras de aquella que fundó la Nación Argentina, reunir, conservar y multiplicar, para los siglos venideros, la magnífica herencia, no sólo en cuanto se compone de bienes materiales, sino de los recuerdos, de las tradiciones, de los atributos y cualidades del carácter de los progenitores, todo lo cual constituye el alma inmortal, el numen inextinguible entre una y otra época, la vida, en fin, de la entidad imperecedera que llamamos la patria, y que tan hondos y poderosos sentimientos engendra y convierte en fuerzas para el sacrificio, para el trabajo, para el combate.

Siempre vivió latente en las entrañas de la tierra, en el fondo de la conciencia, en el organismo de la raza originaria

y nativa, la suprema virtud del patriotismo. Por eso cuando ha asomado una sombra de peligro, o el clarín ha convocado a la guerra, no faltaron ejércitos, ni héroes, ni grandes rasgos de superioridad; tampoco se ha dejado de avanzar camino en el sentido de formar una noción profunda de la unidad de la patria y la solidaridad de destinos de todas sus regiones, hasta aquellas que por su distancia, su despoblación o su estado salvaje, permanecieran como tierras muertas para la vida económica y social de la nación. La cultura intelectual, fruto de los esfuerzos propios y de las fatales influencias extrañas, se ha desarrollado también en grado considerable, y la riqueza económica, aunque desigual e intermitente, tiene aspectos bajo los cuales pudiera halagar cierta faz del orgullo nacional.

Entre tanto, una observación más extensa, más honda y más inmaterial de nuestra civilización en su conjunto, deja en el corazón una impresión de tristeza, de deficiencia, de vacío, en cuanto se busca en la política tradicional, en medio de tantas maravillas, el hilo conductor, la fuerza eficiente, la voluntad representativa y directiva de tantas nobles y creadoras fuerzas; al propio tiempo que para ser más vivo el contraste, contemplamos cada día la pequeñez de nuestra posición internacional, la rutinaria adhesión de nuestra política a teorías desacreditadas o a abstracciones vacías de sentido práctico, cual si procurásemos erigirnos en conductores de nuevas cruzadas evangélicas, en predicadores místicos, en medio del fragor de las armas, del aparato imponente de las escuadras, del tono insolente y amenazador oculto bajo la *fraternidad*, la *amistad*, la *comunidad*, la *solidaridad* de las naciones, y cuando cada paso de esas diplomacias, de esos ejércitos y armadas se traduce en una conquista pacífica de territorio, en una desmembración de los más débiles o inactivos y en una gloria más del imperialismo triunfante.

Lejos de nosotros la idea de desconocer, en cuanto tienen de verdad y de sanción real, la validez y la fuerza civilizadora de esos preceptos del derecho de gentes, sobre que se

asienta la gran asociación de los estados modernos; pero cualquiera que recorra con mirada despierta los últimos sucesos políticos de nuestro siglo, advertirá la tendencia incontenible de las grandes entidades nacionales a ampliar su esfera de acción, a ensanchar sus dominios territoriales y a afirmar su autoridad decisiva en las cuestiones que afectan el nuevo derecho internacional.

II

Y este es el eterno, el invariable, el nunca obscurecido ideal de todas las sociedades humanas, desde que una forma de existencia colectiva apareció sobre la tierra. Habrán prosperado, se habrían humanizado, habrán llegado a veces hasta el lirismo los medios o procedimientos de la conquista, pero jamás dejó de brillar sobre las naciones la tea de los ejércitos en marcha, la luz de los destinos de razas superiores, y el humo y polvo de las ruinas de los vencidos y avasallados. Y el afán incesante de los últimos fué el estudio de los propios defectos y aptitudes, para educarse, instruirse, fortalecerse, crecer en número y poderío, para imponerse a su vez y restablecer el equilibrio de sus destinos roto por su caída.

Hoy el mundo entero mira con admiración el enorme poder desplegado por la Gran Bretaña, y ya nada falta para que, restableciendo el lenguaje antiguo, se le apellide la señora del mundo, como a la Roma de César y de Augusto. Fruto de la misma raza y de las mismas tradiciones, su heredera americana se alza con el mismo vigor y energía desde esta región de la tierra, llenando de sorpresa a los viejos estados de Europa, los cuales, ante el llamamiento ansioso de la debilitada y nobilísima España en el trance quizá más doloroso de su historia, no creyeron conveniente dar la menor explicación de su silencio, que esta vez fué de muerte para la noble nación progenitora de tantas otras.

Bellos y grandes son, sin duda, los principios de la solidaridad, de la igualdad y de la independencia de los pueblos;

pero debe verse ya que ellos se asientan sobre el poder, la riqueza, la autoridad y el prestigio de cada uno, sin que sea indispensable que tales cosas dependan de los ejércitos y escuadras, pues bien pueden existir naciones físicamente pequeñas, cuya grandeza moral equivalga a esas fuerzas materiales.

Saber cómo llegaron esas potencias dominadoras a la conquista de su grandeza, debe ser el objetivo permanente de las demás; y en cuanto las experiencias extrañas son adaptables, es una conclusión evidente que deben aprovecharlas con el discernimiento y la discreción debidos. Y en cuanto al cultivo de los sentimientos de individualismo, patriotismo y cohesión nacional a la continua y vigilante custodia del santuario de las glorias, los recuerdos, el patrimonio comunes, en todos los órdenes materiales y morales, nadie podrá demostrar que no fueron la causa principal, la fuerza constante, el impulso continuo de la voluntad colectiva hacia el engrandecimiento de la patria.

Error funesto padecen los hombres públicos de nuestros días, que, tomando los efectos por las causas, lo accesorio por lo principal, creen que el utilitarismo excluyente es la gran verdad contemporánea. Ellos no han de ser, por cierto, los que vayan a medir la profundidad de los desastres incubados por semejante política para las gentes y pueblos del mañana, pues, por desgracia, éstos son resultados evolutivos, y un hombre, una generación, son apenas un átomo en la evolución del alma y la personalidad nacional.

Olvidan o ignoran que tales razas vencedoras tuvieron el gran secreto de su fuerza en virtudes fundamentales, que jamás se aprenden por añadidura, ni se adquieren por accesión, sino que, siendo legado común de tales hombres, supieron conservarlas, fortalecerlas, embellecerlas y convertirlas en un hábito y en una característica de las nacionalidades que llevan su sangre y su educación materna.

Inglaterra y Estados Unidos, — para no mencionar sino a la raza anglo sajona, — son hoy el modelo más imitado en

cuanto a instituciones políticas y educativas. Alemania, que lleva una gran porción de aquella sangre, fué siempre hogar de la ciencia, del arte y de la filosofía, y su historia en el siglo XIX es la más brillante armonía del ideal con la fuerza. Francia, la triunfadora de ayer, la vencida de más tarde, es hoy, bajo el peso ejemplar de su derrota, la más luminosa prueba de lo que vale la grandeza del alma aplicada a un propósito definitivo, y un guía certero de las naciones nuevas, que buscan el mejor camino para su engrandecimiento o su rehabilitación.

Italia, la nación heroica e inspirada que lleva por alma una armonía y por ideal una forma escultural, desgarrada durante siglos, reconstruída por la sola virtud de ese sentimiento maravilloso de la patria, entrégase hoy con pasión tan ardiente como la que sabe desplegar en las batallas, a las luchas de la ciencia, y en materia política, procura asimilarse los modelos de razas superiores, consagrados por la irrefutable prueba de los hechos. Sus universidades son talleres, sus prensas no se dan reposo, sus teatros deleitan al mundo y sus cátedras lo son también para los pueblos hermanos de la tierra.

Y bien, de un extremo a otro de la línea de las grandes naciones, que constituyen la civilización presente, sólo circula una savia, un soplo vital, una ráfaga de fuego, un fluído generador de voluntad, de movimiento, de labor, de unidad, de creación y de magnificencia, que al encarnar en cada una de esas entidades colectivas, toma un matiz propio, un sello personal y una potencia genial distinta; es un sentimiento, es el sentimiento originario de la vida, de la familia, de la unión de los hombres, de su adherencia a la tierra; es el amor innato e imperecedero de la madre, del hogar, del suelo nativo.

No, no hay necesidad de pregonarlo, ni ensordecerc con su nombre los oídos; pero sí de elaborarlo, de cuidarlo, de alimentarlo en el fondo de todos los corazones, hacerlo presente en todas las empresas de los hombres, en los propósitos de toda política, en el seno de toda institución, entre las pá-

ginas de todos los libros, en el surco del arado y del riel, en las entrañas de la tierra, de las selvas y de los ríos.

Cuando esto sea un propósito nacional definitivo, una modalidad de nuestro ser y una fuerza y móvil habituales de nuestra vida, podremos anunciar al mundo el cumplimiento de los anhelos de nuestros antepasados cuyos espíritus nos contemplan desde la inmortalidad, con toda la unción de los recuerdos que las gloriosas fechas evocan en el pasado. Entonces podremos reclamar con éxito nuestra parte de acción en los destinos comunes con los demás pueblos, y los principios convencionales y abstractos del derecho serán también para nosotros una verdad tangible, una sanción universal, un precepto ineludible de cuya defensa se encargarán por igual nuestros adversarios y nuestros amigos.

CAPITULO V

LA ESCUELA NACIONAL

I

Se ha levantado una punta del velo de un gran problema, — sería mejor decir, del gran problema, — el de la enseñanza dirigida al desarrollo de las ideas y sentimientos de la nacionalidad. Muchas veces enunciada en memorias oficiales y escritos de especialistas, la idea, no obstante, no ha sido llevada todavía al terreno de una franca realización. Al contrario, si hubiésemos de clasificar la naturaleza de nuestra enseñanza secundaria, advertiríamos que ella es más *humana* que *nacional*, propiamente dicha.

Según ella, el niño empezaría siendo *ciudadano del mundo*, unidad del gran todo universal, para convertirse después por propio raciocinio, en miembro de la comunidad social en cuyo seno ha nacido.

Así están distribuidos los conocimientos en los planes vigentes, desde la escuela primaria hasta la universidad. En el primer período, la naturaleza de la enseñanza es científica y general, tendiente a formar el carácter del hombre; el segundo, la ramificación enciclopédica es tal, que apenas si se concede al sentido o dirección nacional, más que la historia argentina y la instrucción cívica, con sólo dos horas por semana cada una, con la particularidad de que ninguna otra esfera de los estudios se vuelve a consagrar más tiempo y extensión al desenvolvimiento especial de esas materias.

En cuanto al idioma que llamamos nacional, — porque es el heredado de nuestros progenitores con la raza y la cultura, y forma el fondo del carácter y modalidad del pueblo argentino, pero que es y será siempre el hermoso idioma castellano, tan puro y vigoroso en sus raíces seculares, como rico en gérmenes de futuros y más lozanos desarrollos, — es otro de los elementos substanciales de esa enseñanza nacional, de que queremos ocuparnos y que, con la de historia y política, constituye la base triangular del problema.

Que existe entre el idioma y la raza un vínculo tan estrecho, hasta el punto de ser difícil separar ambos conceptos, y que es él la forma en que se exteriorizan y evolucionan el espíritu y el carácter del hombre, es indudable. Luego, cultivarlo con el fin de conocer su estructura y extender su influencia, es ocuparse de estudiar y desenvolver el propio espíritu de la nación que lo habla, como primitivo lenguaje, como don de su naturaleza y de sus orígenes tradicionales. Por medio de la enseñanza de la gramática y de las letras en que ésta ha crecido, se realiza este objeto de la educación nacional. Y su estudio no es menos necesario como medio de desarrollar la inteligencia en sí misma, en cuanto es una fuerza individual, porque “la precisión y la propiedad de los términos, — como habla Fouillée, — son en el comercio de las ideas, lo que la probidad en el comercio de las cosas: la perfecta sinceridad no puede existir sin un espíritu claro y un exacto lenguaje”.

¿Y cuál es su influencia en el sentido nacional? El mismo filósofo la enuncia en abstracto; diciendo que “en cada detalle de la estructura de una palabra, y hasta en las singularidades de esta ortografía que hoy se quisiera trastornar, en vez de limitarse a simplificarla, la gramática nos muestra los vestigios de ciertos modos de hablar, de pronunciar, de escribir, que fueron los de nuestros abuelos, así como en cada una de sus palabras nos evoca el recuerdo de un pasado venerable, y nos lo hace sagrado”.

A la unión entre el lenguaje y el alma de la nación, se

agrega la que la vincula con la historia, la tradición y los afectos domésticos conservados con la religión del hogar. Un idioma no se destruye ni se deroga, como una ley administrativa, porque hallándose compenetrado con la vida del pueblo, antes su fuerza y prestigio latentes podrían ser parte a transformar los elementos de la constitución social y política: es substancia del propio ser humano y nacional, indivisible e inseparable.

Puede difundirse en tanta extensión el estudio de los idiomas extraños, cuanto las necesidades, las conveniencias utilitarias o la moda exigieran; pero podría establecerse esta ley inquebrantable: que la fuerza colectiva, la estimación patriótica, el ideal común, disminuyen en razón directa del olvido o merma en la enseñanza o uso del idioma de la raza, de la tradición y de la historia del pueblo. Si esto es así, comprobado por la universal experiencia, ¿cómo no había de ser amenazadora y alarmante la conducta de un estado, que ni siquiera se preocupase de saber qué clase y suma de elementos sociales prescindan del idioma nacional, de la tierra a cuya población deben asimilarse, a cuya existencia y modalidad política deben incorporarse, y de cuya civilización vienen, por el nacimiento y el trabajo, a ser nuevas fuerzas y factores?

Hablamos aquí, como se verá, sólo de los nacidos en el país; porque respecto de los extranjeros flotantes o fijos, suscítase siempre el argumento de la libertad acordada por la Constitución para enseñar y aprender. Pero ni en sentido alguno puede desconocerse el derecho de la nación para sujetar esas franquicias a los reglamentos y limitaciones que el orden público y los altos intereses nacionales exijan. Cuando la ley suprema del país establece que ninguna libertad, derecho o garantía acordados, queda fuera del poder de las leyes que reglamenten su ejercicio; cuando ha atribuído al Congreso el poder de promover el progreso de la ilustración nacional por medio de planes generales de enseñanza; cuando toda la fábrica constitucional está combinada

para fundir en el inmenso molde de la nacionalidad argentina "a todos los hombres del mundo" que vengan a habitar en su suelo, ha señalado una política perdurable, eterna, profunda y sabia, que fuese norma invariable del legislador, del estadista y del maestro. Pero ha fundado también un poder de intervención del estado, en nombre de la nación, en todas las clases y categorías de la enseñanza, ya se ejerza como una obligación del estado o con su ayuda, ya en uso de su derecho expreso, concedido a ciudadanos y extranjeros, para enseñar y aprender, y de estos últimos, para venir al país, libres de todo gravamen fiscal, a enseñar las ciencias y las artes.

II

Orden público es todo lo que afecta a la existencia y cohesión de los vínculos sociales, a la paz y tranquilidad de la vida colectiva, a las relaciones de mando, obediencia y ejercicio de libertades entre gobierno y gobernados; y en sentido expreso, todo lo que afecta a los fines especiales y concretos de la Carta fundamental: consolidar la unión nacional, afianzar la justicia, proveer al bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para el presente y el futuro, esto es, todos los fines naturales y coexistentes de toda sociedad organizada. Negar la facultad del estado para intervenir en el ejercicio de la enseñanza particular, es desconocer uno de sus objetos iniciales, y uno de los sentidos más importantes de las limitaciones establecidas en favor del poder legislativo, como parte de sus facultades educadoras o tutelares de la cultura nacional.

Y aquí no hacemos referencia a ciertos objetivos de la alta política, en determinadas épocas de la historia, que imponen normas especiales o direcciones fijas a los sistemas de enseñanza. Sobre esto iríamos más allá del objeto de estas páginas, y nos expondríamos a que inteligencias no versadas en los sistemas y en los comentarios sobre enseñanza pública,

no diesen a nuestras palabras un sentido preciso y limitado. Pero debemos decir que la enseñanza del idioma patrio, que tan profundas raíces tiene en la historia política e intelectual del género humano, así como en la ciencia, generadora de todos los progresos de la cultura, y para nosotros, el prestigio de nuestras glorias y la savia riquísima de una tierra que todo lo vigoriza y renueva, es problema de trascendencia vital, como punto de partida de toda evolución, y como propósito ulterior y remoto de los destinos nacionales.

Hay más todavía. La enseñanza de la lengua materna, cada día más robusta y rica en estos nuevos mundos, como deber de toda persona que funda un instituto docente, no implica una negación del derecho de enseñar y aprender otras extrañas, que pertenecen al extranjero, maestro o director de una escuela; pero la prescindencia por parte de éstos, de enseñar a sus hijos y discípulos el idioma de la nación de cuya sociabilidad forman parte, cuyos beneficios aprovechan, importa un olvido de una alta ley de moral social y de deber político.

Recordemos que la primera enseñanza forma y modela el alma de la nación, que la segunda la habilita para encauzarse y dirigirse a un fin particular, y la superior la desliga y la liberta de toda dependencia de método, para lanzarla a recorrer con su sola fuerza y su propio impulso los espacios ilimitados de las ciencias y las artes. Luego es allí, en el primer ciclo de la enseñanza, donde deben sembrarse las semillas que se desee ver fructificar y echar frondoso y corpulento ramaje en la edad madura, que determina la del imperio, la libertad y la fuerza de la nación misma; es allí donde la mirada vigilante del Estado debe cuidar que no vayan mezclados con los rudimentos de las ciencias, tendientes a desarrollar las facultades intelectuales y sensitivas del niño, gérmenes corruptores, desordenados o anárquicos, según un célebre jurisconsulto, o de tal modo extraños a la índole de la nación o del pueblo, que se conviertan en el porvenir en causas de disolución, de debilidad moral o cívica.

ca, y engendren el exclusivo *humanitarismo*, contrario, por tanto, a todo concepto de *individualidad* nacional.

Una teoría que consiste en considerar como punto de partida para todo estudio del hombre y de las leyes físicas y morales que lo gobiernan, —y por extensión, que hace del propio país, como individuo de la comunidad internacional, el punto de partida de todo estudio de las leyes humanas o universales—, tiene una honda base en la naturaleza de las cosas, y los sistemas que la han aplicado han sido coronados por el éxito. Los desastres de 1806 enseñaron a Alemania a encauzar su educación nacional por rumbos más especiales, y duró sesenta y cuatro años el aprendizaje; Francia, después de vagar por cerca de un siglo entre las incertidumbres y las teorías, sin acertar con un tipo de gobierno tan perfecto en la forma como la delicadeza del ideal, ha comprendido en 1870, gracias al heroico y sano patriotismo de sus mejores hombres de letras y de estado, que debía buscar también como su antagonista, el camino recto del individualismo nacional, como más seguro para alcanzar los fines humanos de toda comunidad política.

Fruto luminoso de los nuevos rumbos, de las sabias aunque dolorosas experiencias, del valor con que sus pensadores han proclamado la verdad de las causas del gran desastre, son los libros sobre la ciencia de educar y de gobernar, con que aquella insigne maestra de las naciones nos ayuda hoy como siempre a desenvolvernos, a todos los hombres de la tierra. Renán, Didón, Boutmy, Simón, Duruy y otros, han escrito y proclamado con alta abnegación el mal real y sus remedios; y tiene hoy maestros ilustres que hacen de los intereses supremos de su patria el supremo interés humano, y como centro y eje de los acontecimientos históricos la historia nacional de Francia, no sin que los espíritus más teóricos y técnicos, o más apegados a lo bello absoluto que a lo útil y positivo, observen que las teorías nacionales de Lavissee se parezcan a la de sembrar vientos para cosechar tempestades.

Malos y peligrosos son, sin duda, los extremos; y como la nación, según un filósofo moderno, es un intermediario entre el individuo y la humanidad, corresponde a la educación hacer del hombre un ser libre y fuerte, para constituir una nación dotada de la suma de idénticos atributos, como miembro, a su vez, de la universal familia.

Pero ya que se han desvanecido en la atmósfera de nuestro siglo las utopías humanitarias, para ceder el puesto a la concepción real y positiva de los humanos destinos, y que la vida de hombres y pueblos tiene tanto de lucha como de mutuo apoyo, convengamos en que el sistema mejor será el que ralice la personalidad individual como base de la colectiva de la nación, y el cumplimiento en el tiempo de los destinos históricos y de los ideales comunes.

América es el teatro de las dos tendencias opuestas: la individual o nacional en la región sajona, como resultado de raza y de tradición, y la altruísta o humana en la región latina, como herencia en parte, y como influencia, lo demás, de la cultura francesa iniciada en los albores de nuestra existencia independiente. Pero causas combinadas de territorio y de tradición, han hecho que la República de Chile rompa con los caracteres de la familia española y sudamericana, y busque por la exaltación de su yo, de los sentimientos y nociones que robustecen el individualismo nacional, la expansión social y territorial que su historia y su derecho le negaron, limitándola entre sus cordilleras y sus mares. Y agreguemos también, en justicia, que tan asombrosos resultados de ese punto de vista, se deben a haber sido antes que otros países hermanos, el asiento de una profusa y persistente enseñanza, que si en sus comienzos fué humanitaria y altruísta, pronto convirtióse en principal factor de la propia y exclusiva magnificación.

Chile es la única nación de origen español que ha roto los moldes de la tradición de familia, hasta el punto de reformar, para su uso exclusivo, algunos caracteres esenciales del idioma común, en cuya ciencia ha dado mues-

tras que la misma vestal española tiene en alto respeto y estima; aquélla es la nación sudamericana que más se haya apartado de la imitación política del norte, hasta crear un gobierno con toques originales y repudiaciones altivas de viejas y consagradas fórmulas; aquélla es la sola nación de nuestro continente que haya alterado en los escritos y en las escuelas la geografía física y astronómica y las verdades de la historia y de la ciencia, para realizar en el terreno la expansión de su soberanía ideal, y para convertirse ella misma en el sol, centro y eje del sistema político del continente.

III

No; no vayamos nosotros a semejantes excesos, que son espadas de dos filos; pero observemos nuestro pasado, nuestro carácter y nuestras tendencias, y convendremos en que somos los representantes de la utopía contraria, mucho más perniciosa que aquélla, por cuanto tiende a destruir toda idea de personalidad, que se forma de estos dos conceptos perfectamente claros, precisos y reales: soberanía y territorio. Estos dos atributos reunidos que constituyen la patria, han andado siempre a mal traer en nuestros revueltos anales políticos. Abierta nuestra alma a todas las influencias exteriores de raza, ideas, religiones y gustos, las hemos absorbido sin medida, y a todas les hemos cedido una porción de nuestra carne y de nuestra sangre; pero al diluirse con ella, han alejado el momento de esa condensación final, que es individualismo, unidad, independencia.

Desde 1810 las ideas contrarias a las que fluían de nuestra naturaleza y de nuestro medio, y hacia cuya fórmula tendían los elementos nacionales, han pugnado por invadir el cauce de las instituciones escritas; y si no han conseguido esto, han logrado, en cambio, ocupar espacio bastante para desequilibrar los organismos social y político; y las revoluciones de cerca de un siglo son los frutos periódicos de

este forzado connubio entre esos factores antagónicos. Las magníficas cualidades de la raza, fortalecidas en esta tierra al aire de la libertad, han hecho del nuestro un ejército invencible en los combates; pero sea por obra de aquel mismo divorcio de elementos, sea por defectos de educación, el caso es que siempre nos fueron adversos los resultados de sus victorias.

Analícemos con sangre fría y con estoica resignación los orígenes de nuestros brillantes desastres. Cubramos con un velo, por todo el tiempo necesario, las aras de nuestra vanidad, donde se yerguen divinidades engañosas, recorramos con mirada de sabios arquitectos los cimientos de esta fábrica que aun no tiene un siglo, y renovemos, si es forzoso, lo que haya en su fondo de carcomido o falso, para poner en su lugar granito eterno, y sobre él columnas indestructibles.

En el alma de la infancia están los fundamentos de la gran política del porvenir, de la reforma cierta y única; en los métodos de enseñanza, en las materias preferentes, en las direcciones o rumbos especiales dentro de los fines humanos de la nacionalidad; en la tendencia a las líneas simples y puras, y a la gran unidad y fusión del alma argentina con las otras razas, dentro del viejo molde originario, para que la transformen y embellezcan; en la formación del concepto sano, positivo y justo de la soberanía y del propio valor, están los procedimientos para llegar a la solución de nuestro gran problema nacional; y si hemos seguido el desarrollo de estas ideas a propósito de la cuestión del idioma nacional, es porque éste entraña una de esas tres bases.

El idioma es el vínculo más fuerte que nos liga con la tradición de nuestros mayores; es el hilo secular que arranca del viejo tronco de la noble antigüedad, para transmitirnos aquella savia que tantos prodigios realizara en los tiempos. No pretendemos quebrantar leyes escritas por la dolorosa experiencia de las naciones, atraídas por el brillo seductor de los incendios que el espíritu revolucionario ati-

zara, porque “los pueblos que han roto con su pasado —dice el ilustre fundador de la Escuela Libre de Ciencias Positivas— se arrojan necesariamente en el racionalismo, y le piden la autoridad que no pueden obtener del prestigio de la historia”.

CAPÍTULO VI

UNA CONVERSACION FAMILIAR

I

Si estuviésemos en los dichosos tiempos de Adison o de Larra, o sea del famoso *Spectator* y del no menos célebre *Pobrecito Hablador*, ya empuñaría yo el látigo de la sátira y arremetería contra las costumbres nuestras, que nos impiden dar rienda suelta a los entusiasmos espontáneos y sinceros en los días grandes, cuando todos los pueblos de la tierra se alegran y dan rienda suelta a sus nobles expansiones, al entregarse a los juegos más infantiles y prescindir por completo de toda tiesura y etiqueta. Porque las fechas en que la patria ha nacido, y la nuestra, en verdad, ha nacido dos veces, son de tanta significación, que sin ellas no tendríamos nada de lo que tenemos, ni seríamos lo que somos, y ¿qué tiene que le demos, entonces, toda nuestra personalidad, y nuestra alma y nuestro cuerpo, si de ella son y en vano hemos de mezquinárselos?

Pero el demonio del espíritu humano tiene a veces misterios insolubles, como éste, verbigracia: que sintiéndose cada uno tan amante de su patria como el que más, parece un ser sin alma, un descastado, en uniéndose con otros y formando pueblo, o agrupación, o vecindario. ¿Es que la colectividad obedece a leyes distintas que la unidad, o las mismas leyes del individuo se agrandan, se modifican, se transforman al aplicarse a la multiplicidad?

Lo primero que hacemos los escritores noveles al empezar a sentir el sabor de las frases conmovedoras o vibrantes, es comparar la religión con el patriotismo; y es una verdad innegable que esas dos ideas se aparecen juntas en el espíritu en cuanto éste empieza a volar con sus propias alas. Y siendo así, digo, ¿por qué las solemnidades y fiestas públicas que la patria exige no son del mismo carácter que las religiosas? ¿Por qué los pueblos más humildes de la tierra, los villorrios y aldeas de otros países, se apresuran a echar a vuelo sus campanas, vestir sus casas y sus árboles con telas deslumbrantes, y armar luego en compañía de vecinos el baile y la verbena, y no sucede lo mismo cuando llegan los días de la patria, en que mayores motivos habría que les moviesen al placer y a la expansión?

Ambas entidades morales —Dios y la patria—, tienen una realización visible: la religión tiene una iglesia; la patria tiene un gobierno; luego, procediendo de lo interior a lo exterior, de lo subjetivo a lo objetivo, encontramos a las dos representadas por hombres y sujetas a acciones voluntarias e impulsivas; unas y otras sujetas a error y a múltiples causas de error. El error trae lesión a la integridad humana, la lesión trae agravio, el agravio trae represalia, la represalia engendra odio y el odio es la lucha. Y ya estamos aquí en frente de la más tremenda paradoja: la religión y la patria, siendo originariamente ideas de amor, se convierten en generadoras de guerra.

Pero la una no ejerce poder material y no subleva sino los espíritus por razón de doctrina; en cambio, la segunda maneja fuerza física, y su mandato, que es menoscabo de nuestra libertad, viene apoyado por un instrumento de irresistible fuerza, que puede herirnos el cuerpo como la otra nos hiere el alma. La iglesia no dispone de nuestra libertad corporal, ni de nuestra subsistencia, ni de nuestra felicidad terrena; el gobierno tiene en su mano estas cosas, y para existir él, tiene que quitarnos la parte o el todo de esos dones cuando le son necesarios.

Luego, la idea misma de patria encierra los gérmenes del mal. Pero la tierra que habitamos tiene también todos los gérmenes de la muerte; nacemos con ellos, y al morir los difundimos otra vez en el vasto seno de la madre universal. No echemos a la patria, por lo tanto, la culpa de las desgracias que sufrimos, ni a la tierra la de las enfermedades que nos llevan a descansar para siempre en su regazo. Los filósofos de cierta escuela, no sabiendo, sin duda, a quién cargar con los pecados del mundo, se los imputan a la libertad. No andamos lejos de esa doctrina, porque la libertad tiene mucho que ver en el asunto, pero no como agente, sino como objeto; no como causa imperativa, sino como anhelo supremo, como *fin final*, según diría otra escuela filosófica. Y ya que nos permitimos este razonamiento, quisiéramos que no se nos convirtiese en un silogismo sin salida, como aquel en que Bossuet hacía figurar un gato... Si la libertad es el ambiente moral del hombre y su objetivo final; si con ella solamente se puede ser feliz, y sólo siendo feliz se conciben las manifestaciones del placer, es claro, hay que averiguar si la libertad... O volviendo al gato de Bossuet, hay que averiguar si la leche es dulce, y si el color blanco es parte esencial del sabor, y si la cal, por ser blanca como la leche es dulce también. Es decir, acaso hubiera necesidad de comprobar si la libertad es libre.

II

He sabido de muchos pueblos felices, y sé que en mi país hubo tiempos en que el sentimiento de la patria producía en las gentes emociones profundas o suaves. Pero aquellos pueblos no están cerca, ni aquellos tiempos tampoco; los unos se ahogaron en su civilización y los otros se perdieron en la historia, dejando su dulcísimo recuerdo del cual se deduce que las prosperidades materiales no bastan para hacer felices a los pueblos, ni que la civilización es causa de buenaventura, si no van con ella otros elementos

primordiales. Muchas veces un pueblo que ignora más, es menos desdichado; y otros menos cultos y habituados a los goces de la vida son más felices, porque aquéllos son más fuertes del cuerpo, y éstos son más sanos del alma; y si la historia es una enseñanza, hay que decir también que no bastan la sabiduría y los grandes y maravillosos progresos de la industria, si no llevan consigo estas dos cosas fundamentales: salud moral y física, y carácter, o sea fuerza moral y fuerza material reunidas. Con la primera sabe amar su libertad, y con el segundo sabe imponerla o conquistarla.

Un viejo y honorable maestro decía hace pocos años en una conferencia histórica cosas bellísimas; y una de ellas era que el carácter de nuestros padres, los españoles, se distinguía por la más ingénita honradez, y la otra, que creía en la salud, en el saber y en la moralidad como fundamentos de grandeza verdadera (1).

Los pueblos honrados son fuertes, los sabios y morales son honrados; pero lo confieso, me gustaría que esa sabiduría se pareciese a la antigua sabiduría del pueblo griego, sin dejar de ser contemporánea. Todas estas condiciones que el venerable historiador enumeraba, son las que dan a los pueblos otra de sus cualidades esenciales, el carácter nacional, igualmente repartido en todo el territorio; y con ellas seríamos, por último, de un cabo al otro de nuestra inmensa tierra, argentinos y nada más que argentinos; viviríamos felices al sentirnos definidos, puestos en limpio, y como tales, bien conocidos y amados por todo el haz del planeta, porque al recibir en nuestro suelo, como hasta ahora, las oleadas de otros pueblos, los fundiríamos en nuestra masa, les transvasaríamos nuestra sangre, y en breve serían carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos.

Y lo mejor de todo es que los autores de la Revolución de 1810 han pensado y han sabido muy bien todo esto; y

(1) DR. VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Conferencia oral en el Instituto Libre de Enseñanza Secundaria*, el 24 de mayo de 1893.

cuando se decidieron a romper la secular cadena que nos amarraba a las costas ibéricas, se imaginaban que sus descendientes continuarían, definirían e impulsarían la obra por ellos comenzada. Ahora bien, el saber si lo hemos conseguido, si hemos hecho o no lo que ellos pensaron, es cuestión muy distinta y cuyo desarrollo nos tomaría largo espacio.

¡Oh tiempos aquellos que yo me imagino! Cuando lleguen, y durante esos años amanezca el día de Mayo, no ha de haber un solo habitante de la República que no se levante de un salto, y enarbole la bandera celeste y blanca en el tope de su casa; que no revista de flores y de tules sus balcones; que no gaste sus ahorros o su opulencia en doblar la mesa y en buscar más alegría para su hogar; que no se convierta en niño para bailar y vivarar y reír a sus anchas; los aires han de estar poblados de cantos, de músicas, de descargas, de estruendosas aclamaciones; las calles han de ser ríos de gentes felices y las plazas mares donde se difundan como las avenidas de la cordillera en nuestro Río de la Plata; los templos han de retumbar todo el día con el estrépito de sus órganos desbordados en salmos por sus millares de tubos convertidos en trompas de fama y de gloria; y lo mejor de todo, sí, lo mejor será cuando nuestros veteranos, los bravos batallones de la patria, que entonces no nos inspirarán miedo, ni zozobras, marchen por nuestras repletas arterias urbanas al compás enardecedor de sus marchas guerreras, y veamos precipitarse a su encuentro los niños, las mujeres, los ancianos, llevando las faldas y las manos llenas de flores para arrojárselas al paso, para rodear sus cuellos tostados por los soles y adornar con rosas y violetas las armas tradicionales de la victoria.

Hasta entonces, y mientras cada uno en su labor cotidiana, prepara la obra del porvenir, ora entre rayos de luz, ora entre sombras, me prosterno ante la imagen incorpórea de mi patria, y ya que no me es dado aturdir el espacio con un grito de júbilo, inclino mi cabeza descubierta y dejo una lágrima humilde sobre las gradas de su pedestal.

III

Suelen venir ráfagas de indiferencia, a veces culpable, por las cosas de la patria; pero también de súbito inundan las oleadas de reacción, violentas, devastadoras y, como ya debe suponerse, fugitivas. Duran menos que los lirios, porque nacen y mueren de un impulso de vanidad.

Precisamente los mismos que en los momentos de positiva preocupación del patriotismo acostumbran reír y hacer blanco de sus gracias a los que de buena fe, aunque sin asombroso talento, hablan de la patria y de sus grandezas reales o fantaseadas por un ardiente amor, son los que se entregan con más exceso a la corriente, cuando pasa por el mundo de la moda ahogándolo, obligándolo a defenderse de ella; aparecen entonces en multitud las *iniciativas*, las ansias de honrar a todos los héroes y sucesos, erigiendo monumentos, bautizando calles y plazas, celebrando reuniones, y por último, publicando listas de nombres distinguidos de personas que *iniciaron* la grande obra.

Ya se sabe quienes fueron los autores. Allí, en esos corazones arde la llama del patriotismo santo. Bien lo demostraron y bien lo sabe la República. No importa que el proyecto de estatua, de monumento, de avenida, o lo que hubiese sido, quede sepultado al día siguiente entre el infinito mundo de cosas que se olvidan con el sol que pasó; no importa que los manes sagrados de nuestros mayores sufran en la otra vida el doloroso desengaño de vernos retroceder tan pronto, porque, al fin, los vivos vivimos y los muertos... nunca será tarde para hacerles justicia.

Ocurre algo más aún: que todos sabemos mejor los nombres y los hechos de antiguas o extrañas historias que los nuestros propios. ¿Y para qué hemos de necesitar saberlos? Cuando más, tal conocimiento sería una fuente de compromisos y molestias en los aniversarios, pues que hemos de llenar las fórmulas, y a alguien tenemos que explicar la razón de izar la bandera en los edificios públicos,

y entrar en detalles odiosos o aburridos! En todo caso ya se encargarán los diarios y papeles públicos, o uno que otro historiógrafo, de averiguarlo e insertarlo a guisa de novedad; y cuando se trate de algo más serio, ahí tenemos a Mitre y a López, para ir a preguntárselo en los casos difíciles; aunque, para mayor conformidad, debemos decretar la inmortalidad física de los dos ilustres autores de nuestra historia, y una permanente disponibilidad de los demás para tener siempre a manera de boletín meteorológico, todas las mañanas, el boletín histórico del día.

No solamente eso, por cierto; tales personas, que han cometido el error o pecado original de consagrarse a la historia de la patria, tienen la obligación de aconsejarnos también cómo y en qué medida hemos de entusiasrnos por los pasados y heroicos sucesos; porque la cultura de que gozamos y los modales y actitudes colectivas que hemos adoptado para el uso de nuestra buena educación, consisten precisamente en no hacer nada que provenga del propio impulso y sentimiento, siquiera sean patrióticos, sino ajustarnos a indicaciones traducidas de algún idioma europeo, y a figurines más o menos imperativos.

Por eso nuestras fiestas patrias tienen algo de los salones de gente advenediza, donde todo es estiramiento y rigidez, y donde nadie se atreve a reír, de miedo de ofender el buen tono y de arrugar demasiado la polvorosa piel; por eso aquí los argentinos, los hijos del país, parecemos extranjeros peligrosos o desterrados, porque tenemos miedo de alegrarnos de veras, cual si por ello hubiésemos de lastimar los sentimientos de este suelo, para nosotros hospitalario; por eso no faltan hombres de otros países, residentes en el nuestro, que nos miran con cierta sonrisa de protección, como sintiéndose más dueños que nosotros, porque lo son de su individualidad y de sus gustos, y también de probarnos que son más argentinos que los mismos que aquí hemos visto la luz.

Más entusiasmo, más bullicio, más aspecto de fiesta

suele notarse en los aniversarios de la Bastilla y de la ocupación de Roma, que en los de nuestras fechas memorables, oficialmente declaradas fiestas públicas, por más que plazas y calles se cubran de batallones y caballerías, y electricen el espacio las trompas con sus dianas evocadoras y las bandas con sus marchas solemnes; y por más que el gentío obstruya las veredas y se amontone en las azoteas y flameen unas cuantas banderas en los coronamientos de las casas: lo primero, porque el gobierno hace su deber desplegando desfiles del ejército que ha conquistado y conservado nuestras glorias, y la gente novedosa y amiga de entorchados y de estrépito militar, se apiña a gozar del espectáculo; lo segundo, porque los sublimes ecos y armonías de los clarines inundando el azul del firmamento, buscan los espíritus de los héroes del pasado, o profetizan epopeyas del porvenir, mas no logran conmover los corazones de esa multitud que no siente sus sagrados efluvios.

IV

Sí, los extranjeros en cambio, y para ejemplo nuestro, sin iniciativa oficial, ni reglamentos edilicios, ni mandatos de autoridad, con mucho tiempo de anticipación organizan sus comisiones, recolectan sus recursos, dirigen proclamas e invitaciones para que nada falte a la solemnidad y animación de sus festejos, que parecen hechos en tierra propia, porque así lo quieren nuestras leyes y nuestra costumbre; se agitan centenares de banderas sobre las calles, se celebran conciertos y bailes en los salones de sus mil sociedades de recreo y protección, trasuntos y recuerdos de la patria ausente, se olvidan miramientos y cortedades y se regocijan y divierten apelando a todo cuanto de lícito y honesto se tolera en los reinos del placer.

¡Y no les aprendemos estas cosas, y no nos dan rubor sus francos, infantiles, sanos y sinceros regocijos! ¿Que a veces estamos tristes porque nos gobiernan mal, y seríamos cómplices

si nos juntásemos a manifestar nuestras contenidas alegrías? Pues no vemos la razón sino para reunirse de veras en nombre de la patria, que a todos pertenece, como Dios; y si hay tiranos de por medio, echarlos, y si no son tan malos, darles tregua ese día, para acordarnos que somos hijos de la misma tierra, herederos de la misma tradición, y que sin confundir ambiciones y responsabilidades, bien se puede dar en común un grito, que es histórico e inmortal, de “¡viva la patria!”, — con el cual morían nuestros héroes, — y volver después cada uno a labrar su pedacito de tierra en la obra incesante de nuestra existencia y perfeccionamiento.

Así, pues, todas estas cosas nos dan a entender con claridad que no nos conducimos bien en los asuntos que a patriotismo se refieren. No es parte despreciable en este conjunto de cualidades, nuestra gran afición a las exterioridades y a las satisfacciones vanas y triviales de la moda, y de un buen gusto que por el momento se nos antoja poco analizado, admitido por aclamación, por honor a su origen y sin beneficio de inventario; pero en cuyas aras nos sacrificamos vivos, es decir, en cuerpo y alma: en cuerpo porque nos impone sus trajes de toda estación, vengan bien o mal a nuestras excepciones climatéricas: y en el alma, porque al declararnos esclavos suyos, para nada tenemos en cuenta las modalidades, esencia y condición de nuestra raza, de nuestro carácter local.

Así como el rústico, cuando viste traje de ciudad, no acierta en sus movimientos y hasta se pone trastornado del juicio, los pueblos que adoptan costumbres ajenas a sus tradiciones y caracteres históricos, se vuelven víctimas de mil contrariedades, tropiezos y trastornos, que no sólo les amargan la vida inútilmente, sino que les retardan sin remedio y por épocas indefinidas en su progreso propio y verdadero. Y este tiempo perdido en experimentos y en aprendizaje es irreparable. La eterna rueda de los siglos no camina jamás en sentido inverso; el que no siguió la senda marcada por su destino y su porvenir, allá se queda rezagado para siempre.

Estas cosas las debemos reflexionar muy seriamente, por

mucho que nos disguste lo trascendental y nos den ganas de apedrear a los profetas, como se ha hecho siempre en este mundo. Nada hay mejor que considerar la patria de uno como el hogar colectivo, trasunto del hogar privado. Aquí todo es virtud, sencillez, franqueza, libertad, amor; allí, en el hogar grande, estos mismos sentimientos y principios que individualmente nos sobran, pueden ser magnificados, amplificados, aplicados al mayor número, y en la siempre necesaria medida que el orden y la moral imponen. ¿Veneramos en nuestras casas la memoria del padre querido, cuyo retrato adornamos y exponemos a nuestro cariño en los sitios más preferidos de nuestra vivienda? Pues hagamos lo misma afuera, como ciudadanos, con los recuerdos y los monumentos que representan a los fundadores de la nacionalidad, que son los padres de todos, las reliquias comunes de todas las familias que dentro de la tierra argentina vieron la luz del sol.

Haríamos lo propio con las especiales virtudes que dieron lustre a nuestra casa, las cuales se transmiten a nuestros hijos porque son los únicos blasones de la familia democrática. En el sentido colectivo, los difundiríamos, los inculcaríamos en las escuelas para que fuesen baluarte y timbre de honor de todas las generaciones de argentinos. Si en casa se alimenta alguna noble ambición de gloria o de legítima exaltación, y enseñamos a nuestros hijos a comprenderla y perseguirla como un ideal de la familia, ¿por qué la Nación no ha de abrigar en su grande alma una ambición nacional de cultura y de inmortalidad, y no ha de consagrar para realizarla todas sus energías y potencias, en sabia y prudente dirección?

V

Es el día de la patria; amanece la ciudad coronada de banderas movedizas, de celeste y blanco, matizadas por los colores de las extranjeras asociadas al regocijo; y todas juntas flamean con gracia sobre los altos edificios y al borde de las avenidas, como si se hubieran libertado millares de

pájaros tropicales para revolotear encima de los techos cual mensajeros de nuevas felices.

De distintos puntos llegan ya los estampidos de las salvas al sol naciente, ya los agudos ecos del clarín que va a congrega las fuerzas militares, ya los redobles de los tambores tocando a formación; y todas las almas se bañan de alegría y los corazones laten de júbilo. Movimiento inusitado en las casas; hay que salir pronto a la calle, correr a la plaza histórica de Mayo, por donde va a pasar el desfile de las tropas.

Las calles convergentes parecen ríos que derraman corrientes humanas a un gran lago; las mujeres, los viejos y los niños se apresuran en pintoresco tumulto, todos vestidos de lo mejor, a ocupar lugar preferente. No hay techos, ni azoteas, ni balcones, ni veredas, que no estén bordados de gente ávida, conmovida, anhelante. Es el día de la patria, y todos han olvidado tristezas, preocupaciones, recelos y temores para ir a presenciar el paso de las armas lucidas que sostienen el nombre argentino en el continente.

Día es éste para los soldados de recibir aplausos y miradas cariñosas de todo el pueblo, que confía en ellos el tesoro de su paz y su trabajo, de su nombre y de su gloria; por eso quedan bien las relucientes plumas en las cabezas de los jefes y los galones y entorchados que suelen ofender en los días ordinarios; por eso se ven con simpatía las bayonetas bruñidas de los infantes, los sables de los caballeros y los cañones que ruedan con sordo estrépito sobre el pavimento. Todo es bello en ese día y pertenece a las armas todo el esplendor de las fiestas. Reminiscencias de tiempos heroicos acuden a la mente y la nublan con indefinible tristeza, dejan humedecer aunque levemente las pupilas y se sienten las fibras conmoveerse de manera extraña cual si se aproximase un combate. También las bandas militares, con cierta hermosa confusión, contribuyen en mucho a este fenómeno psicológico de la contemplación apasionada del pasado. El himno argentino con sus acordes gigantescos sacude las fi-

bras; la marcha de Ituzaingo recuerda la primera victoria de la nación flamante, y los coros vibrantes, agudos, solemnes, quejumbrosos, de los clarines, marchan lentamente como las procesiones triunfales de los héroes antiguos, resuenan con la majestad de cantos sagrados y repercuten en lo alto como los de las legiones invisibles de Milton, mientras a corta distancia les responde el potente redoble de la línea de tambores. Este espectáculo se presenta en distintos puntos de la gran columna del desfile marcial, y esa armonía grandiosa del conjunto se va alejando más unísono, más conmovedor y más solemne, semejante al rumor de una catarata que se despeñase a lo lejos entre las profundidades de una montaña: todo eso contemplado con interés patriótico y con sentimiento de artista, constituye un cuadro digno de la grandeza histórica del pasado y del rango de la República en el presente.

Cada una de esas banderas rojas y descoloridas que van a la cabeza de los cuerpos es una página de gloria, y muchos de esos soldados de tez morena y aspecto grave han sido los actores en grandes batallas y en campañas penosas; y marchan confundidos sin que nadie conozca sus nombres y sin que nadie pueda arrojarles una corona. Pero no importa: son los héroes ignorados, son la sangre del pueblo argentino ofrecida en holocausto a la bandera, son los que guardan y representan el honor del cuerpo, el orgullo de sus jefes y la más firme esperanza de la patria.

PARTE SEGUNDA

CAPITULO VII

LA DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA

I

Es agradable al espíritu poder concentrarse en la meditación sobre sucesos pasados, seguir su desenvolvimiento en el tiempo y analizar los efectos que produjeron y su influencia en la cultura y en las instituciones. Los acontecimientos diarios con su arrebató y su rapidez, apenas si permiten detenerse a contemplar el conjunto del cuadro, y deducir las leyes generales en medio de la multiplicidad y del detalle; y nosotros tenemos mucho que observar para ver cómo hemos sabido conservar y acrecentar la herencia recibida de los que establecieron la nación y la dotaron de su territorio y soberanía.

Aquellos, como los del Congreso de Filadelfia en 1776, reunidos por elección de las diversas secciones del Virreinato, forman una asamblea, asumen la representación de los derechos colectivos de sus contemporáneos y de más vastos y universales derechos, y declaran que quieren constituir una sola y misma personalidad, desafiar al tiempo y comprometer ante el mundo civilizado su honor y su existencia; pues aun manteníanse en guerra con la metrópoli, y aquella declaración lanzada el 9 de julio de 1816, significaba una resolución heroica y extrema de cumplir la palabra empeñada o perecer en la contienda.

Y ellos vencieron y fundaron nuestra patria, en medio de sombrías vicisitudes, desgarramientos y decepciones, durante

las cuales fueron uno a uno entregando sus vidas al hierro del enemigo o a las fatigas de la lucha cívica, algunas veces más mortífera que la del campo de batalla; porque combatían con los propios errores, con los obstáculos internos, las tendencias disolventes que aparecían antes que la unidad política se constituyese, personificadas en organismos compactos, conducidos por hombres que sintetizaban su idiosincrasia o sus impulsiones nativas.

La tarea de los hombres aquellos que asistieron al drama heroico de la Revolución, que formaron el Congreso de Tucumán, que sostuvieron en pie, entre victorias militares y desastres cívicos, el cuerpo de la nación recién nacida, hasta la generación infortunada que la vió caer, libre ya pero exhausta, en el fondo de un despotismo nacido como visión terrorífica durante el sueño de la fatiga, ha sido realmente una tarea grandiosa, y sus caracteres históricos marcarán en el porvenir los de la personalidad surgida de ese supremo esfuerzo.

¿Qué hemos hecho nosotros para engrandecer y embellecer aquel legado? ¿Cuál es la cuenta que debemos rendir hoy a los antepasados, cuyos manes nos interrogan desde sus tumbas, dispersas por el ostracismo y el infortunio? ¿Qué uso hemos hecho de la soberanía que nos transmitieron, y de la libertad con que nos bautizaron al dejarnos dueños de la vida y de nuestro propio destino?

Somos una gran nación en el continente; nos designamos en el lenguaje de nuestro amor propio, con epítetos ostentosos y resonantes, cual si hubiésemos acrecentado la herencia por nuestra sabiduría o nuestro poder militar; nos vanagloriamos de poseer las instituciones más libres del mundo, que tienen como ilustres progenitores tres revoluciones inmortales, — la que conquistara el Bill de Derechos en 1688, la que erigió la Unión Americana en 1776, y la que proclamó los Derechos del Hombre en 1789, — hemos abierto las puertas de nuestra tierra, de nuestro hogar, a todas las naciones, ofreciéndoles asilo en la desgracia y alicientes de prosperidad y de fortu-

na; somos *tierra de promisión* para los oprimidos y los menesterosos; nuestros dominios se extienden todavía vírgenes, incultos y espléndidos hasta latitudes desconocidas, ofreciendo expansión y hogar para siempre a todas las razas y a los hijos de nuestros hijos; y esta revolución cuya órbita se desarrolla en menos de un siglo de independencia, y menos de medio siglo de existencia ordenada y constituída, es la demostración evidente de la asombrosa vitalidad interna de este país, del vigor excepcional de su organismo, de las proyecciones de su destino histórico y del incontrastable poder de las leyes etnológicas y sociales que rigen la agrupación de sus habitantes.

Así se explica que no hayan podido reconquistarlo sus antiguos dueños durante los azarosos días de la Revolución, ni destruirlo la anarquía desde 1816 a 1820, ni aniquilarlo el despotismo hasta 1852, y que al llegar a la Constitución, hubiese tenido aún sangre que derramar y fuerza para esgrimir las armas, en las luchas intestinas que fueron la consecuencia y el séquito necesario de errores y excesos comunes. Ha habido en todos esos períodos patriotismo para salvar el tesoro intacto de los mayores, prefiriendo perder las vidas a desmembrar la tierra y destruir la unión; y hubo siempre en el pueblo valor y entereza para sufrir sin deshonrosas abdicaciones la usurpación de los derechos por gobernantes extraviados, y para imponerlos o salvarlos cuando corrieron inminente riesgo de muerte o de olvido. El pueblo argentino ha hecho en todo tiempo honor a los que le dieron su libertad, y aunque a veces vacilante, ensayando el paso, tanteando en las tinieblas, él supo conservarla y defenderla a costa de su sangre generosa, que parece manar de fuente inagotable.

Los congresales de Tucumán tuvieron el concepto claro y preciso de fundar una nación democrática y republicana, y dotarla de una Constitución o carta política que definiese su gobierno, deslindase los derechos y los deberes de ciudadanos y mandatarios, y estableciese los fundamentos de la liber-

tad y del poderío material y moral de la futura patria que ellos no verían, pero cuya existencia era obra de su inteligencia y su valor; los de 1853 y 1860 ejecutaron definitivamente la voluntad del soberano Congreso de 1816, fundando un organismo compuesto de pueblo y gobierno, de cuyo consorcio y armonía, de cuya independencia y mutuo respeto, resultaría la realización del ideal supremo de todos: la libertad y el bienestar general.

Dictar la Constitución era organizar un gobierno definitivo; asegurar después de tantos ensayos y desastres la marcha serena y ordenada de todos los intereses en desarrollo gradual y progresivo, era cerrar el ciclo de las batallas y de las tiranías para empezar la vida nueva, encauzada en moldes definidos pero amplios, para cambiar fundamentalmente sus rumbos generales. Tales fueron los votos de aquella memorable asamblea de patricios, reunida en Tucumán el 9 de julio de 1816, al resolver que se convocase el Congreso Constituyente.

Han transcurrido ochenta y tres años desde aquel día, y hoy, en medio de los esplendores de una civilización maravillosa, en que los inventos y las instituciones universales han transformado la faz de la humanidad, dando carácter especialísimo al final de nuestro siglo, cada aniversario nos encuentra batallando como en los primeros tiempos de nuestra historia constitucional, por fundar un gobierno que sea la expresión leal de la voluntad soberana, la representación legítima de las cualidades, de las energías y los anhelos de la nación, el instrumento ideado para hacer prácticas las libertades consagradas en favor de los ciudadanos y de los estados autonómicos, la fuerza que arrastre al conjunto y lo impulse hacia el progreso de todos los órdenes sociales sin vacilaciones reveladoras de impotencia, ni excesos de poder que desequilibran las diversas partes del organismo nacional y anulan en un día la labor de muchas generaciones.

Manifestación elocuente del espíritu público argentino

en la hora presente son las mudas inquietudes y las zozobras que el porvenir le causa, como si no viese en la actualidad quién va a conducirlo por el áspero camino, a salvarle de las dificultades de hoy y guiarle en medio de los intrincados problemas sociales, políticos y económicos que, iniciados en este momento histórico, prepáranse a provocar hondas perturbaciones en días quizá no lejanos. Siéntese como no preparado a emprender la tarea del mañana, con sus fuerzas consumidas y sus hombres fatigados, y cual si pidiese nuevos horizontes, nuevos rumbos y distintos y diversos ideales; porque en medio del incesante perfeccionamiento de todas las cosas, parecería que sólo entre nosotros todo hubiese quedado estacionario e inmóvil.

II

Por nuestra parte, — lo hemos dicho ya muchas veces, — la clave de todas las dificultades, la resolución de todas las dudas, el fin de todas las zozobras, están en una operación de conciencia que debe ser ejecutada por todos, puestos de acuerdo patrióticamente, o impulsados a ello por una acertada dirección de los negocios públicos y de los estudios en los cuales la juventud se prepara a actuar en el movimiento social. Debemos resolvernos enérgica y honradamente a proceder con plena sinceridad en el examen de todos los problemas internos, en el ejercicio y cumplimiento de los derechos y deberes escritos en la Constitución y las leyes y debemos adoptar la religión de la verdad, respecto de los extraños y de nosotros mismos, tanto con relación a nuestras condiciones sociales, como a las económicas y financieras, y por último, a nuestras deficiencias y necesidades.

Analícemos con sinceridad y con verdad, aunque nos cueste intensas amarguras, nuestro carácter, nuestras tradiciones y costumbres, para derribar y abolir lo que se hubiese levantado sobre base movediza y no sobre la dura piedra; para formar la noción hasta ahora desconocida, de la res-

ponsabilidad histórica de los autores individuales o colectivos de los males públicos, y empezar un ciclo nuevo, auxiliados por la experiencia dolorosa del pasado; porque al fin la vida de los pueblos es eterna, y es absurdo sacrificar la gloria de la patria en el futuro, al convencionalismo de respetar las cosas existentes sólo porque existen, y de no derribar falsas creencias, principios errados o hábitos mal adquiridos.

Tenemos que meditar y saber si tenemos o no en verdad las instituciones que proclamamos escritas; si el voto popular es un hecho y si se enseña al pueblo la verdadera moral democrática; si los organismos representativos de nuestro gobierno son una manifestación inequívoca de la voluntad soberana, y no una impostura implantada por la costumbre erigida en doctrina; si gozamos en realidad de los beneficios de la libertad que al darnos Constitución se propusieron nuestros padres y nuestros legisladores, o si esta hermosísima promesa debe ser inscripta entre las numerosas paradojas o mentiras convencionales de nuestro tiempo, sancionadas por la fuerza de los hechos consumados, aunque, por fortuna, no sean irreparables.

Por cuanto respecta a la masa popular, a la gran mayoría de los gobernados, no se imponen deberes menos sagrados y menos fundamentales. Nos falta mayor suma de educación nacional, más cultivo de los sentimientos que vigorizan, acrecientan y confortan esa virtud del patriotismo, que otros pueblos cultivan y estimulan para ser fuertes en las adversidades domésticas e invencibles en la guerra. Así nosotros, el día que nuestros derechos y libertades y nuestras instituciones fuesen carne y conciencia, como conceptos inherentes a la idea de patria, no habría usurpadores que las violasen, porque temblarían ante la indignación del pueblo, que entonces no necesitaría caudillos que lo condujesen a la matanza, o a reemplazar unos hombres por otros, sino que, alzándose majestuoso con la majestad de su derecho y su soberanía, juzgando como juez, deliberando como legislador originario, imprimiría el sello de su voluntad y sentimiento

a los negocios comunes, con sólo abrir una urna y echar en ella los votos que invisten con su mandato a los elegidos. El patriotismo inoculado en el seno del hogar, enseñado en la escuela, atemperado después con la experiencia, pero siempre alimentado en toda edad de la vida, será la fuerza incontrarrestable de esta República llamada a tan grandiosos destinos, como lo fuera de otras que hoy imponen al mundo su dirección y sus leyes.

Esa fué la virtud fundamental y única de los hombres de 1810 y 1816; y por eso, con escasos caudales de ciencia, pero con riqueza de fe patriótica, de convicción moral y de valor, desafiaron el porvenir, lanzándose solos en la vida independiente antes de terminar la guerra, y empeñando sus vidas y su honor ante las demás naciones.

Sinceridad, verdad, moralidad y patriotismo en todas las relaciones internas y externas de nuestra vida nacional, son las piedras angulares del monumento que las generaciones de hoy debemos exigir al futuro, para cumplir los mandatos del testamento político de nuestros héroes, fundadores de la nación y padres de la patria. Así, y mediante la práctica constante de tan elevadas virtudes, podremos con la frente levantada pedir al mundo su fallo, y ofrecerle tranquilos el hogar de nuestros hijos y la tierra donde nuestros antepasados duermen el sueño infinito.

CAPITULO VIII

FUNDACION DE LA REPUBLICA

Pasarán las décadas y los siglos sobre la faz de nuestra nacionalidad, y la acción del Congreso de Tucumán será más estimada, porque será más íntimamente comprendida.

Son tantas las consideraciones que el recuerdo de esa ilustre corporación sugiere, en relación con nuestro desarrollo histórico, nuestra moral política y nuestro porvenir institucional, que apenas bastaría el espacio consagrado a este libro para condensarlos: toda la vida de la nación se refunde en aquella sola página que contiene la declaración de la independencia argentina.

Los caracteres de aquel Congreso han sido diversamente estudiados, ya del punto de vista de sus hombres, ya del valor de la representación con que concurrieron al desempeño de sus funciones. Hay quienes aminoran su trascendencia por el hecho de que algunas provincias, convulsionadas por sus caudillos, no subscribiesen el acto inmortal que decide los destinos de las Provincias Unidas.

Hoy no se puede ya desconocer los orígenes eminentemente populares de los diputados de Tucumán; y el hecho de hallarse representada la casi totalidad de las provincias, comprendida Buenos Aires, según las más elementales nociones del derecho público y natural, basta para dar a su decisión todo el sello de la soberanía del país, entendido en toda su extensión en aquel momento histórico.

Lo que admira en él e invita a la meditación, es la profunda sinceridad patriótica con que proceden a cumplir su

misión. Así lo demuestra en su manifiesto, con todas las ansias, desfallecimientos y energías supremas que movieron aquel voto inmortal.

El año 1815, la causa de la libertad estaba perdida, y más aún los rumbos de la política revolucionaria. Pero entonces es cuando hablan los sentimientos superiores y se manifiestan las fuerzas últimas conservadas en el fondo de las almas para la salvación providencial. En estos casos se invocan todos los ideales, las creencias y los amores: Dios, la Patria, la Libertad.

Cuando todo desmayaba y parecía disolverse en la catástrofe más espantosa, los humildes representantes de las Provincias Unidas sienten revivir en los corazones los alicientes que la convicción política es incapaz de suministrar, y el sagrado vínculo que une a los hombres con la tierra en que nacieron, la voz incontrastable del honor empeñado en universal contienda, el imperio del deber contraído ante el pueblo elector, de hacer lo que fuese digno de los hombres, de la causa y de la gravedad de las circunstancias, infundieron en aquellos espíritus venerables la fuerza heroica y la claridad inspirada de las soluciones irrevocables: invocando a Dios que preside la marcha de la humana grey, declarando ante el mundo rotos los lazos que ligaban este suelo con la madre patria, y su propósito inquebrantable y eterno de mantenerlo libre también de cualquiera otra soberanía extranjera.

El fallo ha sido pronunciado; se siente en toda la asamblea, puesta de pie en religiosa solemnidad, ese efluvio suave y confortante que emana de las grandes acciones, y en todo el país la influencia benéfica de la fe en los destinos futuros, que luego las armas de San Martín harán cumplir sobre una gran parte de la América.

¿Dónde estaba el secreto de aquella fuerza que condensa en un voto la suerte de una gran revolución, el porvenir de una posteridad y la causa de medio continente? Acaso valgan menos para explicarlo las comprobaciones históricas, las

compulsas de manuscritos y el examen de testimonios, que el conocimiento del espíritu social de la época, la ciencia y la educación de los hombres que constituyeron la asamblea, de aquellos “frailes sabios”, como los llama Sarmiento, de aquellos doctores de Córdoba y Chuquisaca, según Avellaneda, formados en el trato de la docta y sencilla antigüedad, bajo los cálidos estímulos del suelo, del hogar, del estudio, sin las inquietudes de la fortuna, del patriotismo, sin las debilidades de la ambición.

Esos patricios vivieron y lucharon bajo un clima moral más rico en fluídos enérgicos, más despejado de causas morbosas, más nítido y puro, de manera que se sentían en contacto más íntimo con la *terra mater*, con el calor de su alma y las fuerzas ocultas de su espléndida naturaleza: aquel voto fué un voto nacional incubado en la lenta gestación de una cultura patriarcal, donde tan hondo arraigan los afectos generadores de sucesos y de acciones heroicas, y, — como advierte el segundo de los escritores antes nombrados, — lejos de la atmósfera disolvente, esparcida por la revolución francesa, y que desde 1810 hasta nuestros días pugna por infiltrarse en el organismo, y transformar la savia originaria de nuestras instituciones políticas y constitución social.

Quizá es ésta una lección clarísima, una advertencia elocuente para los que gobiernan la enseñanza de los millares de niños que serán la nación de mañana; y a quienes quisiera convertirse en receptáculos errantes de todas las ciencias, las artes, las teorías, aun a expensas de la pureza y solidez de las virtudes y rasgos fundamentales, que son como el *substratum* sobre que se asientan todas las enseñanzas y las promesas y las combinaciones del futuro. Puede ser, por tanto, un ideal digno de enunciarse en estos días, el de ver simplificada la obra de la cultura, por una selección inspirada en propósitos definidos, en ideales nacionales honda y sabiamente escrutados.

Pero debe recordarse también que el Congreso de 1816 es el creador de la República como forma de gobierno del

país. Como tal reclama de sus descendientes actos sucesivos de justiciera glorificación, pues por sus labios hablaron la sangre y el espíritu de la nueva nacionalidad, aun en medio del temeroso rumor de los desastres.

Esa asamblea de sabios y políticos de la época, — alucinada por el éxito de la realeza triunfante en Europa, seducida por la conmovedora elocuencia de Belgrano, y más que todo, convencida por el patriótico horror de la derrota definitiva que hicieran presentir las de Vilcapugio y Ayohuma — no tuvo valor para dejar sin su efecto y su virtud la inesperada protesta de fray Justo Santa María de Oro que reclamaba, para decidir de tan fundamental problema, el derecho de las provincias comitentes a ser oídas en particular sobre la cuestión.

Ni el prestigio de las armas de San Martín y de Belgrano, que sostenían la forma monárquica en aquel momento, ni las abundantes razones que surgieron, todas inspiradas en el noble propósito de salvar a la Patria de inminentes peligros, fueron bastantes a conmover la sincera, genuina y honda inspiración del fraile y patriota extraordinario, que con más derecho que Cicerón en su memorable y clásica arenga, pudo exclamar a la faz del mundo:

—“Juro que he salvado la Revolución y la República”.

Es justo en estos tiempos, cuando de todas partes llegan a nuestra sociedad las influencias heterogéneas que trabajan y enferman el espíritu humano en la hora presente, evocar las sombras protectoras de los diputados de 1816, a quienes debemos ahora y para siempre venerar como a los manes sagrados de la patria, que así velan por ella en la prosperidad como la salvaron de la ruina y de la muerte, pues son más peligrosas y sombrías las asechanzas de la fortuna que los riesgos de la guerra, en que todas las virtudes renacen y las muertas energías se retemplan.

CAPITULO IX

LOS HOMBRES DE 1816

I

Por más que se hayan publicado volúmenes, folletos y monografías sobre los sucesos de la Revolución de la Independencia, y en particular se haya disertado sobre las profundas perturbaciones anárquicas, las vicisitudes de la idea constituyente y los caracteres de los personajes del agitado drama de nuestra contienda institucional, no puede asegurarse aún que tenemos una historia completa, ni que hemos abarcado todo el conjunto, ni conocido cada una de las influencias diversas que movieron sus episodios.

Durante una larga época hemos entendido por historia la relación de hechos desde el punto de vista de las pasiones personales de los actores, de las ambiciones en conflicto, de los intereses más o menos extensos en lucha; y por falta de elementos bastantes de juicio y de investigación, —que no es obra de un solo hombre y muchas veces ni de una generación entera,— hemos reducido el campo de acción de las leyes de nuestra evolución social a algunos pocos centros de los numerosos en que se distribuye la fuerza orgánica y evolutiva en tan dilatado territorio.

No puede ser historia nacional la que sólo toma en cuenta agentes parciales del desarrollo de un pueblo. Será más o menos amplio su criterio, será más o menos intensa su observación, pero desde que faltan algunos factores esenciales en el análisis, será siempre deficiente, incompleta o

falsa; y tanto más cuanto que los sucesos u hombres que se estudian han tenido parte más importante en la formación de este gran resultado, de este vasto conjunto que llamamos *civilización*.

Hoy la historia no puede ser sólo el relato animado y ardiente de los tumultos y las batallas que la libertad y el heroísmo producen, ni las minuciosas referencias de las intrigas, pasiones, rencores o disturbios que la pequeña ambición o el afán del bien público encienden entre los hombres. Ella es algo más grande, más fecundo, más útil; estudia las leyes generales y locales, las influencias del medio ambiente e intelectual, pesa las ideas y sentimientos dominantes en la época, sobre la sociedad, la multitud y los hombres directivos, para deducir con exactitud y claridad, lo que el pasado encierra de enseñanza para el porvenir.

Luego, nosotros no hemos vivido aún bastante para alejarnos del fuego de las contiendas que perturban el juicio, que causan aberraciones del criterio como las del calor o de la luz, para desprendernos de nuestras afinidades políticas, doctrinales o regionales, de las que no podemos prescindir, porque somos átomos de un medio social, sujetos a las leyes físicas y morales que lo definen y caracterizan.

Cuando se ha tratado de explicar la magnitud de la obra realizada por los hombres del Congreso de 1816, se han expuesto las diversas teorías conocidas en nuestra historia política. Ellas develan una parte del problema, pero no todo el problema. Atribuyen más importancia decisiva en la declaración solemne del 9 de julio, a las urgencias, instancias, imposiciones o premura de los bandos y las facciones, y a las influencias individuales de los caudillos y capitanes de armas, que no a la natural y espontánea inspiración de la asamblea misma, como conjunto de representantes inmediatos de la opinión de todas las regiones del país, que aun se dilataba hasta las fronteras del Virreinato.

No se tiene tampoco en cuenta la calidad social e intelectual de los miembros de la Asamblea. Error este último

gravísimo, pues importa el olvido de las ideas, las doctrinas, los sistemas políticos y morales bebidos por aquellos hombres en las universidades de Lima, Chuquisaca y Córdoba; en los colegios conventuales de la época, alguno de los cuales, como el de Recoletos de Catamarca, sabía formar “héroes y mártires”; en la irrupción fecunda de los dogmas filosóficos del siglo XVIII y de la Revolución Francesa; y en la influencia nada insignificante, de los principios de aquella otra revolución, generadora inmediata del derecho republicano, la de 1776 en las colonias inglesas de América.

Si sólo hubiesen influido en la marcha y decisión irrevocable del Congreso, de quemar las naves de la Revolución en pleno desastre, las voluntades hermanadas de San Martín y Belgrano, —jefes reales o virtuales de dos grandes circunscripciones militares,— los diputados impersonales o insignificantes, anónimos o aldeanos, como quisiera describirlos un elocuente orador argentino, no habrían tenido valor cívico suficiente para desechar las insinuaciones monárquicas de aquellos dos capitanes; y si la influencia dominadora del día hubiese sido la del miedo al enemigo común o al interno de las facciones, mucho menos habríanse levantado al más alto nivel moral que asamblea alguna alcanzó en los tiempos modernos, hasta el punto de lanzar desde lo más hondo del desaliento en la causa de la guerra, el reto a muerte, la declaración definitiva de ser libres de toda dominación extraña y de la metrópoli.

II

Su decisión suprema en aquellos días oscuros de 1814 a 1817, nacía, entre otros orígenes ya estudiados, de fuentes más remotas y poco analizadas por los que hasta hoy han empuñado el cetro de la historia patria. Y si algunos han procurado con perspicacia y curiosidad ingénitas penetrar en este vasto campo de la crítica, no han podido profundizarlo, por las deficiencias mismas de los instrumentos de

observación. Habría sido necesario, —y lo será siempre,— investigar en los archivos de los viejos institutos que hacían la cultura intelectual de la colonia y de las primeras décadas de nuestro siglo, cuáles eran las enseñanzas, las influencias más profundas, las que más amplio espacio recorrieron en el espíritu social de nuestro continente y en particular de nuestro país, y cuál y de qué intensidad era el vínculo que ligaba a los estudiantes de aquellas universidades semiteológicas, con la grande, heroica y luminosa antigüedad clásica.

No seremos nosotros quienes sostengamos que las universidades de Lima, Chuquisaca y Córdoba, que el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires y los colegios conventuales eran el tipo del instituto representativo de la cultura universal de su época, —porque sería cometer un anacronismo garrafal y afirmar un absurdo;— pero sí debe decirse que ellos obraron con doble acción sobre el espíritu de la sociedad que se desenvuelve en esta América en los siglos XVII y XVIII.

La primera es la influencia educadora intrínseca, substancial, de las lecturas clásicas tomadas en los más puros modelos latinos, como Tácito, Tito Livio, Cicerón, Horacio, Virgilio, por más incompleto que fuese su estudio; a lo que se agregaba el conocimiento de los padres de la Iglesia, en los cuales, como en San Agustín y Santo Tomás, para no citar otros menores, junto con el teólogo y el místico, van el filósofo y el político: y la semilla echada en tierra fecunda germina y fructifica, sin que se elimine en el producto ninguno de los caracteres esenciales del tipo originario.

La segunda acción de esta enseñanza es la refleja, que se opera desde el instituto o la escuela sobre el hogar y la masa del pueblo, por el intermedio del niño y del joven que lo frecuentan en su diario aprendizaje. El espíritu juvenil no puede menos de sentir nobles y saludables emociones ante la obra de arte revelada en forma más o menos perfecta, más o menos velada por el dogma religioso, social o político: y la emoción es la fuerza invencible con que el arte realiza

la conquista del mundo, porque es centrífuga, comunicativa, expansiva.

Así el espíritu luminoso de la alta antigüedad, transmitido a los alumnos togados, en las confidencias solitarias de la celda, en las lecciones magistrales y solemnes de la cátedra, o en la socrática conversación del lector de Artes en presencia de la naturaleza, pasaba como filtración invisible y difusa del aire mismo, al alma de toda una sociedad diseminada, segregada en núcleos autonómicos en regiones numerosas y distintas, donde el grupo señorial, solariego o municipal, sentía, sin darse de ello cuenta, las influencias poderosas de la idea, del entusiasmo, de la pasión abstracta e ideal del hombre de letras, de cánones o de leyes.

Sostener, pues, que los hombres del Congreso de 1816 no eran entidades individuales, verdaderas fuerzas y caracteres, porque se neutralizaban en el conjunto y en medio de los prestigios, temores e incertidumbres de los días aciagos en que les tocó actuar, es hacer una afirmación sin suficiente conocimiento del medio social, intelectual y moral de aquella generación. Esa asamblea ilustre, aquel "ilustre Senado", como le llama un noble espíritu de nuestras letras, era la condensación de todos los elementos sanos, los productos aquílatados, los resultados remotos de dos siglos de evolución y de comunicaciones secretas, diremos así, entre la antigüedad clásica y la naciente sociabilidad americana de origen español.

Era más todavía: la fuerte y robusta expresión de la libertad misma, entregada sin reatos a la labor electiva de sus poderes de gobierno. En ese sentido, al contemplar allí, en el pobre salón de Tucumán, congregados a los legítimos enviados de los pueblos, se debe y es justo decir que el Congreso de 1816 ha sido la asamblea más nacional, más argentina y más representativa que haya existido jamás en nuestra historia. Por eso cumplió, acaso, el voto más íntimo de la voluntad y el sentimiento de la tierra nativa, declarando a la faz del mundo, en medio del fracaso de sus armas en el

Norte y de terribles amenazas por el Oriente y el Occidente, la resolución inquebrantable, abonada por la sangre y la hacienda propia y de sus sucesores, de ser para siempre libres e independientes: libres por su gobierno propio, independientes de toda soberanía exterior.

Descubrámonos siempre respetuosos ante las sombras venerandas de aquellos que, como ningunos otros, deben ser invocados como padres de la patria, en todos los momentos en que la nación de hoy necesite las altas virtudes de ayer, así para conservar y aumentar el legado de las libertades internas, como para mantener y honrar la visión grandiosa de la nacionalidad, que les impulsara a la más heroica de las acciones que sea dable al historiador argentino describir y profundizar.

CAPITULO X

FRAY JUSTO SANTA MARIA DE ORO

I

Cada nueva estatua levantada sobre la tierra argentina, significa una evocación del pasado y un impulso hacia el porvenir. Estos trozos de bronce son idea y sentimiento en el pueblo que los levanta, luz genial en poder del arte que los modela, y después, sugestión perenne de gloria y de recuerdo en los rasgos personales que sus líneas perpetúan.

Hay algo inusitado, misterioso, conmovedor en este monumento alzado allí, tan lejos, cerca de los límites occidentales, señalados por la más alta montaña de nuestro continente: se nos figura el arte, realizando sus maravillas reveladoras en las soledades antes inaccesibles y oscuras, si no era para la soldadesca sanguinaria y para la tea del incendio, rojo y humeante como la sangre de sus víctimas.

Los juicios de la posteridad se asemejan a los juicios de Dios, en que no llegan jamás a un tiempo para todos, a no ser las catástrofes y los infortunios irreparables: en los reinos de la gloria no se ven entrar sino sombras solitarias, a cuyo paso se iluminan los cielos y cantan singulares salmos las arpas invisibles. Sólo es dado a los héroes que caen en las batallas, barridos por el fuego, inmolados sin conciencia de sí mismos por tenerla sólo de la patria, el hacer entradas colectivas en la región de los inmortales.

Pero entonces en la tierra, la historia y la epopeya celebran la honra de una multitud, de un pueblo, de una nación,

y sus descendientes levantan en medio de las vastas planicies las columnas de granito, mudas en su innarrable elocuencia, o sobre la tierra ennegrecida por la sangre anónima, se alza espléndida, deslumbrante, vaporosa de genio, de blancura y de belleza la Victoria de mármol, que sólo la barbarie mutila después y escarnece, si bien jamás puede exterminar.

Figura singular, llena de propio resplandor y, en cierta faz, única, es la del hombre cuya memoria el pueblo de San Juan ha consagrado sobre su pedestal. Fué un religioso humilde; “alma angélica, en quien las dotes del corazón y la cabeza estaban equilibrados”, dice Mitre; “energía de carácter, pertinacia de designio que engendra las grandes cosas”, burila Sarmiento, quien, además, agrega que “el primogénito Oro fué destinado a seguir bajo el hábito dominico, la no interrumpida cadena de “frailes sabios de la familia”. En el escenario de los *Recuerdos de Provincia*, la sombra venerable y paternal del Obispo de Cuyo, tiene reflejos de santidad que nacen del sacerdocio, pero también del corazón: “virtud, ciencia, patriotismo”, podían ser palabras que se inscribiesen en el pedestal de su estatua.

Se ha dicho con profunda verdad que no hubo en nuestra historia asamblea más penetrada del espíritu argentino que la conocida con el nombre glorioso de “Congreso de Tucumán”. Muchos de aquellos “frailes sabios”, con su propia y especial sabiduría, y también muchos seculares modestos venidos de los más oscuros y pobres hogares de provincia, sentáronse en esas bancas. Hasta entonces su vida, sus honores y su fama reducíanse a las faenas del fundo hereditario, del hogar secular, del convento o de la cátedra de sagradas letras; a las honradas funciones y pobres vanidades que el Cabildo podría despertar en almas tan llenas del bien ajeno; al amor y al respeto de los suyos y de los que vivían bajo el mismo sol, entre los muros de la misma aldea desmantelada y silenciosa.

¿Quiénes eran aquellos varones que merecieron el insigne honor de la investidura popular, en el más ilustre de

nuestros congresos? “Son eclesiásticos en su mayor parte, —escribe Avellaneda,— y doctores todos de Córdoba y de Chuquisaca. No habiendo vivido en la ciudad capital del Virreinato, y sin haber salido del interior de su país, han permanecido extraños a las influencias que vienen de afuera. No conocían los libros con que la Francia había removido los espíritus en el siglo XVIII, y si los acontecimientos de su revolución llegaron a sus oídos, había sido solamente para inspirarles un santo horror”.

No procedían, entonces, la ciencia y el sentimiento que los movieran a resolución tan suprema, de ninguna teatral imitación, ni menguados o transitorios cálculos: había una influencia profunda del suelo, de las tradiciones, de las lenguas antiguas en las que respiraba la Roma grande de la República, el cristianismo puro de la predicación y el martirio, la España inmortal de los comuneros y conquistadores. Y aquellos cabildos convocados a son de campana en medio de la expectativa y la congregación adicta del vecindario, son los poderes electorales de donde surgen los miembros del Congreso, de aquella asamblea inmortal de “frailes sabios” y de doctores de Córdoba y Chuquisaca.

II

Lo que da relieve majestuoso al Congreso de Tucumán, aparte del valor individual de sus hombres, es el negro fondo de inquietudes en que se perdía, en el año triste de 1815, la causa de la libertad. Lanzado el grito de la emancipación, era necesario no derrumbarse en un abismo de impotencia.

Derrotadas las armas en Vilcapugio y Ayohuma, dispersa y perdida la unidad de la guerra y de la política, amenazador y adusto el porvenir y ensangrentado el fantasma de la anarquía, aquel núcleo solitario de frailes, doctores y patricios, congregados en la sala de Tucumán, sienten la inspiración salvadora del momento histórico, y de lo más hondo de la

debilidad arrancan la fortaleza invencible, la rehabilitación absoluta y definitiva de la empeñada contienda.

“Van a emanciparse de su rey, y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto”. Extraños a las distinciones modernas entre las democracias, repúblicas, aristocracias y monarquías, buscan sólo la salvación de la patria, y no vacilan en aceptar la última, como más vinculada a la tradición y más aparente, en su concepto, para acrecentar la fuerza y el vigor de la lucha, y quizá desafiar las incertidumbres del porvenir desconocido.

En este instante la apacible figura del dominico de San Juan, se eleva sobre sus compañeros y sobre sus contemporáneos con todas las líneas de los caracteres superiores; y su profunda y santa sinceridad le inspira la conducta inflexible que imprimió a nuestra nación, para siempre, el sello de la libertad republicana. Fué en la sesión del 15 de julio, y mientras se discutía la base quinta de las deliberaciones del Congreso, —sobre la forma de gobierno más adaptable al estado actual del país, “y más conveniente para hacer prosperar las Provincias Unidas”,— cuando, según el *Redactor*, “tomó la palabra el diputado Oro, exponiendo que para proceder a declarar la forma de gobierno, *era preciso consultar previamente a los pueblos... y que en caso de procederse, sin aquel requisito, a adoptar el sistema monárquico constitucional, a que veía inclinados los votos de los representantes, se le permitiese retirarse del Congreso, declarando ante quién debía verificar la renuncia de su empleo. Se le contestó detenidamente por algunos señores diputados, y no cediendo a sus convencimientos, terminó la sesión*”.

Cuando se dice, pues, que a fray Justo Santa María de Oro se le debe el establecimiento de la República, se expresa una irrefutable verdad histórica. Aquel Congreso no habría resistido a la necesidad, al poder de los hombres que pesaban sobre su existencia, al prestarle la égida de sus espadas y sus cañones. Declarada entonces la monarquía, o nunca más hubiese sido depuesta, o habría costado otra jornada revolu-

cionaria tan grande como la primera, pues las ideas dominantes prestigiaban una corona extranjera o la impura sangre de los Incas... ¡Oh, santa fué, sin duda, la inflexible tenacidad del “fraile sabio” de San Juan, “y su pertinacia de designio que engendra las grandes cosas!”

En las páginas de inagotable frescura y pristina originalidad de los *Recuerdos de Provincia*, continúa la vida del religioso dominico, que después de haber salvado la República con el sólo poder de su virtud, su carácter y su inspiración patriótica, vuelve, superando a aquel clásico modelo de los patricios de la vieja Roma, a labrar el surco de la creencia en las almas sencillas de su pueblo, y a perseguir ideas de independencia hasta en el seno de la comunidad eclesiástica de su orden.

También es verdad que otros doctores y frailes de la Revolución, sin “emanciparse de su Dios y de su culto”, creyeron que ninguna soberanía era superior a la de la Nación Argentina, y aun en el caso de la alternativa dolorosa, era preferible romper los lazos de la obediencia, antes que los juramentos de lealtad y los vínculos del amor a la República, ungidos por la sangre de tantos sacrificios.

¿Qué se han hecho aquellos caracteres, aquellas almas, aquellos corazones, tallados en el bloque gigantesco, arrancado al suelo mismo de la patria, nutridos en la antigua latinidad heroica de los filósofos, los poetas y los historiadores, bronceados por el sol ardiente de nuestra América, y dotados de ese suave y dulce estoicismo de la virtud que lleva a contemplar la muerte como el premio de la vida?

Así, los momentos postreros del fundador de la República, se parecen a la vuelta natural de un alma hacia su origen celeste. Su catafalco, —refiere Sarmiento, su amigo,— fué el improvisado tabernáculo en que ambos trabajaban con piedad infantil: “y en el cual, simbolizando las dos grandes fases de su vida, se apoyaban, la estatua de la Libertad, con el acta de la independencia en la mano, y la de la Religión, con la bula que le instituía obispo...” Al lado de

su lecho de agonía, el notario redactaba sus últimas voluntades, en que sólo legaba tesoros de amor, de fe y de abnegación, y el orador del Congreso de Tucumán, con la serena mansedumbre del santo, le dice:

—Dése prisa, dése prisa, que quedan pocas horas y tenemos mucho que escribir...

¡Qué hermosa muerte, y qué grande la vida del que desde ahora la adquiere nueva en el bronce de los inmortales!

PARTE TERCERA

CAPITULO XI

FRATERNIDAD EN EL RIO DE LA PLATA *

Colegas de la prensa uruguaya;

Señoras; Señores:

No es esta la primera vez que los periodistas de una y otra orilla del Río de la Plata se dan el abrazo de fraternidad y compañerismo en actos solemnes como éste, a cuya grandeza concurrieron siempre como ahora las nobles damas de nuestras dos ciudades, siguiendo la misma tradición que desde 1810 las presenta, ya como heroínas en el sacrificio, ya como inspiradoras del deber, asociadas al hombre en las glorias y en las desventuras comunes. Pero antes de ahora tuvieron la suerte de que trajesen la palabra de bienvenida en nombre de la prensa nacional, espíritus más capaces que el mío de reflejar su elevada cultura, y expresar con más belleza los votos de amistad que en esta ocasión acostumbran comunicarse en expansiva confianza.

Sólo un movimiento de rara bondad del ánimo de mis colegas argentinos, ha podido realizar tan inmerecida elección. Soy el último soldado de esta noble milicia de la prensa, que jamás reposa en su lucha interminable, lucha incruenta, pero sembrada a trechos de caídos que se quedan olvidados, de inmoluciones silenciosas sobre las cuales apenas sobrevive la tradición de las gentes del oficio. No puedo ofrecer ni los esplendores de una palabra no nacida para estas justas, pro-

* Discurso en honor de los periodistas de Montevideo, en la fiesta de su recepción.

pías de otras inteligencias, ni las chispeantes y sabrosas conversaciones de talentos áticos, en que es tan fecunda nuestra tierra; y si he de honrar como debo la memoria de un ilustre amigo y maestro de la juventud argentina, y decir con Pedro Goyena que el hombre es la imagen de su territorio, soy la imagen de la tierra en que vi la luz, de aquella humilde Rioja, abandonada entre la llanura desierta y los Andes soberanos, lo mismo que la Niobe antigua, dolorosa eterna sobre sus ruinas, donde el azahar teje coronas nupciales, y las flores del aire perfuman el ambiente de los sueños... Obedezco el mandato de mis compañeros de la prensa, y con toda la efusión de mi propio afecto y simpatía, os doy en nombre de ellos la bienvenida.

Asistimos a una fiesta de fraternidad entre los periodistas de dos naciones amigas, que las representan en su intelectualidad y cultura. Hablemos, pues, de tan hermoso asunto, y que las confesiones del sentimiento y los recuerdos de la vida común, sirvan para fortalecer en el porvenir tan antiguo y entrañable parentesco. No ataron, por cierto, los hombres este lazo, que ninguna fuerza romperá jamás, mientras duren los caracteres fundamentales de la tierra en que se formaron y crecieron los dos pueblos: él fué establecido por la misma naturaleza en época incierta, cuando estas regiones eran un paraíso misterioso de razas vírgenes, de bosques inmensurables y llanuras sonrientes, bajo cuyos follajes y sobre cuyos tapices de verdura, al rumor de músicas infantiles deslizábanse las corrientes invioladas, porque la canoa del salvaje y el camalote florido de la ribera, eran elemento de la tierra misma o adorno natural de su hermosura. En medio de esta soledad inmensa y majestuosa, difundíendose desde el océano hasta las ignoradas regiones del occidente, el Río de la Plata, el grande y sagrado río que ha vivido nuestra historia y oído por tres siglos las confidencias de nuestras almas, derramaba sobre las orillas, hasta el interior de las tierras, el limo fecundo de todo el territorio, trayéndolo mezclado con sus aguas desde las regiones del

Sol y de las nieves, y desde las opulentas selvas del trópico... Ya los historiadores y los poetas nos describieron las primeras sorpresas de la raza que fundó nuestras naciones; las desventuras y proezas de aquellos hombres extraordinarios, de cuyo linaje descendemos y cuyas virtudes y fortaleza heredamos; Obligado nos ha descrito la infinita belleza del paisaje primitivo, adormeciéndonos con los perfumes de las flores, el rumor de las corrientes y el canto de las aves; Zorrilla de San Martín nos ha conmovido el alma con el drama heroico de aquella lucha entre las pasiones salvajes y los nobles ideales de la raza nueva, del amor de la tierra contra el conquistador, que con la espada y la cruz viene imponiendo a todas las gentes la ley de la civilización...

Hijos del mismo impulso generador de la naturaleza y de la historia, sigamos la ruta marcada por la invisible fuerza que mueve a las naciones y crea el drama eterno de la humana existencia. Muchas proezas tenemos que recordar, muchas queridas memorias que bendecir y muchos infortunios comunes que adormecer en nuestros corazones. Una epopeya cuyos fragmentos se desenvuelven en tres siglos, es el recuerdo de las glorias militares de nuestros dos pueblos: epopeya que no ha tenido aún su narrador homérico, pero a cuyo final estamos asistiendo, porque por todas partes se anuncian signos que nos prometen que la libertad no ha de ser desterrada nunca más de las tierras que habitamos... En siete jornadas memorables se confundieron nuestras armas para la defensa de la tierra o la conquista de la libertad; abarca la primera cerca de doscientos años para detener al invasor portugués; el albor de nuestra centuria nos encuentra confundidos para rechazar una raza que vino en son de conquista; y luego, en la guerra grande, para cuyo recuerdo no tengo palabras, pero de la cual nacimos a nueva vida, y en cuyas campañas inmortales nuestros héroes recorren el continente bajo una sola bandera, que hizo libre a un pueblo del otro lado de los Andes, otro pueblo en la región donde el Inca tuvo su trono, y otro pueblo en la comarca donde

nacen los tributarios del Amazonas y donde las más altas montañas de América se levantan hasta el cielo. Y durante ese ciclo de gloria, la sangre de nuestros soldados regó la tierra propia y extraña como una sola sangre, las ideas de nuestros pensadores y políticos se difundieron para todos, como una sola idea, y nuestros pueblos recibieron su herencia, de gratitud y reconocimiento, como una sola herencia... Los llanos de Ituzaingo vieron de nuevo unidos a los héroes errantes que hasta el Ecuador acaudillara el Gran Capitán, y en homenaje a la patria donde volvían ungidos de inmortalidad, juntos saludaron la última victoria de aquella época en que el mismo estandarte los conducía.

¡Cuánta seducción ejercen sobre el espíritu estos recuerdos! ¡Cómo se levanta a esferas extrañas a las habituales meditaciones, y se complace en iluminar el pasado, fuente fecunda, inagotable, de fortaleza y de virtud! Y ya que estas palabras mías fatalmente se encaminan por senderos históricos, permitidme ahora que os recuerde el tiempo en que con más intensidad se estrechan nuestros brazos y se compenetran nuestras almas; porque entonces la tiranía, —ese inmenso infortunio de nuestra patria,— enlutaba todos los hogares, borraba todos los caminos, tronchaba todas las nobles ambiciones; y fué la hermosa y gentil Montevideo, nacida, al parecer, de las ondas del río para encanto de los poetas y baluarte a un tiempo de los hombres libres, el hogar seguro, el hogar antiguo de la familia nunca deshecha, que en la hora de la desgracia tuvo bajo el techo fraternal el mismo amor que le sustentara en la adolescencia.

Ni las terribles vicisitudes que a veces suelen derribar las naciones más soberbias y cambiar las ideas más dominadoras, harán que se borre del corazón argentino la huella de aquellos días de luto, de prueba y de intenso amor. Desarmados de espadas y fusiles, nuestros compatriotas empuñaron la pluma, convencidos de que los despotismos que se fundan en leyes sociales, sólo se derrumban con esas leyes; y la lucha fué tenaz, sangrienta, fulgurante, y fuego salía a torrentes

de las columnas de *El Comercio del Plata*, de *El Nacional*, de *El Corsario*, *La Nueva Era*, *El Iniciador*, donde Florencio Varela, Rivera Indarte, Bartolomé Mitre, Miguel Cané, Juan Bautista Alberdi, José Mármol, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez y otros ilustres proscritos, enviaban a la patria, con la esperanza y la idea libertadoras, la censura cotidiana que minaba el poder del autócrata sin ejemplo. Allí nacieron los *Cantos del Peregrino*, que condensan toda la melancolía de la ausencia y el dolor profundo del patriotismo herido de muerte; allí los tristes bardos argentinos mezclaron sus amargas lamentaciones y sus inspirados anatemas, con las frescas y graciosas endechas de naciente poesía, de los amables trovadores uruguayos; allí fué escrito el *Dogma socialista*, anuncio y bandera de la expedición libertadora, que devuelve a la República sus hijos dispersos y abre su historia a una nueva generación de héroes y estadistas...

¡Cómo no había de ser fecundo aquel hogar donde la tradición y la naturaleza habían conservado los mismos recuerdos de familia y el mismo ambiente poblado de gratos rumores! Reían aún en sus calles las sátiras de Figueroa, el ilustre arrepentido por amor de la tierra; indecisas en la forma pero trémulas de pasión, entibiaban el aire las trovas de Berro, y nacía con toda su asombrosa fecundidad “el patriarca de las letras uruguayas”, el que diera al alma popular de su tiempo el inocente poema de *Celiar*, mezcla indefinida de romance heroico y de leyenda musulmana, pero desbordante de pasión y de savia nativas; y por encima de todas esas dulces influencias, daban fuerza y alas nuevas a los desterrados la comunidad de aspiraciones para el futuro, las promesas de libertad y de gobiernos que fuesen creación del espíritu nacional, y ese santo compañerismo de la desgracia que conforta y anima a las empresas redentoras. Si nuestros proscritos llevaron sus amarguras y fueron a dejar en el suelo oriental sus cenizas, vertieron también allí toda la savia de su pensamiento y la unción de su dolor patriótico; por

el espacio de esa década inmortal en la común historia, nuestros compatriotas vivieron una sola vida, amaron un solo ideal, soñaron un solo destino...

¡No, el Río de la Plata no nos ha dividido nunca! Horas sombrías vinieron después sobre el pueblo hermano; del mismo antro surgió la tempestad que azotó las viviendas y arrojó a los moradores de la graciosa y amante ciudad, baluarte del proscrito; y entonces las mismas aguas que devolvían a nuestra ribera los hijos redimidos, traían a los desterrados de la otra, a renovar hacia allí la misma jornada de lucha, de defensa, de enseñanza. No de otro modo en las amarguras, crueldades y despotismos domésticos, las víctimas de la injusticia corren al hogar paterno en busca de consuelo y de refugio, de consejo y reparación. ¡Cuántas alternativas dolorosas, cuántos combates dignos de eterna memoria, cuánta abnegación de la virtud cívica ilustraron desde aquellos días los anales de la nación amiga! Sus hijos, soldados y pensadores, mientras pudieron empuñar un fusil y articular una palabra, ya fuese dentro de los muros, ya desde la orilla hospitalaria, lucharon, y lucharon sin tregua por la causa de sus instituciones vacilantes o informes; y al recorrer las columnas de vuestros diarios, las hojas de vuestros libros, los períodos de vuestros discursos, las estrofas de vuestros poetas, la imaginación reconstruye un campo de batalla en que se confunden con estrépito singular, el fuego y el plomo, la chispa que incendia, el fulgor que deslumbra. Necesario sería el don divino de Tácito para describir con toda su heroica grandeza la lucha generadora, las crueles veleidades del destino, las hazañas y sufrimientos sin medida, los distintos ejemplares de hombres y las venturas y adversidades de la libertad, durante tan largos días de labor.

Pero no ha de negarse que es mérito y gloria de la prensa uruguaya, el haber sido en toda ocasión tribuna y fortaleza, para difundir en el pueblo el dogma y la enseñanza, y para lanzar sobre el enemigo la metralla o el dardo en la hora del sacrificio. Sólo luz y fuerza dejan en la historia

esos períodos de confusa y ardua lucha; y luz y fuerza para el renacimiento y el trabajo, son la semilla que en la sociabilidad han esparcido tantas fecundas contiendas; y hoy podemos admirar en el estilo de vuestros escritores y publicistas, en la entonación de vuestros oradores y poetas, aquellos mismos caracteres; y si a ellos se añade una exquisita naturaleza artística, manifiesta en las tendencias literarias de la juventud, podéis presentar orgullosos al mundo contemporáneo, con el tesoro de vuestras riquezas y de vuestro clima generoso, las fundamentales virtudes del alma nacional, tan fuerte para las luchas de la vida, como amante de los triunfos de la inteligencia.

Tan bellas y positivas cualidades, en que el análisis reconoce frutos de la tierra que nuestros ríos fecundan, tienen su misión señalada en los tiempos que falta recorrer; porque si el brazo y el pensamiento han salvado la edad del crecimiento orgánico, la eterna ley de la historia que no permite a los pueblos detener el paso, les manda emprender con más ardor y brío que nunca el camino de su grandeza. No hemos terminado, pues, nuestra misión civilizadora; la misma juventud alienta y fortifica nuestras almas; la misma sangre y las mismas influencias naturales dan vigor a nuestros brazos; una misma corriente económica y política arrastra nuestras existencias; un mismo porvenir señalan en el tiempo las profecías de nuestro destino. Hemos hecho grandes cosas en el pasado; hemos fundado instituciones liberales; hemos abierto el hogar de nuestros progenitores a todas las ideas y las creencias, declarando libres nuestros caudalosos ríos; hemos prometido a la civilización moderna ser dignos de sus enseñanzas y beneficios, y debemos reflexionar si en efecto nada nos queda por cumplir de esta solemne promesa, si no debemos temer del porvenir amenazas imprevistas, no solamente para las instituciones que con tanto sacrificio fundaron nuestros antepasados, sino también para los derechos adquiridos por las naciones, y para la justicia en que ellas apoyaron en 1810 la causa de su emancipación.

Mientras flote una sombra de duda en las soluciones históricas de este agitado siglo; mientras la cultura intelectual y la libertad política en las riberas del Río de la Plata no sean una verdad que se presente al espíritu con los signos de lo eterno; mientras subsista en el ambiente político de esta época una causa remota de inquietud por el imperio de las ideas que desde hace siglos informan la cultura del Río de la Plata, la misión común de la milicia intelectual en los países que bañan sus aguas, no habrá llegado a su término... Porque las revoluciones que engendraron estas nacionalidades, no fueron concebidas para lanzarlas al mundo sin más fin que la vida, como el águila engendra y arroja al espacio su fuerte prole, tal vez para destruirse con sus propias garras: eran organismos vigorosos, dotados de cuerpo y alma, de tierra y de cielo, para que se multiplicasen y difundiesen en el tiempo y las generaciones las altas virtudes de la raza madre, los progresos de la ciencia, las conquistas de la libertad y la razón, incorporadas, en fusión irrevocable, en su sangre y en su espíritu.

No ataron, pues, los hombres los lazos que ligan nuestros comunes destinos; porque las dos comarcas brotaron de un mismo seno, gozaron de la misma infancia, vencieron los mismos peligros y se cubrieron de las mismas glorias. Las dolorosas vicisitudes de la libertad en esta América, hirieron por igual los corazones, ensangrentaron el suelo, tiñeron las aguas de los ríos; pero también confundieron los hogares, enlazaron los nombres con nudos eternos, mezclaron los linajes y fundieron un solo metal en un solo molde.

En el espacio de tres siglos lucharon juntos los dos pueblos por estas dos grandes causas: la integridad del territorio, la destrucción de la tiranía. Jamás fueron vencidos, y este vínculo de la gloria no se rompe sino con la muerte. Más bella y más gloriosa todavía se presenta la tarea del porvenir, que es también de lucha, porque lucha es la vida; pero no ya contra enemigos armados que disputan tierras o ciudades, sino por la mayor difusión de los conocimientos; por

la elevación de los espíritus a concepciones más ideales y perfectas de la vida y del destino de las naciones; por encender en todos los hombres que gobiernan y que forman los gobiernos, el amor sincero y abnegado por la libertad, por las virtudes del ciudadano, la veneración por nuestros mayores, cuyos espíritus nos contemplan y nos juzgan desde su inmortalidad.

Para cumplir esta misión se anudaron, por obra de voluntades incontrastables, nuestros vínculos de raza, de espíritu y de territorio. No se extienden por fortuna entre nosotros cordilleras inaccesibles, ni el "océano dissociable" del poeta latino, sino un río bordado de selvas perfumadas y rumorosas, y el Mar Dulce de Solís, cuya dulzura fué siempre símbolo de amor, y cuyas ondas, más bien orgullosas que embravecidas de la tormenta, fueron en las varias alternativas de nuestra existencia, portadoras de votos y de consuelos amigos, o aliadas en victorias inolvidables. Luchemos, sí, luchemos sin reposo, desde las hojas donde vertemos la vida, la esencia de nuestra vida, para que bosques de mástiles y nubes de vapor cubran la vasta superficie de nuestro río, y crucen por infinitos puentes sobre el Uruguay las locomotoras: serán nuevas e imperecederas obras que mantendrán en perpetua actividad la corriente de mutuas simpatías y riquezas; y podéis estar seguros que los fantasmas de la tiranía y del desorden no se alzarán nunca más sobre nuestra tierra, y la paz, y el trabajo, las ciencias y las artes, serán el coronamiento de tantas empresas y fatigas, y la verdadera gloria y grandeza de la patria.

CAPITULO XII

CHARLONE

...e'l suo destino
E destin de la patria
TASSO.

I

Evocamos hoy una memoria querida, la sombra errante de un soldado de la libertad, uno de esos poseídos de la pasión del sacrificio, formas vivientes de ideas e impulsos nobilísimos de la criatura humana, y aparecidos en las horas de prueba, como enviados del otro mundo, ejecutores iluminados de designios supremos: es un hombre, una familia, o una legión, consagrados a las soluciones esperadas por un pueblo durante largo espacio de dolorosa existencia.

Para éstos no hay otro destino que la lucha; y como el águila que al amanecer, suspensa sobre una cumbre, escudriña el llano y la distancia para soltar el vuelo, parece que un instinto les señala el rumbo de la vida, de la labor y de la gloria. En vano se pretenderá desviarlos, ni con los halagos de la fortuna, ni con los deslumbramientos de sensuales promesas: son la encarnación de ideales ignotos, y cumplirán su mandato, ya sean dotados de las gracias de la inteligencia o del numen del arte, ya sean rudos y ásperos labradores, ya soldados toscos e inquebrantables como el granito.

Esos son los héroes. Nadie sabe dónde aparecerán; inexcusable será siempre la órbita de su carrera en la historia, y un misterio la voz o la fuerza que les dé el primer impulso.

Una sociedad despedazada, una familia dividida, un martirio individual, les hieren el corazón; y la gota de sangre o la lágrima compasiva son el signo de una metamorfosis, el germen de una epopeya, cuyos actores serán los niños que contemplaron los horrores de la discordia o los tormentos de las víctimas. La tierra nativa grabó en ellos sus caracteres más hondos, los consagró con sus dolores y sus anhelos más íntimos, y al fortalecerlos con sus auras y sus alimentos, les transmitió su ser: desde entonces "su destino es el destino de la patria".

Nacido en 1826, el hombre cuyo recuerdo da origen a estas líneas, arrancábase a los trece años del seno de la madre Italia, en momentos amargos, en que la venerable reina de las naciones lloraba como Niobe sobre los escombros de su antiguo hogar, deshecho por los odios y los despotismos. Montevideo fué la ciudad donde Juan B. Charlone respiró el ambiente de América.

No se hallaba entonces la vigorosa familia de los tiempos de Mayo menos atravesada de surcos profundos, menos aterida de dolores sin ejemplo y menos vilipendiada por los tiranos, que la dulce y armoniosa Italia, dejada allí, entre sus mares y sus montes, entre sus ruinas sagradas y su cielo generador de poesía y de arte, esperando la hora de la redención prometida. También aquí se combatía por la unidad y por el derecho, por la justicia y la libertad; y los ruidos de armas y las escenas del heroísmo ensordecían el espacio y brillaban con luces desconocidas.

En aquellos días aciagos eran una misma alma los hijos de una y otra orilla del Plata y del Uruguay; el déspota que aquí usurpara las conquistas de luchas inmortales, extendía hacia allí sus implacables armas, no ya para reunir bajo el mismo techo la familia dispersa, sino para incendiar allí también, hasta las raíces, el árbol nuevo de la libertad republicana, regado en sus primeros días por un solo y fecundo amor.

La ciudad que en la leyenda americana ha recogido el

cetro enlutado de Ilión, y lleva con digna majestad el nombre ilustre de Nueva Troya, guardaba en su corazón las esperanzas de los desterrados y los perseguidos, y era al propio tiempo fortaleza contra las agresiones sangrientas e incendiarias. Cerradas las puertas a la invasión devastadora, y llena de pasión heroica su población de guerreros, el ambiente vibraba, saturábase de nobles aspiraciones y arrebatos fecundos: las madres enseñaban a sus hijos la lección de la muerte, los ancianos combatían como los jóvenes y los extraños sentían arder en sus corazones los recuerdos distantes; y forjándose allí la imagen de la patria ausente, lanzábanse con santo ardor a la defensa de la generosa e infortunada tierra adoptiva.

Fué en el Sitio Grande cuando Charlone sintió llamarse a las armas. Aquel errante caballero de pueblos oprimidos, José Garibaldi, fué el caudillo que inflamó a sus jóvenes compatriotas de Montevideo. A su voluntad y su poder debió su origen la Legión Italiana, de imperecedera memoria y de interminable existencia: podrán acallarse y bajarse las armas, o caer uno a uno sus soldados en el campo del honor y de la gloria, pero la bandera invisible de la Legión Italiana flota siempre al viento de las nobles causas, y apenas resuenen el tambor y el clarín de nuevas lides, se la verá aparecer otra vez al frente, guiando a los suyos, resucitada de sus cenizas, como bandada de aves mitológicas que sigue a los ejércitos defensores de la justicia y libertadores de oprimidos.

Charlone consagra desde niño, a esta entidad inseparable de nuestra vida nacional, su sangre y su vida: él es la legión en cuerpo y alma. Garibaldi la conduce por agua y tierra, con destino y suerte varios, pero siempre heroicos; porque la ha ungido con su propio ser, y su aparición en las batallas se anuncia por el terror de sus bayonetas, por la exhalación del asalto, por la impavidez en la muerte.

Aun permanece en la penumbra, como leyenda que nadie se atreviese a develar, la cruzada marítima y terrestre

que al servicio de la causa libertadora realizaba la Legión Italiana en la cuarta década de nuestro siglo. En la campaña del Salto, en la toma de la Colonia, en la sorpresa de Martín García, en Gualeguaychú, en el Hervidero, en Itapeví, Charlone fué el soldado raso, la unidad atómica indestructible de la masa combatiente, cuya firmeza y empuje descansan en el valor, en la disciplina y en el entusiasmo de la idea, pero que un día aparece clara y distinta sobre el conjunto, porque su potencia y su inspiración han condensado la de todos: es la revelación del héroe desconocido, el relieve imborrable que pasará a la posteridad en día lejano, en granito, en bronce o en mármol.

Esa hora fué la del combate que las crónicas incoherentes de la época llaman de San Antonio, en las cercanías de esa hermosa ciudad del Salto, de las graciosas colinas y las puestas de sol indescriptibles. Un soldado de diez y nueve años, herido en la cabeza, sale de las filas con honores excepcionales, se llamará en adelante el sargento Charlone.

Muchas sombras enlutaron desde aquel día el cielo de la Patria. La sangre corrió a torrentes, sin que los esfuerzos de los libres, ni los sacrificios e inmolaciones, ni los cálculos de la ciencia militar lograsen descorrer el velo del santuario de libertades, tanto tiempo disputado a la guardia del tirano. El bravo legionario, que ya conquistó a golpes de su espada los galones de capitán, guiaba su compañía en medio de aquel gran ejército, que había de renovar en Caseros hazañas acaso desvanecidas en treinta años de discordias e infortunios.

Cuando las pasiones contemporáneas cedan su campo a la luz plena de la historia, y el arte ilumine cada una de las figuras del inmenso cuadro de esa batalla, veremos elevarse sobre el tumulto con líneas propias y originales, al voluntario de Montevideo, al sargento de San Antonio, al capitán de Caseros...

No hay una guerra, ni una causa en que se hallase empeñada la nacionalidad argentina durante veinte años de mili-

cia, que no tenga un tributo de la sangre de aquel noble hijo de Italia. La legión militar custodiaba contra el bárbaro feroz de las pampas el pueblo de Bahía Blanca: el asalto se produce el 19 de marzo de 1859; pero el indio tiene que huir despavorido, aterrorizado por la muerte que los legionarios de Charlone siembran en la horda salvaje, a la que va a buscar en su avanzada guarida, hasta Salinas Grandes. Aquí los invulnerables, los engreídos monstruos que por tres siglos hicieron la tiniebla sobre los dominios australes, tuvieron nuevo y ejemplar castigo, y el único biógrafo de Charlone cuenta cómo aquella inusitada y temeraria empresa fué parte a detener por largo tiempo las irrupciones pavorosas del desierto...

II

Pasemos de prisa por el escenario de la nueva guerra civil que tiene su desenlace en Pavón. Por más que las leyes de la disciplina y la unidad del deber marcial, arrastren entre sus filas a los mismos héroes, hay algo que en el fondo del alma se eleva como un celaje de tristeza, para velar las acciones más brillantes del valor guerrero.

Veinte años de combates y fatigas en los ejércitos de la patria debían tener una consagración definitiva de la gloria. Ya el momento supremo se acerca. Un pueblo hermano, que es sangre de nuestra sangre, y que se desprendiera del común hogar del Virreinato para tentar los azares de la vida independiente y libre, heredero de tradiciones dignísimas e ilustre abolengo, sufría allá, entre las selvas tropicales que el Paraguay y el Paraná envuelven con sus majestuosas curvas, los horrores y afrentas de una tiranía de sangre y de deshonor. Y al calor de un sentimiento nativo, el autócrata astuto arma y retempla esa nación de héroes para lanzarla sobre la tierra argentina, apartados de la propia y suprema justicia y reivindicación de su libertad usurpada.

Resuena otra vez sobre los dilatados ámbitos de la patria el clarín de las sagradas contiendas, convocando a sus hijos a los campos de la matanza y el sacrificio. Corrientes, ejemplar por sus sufrimientos y martirios tradicionales, cae indefensa en manos del invasor. Ante el ultraje y profanación se conmueve el alma nacional, y marchan las legiones a liberar la ciudad benemérita. Charlone es jefe de la Legión Militar, y es el elegido para el bautismo de sangre de aquella guerra que inundó con ella a dos naciones: era resolver una victoria, y ésta debía saludar el aniversario de Mayo.

Desembarca el jefe al frente de una sola compañía con su capitán; el enemigo avanza rápido a contener aquella amenazadora invasión a la ciudad usurpada.

Ha llegado el instante de la prueba para el arrojo temerario y el ciego heroísmo. La compañía acomete al centro del campo contrario rompiendo una lluvia de proyectiles, para encontrarse luego con un muro de sables y bayonetas que se cruzan con las suyas, echan chispas y chorros de sangre. La confusión es horrible, el peligro enorme; Charlone recibe un golpe de hacha en el cráneo, y cien más se ciernen sobre él ansiosos por arrancarle la vida. En torno de su cuerpo bañado en sangre se traba un combate infernal, en que sus oficiales y soldados disputan con los suyos el tesoro amenazado. Uno a uno van cayendo en montón informe, de cuyo seno surgen los gritos de coraje de Charlone, animando a la pelea e intimidando a los encarnizados enemigos, que se estrellan en la barrera impenetrable de sus legionarios, los cuales arrancan nuevo vigor del alma de su jefe. Escena grandiosa, digna de la épica entonación que cantara las proezas de Troya y de Jerusalem, ella tiene un espíritu y anima un símbolo que más tarde veremos expresarse en forma deslumbradora: el hijo de Italia, rodeado por los del Plata, sucesores de los granaderos de Lavalle y Necochea, realiza allí, mientras se reúne y entra en acción el resto de la tropa poniendo en fuga al enemigo, la cruenta profecía del futuro: la comunión íntima y substancial del alma de dos nacionali-

dades, que confunden su vida y su muerte en un solo altar ensangrentado.

Luego en Yatay, en Uruguayana, el 24 de mayo, da las mejores victorias a su división: Charlone ya no es sólo el comandante que influye sobre el espíritu bélico de la unidad de su mando, porque sus actos de insuperable valor, los éxitos inevitables de sus movimientos y sus ataques extiéndense más lejos, y reflejan su influencia sobre más vastas esferas: es estímulo, es confianza, es seguridad, es la alta emulación del sacrificio.

En Tuyutí la Legión renueva los esfuerzos inauditos de Corrientes, deteniendo en la férrea muralla de sus cuadros las tupidas caballerías del adversario, que caían sobre ellos como las avenidas de un torrente, arrastrando y convirtiendo todo en nuevas fuerzas a su paso.

Y allí también, por ser invencible en las vanguardias, es enviado a ocupar la isleta de Yataytí-Corá, erizada de defensas en contorno, hasta hacerla temible, casi inexpugnable; no importa, él asalta con su Legión, y al llegar al término de su avanzada, mientras las naves, las fortalezas, las trincheras y las filas abiertas lanzan a un tiempo millares de balas que siembran la muerte y obstruyen el espacio, Charlone, apoyado en un árbol, desnuda de su corteza de oro y come la fruta exquisita de la Hespérides tropical.

Aquella fué, sin duda, la víspera sonriente del gran día de su inmortalidad. Los fosos de Curupaytí eran los sepulcros abiertos a las más bellas esperanzas y a los más firmes paladines de la patria. ¿Era necesario inmolar tantas existencias preciosas y templar al rojo en la fragua de la muerte el valor argentino, cual si nunca hubiese soportado la tremenda prueba? Conteste la historia mañana; entre tanto, la orden terrible debe cumplirse, y Charlone irá como antes a la cabeza de la columna de asalto, dispuesto al sacrificio postrero. Aquel desfile fué más que una marcha bélica, la profesión fúnebre de la despedida. Pero no fué menos vigoroso y bravo el ataque, porque una voz, un acento marcial, un toque

de clarín bastan para disipar las tinieblas sobre los campos de batalla, e iluminar paraísos deliciosos en la mente de los guerreros.

Cargaban las legiones argentinas a cuerpo descubierto sobre el enemigo, oculto e inaccesible tras de sus muros y de sus dobles líneas de zanjas y trincheras: brindábanse a los cañones como expiatorio tributo a dioses sanguinarios e invisibles. Pero la muerte de los compañeros, las caídas a centenares en los fosos, la resistencia misma, daban bravura feroz a los jefes del asalto, que caían unos tras otros cruzados de parte a parte, mutilados, despedazados, como fulminados del rayo. Los gritos del valor y las órdenes impetuosas mezclábanse en aquel campo de humana carnicería, con los gemidos y estertores de los moribundos, y con las cálidas frases de las despedidas eternas, que no eran sino breves y pasajeras separaciones.

Seguido de su brava Legión, Charlone procuraba a golpes de sable romper el macizo cerco de ramas que detuviera sus ímpetus legendarios, cuando un casco de metralla le atraviesa de parte a parte el pecho que veinte años de combates respetaron; y antes de abrazar a la muerte pudo exhalar el grito de ¡Viva la Patria! a cuyos ecos recorrieron el continente y murieron a millares por la libertad de tres naciones, los ejércitos argentinos. La bandera celeste y blanca, al envolver el cuerpo del guerrero, se tiñó con su generosa sangre; y su calor materno pudo prolongar las horas de aquel hijo amante, para que pudiera dejar sus cenizas en la tierra consagrada por su culto.

Así el obscuro emigrante de la Italia, que llevó en sus venas la savia del suelo originario, y en su corazón las inspiraciones del alma de la tierra nativa, al inmolarse en medio de una falange de héroes y de mártires del honor y la disciplina, siente sonreír en su ser las bellezas, las tradiciones y los recuerdos de la augusta madre de sus antepasados; y la patria que nombran sus labios expirantes es una sola, es la patria que lleva en su corazón y en su cerebro, forjada en

el yunque de combates, glorias y desventuras comunes; es la patria ausente renacida bajo el cielo y en la naturaleza americana, en el espíritu del héroe, hecho de fortaleza y de amor; es la realización de un consorcio íntimo, irrevocable, de dos amores que se confunden y se convierten en uno solo, de dos patrias que adquieren una sola forma ideal y alientan con su caricia la última hora del que muere por ellas.

Símbolo grandioso de leyes inescrutables, la vida de Charlone, su consagración a las luchas de la libertad y del derecho en la República Argentina, su muerte digna del mejor de los héroes, no pueden ni deben quedar en el olvido. Su despedida y voto supremo de ¡Viva la Patria! es la voz profética de una grande alma, que anuncia la unión fraternal de dos naciones, aquella que le ofreció su humilde cuna, y la que se rasgara el seno para guardar sus despojos. El bronce o mármol que los hijos de Italia y de la Argentina levanten unidos para su culto perpetuo, será la consagración material de un sentimiento y de una verdad histórica: la comunidad de destinos bajo el sol de Mayo y sobre esta tierra de promisión. E Italia podrá grabar en el pedestal incommovible, el verso del gran poeta de la santa cruzada: "*e'l suo destino è destin de la patria*".

CAPITULO XIII

SOBRE LA CIVILIZACION EN AMERICA

(12 de octubre de 1892)

I

Desde que se aproximaba el IV centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, historiadores, sabios y hombres de letras de todos los países vinculados con el inmortal suceso, no han cesado en la tarea de investigar las fuentes, ya fuera para aclarar los puntos oscuros o dudosos, ya para celebrar en prosa o en verso acción tan trascendental: la inteligencia y la inspiración unidas en elevado consorcio han alzado su voz, formando en sólo un año de producción escrita una enorme bibliografía, que será desde luego la mejor coronación del hombre, dueño de la gloria de aquel día.

No era, por otra parte, extraño, que el siglo XIX pusiese a contribución los progresos realizados en todos los dominios del pensamiento, para exhibirlos como homenaje a los pies de la efigie del que, dotando a la humanidad de nuevo y vasto campo de expansión, cuna de nuevas generaciones, ya mezcladas con las autóctonas, ya trasplantadas a suelo virgen, dió a la vez nuevo vigor e impulso a las leyes del crecimiento y de la vida de las razas que pueblan el planeta. Cuatro siglos han transcurrido, y ya, fundidas las del viejo con las del nuevo continente, todas presentan la misma civilización, los mismos principios rigen su vida y los mismos problemas agitan sus colectividades: y las naciones de uno y otro proclaman el mismo derecho y buscan los mismos ideales.

¿Pudo jamás Cristóbal Colón soñar el porvenir de la tierra descubierta? Esos hombres providenciales, por decirlo así, al realizar hechos de universal y eterna influencia, son casi siempre servidores inconscientes de las fuerzas fatales de la gran corriente histórica, o bien, iluminados por la concepción de una idea aislada, y sin percibir las inmensas ramificaciones o desarrollos posteriores, no podrían, no deberían ser discutidos. La humanidad ha recibido por su intermedio los beneficios y las conquistas de que goza; y esos hombres son imperecederos y con justicia venerados por los siglos de los siglos, porque los acontecimientos culminantes, como el hallazgo de América, nunca dejan de engendrar y de producir nuevas consecuencias y nuevos y siempre benéficos resultados.

Desentrañar argumentos, inventar ratiocinios, forjar metafísicas para cambiar el criterio consagrado por algunas centurias, es empeño vano; el proceso retrospectivo de la razón, llevará siempre al punto de partida. Cristóbal Colón por inspiración y designio propios, u obedeciendo sin conciencia a una fuerza desconocida entonces de los hombres, es el autor de la más grande de las soluciones humanas, el conductor del espíritu y de la sangre del viejo mundo a estos inmensurables territorios, donde hallaron las antiguas razas savia, materia y elementos nuevos para prolongar y robustecer la existencia.

Antes que entrar en el dominio de las especulaciones y leyendas conocidas acerca de la vida del descubridor, nos proponemos en este día de su glorificación, analizar la marcha que ha seguido la civilización de América, desde que fué encontrada por el navegante genovés hasta nuestros días, pues la civilización fué su primordial resultado, y a la vez, el agente de la transformación operada en la faz del mundo desde entonces. Rindamos cuenta a su memoria del uso que hemos hecho del colosal legado, y cómo hemos sabido conservarlo y enriquecerlo.

Pero no debemos empezar nuestra tarea sin dedicar un voto de reconocimiento y de justicia a la nación caballeresca

y heroica, a la emprendedora y generosa España de los Reyes Católicos y de los sabios monarcas que les sucedieron, quienes, a pesar de sus errores, que en parte lo fueron de las ideas dominantes en su tiempo, derramaron sobre nuestra América los inestimables tesoros de sus leyes, y la base de la única cultura que ha engrandecido y dignificado al hombre y ensanchado las vías del pensamiento: el cristianismo, con el derecho, las religiones, las costumbres, las libertades y los ideales que él entraña y con los que ha fundado la civilización contemporánea.

II

Cuestión más ardua de lo que a primera vista parece es ésta de determinar si hubo o no en América una civilización antes de su descubrimiento. Numerosos, pacientes, profundos y no poco sutiles estudios se han practicado respecto de ella por americanos y europeos; sabios arqueólogos e historiadores eminentes han dedicado sus días a investigarla, y el resultado no puede decirse conseguido. Lo que al fin parece haberse obtenido, es la división de las opiniones en dos bandos, formado el uno por los que piensan que entre los primitivos pobladores llegó la civilización al mismo grado que en algunos pueblos del oriente del viejo mundo, y el otro por los que, partiendo del principio de la civilización occidental, opinan que lo que en América había no merecía el nombre de civilización.

La filosofía ha llegado a fijar bases inmutables para juzgar de lo que constituye una cultura propiamente dicha; las ciencias auxiliares de la historia han contribuído a este esclarecimiento; pero por más que estos últimos sólo conduzcan a hacernos luz respecto del desarrollo espontáneo de los medios de vida en las comunidades humanas, no llegan, si no es por manera refleja, a poner de manifiesto el sucesivo mejoramiento del espíritu, de la inteligencia, en orden a los fenómenos morales y al perfeccionamiento de las ideas.

Probado está por todos los medios científicos de investigación y de experiencia, que todos los pueblos primitivos, por una tendencia originaria de su naturaleza, buscan un ser superior para adorarlo y someterle sus voluntades y vidas; y cuando por influencias locales o de disposiciones inferiores para la cultura, no han podido concebir un dios ideal, han hecho de los fenómenos naturales o de los agentes físicos más vitales, el objeto de su culto, siempre ardiente y entusiasta en la primera edad histórica.

Luego, la religión, como relación que une al hombre con ese principio supremo de la divinidad, es una ley de existencia fatal en toda humana criatura; ella empieza por afectar los hechos más generales, para ir penetrando en las múltiples faces del alma y de la vida psíquica, dando norma y ordenación a los afectos, sentimientos, concepciones, inclinaciones, deseos, apetitos, y, en fin, a todos los aspectos en que se presenta el hombre. El método, a medida que va tomando formas en el espíritu, va diseñando una cultura, porque imprime una dirección común a las tendencias individuales en las agrupaciones, y les hace ver en el hecho misterioso de la existencia, algo más trascendental que el alimento, la procreación y la guerra de tribu y de sangre.

La civilización empieza a ser tal, cuando la inteligencia humana, levantándose de la esfera de las necesidades animales o de los instintos primitivos de la dominación por la fuerza, de la lucha con los enemigos de la vida física, y otras, ha concebido una idea más alta sobre el origen, un pensamiento regulador de la acción social y un principio de perfeccionamiento, que comienza en el individuo a ser una obligación moral y sigue imponiéndose al conjunto.

Pueden, pues, las tribus autóctonas llegar a practicar, sin haberlas aprendido por el contacto con pueblos cultos, ciertas artes o costumbres semejantes a las de éstos: pero siempre aparecerá la línea divisoria cuando se analice el principio moral que los informa y los conduce, y en qué grado las

facultades se relacionan con ellos, qué ideal inspira las guerras regionales, qué noción, aunque sea embrionaria, del derecho, rige los vínculos colectivos y domésticos, o qué forma de libertad han llegado a comprender.

Muchos, tal vez imposibles de dividir claramente, son los estados sucesivos que preceden al de civilización, desde el salvaje y animal hasta el más próximo al de la cultura; y esto ha hecho, sin duda, que se llame con tal nombre, tal vez por falta de otros, a cada uno de los pasos que las tribus han dado en el sentido de su mejora relativa en las condiciones de la existencia.

Las tribus que poblaron la América antes del descubrimiento, siguiendo las leyes naturales de la vida, llegaron a presentar formas rudimentarias de gobierno, semejantes a las que rigen hoy a las naciones civilizadas. ¿Habrá de deducirse de esto que eran pueblos civilizados? No: la ciencia moderna ha ido a buscar en la naturaleza las bases del derecho político, tratando, según la fórmula de Montesquieu, que las leyes fuesen lo más posible un reflejo de la naturaleza de las cosas; pero en manera alguna ha ido a aprender de los algonquines la forma federativa, ni la monárquica de los aztecas, ni de los quichuas, sino que, coincidiendo estos sistemas con las tendencias naturales del gobierno, resultan aquellos simples elementos de observación y de deducción, como que vivían en la naturaleza misma.

Son, pues, ellos una prueba evidente de que la ciencia moderna, inspirándose en las leyes naturales, tomó rumbos nuevos y seguros para cimentar la libertad y los intereses sociales sobre bases duraderas. Según aquel principio, debíamos decir, que las abejas y las hormigas son más cultas que gran número de naciones contemporáneas, a juzgar por el orden admirable y la clarísima separación de cada una de las jerarquías y funciones en que se dividen los enjambres.

III

A juzgar por todo lo que se sabe del estado político, social y religioso de los indios americanos, anterior a la conquista, no puede ponerse en duda que las nuevas investigaciones han obtenido enormes ventajas, con haber podido observar su vida y lo que dieron de sí como manifestación intelectual; pero lo que no podrá probarse es que ellos hayan tenido ni podido tener la menor influencia para cambiar o modificar las prácticas de los viejos pueblos de Oriente en orden a la religión, política, guerra, artes, manufacturas e industrias, a no ser los museos de antropología, las colecciones arqueológicas, los libros de observación y de análisis puramente científico, ciertamente muy útiles para completar el conocimiento de todo lo que en nuestro planeta existe o yace como riqueza natural, pero no para alumbrar los senderos de la raza humana.

Los pueblos del norte de América, donde después se levantó la gran república de Wáshington, presentaban los rudimentos de algunas formas de gobierno y de algunas artes, aproximándose a la federación actual, lo cual ha hecho decir a algunos que los fundadores de la Constitución americana habían tomado como molde la primitiva organización política de las tribus indígenas. A ser esto cierto, tendríamos que borrar la historia de la ciencia y la ciencia de la historia, las cuales hacen derivar de la antigüedad griega, romana, germánica, gótica, las actuales formas que gobiernan las sociedades humanas.

Confúndese, o más bien, desconócese el proceso natural de la idea gubernativa de los pueblos primitivos. El jefe de cada tribu conserva su dominio absoluto sobre la religión nativa, y sobre los que ocuparon para su expansión posterior, y cuando algunos conquistadores salvajes más fuertes para la guerra, por la necesidad los sometieron, hubieron de dejarles el poder sobre su pueblo, más por instinto de conservación que por concepto alguno político; y lo mismo sucedía

con las famosas representaciones o asambleas federativas y con los *clanes*, de que tanto mérito hace el señor Pi y Margall.

Nada se diga de los *natchez*, sobre los cuales más sabemos por los viajes pintorescos y fantásticos y los poemas románticos de Chateaubriand, que por la historia propiamente dicha, y allí mismo, su barbarie no admite atenuación; y poco sólidos serían los fundamentos de la brillante civilización yanqui, debida a sus tradiciones europeas, si reconociera aquellos orígenes indígenas. Pero ni siquiera resiste al más llano y sencillo criterio el argumento, más bien sentimental que histórico, fundado en los pretendidos antecedentes precolombinos: porque otra ley natural, la del equilibrio en todas las cosas de este mundo, hace imposible el predominio de elementos distintos de los de la alta tradición inglesa de donde procedieron las instituciones y libertades americanas. ¡No está olvidada todavía la gran lucha que arroja a las playas de Pensilvania a los puritanos expatriados, llevándose la civilización inglesa del siglo XVI!

IV

Grado más alto ocupa la nación que sojuzgó Hernán Cortés, porque al decir de los americanistas e historiadores más autorizados, los aztecas habían logrado ya el conocimiento de muchas artes e instituciones que hacían más cómoda y soportable la vida; pero siempre hay dos puntos oscuros que excluyen toda idea de verdadera civilización, la religión y el gobierno, en los cuales no se vislumbra una concepción bastante elevada de la divinidad, ni noción alguna de libertad.

Se ven solamente las formas elementales y empíricas de una y otra, pero concurrentes a aumentar y vigorizar el poder bárbaro y despótico de los jefes, desde el primario y elemental de la tribu hasta el que se invistió después con el manto de los emperadores.

El pueblo no pasa de ser el eterno tributario del soberano,

y el poder de éste no se cimenta sino en el terror y en la fuerza del brazo; hasta aquella pompa y aquel brillo de las cortes imperiales, en que algunos americanistas creen encontrar pruebas de una adelantada cultura, no acusan, en verdad, otra cosa que la natural e infantil inclinación del hombre a todo lo aparatoso y relumbrante, que en grado inferior, sin duda, atestiguan los estudios de los geógrafos modernos sobre las costumbres de las puebladas salvajes del Africa Central, donde también existen formas federativas, nociones de la divinidad y aparatos de corte.

Hubo, se dice, grandes obras arquitectónicas, principios de escritura y esbozos de dibujo, y aun se afirma, con razón tal vez, que algunos monumentos aztecas y mayas hallados en las ruinas de Palenque, de Uxmal, de Copán, y artefactos y tejidos, utensilios y otras obras decorativas, ofrecían visibles semejanzas con las de Egipto, Etruria e India.

Indudablemente las manifestaciones artísticas de los pueblos de Méjico y Centro América, revelan que la cultura relativa de aquellos llegó a producir construcciones semejantes a las de los antiguos egipcios, etruscos e indúes, y que existían en ellos las eternas disposiciones artísticas naturales de las razas humanas; pero lo que debe probarse es que las de aquellas naciones citadas, son realmente civilizaciones, tal como esta idea era concebida en el siglo XV, cuando la conquista de América llevóse a cabo.

Las líneas rectas, o las gigantescas y poco delicadas curvas que ostentaban sus monumentos, son una prueba más de que sus nociones estéticas estaban muy lejos de demostrar una adelantada civilización, y los monolitos, los enormes trozos que componían las pirámides, la cinceladora primitiva de la piedra bruta y de la madera, bastan para fijar la edad histórica e intelectual de las razas americanas; así como las pirámides de Egipto, levantadas a costa de miles de hombres conducidos a golpes de látigo, si algo demuestran es la antigüedad y la escasa cultura de los pueblos constructores, y que sólo fueron erigidos como ornamento en las tumbas de

sus reyes, o siempre como homenaje al déspota o como culto a sus divinas personas.

Las razas conquistadoras, que llevaban ya en su espíritu la huella vivísima de la cultura helénica y romana, que sabían de la estatuaria griega, aún no superada, que traían la imprenta y admiraban los lienzos de los grandes pintores italianos y españoles, cuyas obras aun se admiran y se admirarán por los siglos, no podían ni debían considerarse iguales a las que sólo levantaban pirámides macizas, templos de piedra desnuda sin ornamentación y de líneas simples, que sólo dibujaban embrionarias formas de objetos o personas, tales como los niños los graban ingenuamente en todos los tiempos, y que no podían escribir y por tanto transmitir a su posteridad las ideas, las nociones, los principios, las teorías que dieron vida a tales obras.

Mucho se ha ponderado también las disposiciones agrícolas y la legislación agraria de los aztecas, pero los mismos panegiristas se apresuran a afirmar que el trabajo de la tierra sólo concurría a abastecer los graneros y la mesa de los reyes, únicos dueños de cuanto existía dentro de los límites difusos del territorio, y sólo conservaban los labradores para sí, la porción necesaria para su vida animal, y sus labores eran interrumpidas constantemente por las interminables guerras de tribu a tribu, efecto de la misma falta absoluta de ideas de derecho y de justicia.

V

Es incuestionable que los Incas fueron los que más alta civilización alcanzaron, que con más claridad y precisión concibieron el gobierno, y los únicos que llevaron un pensamiento transcendental en las conquistas para ensanchar su imperio; y el hecho de haber sometido y conservado tan vastos dominios durante algunos siglos, más por la política que por la guerra misma, que asumía caracteres más moderados, demuestra cuánta diferencia los separa de las demás naciones

indígenas del continente. No obstante, sus tradiciones religiosas se apartan a gran distancia de las que han forjado las razas civilizadas, y tampoco pudieron dejarlas escritas ni transmitir las a sus descendientes, libres de las adulteraciones venales de los sacerdotes, sometidos a los caprichos brutales de los emperadores, a cuyas satisfacciones amoldaban sus vaticinios o sus interpretaciones de los designios celestes.

Ni tampoco la personificación de la divinidad en el Sol, por más poética que parezca por lo sencilla y por el objeto mismo, es razón para deducir de ella principios y reglas morales, ni políticas, ni jurídicas; antes bien, corresponde esta idea de Dios a la edad infantil de las razas humanas, en la cual los elementos primordiales o vitales de la existencia física, son elevados al grado de la divinidad, como el fuego, los astros que alteran las condiciones climatéricas de la tierra, que influyen y producen los fenómenos atmosféricos, objeto de sus temores y de sus alarmas. Pero de allí, de ese concepto material y limitado no pasaron, hasta que la conquista les sorprendió en lo más recio, en lo más arduo de su evolución etnológica y social.

Por mucho tiempo se tuvo la escritura incásica, los famosos *quipus*, como una forma casi perfecta de expresar el pensamiento; pero investigaciones más exactas han puesto en evidencia que no sirvieron sino como elementos para la más sencilla contabilidad; ni podían jamás aquellos nudos, por más combinaciones que se hicieran, traducir las ideas, ni las mil fases del pensamiento aplicado a los efectos ni a los conceptos ideales; si tal sistema hubiera podido expresar estas cosas, habría sido siempre el patrimonio de muy pocos e inaccesible a la masa, y hasta los mismos emperadores, cuyas ocupaciones bélicas les habrían prohibido dedicar la vida entera al estudio de semejante escritura. Ni siquiera llegaron a tener signos gráficos como los cuneiformes o los geroglíficos asirios y egipcios, fáciles de descifrar y susceptibles de representar ideas o conceptos abstractos; y si es verdad lo que afirma Wiener que en unas telas encontró figuras

representativas de vastas concepciones ideales, son tan informes y oscuros los signos, tan rudimentarias las figuras y tan sutil el sentido hallado por aquel sagaz americanista, que más bien se antojan esfuerzos de imaginación del explorador. Por lo menos, habría que comprobar con otros elementos la posibilidad de que tales dibujos corresponden a tales conceptos de la inteligencia indígena.

Si la nación quichua fué la que más civilización ostentaba cuando fué sorprendida por Pizarro; si fué la que mejor gobernaba, administraba y hacía la guerra y la conquista; si fué la que hablaba un idioma más comprensivo y rico, aunque no tuviese escritura; si fué la que dejó más completa la cronología de sus dinastías imperiales y la tradición de sus orígenes y tiempos míticos, fué también la que más fácilmente se asimiló la cultura de la raza conquistadora; lo cual demuestra su mayor proximidad, aunque siempre relativa, a la verdadera civilización. La resistencia que opuso a las armas españolas, la guerra que mantuvo con ellas fué más sistemática y regular, de modo que las acciones de armas revestían mayor importancia a los ojos de la historia y de la epopeya.

Solís y Ercilla reflejaron la condición de las únicas dos razas de América que merecieran llamarse civilizadas, en cuanto esta palabra puede aplicarse al estado social de aquellas gentes que vivieron apartadas de las corrientes de cultura del oriente y de la influencia del cristianismo. Los demás pueblos, tanto los que ocupaban las regiones que bañan el Amazonas, el Orinoco, el Paraná y Uruguay, como los que habitaron la Patagonia y Arauco, apenas si merecen una mención en esta rápida y superficial reseña analítica sobre el desarrollo de la civilización en nuestro continente; y sin duda, a haberse prolongado más tiempo la edad antecolombina, habrían quedado absorbidos por alguna de las dos poderosas corrientes de dominación, — la quichua y la azteca.

VI

Dolor profundo causa a los que poseen el sentimiento de la historia, la desaparición o la destrucción de tantas grandezas como habían logrado los imperios americanos, al decir de los cronistas de Indias; pero no podemos vencer esta duda que asalta al espíritu: ¿Cómo era posible que no quedasen sino restos fragmentarios y casi informes de las opulentas ciudades de que nos hablan los prolijos narradores de la conquista de Méjico y del Perú? ¿Dónde están las reliquias de semejantes esplendores, realmente deslumbrantes como ellos nos describen, de las cortes de Moctezuma, de las ciudades de Cholula, Tlascala y Méjico, y del Cuzco en el Perú? Es verdad que las guerras fueron sangrientas, que la dominación fué de casi tres siglos; pero no puede concebirse que las colosales construcciones y los palacios y las ciudades fueran derribados todos por el estrago de la pelea, por el incendio o por el capricho, mucho menos cuando los cronistas nos refieren que causaban profunda sorpresa y admiración a los mismos conquistadores.

Hay, sin duda alguna, un gran misterio en todo esto, pero no han faltado ni faltan quienes apliquen el criterio recto de la más sencilla lógica y haciendo a un lado lo sentimental y lo poético, deduzcan que hubo mucha fantasía en los relatos de los expedicionarios, muchas relaciones intencionales y no pocas miras especulativas en aquel propósito de agigantar y embellecer lo que a su paso encontraban; porque en caso contrario habremos de deducir que fueron más bárbaros los que venían representando la civilización europea, y que la destrucción de las monarquías americanas fué un verdadero retroceso para la humanidad: consecuencia monstruosa que se destruye por sí misma, y ante cuyas enormidades la investigación histórica tiene que seguir rumbos más positivos y razonables.

Mucho habían adelantado, en varios aspectos de la vida social, los imperios de Méjico y del Perú, que mucho antes

llegaron a presentar formas visibles de organización política; y algunas de sus industrias y prácticas institucionales acusaban una marcha progresiva; pero razas que mantenían aún los sacrificios humanos, el endiosamiento de los déspotas y la idolatría con sus caracteres más primitivos, no podían detener el paso de una conquista y de una cultura infinitamente superiores, que por la suprema razón de la inteligencia, de la ilustración y de altísimos principios morales, venían a incorporárselos de grado o por fuerza, y a hacerlos servir al progreso de la humanidad.

Todo lo grande, lo bello, lo admirable como manifestación de las aptitudes de esos pueblos para desarrollar con los siglos una cultura igual o paralela a la del viejo mundo, debía, por raciocinio infalible e ineludible, aparecer insignificante, diminuto ante lo que representaban las razas conquistadoras; y éstas, que representaban la cultura moderna, no podían ni debían por respetos transitorios, detenerse a esperar que los indígenas completaran su evolución civilizadora, apenas comenzada a diseñar con contornos perceptibles en aquella época.

El sacrificio fué desgarrador, sin duda, para los sentimientos humanos, y hoy todavía lo lamenta el corazón; pero las leyes históricas son incontrastables, y la raza superior tenía que cumplir su gran misión, entregando al pensamiento moderno, a la acción del trabajo inteligente, al análisis y aplicaciones de la ciencia y de la industria, territorios y riquezas condenados a quedar ociosos, sin destino útil para la humanidad, por siglos y más siglos; y cuando se contempla el estado actual de la América bajo la influencia de aquella cultura invasora, y lo que ella significa en el progreso humano, ya la cuestión no puede ser renovada.

VII

A medida que se estudian y profundizan los problemas que a la conquista y colonización se refieren, y más que

todo, a la luz de los conocimientos actuales, más claro se ve que la encarnizada controversia acerca de la política española, ofrece también sus puntos oscuros y reinan en ellas graves e intrincadas confusiones. Llégase a confundir el hecho mismo de la conquista con los medios de que hubo de valerse, el pensamiento trascendental con los instrumentos que lo ejecutaron, y olvidando que no se gobierna fácilmente territorios y pueblos innumerables a través de tres mil leguas, se ha ido a incriminar a la nación española los errores de sus monarcas y no pocas veces hasta los de todo el mundo.

Somos de los que creemos que la política colonial española fué errónea desde su punto de partida, porque, desconociendo las condiciones sociales de los pueblos sometidos y su nivel inferior, y alucinados con las prodigiosas relaciones de grandezas americanas —tanto mayores, cuanto menos se sospechaba que se encontrarían viviendas humanas—, llegaron a pensar sus gobernantes que tendrían acaso que medir sus armas con naciones aguerridas, poseedoras de artes maravillosas, de ejércitos invencibles, de ciudades espléndidas, coronadas de soberbios monumentos y decoradas con primorosa arquitectura, y que debían ser razas superiores de cuyo consorcio resultaría notable influencia en el perfeccionamiento de la que venía en son de conquista.

Vino en seguida la fusión de razas: la blanca, inteligente, ilustrada, culta, con la americana de nivel inferior, nacida y desarrollada bajo climas y en una naturaleza vírgenes y tropicales, vinculándose por la sangre y por la posesión. Después, la política colonial ejercida a tan enorme distancia, era imposible que pudiera mantenerse en los límites de su concepción originaria; los agentes de la corona, los jefes militares, los ejércitos entrados en el terreno de la acción y dueños sin control de un continente, aceleraban la sujeción de los naturales por todos los medios de fuerza a su alcance: el estruendo de las armas no cesó de ensordecer el mundo ignorado, hasta que la bandera conquistadora pudo lla-

mar suyo todo lo que limitan los dos océanos desde la Florida hasta Magallanes.

La conquista religiosa sigue paralelamente a la militar, convirtiendo a millares al cristianismo a los pobladores primitivos; y cuando el período guerrero ha concluído, empieza el de la legislación, el de la acción civilizadora de las nuevas razas, que van multiplicándose ya con sangre nueva, y haciendo desaparecer con lentitud en los dos primeros siglos, la sangre indígena pura; los nacidos en el país empiezan a sentir amor por la tierra de su cuna, y los primeros anuncios de la libertad local, que más tarde debían traer la emancipación completa del dominio originario.

Verdad es, y no debe olvidarse, que España derramó en este suelo una semilla fecunda que nunca pudo extinguirse, ni por los actos de fuerza de la misma corona en las postrimerías de su dominación, ni por las mismas naciones nuevas después de su independencia: esa semilla fué la libertad comunal traída con la sangre por la nación conquistadora, y que fué la base del crecimiento y prosperidad tanto de la población española misma, como de la criolla.

Al fin del siglo XVIII, cuando tan grandes conquistas habían hecho en el viejo continente el pensamiento humano, la libertad política, la religión, las artes y las industrias, y cuando ya no era posible detener la corriente que ligaba a los dos mundos, empieza a sentirse el movimiento precursor de la Revolución, bajo diversas formas, y la tendencia a erigirse en entidades autónomas. Las leyes del crecimiento natural de las sociedades, la gran escuela de los municipios y los errores de la política central, que al decir del historiador de la sublevación del reino de Nápoles, hizo todo lo necesario para perder las colonias, y el contacto con las ideas modernas que bullían en Europa en esa época, produciendo dos grandes revoluciones, una en Francia y otra en la misma América, dieron origen y forma al movimiento emancipador, del cual arranca una nueva era para el continente descubierto por Colón.

España, al traer la conquista, traía también la libertad con su cultura, su religión cristiana y sus instituciones comunales. Apenas tres siglos duró en sus manos el tesoro inmenso adquirido en aquel día que hoy conmemora una gran parte considerable del mundo civilizado, y durante esos tres siglos verificóse la asimilación de la cultura europea por la América.

Los sistemas coloniales fueron diferentes en los dos hemisferios: los ingleses empezaron por excluir de la vida colonial al elemento nativo, manteniéndose puras las tradiciones y las leyes originarias; en el sur los españoles, más humanos desde este punto de vista, pero menos previsores, admitieron la fusión, y a nuestro juicio fué ella causa poderosa para retardar la completa civilización del continente, legando a sus hijos un germen de indolencia, un principio regresivo propio de las razas salvajes habitadoras de la América primitiva.

Pero como quiera que se mire el hecho de la conquista, población y colonización españolas, hay algo grandioso que surge del conjunto por encima de toda cuestión de detalle, de política, de sistemas más o menos ajustados a las leyes naturales de la sociedad: es el heroísmo, la constancia, la indómita voluntad con que emprendieron y llevaron a cabo el sometimiento de todo el país, guerreando constantemente de uno a otro extremo, recorriendo soledades infinitas, en montañas abruptas o en desiertos pavorosos, dejando en todas partes ciudades y colonias, desentrañando tesoros y entregándolos a la explotación, descubriendo ríos, selvas, lagos, puertos y caminos para dar vida comercial y abrir el intercambio de las colonias entre sí y con la metrópoli.

No pocos hombres ilustres han aparecido en la historia por estos hechos: Cortés, Pizarro, Valdivia, Almagro, Solís, Magallanes, forman casi una nueva generación de varones preclaros, a quienes la visión del peregrino de la Rábida hizo surgir del olvido, de la turbamulta o de la nada.

VIII

La obra realizada por España, resultará siempre grande, a pesar de los clásicos errores de su sistema colonial (1): y la humanidad que ha recibido la influencia de aquel hecho de incalculable trascendencia para el progreso universal, le presenta su tributo de respeto y aplauso, concurriendo a sus costas con sus escuadras, para saludar en el gran día, con las banderas de las naciones a que dió su origen, y con el estruendo de sus artillerías representativas del poder y del derecho, al estandarte que flameó por primera vez en tierra americana el 12 de octubre de 1492.

El continente de Colón ostenta hoy la misma civilización que el antiguo; naciones poderosas lo ocupan, y recorren las antes mudas soledades, las caravanas humanas, no ya en son de guerra y lentamente como entonces, sino por vías de hierro y de agua, pero llenando los aires con el humo del vapor. Los Estados Unidos constituyen hoy una de las naciones más ricas y potentes del mundo, y sus industrias, sus inventos, sus escuelas, proveen al viejo continente de cuanto sirve para desenvolver la vida. Méjico, la heredera de Moctezuma, la conquista de Cortés, se levanta también sobre las costas de dos mares, con sus reliquias aztecas y sus progresos modernos; es la nación hispanoamericana que más carácter propio y original ostenta y marcha de las primeras por las vías de la civilización y del derecho.

Las repúblicas de Centro América, pequeñas y débiles, viven, no obstante, al amparo del derecho de gentes, y con sus instituciones y libertades republicanas respetadas en las intermitencias que les permiten sus prolongados despotismos

(1) Como este escrito sólo se proponía en 1892, presentar una síntesis histórica de la civilización americana, no se discute en él problemas políticos semejantes a éste; pero es indispensable consignar, a manera de comprobación de nuestros juicios, el hecho doloroso de la pérdida completa de las últimas posesiones que a España le quedaban, como consecuencia de la guerra reciente con los Estados Unidos. — *(Nota del autor).*

internos. Venezuela y Colombia, asiento preferido de las letras maternas, entran también a formar en primera línea, restableciendo el equilibrio roto algunas veces por las revoluciones que las retardan y enervan. El Perú, la hija de los Incas, la Roma del antiguo imperio quichua, como lo llamó un gran poeta, levanta su cabeza erguida después de una sangrienta lucha por la justicia y regenera sus fuerzas quebrantadas. Chile, la gran nación guerrera, inquieta, emprendedora y fuerte, parapetada entre los Andes y el Pacífico, busca amplitud para sus fuerzas y sus ambiciones y su crecimiento excepcional.

Bolivia, el Paraguay y Uruguay, combatidos también por las disensiones, las tiranías o los desórdenes interiores, siguen su evolución civilizadora con fe y valor al abrigo del derecho americano y universal, que les permiten desarrollarse tranquilamente dentro de sus propias fronteras y recursos. El Brasil, después de romper por sí mismo la cadena del último esclavo, acaba de incorporarse al núcleo inmenso de las naciones republicanas, por medio de una revolución serena que no ha retardado ni interrumpido su desenvolvimiento, siendo la más vasta y una de las más civilizadas del continente.

Por último, la República Argentina, nuestra patria, caminando a la vanguardia de las de igual origen, la que inició la libertad de Sud América, la que más héroes ha dado a la historia sudamericana, la que más alto ha llegado en instituciones, letras, industrias y comercio, la que a pesar de sus desgracias, de sus guerras civiles, ha sabido siempre levantarse fuerte, y a la vez generosa con sus vencidos de adentro y de afuera, y la que más amplio seno ha abierto a la civilización y a las naciones europeas, se destaca con gran relieve en el coro que saluda en España la sombra augusta y santa del almirante de las Indias, y el estandarte de la nación abnegada y heroica que, con su apoyo moral, su dinero y sus hombres, convirtió en una verdad la visión grandiosa del inmortal marino.

IDEALES Y CARACTERES

1888 - 1903

PROLOGO

PROLOGO

No puede ser una novedad en nuestro medio ambiente literario la aparición de un libro del doctor Joaquín V. González, el renombrado autor de La Tradición Nacional, la hermosa obra que según la expresión del General Mitre, "es el primer trabajo que en su género se haya hecho entre nosotros con sinceridad, con amor y con ilustración".

Si María de Isaacs es, como decía Santiago Estrada, "el único libro que haya hecho llorar del Cauca al Plata", La Tradición Nacional ha recorrido la América "robusteciendo en unos y engendrando en otros el sublime amor de las glorias patrias", como lo ha expresado con verdad el escritor y poeta mejicano Francisco Sosa.

Fué aquel libro, algo así como la carta de ciudadanía con que el joven escritor, poco después de llegado a Buenos Aires, como Daudet a la conquista de París, se presentaba al escenario de las letras, libro que, recibido con alborozo en los centros de la más alta cultura, consagró en pocos días su bien ganada fama entre nuestros más selectos escritores.

Nuevas producciones de su pluma aparecen más tarde revelando otra faz de su carácter, completando, si así vale decir, la personalidad literaria del autor de Mis Montañas, de Cuentos, de Historias, de Patria, obras todas definitivamente incorporadas a la buena literatura argentina.

Sería puerilidad de mi parte intentar un examen crítico de la bondad de los títulos literarios con que el autor de tan bellos libros ha alcanzado la reputación de que goza dentro y fuera del país, como sería también presuntuosamente vano

interesar la atención de los que estas páginas lean sobre la indiscutible autoridad del escritor científico en materia de derecho público.

El Manual de la Constitución Argentina, el tratado más metódico y completo en la materia que hasta ahora se haya publicado entre nosotros, los Problemas Escolares, colección de monografías sobre temas educacionales de palpitante actualidad, sus discursos parlamentarios, que han contribuido con notoria eficacia a encauzar y resolver árduas cuestiones de derecho público, y diversas leyes y decretos preparados en el desempeño de altos cargos, han consagrado ya su reputación de estadista.

Puede afirmarse sin exageración alguna, y lo afirmo por mi parte con plena conciencia de lo que digo, seguro que viejos vínculos de amistad no perturban mi criterio, que pocos de nuestros escritores jóvenes o viejos, antiguos o modernos han contribuido como él, con un caudal tan rico de ideas directivas a buscar la realización de los Ideales y la formación de los Caracteres... en esta hora que pasará felizmente pronto, de vacilaciones sugestivas y de dudas enervantes, en que los espíritus más viriles parecen desorientados en presencia de la solución, que no puede retardarse ya, de graves problemas políticos y sociales.

Los diversos trabajos que contiene este libro —a que el autor ha dado el título feliz de Ideales y Caracteres— escritos en ocasiones diversas, unas veces para recordar fechas históricas dignas de ser perpetuadas en el bronce —ære perennius— otras para señalar la influencia ejercida o el papel que han desempeñado varones eminentes en la historia, en la política, en la literatura de nuestro país, son páginas vigorosas que, como dechados de estilo o exposición de ideas sanas y patrióticas, están destinadas a perdurar en manos de los jóvenes, para levantar la inteligencia y los corazones, interesándolos en las cosas más caras a la familia, a la sociedad y a la patria, y en las de aquellos que han pasado los dinteles de la edad madura, para reconfortarlos

en las horas tediosas de duda y de vacilación sobre los destinos de nuestro pueblo.

En la primera página de este libro pueden escribirse con verdad las palabras sintéticamente expresivas con que el grande orador romano, en su admirable defensa del poeta griego enaltecía la amorosa dedicación a los altos estudios: Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant...

Al tomar la iniciativa de esta publicación, creo haber cumplido con un deber patriótico salvando estas páginas de la vida fugaz —l'espace d'un matin— de diarios y revistas para entregarlas, en la forma duradera del libro, al cuidado afectuoso de los amigos de lo bueno y de lo bello, que encontrarán en ellas fecundas y provechosas enseñanzas.

PEDRO DELHEYE.

La Plata, octubre de 1903.

PARTE PRIMERA

IDEAS DIRECTIVAS

I

EL IDEAL DE JUSTICIA Y LA VIDA CONTEMPORANEA

EL IDEAL DE JUSTICIA Y LA VIDA CONTEMPORANEA *

I

Señoras; señores:

Después de algunos años de labor en esta casa, ilustrada por el saber y la elocuencia de tantos maestros inolvidables como ciudadanos eminentes, que fueron a la vez intérpretes de la ley y guías iluminados de la juventud por los senderos de la vida, ha llegado para mí —el menos digno de cuantos han ocupado estas cátedras—, la hora del superior estímulo, de la recompensa más alta que podía esperar mi ambición: el honor de contarme entre los miembros de esta benemérita Academia, por elección suya, y el para mí carísimo obsequio de poder en esta ocasión excepcional, confundir los efluvios de mi alma con la de los queridos compañeros de las aulas, cual si todos juntos aspirásemos el aroma vivificante de esas grandes flores del trópico, que parecen condensar toda la hermosura y la fuerza de la tierra nativa.

Los que han concurrido a mis lecciones —descoloridas y áridas en sí mismas— son testigos del afecto con el cual mantenía con ellos mis conversaciones cotidianas, diré más bien, mis confidencias íntimas, durante las cuales mil veces nos apartábamos de la obligada ruta dogmática para internarnos, acaso inconscientes y distraídos, en los dominios del sentimiento y de la imaginación, como los viajeros de nuestras

* Discurso en nombre de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la colación de grados, el 12 de agosto de 1902.

llanuras, que atraídos por las frondosidades y cariñosas sombras de los próximos paisajes, abandonan por instantes el carril cien veces recorrido, para escuchar los rumores, contar los latidos y sentir en toda su profunda intensidad la confesión eterna de la naturaleza al espíritu humano.

Cuantas veces, —¡oh, lo recuerdo muy bien!— al referirnos a esas épocas en que la noción de la justicia privada apenas se destacaba del fondo turbio o sangriento de las antiguas dictaduras imperiales, y en que la sagrada propiedad y el esfuerzo individual parecían ya confundirse en una servidumbre niveladora en aras de los despotismos divinizados, hemos leído juntos la estrofa, tanto más amarga cuanto más armoniosa, del bardo latino, que ve desvanecerse para siempre el reino de las seculares virtudes republicanas, o hemos percibido el último reflejo de divina melancolía en la sonrisa de las diosas de mármol, derribadas con estrépito de sus pedestales por el invasor sacrílego, ajeno a la tradición de amor y de cultura de que ellos fueron símbolos deslumbrantes.

Si he tenido la fortuna de dejar en el corazón de mis alumnos una reminiscencia de aquellas pláticas amistosas, ungidas por la gracia de ese amor supremo que anima a todos los hijos de una misma patria, estoy seguro de que hoy también serán benévolos conmigo, y escucharán esta nueva y última confidencia —nueva, porque después de larga separación volvemos a reunirnos bajo el mismo techo, y última, porque es fuerza incontrastable ésta de los años que pasan, de la adolescencia convertida en acción y en ensayos juveniles, del tributo de esfuerzo libre y personal, por el bienestar y la civilización de nuestros semejantes y nuestros conciudadanos: es la ley ineludible de la separación como término de todo crecimiento, de toda evolución; que rige por igual al astro incubado en el silencio infinito del espacio, al vínculo filial calentado en el santo regazo materno, a la inteligencia, cultivada entre rigideces y ternuras, en estos hogares propios de ella, donde se prestan ayuda solícita la disciplina que

encauza, la libertad que desborda y el ideal de la nacionalidad, que ilumina con su reflejo distante el derrotero común.

La vida del universo es un poema interminable de renovaciones y desgarramientos siempre dolorosos. Toda existencia nueva se alza sobre las ruinas de otra antigua, y toda generación humana, al aparecer sobre la tierra, entona el canto secular de la aurora, mientras contempla a lo lejos el sol poniente de la generación que se va. Sólo la inteligencia es inmortal; sólo ella sobrevive a la sucesión infinita de los mundos y de los organismos; sólo ella arranca vigor y savia nueva de toda vida que se agota, de todo astro que se apaga, de todo átomo que se transmuta; como el perfume que la flor absorbe del seno ignoto de la tierra, ella se extingue y reaparece con cada individuo desde su fuente invisible y difusa, adquiere personalidad y se reviste de la forma humana, a la cual imprime el sello de la superioridad sobre todas las demás creaciones.

Encarnada así en el hombre por misterio indescifrable, ha de comenzar también para ella la peregrinación fatal de las vidas terrenas: su nacimiento es un dolor, su cultivo una incertidumbre, su independencia una batalla, su reinado una lucha sin tregua o una labor sin reposo.

II

Este día señala a los jóvenes graduados, el principio de una era desconocida. Van a traspasar el umbral de la casa de estudios, acaso con la misma vacilación con que se marcha por una tupida selva en noche oscura. Libertada la inteligencia de sus tutelas y direcciones magistrales, va a ejercer por primera vez su pleno imperio sobre la conducta del hombre: las armas veladas en compañía en este retiro de la ciencia, van a ser esgrimidas en el combate de la vida real por el solo brazo de su dueño, en aras de ideales hasta ahora indefinidos y contra adversarios hasta ahora ausentes. Comenzará el conflicto en el propio espíritu apenas se pongan

en contacto las teorías y las abstracciones con las realidades de la vida; como el labrador experimentado poda y destruye el bosque sombrío para hacer llegar al suelo el sol generador y fecundante, comenzará a despojarse una por una de las habituales verdades de la cátedra, para dejar penetrar la luz y el calor de la experiencia, que es lucha y acción, y por eso, fuente inagotable de verdades y de principios positivos.

Van a ejercer su imperio sobre la propia conducta. He ahí la gravedad del problema, tanto más complicado cuanto más vario y superior es el destino del hombre culto en la sociedad contemporánea; y más todavía en la sociedad argentina, cuyas tradiciones, formas políticas y aptitudes para la civilización, le comunican, a pesar de su corta existencia, el más hondo interés y atractivo para los observadores de los vastos fenómenos históricos.

Surgida de una revolución irresistible, y sin rumbo cierto en la mañana de la victoria, se halla de pronto sola en el camino de las naciones libres, obligada a incorporarse y marchar sin demora en medio de ellas hacia destinos irrevelados, y sin atinar siquiera a elegir instituciones propias desde que le eran extrañas las lecciones de la experiencia; cayendo hoy en la disolución anárquica, y alzándose al siguiente día en brazos del despotismo absoluto, resurge mas tarde en plena libertad, como vuelta de una larga ausencia, para proseguir la jornada interrumpida. Todo ha debido crearlo en un día —constitución, leyes comunes, costumbres públicas, sistemas económicos;— e invirtiendo el proceso natural de toda formación política, impone a las generaciones futuras la misión de realizar en el porvenir lo que no fuera el resultado de la historia.

Bien claro expresan su testamento político los nobles autores de nuestra Carta constitucional; ellos todo lo confieren a la educación, a la cultura general del pueblo, ya viniese de las escuelas y universidades propias, ya de la inmediata y directa influencia de otras sociedades más avanzadas,

por el comercio continuo de los intereses y de las ideas. Entre tanto, todo será imperfecciones, deficiencias, convencionalismos y tolerancias, que reposan sobre la convicción patriótica de un destino colectivo que es forzoso cumplir, de una labor de perfeccionamiento que es necesario consumir, y cuyo deber corresponde a los mejores, a los más ilustrados, a los que hicieron del estudio de las instituciones la consagración de su vida.

Es ésta seguramente la conducta que impone esa condición superior adquirida en los altos estudios, en las varias divisiones de la ciencia. Esta le ha dotado de los instrumentos más eficaces para la acción; pero la vida común de las aulas, la continua convivencia de alumnos y maestros, la comunicación recíproca de pasiones, ideales y aún utopías juveniles, al formar el cálido ambiente de todas las germinaciones fecundas, han creado otra fuerza civilizadora, de maravilloso poder sobre las voluntades, — y es la solidaridad amistosa, fraternal, como parentesco patriótico, que las aulas engendran, que se difunde y profundiza con la elevación de las almas en la investigación de los altos problemas científicos.

Si alguna razón explica la existencia de las universidades, como organismos combinados de ciencias diversas, es esa alta unidad moral que imprimen al carácter, al demostrarle que todas ellas tienen un mismo destino, allá arriba, en la esfera de las ideas, el conocimiento de la verdad, y aquí, en la vida, el descubrimiento de los caminos que desde la infancia la sociedad humana busca desatentada, hacia la felicidad, en el breve espacio que dura su tránsito por la tierra. La misión superior política se define cuando esa unidad se transmite, se difunde y graba su sello en toda una generación y en todo un pueblo. La solidaridad de la ciencia, de la cátedra, de la vida del aula, conviértese más tarde, como la madurez y difusión de la savia primitiva en toda una comarca, en una inmensa fuerza latente que da tinte homogéneo y robustez exhuberante al conjunto social.

Imponderables son los beneficios de esta elevada cultura en las relaciones prácticas de la vida, allí donde imperan instituciones niveladoras, por cuya virtud la labor es colectiva y el esfuerzo se realiza entre todos. El estudio, al dejarnos ver cada vez más las propias imperfecciones, infunde la tolerancia recíproca, que erigida en virtud social, trasciende perfume evangélico y dulzuras de hogar antiguo; ennoblece y dignifica la conducta privada y refleja sus resplandores serenos sobre la vida pública; suaviza, allana y destruye las asperezas y los antagonismos originarios, en esta perenne lucha de intereses y pasiones que riñen los hombres y las sociedades, y es la única vía cierta para llegar al reinado ideal de la justicia, como su objetivo final y su conquista suprema.

¡El reinado ideal de la justicia! Palabras como ésta han resonado por siglos y siglos sobre el mundo: escuelas, academias, doctrinas y sectas se han dividido el proselitismo de todos los tiempos, y la humanidad sigue todavía clamando con mayor ansiedad por ella. Unas veces se confunde y disuelve la sencilla noción de la justicia entre las nebulosas de la metafísica; otras se la oscurece por el afán de erigirla en ciencia superior, y ocultarla a los ojos de la multitud, de los que más la necesitan, como si fuese un privilegio de sabios o sacerdotes, como misterio religioso en el cual es fuerza ser iniciado para poder gozar de sus altas beatitudes; y cuando ella apareció por primera y única vez, con la revelación de un martirio, en la forma de una *magna luz* —según el anuncio del profeta— y con el encanto irresistible de una palabra de amor, de igualdad y alivio de los oprimidos, como una verdad tangible para todas las inteligencias y una promesa redentora para los corazones, no tarda en encerrarse de nuevo entre las herméticas y monumentales tapas de bronce del libro de la ley, trocado otra vez en misterio de sabiduría o en ejecutoria de elegidos o aristócratas.

No es extraño que la sociedad humana haya pedido y siga pidiendo con igual ansiedad, justicia, y nada más que justicia. Porque ella no es una ciencia, ni un secreto, ni un

presente divino, ni un privilegio político; es una virtud, un sentimiento, una inclinación natural del alma, que nace con el hombre, crece y se difunde con el núcleo primitivo, para ser cimiento y vínculo a la vez de la vida de familia y de las graduales formaciones sucesivas, cuya última etapa se diseña y se define en la Nación y en el Estado. Si es verdad que hay una *ciencia de la justicia*, que es el saber acumulado de todos los legisladores, nada nos induce a creerla inconciliable con ese anhelo íntimo de las conciencias, que sólo busca realizar en las relaciones de la vida la armonía y la igualdad, que tienen su origen en la fuente común de todas las virtudes originarias, y que no requieren para su conquista del mundo, ni abstrusos dogmatismos, ni violencias revolucionarias; basta que una cálida corriente de afectos colectivos, nacida de elevados focos de cultura, descienda y se mantenga intensa en el alma de un pueblo, infundiéndole el amor y el hábito de la justicia en las relaciones privadas y públicas, para que la renovación anhelada se inicie, y el alba de la nueva era comience a clarear en el horizonte del mundo contemporáneo.

Apliquemos el oído a su corazón; dirijamos la mirada hacia las viviendas hacinadas de los pobres de la tierra; auscultemos los pulmones de estos enormes monstruos, las ciudades modernas, donde se desarrolla su vida tumultuosa y convulsa; procuremos descubrir las causas de sus dolores, las sugerencias de sus miserias y los motivos de sus terribles inquietudes; sintamos por un momento con esa caridad inefable con que el cristianismo fué comunicado, y una revelación tan sencilla como esa, se realizará en nosotros mismos, dejándonos comprender que no es solo ciencia y leyes lo que la sociedad reclama para mejorar su condición presente, y acallar el hondo rumor de pasiones colectivas que se percibe a lo lejos como el de los ríos subterráneos, y que parecen el anuncio de sucesos universales desconocidos; no sólo ciencia y leyes, porque acaso esa llama de amor encendida hace veinte siglos sobre el mundo ha perdido su calor y su

luz, y ya no conmueve ni ilumina las almas con la intensidad de los primeros días; y porque, acaso, la multiplicación de las ciencias y la proliferación de las leyes han hecho perder de vista la unidad fraternal de las naciones, volviendo a la confusión y a la discordia en las instituciones y en las creencias, en que se sumerge, como en el inmenso océano agitado, el mundo antiguo con todos sus esplendores y magnificencias.

No creo aventurar una afirmación pesimista ni complaciente con tendencias novísimas, si en esta hora que he llamado de íntima confianza entre los maestros que se quedan y los alumnos que se van, comunico a los míos toda la verdad de mi impresión: yo siento en el fondo de mi espíritu repercusiones extrañas del ambiente y vibraciones intensas que parecen brotar de un vasto organismo inquieto, sobresaltado: estudio con atención el escenario de las fuerzas activas de la civilización reinante, y veo que allí donde la tradición resiste victoriosa, las agitaciones son más violentas, y un principio de armonía aparece donde quiera que la ley procura seguir el desarrollo del fenómeno social, como su fórmula comprensiva y movable. Los antiguos moldes crujen pero no estallan; las desigualdades y las injusticias que se perpetúan al amparo de leyes cristalizadas e inflexibles, o de sistemas políticos anacrónicos, sublevan por todas partes las más airadas protestas, y una nueva génesis de penalidad —la del hecho colectivo— empieza a conmover las inestables bases de la ciencia criminal del pasado. ¿Cómo no hemos de invitar a los nuevos paladines de la justicia, a los futuros conductores de pueblos, a los magistrados de mañana, a los legisladores del porvenir, a observar con atenta mirada los fenómenos de la vida moderna tan hondamente vinculados con la noción y el destino de la justicia sobre la tierra?

La ruta está trazada: pueden internarse en la selva, seguros de ver al fin las estrellas a través de las sombras y el polvo de los combates. El guía luminoso que ha de conducirlos vive en los propios corazones —el sentimiento gene-

rador de las grandes virtudes— el amor de la humanidad concentrado en su porción más inmediata, en el núcleo originario del hogar, y extendido luego a la Nación, que es el hogar de una familia inmensa. Son ellos quienes van a reemplazar a los que, exhaustos por la fatiga o el tiempo, iremos deteniéndonos, uno a uno, sobre las rocas de la escarpada senda, y al verlos pasar, erguidos de juventud, entusiasmos e ideales, los despedimos con votos íntimos de victorias sin número, como los guerreros que al caer sobre el camino, entregan al compañero que pasa, junto con la vida, las armas consagradas por el sacrificio.

Ellos van a guerrear por la justicia: es el mandato, el destino, el impulso con que salen de esta escuela, el voto con que sus maestros los ven alejarse; y como el alma contemporánea se queja de pesadumbres inexplicables, de enfermedades desconocidas, de ansias remotas, ellos van a estudiarlas en los conflictos de la vida y a buscar sus remedios, no, por cierto, en las represiones excesivas ni en los rigores inútiles de legislaciones retardadas, sino en los orígenes íntimos, en las causas positivas de los dolores y los extravíos humanos; porque la misión gloriosa del político de nuestros días es penetrar en el alma de su pueblo, y anticiparse a ofrecer los fáciles consuelos de la libertad y la justicia, si por ellos padece, y encender a su paso la eterna antorcha de la virtud y de la ciencia para volverla al camino recto.

III

Pero antes de separarnos, quiero que hablemos un momento más, y con mayor confianza, de nosotros, de nuestra vida nacional. No son desconocidas de mis alumnos tales predilecciones de mi espíritu, y acaso vieran con sorpresa que cerrara estas páginas, sin haberlos invitado a departir como otras veces, acerca de su misión en el seno de la patria. Y como ella misma es un afecto profundo, un lazo vigoroso que amarra el hombre al suelo en que naciera, no les asom-

brará tampoco que al hablar de ella, me ocupe otra vez de sentimientos, de virtudes e ideales.

El anhelo más vivo de nuestro patriotismo, es sin duda, apartar de la tierra nativa los errores y los vicios que labraron las decadencias y los desastres ajenos, y ver levantarse y perpetuarse en la inmortalidad una sucesión de generaciones robustas y virtuosas, a cuyo paso por la historia el mundo se incline respetuoso y confiado, porque hayan derramado sobre él los beneficios de una vida laboriosa y honesta, y porque hayan dignificado el origen y el destino común del género humano por el culto intenso de la verdad, que es religión eterna, del trabajo que es independencia, y de la justicia que es el más firme cimiento de la libertad...

Los fundadores de la República no conocieron los esplendores de la riqueza, ni los halagos seductores de las artes de la vida. Casi todos nacieron en hogares humildes, aprendieron a leer en miserables escuelas, o entre las faenas del fundo hereditario; muy pocos pudieron vislumbrar las conquistas de la ciencia, que en el siglo desbordaba, y los estudios superiores, apenas pudieron descorrer el velo secular tendido entre la civilización moderna y las nacientes sociedades americanas. La República nació del movimiento espontáneo de un alma sencilla, educada en la noble religión de la verdad, más que en la sabia religión de los santos libros; y aquella inspiración primitiva, como unción eucarística, se expande y funde los tipos sucesivos de guerreros y legisladores. Al mismo tiempo que la moral ingénita del hogar centenario, formada en la tradición inmanente de los antepasados, imprime su alma a la naciente sociedad política, la moral dogmática de la universidad, unida en un solo concepto con la moral pública, completa la formación sedimentaria de la generación de la Independencia, de la Junta de Mayo, de la Asamblea del año 1813, del Congreso de Tucumán.

No ha variado el concepto de la moral republicana, desde aquel que Horacio diseñara con tristeza retrospectiva, entre los fulgores de la era augusta, hasta el que trajeran desde sus viviendas solariegas los doctores y sacerdotes de la Revolución argentina, aspirado en el ambiente regional, y fortalecido en la lucha con la miseria y el desierto. Y es tanta su vitalidad y su pureza, que de todos los naufragios y excesos de la anarquía y la dictadura, salva inviolada la unción originaria para animar con su soplo de vida la letra de la nueva Carta.

¿Cómo se realizará en la vida de nuestras instituciones ese milagro permanente? Ya he dicho que hablaría de virtudes, sentimientos e ideales, y son los hombres ilustrados los nobles misioneros de esta nueva conquista espiritual. Son ellos los que, al recibir en estos actos de la vida universitaria la consagración de la ciencia, se arman caballeros de la verdad, de la justicia, del decoro, y de todas las virtudes esenciales al principio republicano, pues sin ellas, podríamos decir que cometíamos una profanación y consagrábamos una mentira, como fundamento de nuestro régimen político: una profanación, porque la república es la forma con que el sentimiento y el anhelo de la igualdad humana se reviste para buscar su realización terrena; una mentira, porque si aquellas cualidades no residen en nosotros, o no las perseguimos con sincero ardor por la educación y el estudio, no seríamos iguales, no seríamos dueños de nosotros mismos, no mereceríamos la soberanía legada por nuestros mayores con el patrimonio de la tierra que la sustenta.

La verdad, como la justicia, no ha de ser tan sólo una ley, ni un principio abstracto, sino también una virtud, una cualidad, un hábito, una convicción que en las relaciones de la vida se traduzca por hechos constantes; que inspire al ciudadano en el comicio, al funcionario que administra el tesoro común de derechos o de bienes materiales, al juez en cuyas manos se deposita la honra y vida de un pueblo; al abogado, instituido por la ley y por su ciencia, en guardián,

combatiente, censor y apóstol del derecho, en todas las circunstancias en que las pasiones o los intereses en conflicto, amenacen la integridad de las instituciones fundamentales.

Ninguna recompensa superó jamás en íntimas satisfacciones a la de esas vidas honestas consagradas a la práctica de las virtudes republicanas, ni goce alguno de cuantos inventara la vanidad de los hombres, igualó al del fruto del trabajo propio, abundante o exiguo; porque si el esfuerzo del hombre se dirigió a la conquista de las glorias de la inteligencia o de la ambición política, ninguna tempestad le derribará de su altura, donde llegara conducido por el afecto o la confianza de sus conciudadanos; y si sólo quiso fundar el patrimonio material de sus hijos, ningún encanto puede compararse con el del padre, cuando en visión luminosa del porvenir, contempla a sus descendientes al abrigo seguro y honrado de las duras acechanzas de la miseria.

Y luego, la gloria, esa nobilísima, única e inefable recompensa de los luchadores del ideal, no tiene límites en la memoria de las edades, cuando un esfuerzo, una victoria, una creación del arte o un destello original de virtudes supremas ha dado a la patria un día más de honor o de grandeza. El nombre del autor feliz es entonces patrimonio universal, y nada importa que sus breves días de la tierra se hubiesen arrastrado entre las privaciones, las indiferencias y las fatigas. No quiero recordar esos ejemplos luminosos de tiempos distantes, pero sí el de un sincero republicano que es parte de la gloria de una gran nación de nuestros días. Habla de Alejandro Hamilton el Príncipe de Talleyrand como del ejemplar más alto de superioridad de espíritu y grandeza de carácter. Cuenta de su viaje a América, cómo retirado Hamilton de la vida pública volvió a Nueva York al ejercicio de su profesión de abogado. Tuvo ocasión de pasar, a una hora muy avanzada de la noche, por frente de la humilde vivienda del ex-secretario del Tesoro, cuyas ventanas se hallaban aún iluminadas por su lámpara de estudio:

“He visto, escribe, una de las maravillas del mundo: un

hombre que trabajaba la noche entera para proveer a las necesidades de su familia, y este hombre había creado la fortuna de una nación”.

IV

Señores:

Entre las causas más profundas de perturbación de la justicia y del orden jurídico en la sociedad moderna, fuerza es señalar esta sed insaciable de placeres mundanos, a la cual las almas débiles entregan todo el caudal de sus múltiples energías, o las erigen en objetivo supremo, como anhelo oculto de todas sus empresas. Espíritus desorientados en este interminable desierto de la vida, no tienen jamás la inspiración de buscar en el firmamento la estrella simbólica del ideal, jamás extinguida, que ha marcado a las razas humanas el derrotero de la salvación en las grandes crisis de la historia, o que mirada en el fondo de la conciencia, es guía en el mundo interior de las pasiones.

Los maestros que con mal contenida emoción ven alejarse de las aulas una nueva generación de doctores, esperan que ellos conserven en sus corazones la huella indeleble de sentimientos cultivados en común, al calor de intensos ideales científicos y aspiraciones patrióticas, y que la amistad germinada en este cálido ambiente sea vínculo indisoluble de unión y simpatía, de abnegaciones y heroismos recíprocos durante la incierta y larga jornada que hoy empieza. No olvidarán, por cierto, en las horas de lucha por contrarios principios, y cuando la pasión arrebate su cetro a la inteligencia, y revuelva el fondo de todos los resabios y tendencias disolventes, que aquí aprendieron a descubrir el secreto de la armonía, en la convicción de un destino superior de la ciencia: la paz de la sociedad fundada en la justicia, y el honor de la patria común por el esfuerzo, el amor y la solidaridad de todos los espíritus, que el estudio ha ennoblecido y dotado de fuerzas vivas para la acción civilizadora.

Las vanidades que la fortuna colma, las seducciones de la vida política, los prestigios tantas veces irresistibles del poder, aún cuando sean conquistados en nobles y legítimas luchas, jamás pueden igualar el brillo purísimo de las victorias del saber y de la virtud, que fundan instituciones, forjan caracteres y señalan a los pueblos rutas nuevas hacia destinos mejores. Si el hombre es un átomo invisible en el vasto conjunto del universo; si es apenas una unidad separada de la grande alma y de la inteligencia infinita que anima y mueve las fuerzas de la vida; si nada es él por sí solo, ni para sí mismo, sino en relación a sus semejantes y a la región de la tierra que le ha sido destinada por patria, el ideal de nuestros desvelos y ambiciones no está en los triunfos del egoísmo, ni en quebrantar las leyes naturales de la armonía social y política: el ejemplo constante de las vidas honradas, laboriosas y poseídas de la pasión de la cultura propia y extraña sobre las nuevas generaciones, es la misión superior que la República exige a los espíritus selectos purificados en el crisol de la ciencia.

He ahí, jóvenes doctores, la ruta abierta a las nobles expansiones de vuestras almas y de vuestros más remotos anhelos. Cuando en día no lejano llegue a nosotros el eco vibrante del canto de victoria, de otras regiones más altas e inaccesibles descenderán sobre vuestras cabezas bendiciones infinitas; una intensa conmoción estremecerá estos muros que os fueron familiares, y el alma de los maestros se iluminará con el reflejo de oro de vuestra gloria, a cuyo resplandor la patria misma podrá contemplar la grandiosa visión de su inmortalidad.

II

LA EDUCACION NACIONAL Y SUS FUNDAMENTOS

LA EDUCACION NACIONAL Y SUS FUNDAMENTOS *

I

INSTITUCIÓN DE LAS CONFERENCIAS

Señoras; señores:

Podemos celebrar como una buena nueva la inauguración de las conferencias periódicas del personal directivo y docente de los institutos de enseñanza media de la Nación, no solamente porque se incorpora a la continua labor del gobierno educacional el concurso colectivo de sus agentes más directos sino por el simple hecho de congregarse para un trabajo común aquellos a quienes se confía el cuidado del corazón y la inteligencia de las más jóvenes generaciones.

Así se explica que haya despertado este acontecimiento el más vivo interés en todo el país, y motivado esta demostración elocuentísima de los sentimientos y anhelos que animan a los educadores argentinos, siempre abiertos a las nobles iniciativas, y a toda corriente que les traiga nuevos y más vigorosos impulsos de mayores perfeccionamientos.

Sabe el gobierno que en este aspecto de su misión, acaso el más grave de todos, porque es la vida actual y futura de la sociedad, nunca en ningún pueblo fué bastante para darle forma ni para realizarla, el pensamiento de un sólo hombre, ni aún de una generación de hombres, y que una parte muy

* Discurso del ministro de Justicia e Instrucción Pública en la inauguración de la primera conferencia de profesores de enseñanza secundaria, normal y especial, el 15 de febrero de 1902.

principal pertenece en ella a los especialistas, a los que han consagrado la vida al estudio teórico y a la aplicación práctica de los sistemas y métodos de enseñanza: y nadie como ellos pueden ofrecer ese concurso tan precioso de la experiencia adquirida en el taller mismo, por la diaria observación de los fenómenos surgidos de las teorías en contacto con la realidad palpitante del alma infantil; y al procurar, por la institución de las conferencias, este concurso inapreciable, ha querido fortalecer su propia acción y enriquecer su criterio con aquel elemento positivo que sólo ellos podían suministrarle.

Me ha correspondido a mí, llamado a presidir transitoriamente la administración escolar de la República, el honor de traer a esta asamblea la palabra de bienvenida en nombre del gobierno nacional, la expresión de sus más fundadas esperanzas en el éxito de las deliberaciones que comienzan, y los votos más fervientes porque reine en ellas ese alto espíritu de fraternidad, fundado en la convicción de una gran causa nacional colectiva, el mismo que exteriorizado y transmitido por cada maestro a sus discípulos, sea el más bello de los frutos, la más noble y rica ofrenda que puedan ofrecer a su patria.

Toda esta gran virtud se requiere, sin duda, para afrontar el estudio de los vastos problemas de nuestra enseñanza secundaria y normal, porque ella deja ver un ideal superior en el combate o en la ardua e interminable faena, e inspira el desinterés y la generosidad en la lucha de las ideas, tan prontas para encender la pasión sectaria como las engañosas sugerencias del amor propio.

La anualidad de las sesiones permitirá dedicar en cada una de ellas atención suficiente a un número limitado de asuntos, que indicarán la misma experiencia o las necesidades de orden superior, libertándose así de la ímproba tarea de abordar de una sola vez la resolución de cuestiones tan complejas y extensas.

II

EL PROBLEMA DEL DÍA

Ellas vienen en hora oportuna, en momentos en que las naciones más ilustradas se hallan contraídas al estudio de estos mismos problemas, solicitadas por las exigencias nuevas de la civilización, por las fuerzas propias de su desarrollo, llegadas al término de la evolución prevista, y por el examen de los resultados finales de sistemas y doctrinas hasta ahora practicados, y que aparecen insuficientes, cuando no inicialmente erróneos.

Basta representarse en una rápida síntesis mental los fines que debe realizar la enseñanza secundaria, para justificar las hondas preocupaciones de pueblos como Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, cuya literatura escolar de los últimos diez años solamente, equivale a la labor de un siglo. Aún para determinar esos fines, no existe un acuerdo definitivo; y la razón es clara, porque no pueden ser iguales en todas las naciones las necesidades ni las leyes fundamentales de su sistema educativo.

Y por haber olvidado esta base diferencial de raza, de clima, de historia, de instituciones y destino, los imitadores han perdido lo más florido de su tiempo en inútiles tentativas y en pruebas abstractas. Es necesario volver al punto de partida, y en asuntos de cultura y educación colectiva, es terriblemente cierto aquello de que *el tiempo que se pierde no se recupera jamás*.

En las naciones jóvenes, —hablamos de la nuestra— dotada de todas las energías e impulsos necesarios para elaborar una grandeza nacional; escasa de población nativa en relación con otras cuyo pensamiento y experiencias aprovecha; con una facultad asombrosa de asimilación de todas las ideas, perfecciones y novedades; abiertas a todos los vientos de la civilización las puertas de su territorio inmensurable,

y llena ya en su juventud de todas las preocupaciones de las antiguas, por la prisa con que ha forjado su personalidad política, es mucho más difícil todavía precisar el tipo permanente de su educación pública, como es más difícil —los oyentes lo saben mejor que yo— enseñar a un niño que a un hombre maduro, por honda que sea la ciencia que deba transmitirse.

A nuestros institutos secundarios les corresponde cumplir la parte más delicada de la misión educadora del Estado; ellos reciben al niño en los dinteles de la pubertad, palpitante de emociones desconocidas y ansioso de descubrir misterios de que la escuela primaria ha saturado su espíritu; de la absoluta dependencia infantil van a pasar muy pronto a la emancipación política; y deberes patrióticos superiores les revelan que el hombre se aproxima a rasgar la túnica del adolescente para vestir la noble blusa del soldado, o para asumir la augusta función del elector que delibera en el comicio republicano.

Pero también es esa la edad del despertar de todas las energías, esto es, el capital inicial que todo hombre trae a este mundo, y aquella en que la sociedad le reclama su parte de trabajo productivo en la inmensa colmena. Empieza entonces el niño a ser el factor económico, y este concepto, inseparable de los otros, impone a la enseñanza un nuevo rumbo, una nueva modalidad. La nación misma es, en su esfera, una suma general de factores económicos en el más vasto campo de la humanidad, y es ley de la humana cultura que un Estado es tanto más una personalidad, cuanto mayor es la suma representativa de su trabajo nacional.

Un profesor italiano decía hace poco en un bello libro, que “la función más elevada de la escuela no es la de desarrollar el intelecto y la resistencia física, el carácter y la energía para la acción, sino la de dirigir las energías iniciales por la vía en la cual el trabajo no solo es productivo para el individuo, sino que es capaz de realzar económica y moralmente a la nación”. Y si fuésemos a extraer del con-

junto de nuestra Constitución política el espíritu, el intento educativo, no tardaríamos en descubrir aquel mismo pensamiento, difundido en todo su cuerpo, como una gran resultante histórica, como un anhelo secular, como una profunda causa revolucionaria. Reacción íntima contra los hábitos heredados del vasto seno colonial, y cuyo exponente fueron los desolados *latifundia*, generadores de desalientos, de anarquía y rebeliones, ya percibidas al comenzar el siglo XIX por Jefferson, y tanto más temible cuanto menos se creía en la fuerza regeneradora de la enseñanza democrática, es lo que palpita en el fondo de nuestra admirable carta política, cuyo sentido más elevado podría traducirse en estas dos palabras: cultura moral, trabajo productivo.

Luego, no olvidemos que, descontando largamente el porvenir, habíamos adoptado una Constitución escrita cuya razón de ser, única y absoluta, es la educación del pueblo, y que toda la tarea futura recaía sobre la buena fé y patriotismo de las clases directivas, las que habiendo escapado por el nacimiento o por la suerte a la terrible ley niveladora de la ignorancia, se hallaron a la cabeza de los partidos, de los ejércitos, de las tendencias determinantes del presente. Habrá, pues, en gran parte, que formar el pueblo para la Constitución y preparar al soberano, ya que no fuera para iniciar su propia ley, al menos, para ratificar con el tiempo la obra de sus representantes.

III

LA CIENCIA COMO FUNDAMENTO

Es grande, nobilísima, la misión de los maestros en la República. Si no fuera bastante para significarla este mandato tácito de los constituyentes, habría que recordar que en sus manos se halla encomendada su suerte, su porvenir, su destino, en los millares de niños y jóvenes que acuden a sus aulas. La suerte, en la lucha universal de predominio

que insensiblemente riñen todas las naciones en el escenario de la historia; su porvenir, por la vitalidad y duración de las fuerzas colectivas que aseguren la perpetuidad de la entidad nacional; su destino, por el triunfo definitivo de los ideales supremos que la enseñanza por sus múltiples factores, ha encendido, impulsado y convertido en fuerzas crecientes en el alma de la Nación.

No me corresponde a mí, en estas circunstancias, hablar de los mejores sistemas de enseñanza, ni del mejor que a nosotros nos convenga adoptar, para cumplir aquellos grandes fines: espíritus más nutridos de saber y experiencia vendrán a su tiempo a señalar los derroteros más seguros. Pero sea cual fuere el tipo de enseñanza que se adopte, hay principios comunes a todos, radicados en la naturaleza misma de las cosas, que pueden recordarse aquí, en momentos en que una asamblea de directores y maestros de toda la República, comienza a deliberar sobre cuestiones de aquella índole. Serán ellos mismos, sin duda, los que con el tiempo y gracias a su continua experimentación, den con la veta real de nuestro sistema educativo propio, y siendo así, nosotros, los no profesionales, apenas podemos insinuar, exponer ideas, fundadas en la sola especulación filosófica, y en el estudio de las leyes generales de la vida, de la naturaleza y de la ciencia.

No creo, desde luego, que puede haber divergencia de opiniones sobre la necesidad de constituir un tipo nacional de educación. Ella se desprende de la existencia propia de nuestra patria en el mundo, ya en su sentido étnico y político, ya desde su punto de vista físico. Pero no desconozco que la divergencia puede nacer al definir el tipo nacional. No creo que consiste solamente en limitar los conocimientos al propio territorio, ni a la propia lengua, ni a la propia historia, sino más bien, dando estas nociones por sabidas, contraerse a formar hombres capaces de bastarse a sí mismos en la lucha por la existencia personal, y en convertir toda esta suma de energías y aptitudes en la gran fuerza co-

lectiva que dé relieve a la personalidad económica y moral de la Nación. Figúrome que todos los educadores argentinos admiten este concepto, si bien no me atrevería a afirmar que se hallen todos de acuerdo en los medios.

Así, pudiera creerse, y acaso con fundamento, que el mejor sistema sería el que adoptase como cimiento o piedra angular del plan de estudios, la materia científica, —matemáticas y ciencias físicas y naturales—, considerándola como la más propia para dar al hombre el dominio de los elementos primarios de toda labor creadora, útil o bella, y en el cual las demás enseñanzas literarias, estéticas o filosóficas concudiesen en fusión proporcional a integrar el tipo humano y nacional que la enseñanza debe ofrecer. Por otra parte, la ciencia estudia y enseña el *substratum* de toda humana actividad; es por sí misma como columna vertebral de todo el organismo de los demás conocimientos, y puede decirse de ella lo que aplicado a otros órdenes de ideas dice Emile Faguet, que la cultura intelectual sin las ciencias sería como una masa invertebrada, difusa y sin límites, ondulante e inestable; sólo la ciencia la dota de un esqueleto, la pone de pie y le imprime movimiento y dirección.

Equiparando lo más posible el estudio de las ciencias con el de la naturaleza, puede afirmarse que él es la fuente de todas las demás manifestaciones del espíritu: ella ofrece desde el granito al picapedrero que pavimenta nuestras calles, hasta la blanca transparencia del mármol en que encarnara la idea más pura del amor; desde la capa de tierra que el agricultor remueve sin cesar para alimentar las sociedades humanas, hasta el matiz del color que anima una tela del Renacimiento, y la nota difusa que sueña errante y vaga como sonámbula entre las selvas musicales de Beethoven. Sólo ella encierra en consorcio completo y en la debida proporcionalidad lo *útil* y lo *bello*; y luego, gracias a la indudable correlación existente entre todas las ciencias concretas y las abstractas, tienen las primeras el admirable don de sugerir, y como de saturar el espíritu, de las más puras y

nobles idealidades e inspiraciones. Así, cuando los puros idealistas se alarman por la invasión de las enseñanzas manuales o profesionales, desconocen la virtud educativa de la ciencia y las sugerencias maravillosas de la naturaleza, que a veces tienen vigor para desviar un torrente o derribar un árbol corpulento repleto de gérmenes utilitarios o profesionales.

Y luego, ¡qué noble y sano desinterés y cuánta elevación moral se desprenden de la familiaridad con las cosas de la naturaleza! Leamos sobre esto una breve página de Fouillée: “El verdadero interés de la ciencia es el desinterés. Considérese los grandes inventos útiles de nuestro siglo: son debidos en su mayor parte a la mecánica aplicada. Pero ésta ¿de dónde se deriva? De la mecánica general. Y ésta, a su vez, ¿de dónde ha dependido? La respuesta puede sorprender: la mecánica se ha derivado de una ciencia eminentemente desinteresada y especulativa: la astronomía. De la mecánica *celeste*, Newton y sus sucesores franceses del siglo XVIII, han sacado la mecánica general, y gracias a ésta se ha podido al fin constituir la mecánica industrial”.

Sí, ya oigo las objeciones fundamentales contra el sistema científico. No haya temor de que los colegios se conviertan en fábricas de sabios, como hoy se acusa al sistema literario de fabricar doctores incapaces para la vida, porque es otra de las más esenciales virtudes de las ciencias concretas, su desarrollo gradual, progresivo, experimental, debido a los métodos que la han clasificado y distribuido, de manera que puede comunicarse integralmente al niño como al sabio. Como ella ofrece al hombre *cosas* y no abstracciones, le permite limitarse al estudio de aquellas que satisfacen más directa o inmediatamente una necesidad; y en el sentido docente, lo mismo sirve al estudio experimental la hoja de un arbusto, o un insecto, o una piedra, que toda una planta, una fauna o imagen regionales.

Pero no es mi intención, proponer un sistema, ni defender ninguno. Divagaba acaso sobre los fundamentos más

sólidos y durables de un sistema que tuviese por base el estudio de las ciencias, no solamente porque caía bajo el orden de mi razonamiento, sino también porque creo que éste concilia de modo perfecto todas las escuelas, aún las más opuestas en el campo hasta hoy revuelto de los debates doctrinales.

La filosofía es no sólo una auxiliar congénita de las ciencias, sino su alma, su espíritu vivificante, que las vincula a todas como en un hogar común, señalándoles su destino ideal en medio del inmenso conjunto de leyes y objetos materiales que las ocupan. En cambio, ellas la han transformado en la evolución secular por el sucesivo auxilio de la observación del mundo físico, origen de todo el progreso moderno.

Los profesores que me escuchan saben de métodos por los cuales se transmiten los conocimientos científicos en la proporción y en la cantidad suficientes para cada edad de la vida y para cada grado de la enseñanza, y el único peligro serio está en el abuso del tecnicismo y del detalle, casi siempre cometido por los especialistas que han ido demasiado a fondo en su ciencia, y olvidan las concesiones recíprocas necesarias para la subsistencia de las demás. Los hombres de ciencia que han fabricado los programas de las grandes escuelas, y que han impuesto, por lo mismo, sus programas a los liceos —dice uno de los autores ya citados—, “parece que sólo hubiesen perseguido un fin, aniquilar las individualidades bajo el peso de una erudición mnemónica y de una ciencia libresca”. Y a su juicio el verdadero criterio pedagógico en esta materia sería: “No hacer aprender a los alumnos sino lo que necesitan *retener*, ya del punto de vista individual, ya del social, o aquello, por lo menos, de lo cual retengan una impresión estética o moral. Lo que sólo se dirige a la memoria y debe olvidarse tarde o temprano, es malo en su esencia. Y no se diga que se ejercita la memoria; ella no necesita ser ejercitada: la cantidad de cosas necesarias que deben ser aprendidas, es

más que suficiente para desarrollarla y aún para fatigarla". En resumen, este bello espíritu, que se ha señalado en los últimos debates aún pendientes en la alta filosofía, por su defensa de la enseñanza clásica, tal como él la concibe, concluye diciendo que "entre las obras *sociales*, de que la educación no puede prescindir, se encuentra en primer término la ciencia, que lo transforma todo en su alrededor. Nuestra civilización es *científica*, no lo olvidemos. La ciencia en su espíritu, es decir, en sus métodos, sus principios y grandes resultados, no puede permanecer extraña a la educación del siglo XX".

Alguna vez he expresado en público mi creencia en que del estudio suficiente de las ciencias se desprendería un puro ambiente de moralidad, que purifica las almas, las eleva y las fortalece, sin duda porque le demuestra al hombre la verdad del dominio que ejerce sobre el planeta. Comunicándole la conciencia y el hábito de la rectitud, de la exactitud, de la realidad, de la observación propia y de la investigación personal, se siente más dueño de sí, más libre, más soberano. Y si sólo tenemos en cuenta el fin utilitario o material de la vida, ella le entrega la posesión fácil de los tesoros de la tierra, es siempre la madre universal inagotable de los antiguos, que hicieron de Ceres su mito simbólico. De esta convicción del yo independiente, nace por propia y natural virtud la más digna y fuerte de las selecciones, la selección espontánea que se opera por la lucha misma con los elementos de la vida, para arrancarlos, transformarlos y convertirlos en objeto útil o agradable, en riqueza económica o en tesoro artístico.

IV

LA BASE MORAL EN LA ENSEÑANZA

Y como he hablado del *efluvio moral* que las ciencias trascienden, justo es consagrar a este elemento de la educa-

ción un momento más. Este problema de la enseñanza moral es acaso, el más palpitante que hay en el mundo, y nadie conoce mejor que esta asamblea los bellos libros que lo estudian y lo analizan. No discutamos ahora su naturaleza ni métodos, para fijarnos sólo en sus resultados. Es indudable que el mundo entero, y nosotros no hemos de exceptuarnos, está hondamente preocupado de un descenso general en la moralidad colectiva, y llegan algunos pensadores hasta acusar a las más sabias doctrinas filosóficas de haber conducido a la humanidad a esta situación.

El convencionalismo, la mentira, el fraude, oculto bajo las más bellas formas de leyes, fórmulas o estilos, pueden infiltrarse en las conciencias privadas y extenderse como norma habitual a la vida íntima de la familia, y falsear los cimientos de todo orden social.

Entre tanto, nosotros —señores educadores argentinos—, examinemos nuestro régimen educacional, y veamos si no necesita una urgente reforma en el sentido de una firme dirección moral en todos sus ciclos. Empecemos por nuestros planes de estudios para ver si no rendimos un tributo inicial a la mentira y al fraude, manteniendo un aparato engañoso de enseñanzas ilusorias, inútiles, insuficientes y huecas, sólo eficaces para crear el espíritu de falsía, desde que se comienza por engañarse a sí mismo, para acabar por lanzar a la vida almas extraviadas por falsos conceptos de la moral, del destino del hombre en el mundo y en la nación a que pertenece; desarmadas para la lucha real y para las crisis morales imprevistas en la escuela y el colegio, y que se convierten, como decía un gran orador francés, en ejércitos de vencidos prematuros, y poseídos de una enfermedad de grandeza teatral e impotente, que llega a considerar indigno el trabajo humilde que cubre la indigencia y ennoblece la vida.

Bajo este aspecto del problema escolar, la misión del maestro se agrava y complica por la parte que en la enseñanza moral corresponde al ejemplo, a la conducta siempre

visible del educador ante el educando, y por esa fuerza secreta de adivinación del niño para descubrir en su maestro la debilidad de la convicción, el desaliento, la indiferencia, o el hastío de la faena. La moral no se transmite, por cierto, en dogmas difíciles de precisar, pero sí en hechos, y más que todo, en los hechos múltiples que constituyen la vida del instituto mismo, desde la iniciación hasta la última prueba. La falta de fé en la doctrina o en la acción, se refleja en la mirada del educador, en sus modales, en su acento, en su énfasis, y la clase la recibe como el reflejo frío de un témpano de nieve. En cambio, puede ignorar la ciencia, las nociones más elementales de la materia, y el niño advertirlo, pero si él siente la comunicación cálida de la pasión, del entusiasmo, del fervor de una convicción o de una fé sinceras, seguirá a su maestro como guía providencial y su influencia en su espíritu será imperecedera. Esto ha hecho decir a Thomas, en forma de consejo a los educadores públicos: “cultiven su jardín animosa y valientemente, y no olviden jamás este precepto de alta sabiduría, que en la enseñanza, el escepticismo de los maestros es mucho más peligroso que su ignorancia”.

A nadie más que a los directores de institutos docentes incumbe el cuidado de la conducta moral de toda la falange de instructores puesta bajo sus órdenes. Ellos son en realidad el instituto mismo, y por más que las leyes y reglamentos impongan normas de gobierno, más o menos rígidas, el director hará el instituto a su imagen y semejanza, siempre que tenga un espíritu penetrante, un carácter definido, y una alta y viva convicción del papel social que le está asignado en su país. Y tanto más grande es este poder puesto en sus manos por el Estado, cuanto más vasta y variada es la naturaleza del territorio, como ocurre en la República, donde, tanto por la diversidad federativa del sistema político, como por la diversidad de sus climas y regiones, pueden imprimir a cada colegio o escuela un sello diferencial múltiple; y esto vendrá a romper alguna vez la odiosa y abru-

madora monotonía y uniformidad de nuestros sistemas escolares, que desde este punto de vista desconocen por completo la índole y caracteres esenciales de la sociedad que las practica.

“La uniformidad de la organización escolar, dice Vitali, es la condición que hace más difícil el progreso pedagógico; la diferenciación, o más bien dicho, la variedad de las escuelas industriales y comerciales en Alemania, no sólo ha favorecido el desarrollo y ha dado en tan breve tiempo tanta expansión a las industrias nacionales y al comercio, sino que ha favorecido la evolución y el progreso de los métodos educativos en las especialidades industriales y comerciales, ha atraído mayor número de alumnos y ha comunicado su movimiento a otras escuelas... El desarrollo acelerado, el progreso rápido de los americanos, es debido en parte al régimen federativo, opuesto a la uniformidad y a la centralización de la instrucción pública; a la difusión de los *talleres* de educación normal, donde trabajan juntos alumnos ricos y pobres; al método práctico de la enseñanza y al gran número de escuelas especiales para las diversas industrias”.

Entre los temas de esta primera conferencia he advertido uno que ha llamado mi atención sobre los demás, y concurre al orden de ideas que vengo exponiendo. Se refiere a la influencia del educador público, maestro o director, sobre el alumno fuera del recinto de la escuela. Gran parte de la relajación de los vínculos de la disciplina, que parece un mal ya radicado entre nosotros, procede del abandono que se hizo, en nombre de no sé de que principio de libertad novísima, del sistema tutelar del maestro o rector sobre los niños de su escuela o colegio en todos los momentos de la vida.

En la última conferencia de profesores de enseñanza secundaria, celebrada en la Escuela de Altos Estudios de París, bajo la presidencia de Alfred Croiset, quedó aceptado como uno de los medios eficaces de educación moral el prolongar la influencia del maestro fuera de la clase, y

Marcel Bernés en su exposición dijo estas hermosas y sencillas palabras: "Estas relaciones extendidas fuera del aula, estos consejos que los alumnos piden a sus antiguos maestros en las ocasiones difíciles, en las crisis morales de la vida, aún muchos años después que han dejado su clase y sus bancos del colegio, vienen, pues, de la voluntad misma del alumno, y del grato recuerdo que conserva de hombres que siempre vió preocupados de su bien y conducidos a su vez por una constante preocupación del deber". Pero ya que nosotros carecemos del provisor vigilante, que sigue en amistosa inspección la conducta del estudiante en la vida exterior, admitamos que el rector, el director y el maestro, por la influencia propia de su autoridad, de su respeto y de su propia conducta, se imponga al amor y a la amistad íntima de sus discípulos hasta el punto de obligarlos a reconocer en ellos una segunda patria potestad, que en muchos casos será, quizás, más dulce y moralizadora que la legítima. Ella nos conducirá al día feliz en que las casas de estudio del Estado, sean algo más que otras tantas oficinas públicas donde se realiza como un estanco del saber y de la cultura a horario fijo, es decir, cuando puedan convertirse en verdaderos hogares de la inteligencia y del corazón, reflejos vivos del hogar materno, en los cuales se cultiven con igual veneración los afectos íntimos de las amistades inmortales de la ciencia y de la vida, y aquellas virtudes más altas y más impersonales que sólo una palabra expresa en toda su profunda intensidad: la Patria.

V

EL IDEAL COMÚN

Señores: Reconozco ahora que he abusado de vuestra benévola atención, dejándome arrastrar por las seducciones irresistibles del asunto, fuera de los límites y de las fórmulas consagradas por una elemental etiqueta; pero me cuesta

recordar que en estos momentos no puedo contarme en el número de los maestros, y que no tengo en frente mío, en mi modesta cátedra de la Universidad, mis queridos compañeros de estudios con quienes acostumbraba, más que a enseñarles una ciencia en que juntos explorábamos, profesor y discípulos, departir en amistosa conversación sobre asuntos como éste, en que un ideal común a todos los que frecuentamos las aulas de los institutos docentes de la República nos une, nos estrecha y nos sugiere ensueños deliciosos de perfeccionamiento y grandeza nacional.

Este mismo espíritu comenzará a sentirse más difundido y vigoroso entre los cuerpos docentes de los colegios, escuelas e institutos diversos de la Nación, hasta que la continuidad del trato, la frecuencia de los debates y el estudio continuo de cuestiones vitales para la educación argentina, realice en ellos la unión superior de dirección intelectual y de concepto educativo que, sin duda, hace falta para dar un carácter propio a nuestra enseñanza, el carácter que se derive de las condiciones sociales en que nuestro país se desenvuelve, el que reclama el progreso de las instituciones políticas fundadas sobre la mayor suma de cultura popular y el que exige el destino económico de la República, en medio del concurso de fuerzas semejantes que a su alrededor se agitan y trabajan, y por fin, el que requiere una nación joven, robusta y palpitante de energías irreveladas, que recibe a torrentes la savia de ajenas razas y nacionalidades, que vienen a acelerar la transformación étnica, acercándola a la definitiva selección del tipo personal y exclusivo.

El gobierno espera mucho de las discusiones a que van a consagrarse las conferencias de profesores, las atenderá muy de cerca, y procurará convertir en sanciones positivas las conclusiones que deban traducirse en fórmulas legales o reglamentarias; y renovando en su nombre el saludo de bienvenida con que empecé estas palabras, y con votos por el acierto y la más fecunda armonía en vuestras deliberaciones, declaro inaugurada la primera conferencia anual.

III

**BASES ORGANICAS Y DIRECTIVAS DE LA
ENSEÑANZA NACIONAL**

BASES ORGANICAS Y DIRECTIVAS DE LA ENSEÑANZA
NACIONAL *

I

RESULTADOS GENERALES DE LAS CONFERENCIAS

Señoras; Señores:

Cuando al inaugurar la primera conferencia de profesores de enseñanza secundaria, normal y especial, expresé en nombre del gobierno la confianza en el éxito de sus deliberaciones, figurábame ya asistiendo a esta última reunión, tan satisfecho como sus propios miembros, de la labor realizada, siquiera sea modesta, ya que ella es de provecho y honor común, y ya que, toda obra como ésta, como obra humana, es de evolución durable, y no es dado llegar a lo perfecto desde los principios.

Tanto el gobierno como la opinión toda de la República, han seguido con el mayor interés las discusiones, reproducidas por la prensa, y puede afirmarse que el núcleo de educadores argentinos aquí congregados, ha ofrecido una muestra de cultura y consagración al deber, tal, que si bien era de esperarse, no se ha traducido menos en honor y prestigio para la enseñanza pública en el grado a que ellos pertenecen.

Quedan ahí, en las actas de la conferencia, consignadas las opiniones, votos y sanciones, producto del estudio, la observación y la experiencia de todos los que en ella tuvie-

* Discurso de clausura de las conferencias de profesores, el 25 de febrero de 1902.

ron parte; la autoridad escolar se hará un deber en conservarlas como un primero y valioso esfuerzo colectivo, y cada vez que vengan a su estudio los problemas o cuestiones con ellas relacionados, irán sin duda, porque deben ir, a consultar el pensamiento de sus maestros, para encaminarse a las soluciones representativas de la opinión conjunta de todos ellos.

Bien sabido es que le faltan estímulos, elementos y medios de acción, y que estas deficiencias se manifiestan a veces en profundos desalientos y en no pocas tentativas de protesta; pero se sabe también que en mucha parte la causa es inherente a nuestra accidentada y joven historia, y a muchos otros dominios de la vida nacional. Por eso, talvez, resulta más meritoria y difícil la tarea de los que enseñan a las nuevas generaciones, pues ellos deben suplir con su fortaleza y elevación de ánimo, lo que nos falta por recorrer en el camino de la educación social del pueblo argentino.

No recuerdo precisamente quién dijo —creo que fué Jefferson—, que “en todas las sociedades de la tierra hay siempre una huella de debilidad, un gérmen de corrupción y decadencia que el análisis descubre y la educación insensiblemente abre, cultiva y mejora”, y no es extraño oír a los espíritus desfallecidos en medio de las luchas de las naciones más nuevas, clamar contra las degeneraciones prematuras y temblar ante las catástrofes anticipadas del vicio, del fraude y de las venalidades de la vida.

La escuela, en toda su vasta trayectoria, desde la infancia hasta la universidad, tiene el secreto de todas las milagrosas medicinas, contra estas terribles enfermedades de los organismos nacientes, que pueden, cuando no aniquilarlas en su edad inicial, marcarlas en plena juventud con los signos mortales de la decrepitud y la ancianidad. Es el temple moral, es el carácter y la fé de los maestros y educadores públicos, la única barrera infranqueable contra la invasión de estos males que, originarios de las sociedades antiguas, hacen fácil presa en las nuevas, gracias a la avidez

con que éstas absorben los hábitos y las enseñanzas experimentales de aquellas.

La exquisita benevolencia con que ha acogido mis palabras de bienvenida, me alientan a comunicarme nuevamente con esta asamblea, en el mismo tono de amistosa confianza que dictara las anteriores. A ello me estimula, además, la circunstancia felicísima de hallarse reunidos y próximos a dispersarse para ir cada uno a su puesto de labor en distintas y lejanas regiones del país, los directores de los institutos docentes de la Nación, y los que dentro de cada uno de ellos representan el voto del personal docente.

¿Por qué no habíamos de entendernos sobre algunos puntos esenciales del vasto sistema educativo vigente, de manera que se estableciese cierta armonía general de dirección, propósitos e intentos patrióticos en esta actividad que es la más patriótica de todas las actividades sociales?

Y ya que no nos fuese dado llamarnos descubridores del más perfecto y propio de los sistemas, por lo menos tendríamos el derecho de aprovechar aquellas enseñanzas en que nos hallásemos de acuerdo, o en que existe la mayor suma de cordialidad posible. He ahí el propósito de esta nueva conversación que he querido acompañar a los votos con que el Poder Ejecutivo de la Nación os despide al alejaros para vuestros hogares, y agradece el importante concurso que le habéis prestado en la siempre ardua labor del gobierno escolar.

II

REFORMAS SUBSTANCIALES Y SUS ARTÍFICES

Creo que nos hallamos todos de acuerdo en la necesidad urgente de introducir, tanto en los planes de estudios como en los programas, la mayor sencillez y el mayor acierto en la selección de las materias que deben ser consideradas más esenciales, esto es, lo que un educador moderno sintè-

tizaba diciendo: “la mayor simplificación y la mayor intensidad relativa en las enseñanzas elegidas como indispensables”. Y yo agregaría que nos hallamos también de acuerdo, estoy casi seguro, en que para realizar este ideal no son acaso necesarias esas grandes combinaciones sinópticas llamadas *planes de estudios*, sino que, contando con un personal directivo y docente capaz de darse cuenta de su misión y de llevarla a la práctica, bastaría formarse un concepto general, una tendencia, una idea dominante sobre el conjunto de todas las enseñanzas, para realizar en el interior de cada colegio, escuela o instituto, y aún dentro de cada clase, las más profundas transformaciones en la educación nacional.

Así se consumó la gran reforma alemana, y así piensa M. Gustave Lanson que debe hacerse en Francia. “Ninguna demolición exterior es necesaria, decía este bello espíritu, el año pasado; el cambio que esta forma necesita, es enteramente interna; puede hacerse en las clases con los programas actuales. Basta, sin tocar el edificio de los reglamentos, que todos los maestros se hallen animados de cierto espíritu y se muevan en cierta dirección”.

Y cuando consideramos nuestro genio excitable y violento, nuestra viva afición al espectáculo de las luchas personales o tumultuarias de la fuerza o de las pasiones y las ideas, no estamos distantes de ver cuán difíciles son entre nosotros las reformas emprendidas a los golpes del pico demolidor o al estruendo de explosivos más o menos poderosos.

Así, no habría necesidad de destruir las laboriosas y ricas construcciones de los planes vigentes, lo que nos llevaría a perturbaciones quizá funestas, en esta perpetua movilidad característica de nuestros sistemas educativos. Obra grande y reveladora de verdaderas energías intelectuales, fáltale solamente lo que sólo el tiempo puede dar, el pulimento, el orden, el equilibrio, el reposo, la sanción de la experiencia y el toque final de la colaboración colectiva de los especialistas, de los ejecutores, de los educadores y de

los maestros mismos, impreso con el criterio preciso y práctico del aula o del taller.

Son los directores, en primer término, los llamados a realizar la transformación, por todos comprendida y anhelada, de los estudios secundarios y normales: ellos que modelan el plan de estudios según el tipo individual de su instituto, el cual, a su vez, se deriva de múltiples factores físicos y sociales —situación geográfica, medio ambiente moral, capacidad colectiva del personal docente y otros muchos. Por manera que, en definitiva, los planes de estudios y programas serían tanto más simplificados o inútiles, cuanto más capaces fuesen los directores y los maestros de desarrollar por sí mismos las respectivas materias constitutivas de todo orden de cultura intelectual y moral.

Los maestros argentinos saben, sin duda, que existe entre todas las materias de un sistema o plan de estudios, una correlación más o menos inmediata, de manera que cada una de ellas refleja sobre la otra una gran parte de su propia luz, al desenvolverse en el espacio de la inteligencia: ésta es su medio de propagación, y su gran auxiliar la sugestión, que se ejercita de unos a otros órdenes de conocimientos, como las gradaciones de la luz misma en el espacio material.

El trabajo de simplificación se realiza, pues, eliminando todo lo que es común a dos o más ramas de la ciencia, artes o letras, y cuando es forzoso ceder lugar más amplio a materias de interés o utilidad especial, se va hasta suprimir todas aquellas nociones susceptibles de adquirirse por inducción o por deducción de otras más substanciales y afines.

III

DE LAS ENSEÑANZAS FUNDAMENTALES

1. En la enseñanza del idioma, si se ha de proceder por método experimental y natural, y si se ha de devolver a la

lectura el lugar que una errada concepción y una lamentable rutina le han quitado, un director o un maestro pueden realizar milagros de instrucción y educación literarias, morales y científicas, con sólo la selección de los trozos y su presentación ordenada y sistemática. Quitando al estudio de los idiomas lo odioso y abrumador de la técnica y de la teoría, para ceder este espacio a los ejercicios de composición y a la lectura seleccionada con criterio educador y estético, se habrá realizado la doble ventaja de enseñar el lenguaje en el menor tiempo y del modo menos penoso, y dotar a los alumnos que se dirigen a estudios superiores, al magisterio, o a la vida misma, de una base de cultura literaria suficiente para entrar con éxito en carreras más altas, para transmitir a su vez a sus discípulos una buena semilla de buen gusto, que será más tarde una cualidad nacional, y para llevar a las corrientes vivas de la masa popular ese mismo germen de indestructible virtualidad.

2. Hace falta, señores, en nuestros colegios, escuelas, e institutos diversos, más lectura, mucha lectura, selecta y ordenada, dotada de un interés educativo general y permanente, renovada según las evoluciones de la cultura universal; que ponga a maestros y alumnos en comunicación ideal o afectiva con el alma de las antiguas civilizaciones, con los progresos y evoluciones de las ciencias y artes que la clase no alcanza a transmitir, con la eterna y fecunda naturaleza donde se halla la fuente inexhausta de toda fuerza y hermosura, y con los tesoros infinitos de ejemplos morales, a punto de que por sí sola ella puede condensar esta discutida, difícil y aún no resuelta cuestión de la enseñanza moral; y si he de hablar a este auditorio con la franqueza patriótica y fraternal que le debo, he de agregar también que sólo la lectura, con la ayuda inmediata de una discreta enseñanza literaria, será capaz de dotar al conjunto de los maestros argentinos de una educación estética más completa, de un concepto del estilo escrito y hablado más amplio y más

literario, en su sentido sencillo y natural, que es, sin duda, el más hermoso.

3. He hablado de enseñanza moral, y pongo de nuevo el dedo en la llaga más sangrienta de la civilización contemporánea. Tiene que ser, por eso, el mayor peligro para la nuestra, si hemos de preservarla de esos contagios, que pueden ser de irreparables consecuencias para esta joven nacionalidad. Para conseguirlo, es necesario, en mi concepto, hacer concurrir todas las energías, todas las enseñanzas, todas las disciplinas del espíritu y del cuerpo, desde la autoridad superior del que rige la escuela o el colegio, hasta el menor movimiento en los ejercicios y juegos en el gimnasio.

Pero creo mucho más en la eficacia del ejemplo, porque algo sé de la naturaleza imitativa del niño y del poder incontrastable de la sugestión; y sé también que al maestro se le puede exigir mucho en este sentido; pero que mucho puede exigir él a su vez para realizarlo, especialmente en institutos oficiales.

Hace más de tres siglos el preceptor de Catalina de Aragón, en Inglaterra, el español Luis Vives, en su libro *De trahendis disciplinis*, exigía a los maestros el *saber* y la *honestidad*. Si se apasionan por la ciencia, tendrán placer en comunicarla a los demás; si su conducta es irreprochable, servirá de modelo a sus alumnos. La ignorancia, la sordidez, la ambición y cualquier otro vicio, los deshonoraría y serían las causas de un daño público. Ellos son, según la palabra del Evangelio, la luz del mundo, la sal de la tierra... Vives concluye que el Estado tiene el deber de ofrecer a los maestros un salario razonable, suficiente para vivir con dignidad, pero bastante modesto para no excitar la codicia de los avaros e incapaces.

4. Todos los elementos morales de la enseñanza deberán concurrir a formar un concepto de la vida capaz de hacer la felicidad posible de los hombres en su hogar y en su país; y si es verdad, como lo creo, que "toda educación

nacional debe sostener el contrapeso del temperamento nacional", ese concepto de la moral debe buscar el equilibrio del más grande y peligroso de los defectos de nuestro carácter. Psicólogos eminentes lo han señalado en las naciones más representativas del grupo latino: contemplativos, indolentes y dados a los excesos de la imaginación, de los ocios agradables y caros; en fin, se señalan por su aversión al trabajo personal y su inclinación contraria hacia la grandeza fácil y deslumbrante. No son caracteres que tienden a equilibrarse, sino centrífugos, y su tendencia se dirige a los extremos. La literatura los conduce al exceso retórico, y el arte a la exageración contemplativa de grandezas pasadas o soñadas. Una educación racional debe establecer este equilibrio, enseñándoles una nueva vía, de ponderación, de acción, trabajo útil, personal, productivo y fecundo.

IV

EL TRABAJO COMO FUNDAMENTO Y FIN

Esta energía humana tan potente en sí misma, característica de estas razas, debe ser sistematizada, dice Sergi en su valiente libro sobre la *Decadencia de las naciones latinas*, y dirigida a fines especiales y generales preestablecidos, que son la mayor y menor producción de las riquezas individuales y colectivas, y en particular, a la de las industrias naturales, propias de cada país y susceptibles de propiciarle un cierto dominio exclusivo en el mundo.

Entre nosotros, lo sabe bien la asamblea, existe un solo y grande peligro nacional, la aversión ingénita de todos al trabajo individual y directo, al trabajo persistente y sistemático, productivo y regenerador, agente único de la verdadera riqueza nacional, y única promesa de redención futura de las deudas acumuladas por todas las generaciones anteriores, en este afán de consumir y de no producir bastante. Y tan honda es esta crisis, que es ya alarmante el

incremento del parasitismo social y político, que busca como único medio de subsistencia lo más fugaz e inseguro, lo que es por su naturaleza y por la ley de la democracia, mudable y transitorio, la función pública, el empleo, el salario que reduce y limita la fuerza humana, el espíritu de independencia, la voluntad y el ánimo para la acción y hasta el amor de la vida.

Si este fuese en definitiva el valor elemental de nuestra futura civilización; si no abrigásemos todos los educadores de hoy una esperanza de reforma, y esta esperanza no tuviese sólidos fundamentos, como los tiene en realidad, muy sombríos serían los horizontes de nuestra cultura nacional. Pero son los maestros con su ejemplo y su enseñanza, los llamados en primer término a establecer este cimiento moral inmovible a toda la educación del porvenir: el trabajo como medio individual de obtener la única felicidad verdadera, por la dignificación del alma, del carácter y de la vida privada; y por natural evolución, el único medio de fundar un bienestar colectivo, una riqueza común que se traducirán en una alta moralidad y fuerza nacionales, de resistencia contra todas las asechanzas del futuro, y de la única expansión legítima e indiscutible —la que se funda en la superioridad de la cultura y de la producción, en su sentido más elevado y comprensivo.

He aquí este magno proceso descrito por el mismo filósofo citado: “cada nuevo descubrimiento científico aumenta la riqueza del hombre, elimina una serie de errores y falsas suposiciones, se difunde por las generaciones presentes y futuras, se hace generadora de nuevos descubrimientos y aplicaciones prácticas... La ciencia es saber acumulado; de éste es el dominio del mundo y en esto consiste la superioridad humana; cuando ésta superioridad por su poder expansivo invade todos los pueblos, el que produce más será el superior, y de él será la hegemonía del mundo... La cultura, concluye, debe tener por base la ciencia”.

V

INFLUENCIA MORAL DE LOS ESTUDIOS CIENTÍFICOS

¡Y qué gran agente de enseñanza moral es la ciencia en sí y en sus varias especialidades! “Los hombres de ciencia —dice Adler—, se distinguen de otros observadores por su mayor prolijidad. La honestidad intelectual es la cualidad moral que la ciencia suministra en primer término”. La enseñanza de las ciencias es el cultivo de la verdad misma, agrega. “La veracidad puede definirse diciendo que es la correlación entre el pensamiento, la palabra y el hecho. Cuando el pensamiento en el espíritu corresponde al hecho, y la palabra en el lenguaje se ajusta al pensamiento, el circuito de la verdad está completo. Y luego, del punto de vista de la transmisión de este espíritu de verdad, la enseñanza de la ciencia tiene sobre las demás materias la ventaja de que la naturaleza tangible, de que los hechos de que se ocupa permiten notar la menor desviación de la verdad”.

Hablando de esta misma influencia moral de la ciencia, y en particular las matemáticas, M. Bioche, observa, que “toda operación está sujeta a error, y son necesarias siempre las verificaciones; de donde concluye que el operador, al hacer constar que puede equivocarse al hacer una multiplicación, se siente llamado a la práctica de una virtud moral propiamente dicha, la virtud de la modestia”. Lo que en letras y filosofía es imposible en un sentido absoluto, en ciencias es lo más natural y propio: *la obra personal* del alumno, que lo estimula y lo apasiona para el trabajo y la experimentación.

Ningún placer iguala al del descubrimiento de las verdades matemáticas, siquiera se trate de la solución de las más sencillas fórmulas; y cuando de estas ciencias se pasa a las químicas o físicas, y el esfuerzo o la investigación se traducen en resultados visibles, en cuerpos nuevos que en

cierto modo han surgido de la voluntad del estudiante, su gloria no tiene límites, y un sentimiento indefinible de gratitud y de fe en sí mismo, le harán seguir adelante hasta dominar con el tiempo las más árduas resistencias.

Estableciendo contraste entre la cultura literaria pura y la fundada en la ciencia, un filósofo de la educación decía hace poco, que la fuente de las ideas no está en las humanidades retóricas, sino en las ciencias, “que han renovado por completo nuestro concepto del universo, de la sociedad y del hombre...” Lo que necesita la sociedad moderna, sostiene, son espíritus que tengan la forma científica.

“Entendemos por tales, espíritus que tengan el gusto y el sentido de la verdad, que lleven en todos sus actos un deseo serio de conocimiento claro y exacto, que tengan conciencia de las dificultades y peligros que se encuentran en la investigación y en la elaboración de lo verdadero... Las verdaderas humanidades modernas son las ciencias, en el sentido lato de la palabra...” Y es bueno que todos los que ahora me escuchan, y van a reemprender mañana su tarea anual de desarrollar nuestros planes y programas, lleven este consejo de un sabio profesor y pensador, dirigido a destruir el mal de la retórica en que se consumen tantos pueblos de nuestra raza. Sería menester, dice, que aún la enseñanza clásica se orientase hacia el principio científico.

“Ella tendría su unidad en la idea de que, en todo estudio y ejercicio, el objeto del maestro debe ser desarrollar el sentido y el gusto de lo verdadero, hacerles notar cómo en cada especie la verdad se encuentra o no, según se posea o no un determinado método y disciplina apropiados a un determinado objeto. No se tratará de hacerles conocer un gran número de leyes y de hechos; sino que, por ejemplos bien elegidos, aprenderán lo que es una verdad matemática, y cómo se elabora, y lo mismo una verdad física, una verdad química, una verdad astronómica, una verdad fisiológica, una verdad histórica”. Estas mismas ideas fueron sancionadas por el segundo congreso de profesores de la enseñanza

secundaria de Francia en 1898, en un voto porque “los estudios científicos sean reforzados en las clases superiores y hechos más prácticos en las inferiores de los liceos y colegios”; y no lejos de esta misma tendencia, es la señalada por la conferencia de profesores alemanes celebrada en Berlín en 1900.

VI

LA HISTORIA Y LA GEOGRAFÍA NACIONALES

Entre las enseñanzas más adecuadas para producir una fuerte influencia moral, se ha contado siempre a la historia; pero siendo ésta una verdad admitida, encuentro en ella un peligro inmenso: el de la misma magnitud de la empresa y el de cierta petición de principio en el procedimiento; lo primero por la dificultad de determinar un sentido moral preciso en el vasto caudal de los hechos históricos; lo segundo, porque juzgo tan difícil aplicar a cada uno el juicio moral más acertado, como aplicarlo a la vida contemporánea. Es que la historia tradicional de nuestras escuelas y colegios no se ha apartado aún de sus viejos moldes para acercarse más a su hermana gemela, la geografía, que al alimentarla con sus ricos fluídos vitales y al iluminarla con sus luces nuevas, la ha transformado en una ciencia acaso tan positiva como parecen serlo las ciencias sociales.

Sin desconocer en un punto el valor educativo de la historia, desde que exhibe a la imaginación y a todas las facultades afectivas del niño y del joven, los grandes caracteres, los heroismos y abnegaciones de todos los tiempos, creo que la enseñanza de la historia entre nosotros, desarrollada en íntimo paralelismo con la geografía, reclama por ahora, más que un aprovechamiento moral, un trabajo de reivindicación patriótica, de derechos y títulos de soberanía con frecuencia olvidados, tanto en las lecciones del aula como en las páginas de los textos y en los mapas.

Sería contrario al verdadero concepto moral de la historia, el de falsear la verdad con fines de utilidad nacional, por grandes que fuesen, pero es culpable persistir por más tiempo en un abandono que sólo la rutina explica, de reconstruir con criterio definitivo, todo el patrimonio territorial de la nación, determinándolo con exactitud en cada uno de los grandes ciclos de nuestra historia, para comunicar al pueblo de hoy y del futuro un concepto total y completo del dominio material, sin el que la idea de patria, de nación, de soberanía, son una pura ilusión o una idea imaginaria.

La geografía hermanada con la historia y aplicada al estudio del territorio nacional, a la luz de las investigaciones directas hasta ahora realizadas, daría a los niños, desde ahora para siempre, una imagen sintética de todo el territorio patrimonial del pasado y del presente; y este concepto, convertido en sentimiento e identificado con el de la patria misma, acaso transformaría en poco tiempo, en mucha parte, nuestra vida cívica, abriéndole horizontes más amplios, y fortaleciendo la fé patriótica con una convicción más exacta y precisa de la extensión territorial sobre que se asienta y está llamada a perpetuarse la entidad imperecedera de la nacionalidad.

Por otra parte, el solo estudio geográfico bastará para dar nuevo vigor al sentimiento individual y nacional, y mayor vitalidad al espíritu científico, si él se transformara, como es de desear, en el estudio de la naturaleza, del medio físico y ambiente en que la sociedad se desenvuelve, y deja de ser como hasta ahora, un estéril, monótono y desolador hacinamiento de latitudes y longitudes, nombres de lugares, ríos, montañas, mares y producciones más o menos auténticas, para convertirse en un concepto fundamental, generador de infinitas relaciones de ideas, inicial de múltiples sugerencias de otras ciencias, ya que, como dice Parker: "La ciencia de la geografía es la iniciación real, el verdadero principio del estudio de todas las ciencias naturales". Por breve que sea la operación mental que realicemos sobre el conjunto de to-

das las ciencias, advertiremos los íntimos, los directos vínculos que los ligan con la geografía, la cual, apenas quiere profundizar, se convierte en las diversas ciencias especiales que tienen por objeto el estudio de la tierra y del medio ambiente en que el hombre, la sociedad humana, viven, crecen y se transforman con los demás organismos del vasto escenario del mundo.

Una época nueva que marcará profundas huellas en la cultura moral y preparación real de la juventud argentina, será aquella en que los estudios se coordinen y se distribuyan de manera que las ciencias de la naturaleza ocupen la base del edificio, como la corteza terrestre es el cimiento de toda existencia; y desde un punto de vista más limitado, aquella en que la geografía, unida en un solo concepto orgánico con la historia, se estudie en su verdadero sentido social y humano, como el *medio* físico, como el ambiente, como el foco común de todas las fuerzas, energías y elementos primarios de la civilización, de la vida de cada comunidad y de cada hombre.

Como "*conocer el mundo es amar el mundo*", la influencia moral que de ese estudio se desprende es visible y se manifiesta en el eterno drama de la historia, al que la geografía presta el escenario, explica los móviles, los impulsos, las debilidades, los desfallecimientos y los ímpetus colectivos irresistibles de sus personajes incesantemente renovados.

Nadie mejor que los maestros que me escuchan, saben cuánto interés y encantador atractivo presta a los relatos históricos el conocimiento de los lugares en que ocurrieron los sucesos, y con cuanta intensidad ellos se graban en la memoria cuando han podido asociarse entre sí.

El corazón toma una parte vivísima en las cosas de un pueblo, grande o pequeño, cuando hemos podido visitarlo una vez, y las nociones de pura imaginación o estudio se transforman de tal modo, que llegan hasta cambiar de raíz las fases dominantes de una personalidad. Goethe puede ser el exponente más alto de esta absoluta ley psicológica.

Como la geografía, por su objeto, es más inmutable que la historia, y ésta es en realidad un accesorio un resultado suyo, el método de la segunda debe subordinarse a la primera, y así la enseñanza será más sencilla, más sugestiva, más interesante y más útil. El maestro hará seguir en cada caso particular, sobre el territorio o región que estudia, la misma huella que siguieron los hombres, pueblos, ejércitos o civilizaciones en su evolución histórica; pero en cuanto al orden de exposición de la materia, no podrá menos que ajustarse al método geográfico, que empieza por el medio circundante y se extiende en círculos concéntricos hacia el exterior, hasta abarcar en su expansión continua toda la tierra.

La simplificación se realiza no sólo por la inmensa economía de trabajo mental y mnemónico que la geografía ahorra a la historia, sino por la relación íntima, la confusión insoluble a veces de esta ciencia con las físicas y naturales hasta absorberla en sus desarrollos elementales, como ocurre a la geología, la botánica, la zoología, la astronomía, la meteorología y otras. Un plan de estudios combinado sobre la base de las ciencias, es el único que puede realizar la simplificación y la *intensificación* anhelada por los más esclarecidos pedagogos de estos últimos años, porque ellas ofrecen esa íntima correlación, esas zonas de jurisdicción común que pueden cederse o eliminarse en favor de las menos extensas, o según los propósitos o condiciones especiales de cada instituto o región escolar.

VII

CONCLUSIÓN

Señores: Sin advertirlo, he dejado correr el pensamiento más lejos de lo que correspondía a este acto de clausura de vuestra primera conferencia. Pero me ha guiado un sentimiento de solidaridad con todos los que se consagran a la

educación de nuestra joven democracia para la múltiple acción de la vida; y prenda de ese afecto es la expansión que he dado a mis palabras, confiadas sólo a la benevolencia y al deseo de mayor concurso de ideas en el debate de los problemas educacionales, que será cada día más ardiente y más nuevo.

Podeis ir a ocupar vuestros puestos de labor o de combate —ahora que va a resonar otra vez, tras breve reposo, en toda la república, la convocatoria a las filas dispersas de los educadores y educandos—, satisfechos de haber desempeñado con éxito un difícil encargo, y de haber contribuido en la medida de vuestras fuerzas, al progreso de la cultura pública en la forma de proposiciones aparentemente abstractas, pero que la meditación y el contacto con las realidades de la vida escolar les comunicarán su vitalidad material y su autoridad práctica.

En cuanto a mí, conservaré como un grato recuerdo por toda mi vida, el de haber podido sentarme por dos veces entre vosotros, y compartir en modesta forma, de vuestra labor, ofreciándoos, más que el pensamiento del hombre de gobierno, el fruto de la meditación íntima de un espíritu ávido de saber, y consagrado desde su más tierna juventud al estudio de los problemas institucionales de su país.

Al declarar terminadas las sesiones de la primera conferencia de profesores de enseñanza media de la Nación, me es grato asegurarles, en nombre del señor Presidente de la República, la complacencia con que ha seguido la marcha de sus ilustradas discusiones, y el interés patriótico que han demostrado en el desempeño de su tarea. En su nombre y en el mío propio, hago votos por la felicidad personal de cada uno de vosotros, y porque el éxito más completo sea la recompensa de las comunes fatigas, para la mayor cultura y más sólida prosperidad de la Nación.

IV

MEDITACIONES EVANGELICAS

MEDITACIONES EVANGELICAS

I

VERDAD Y LIBERTAD

Et veritas liberabit vos.

(S. Juan, C. VIII, 32).

Si las naciones contemporáneas deben al cristianismo las instituciones libres; si en su nombre han combatido durante largas épocas para fundarlas, llevando las doctrinas del gran Maestro al terreno de las formas; si sobre ellas se ha levantado la constitución de la Iglesia y del derecho moderno, justo es en determinados momentos imponer silencio a las pasiones cotidianas para consagrarnos a la meditación y al recuerdo del sacrificio fecundo.

La idea religiosa nace con el hombre, y es una de las fuerzas vivas de la historia; es fuente inagotable de conquistas en el orden político, de creaciones luminosas del arte que ha civilizado al mundo, y manantial perenne de consuelos para el espíritu, cuando cediendo a sus debilidades, desfallece en el choque diario de las ambiciones, de los ideales y de los intereses en pugna.

Eterna ley de las evoluciones del progreso es la resistencia de la actualidad contra las ideas nuevas, que vienen de las inteligencias superiores amenazando derribar las obras del pasado, sobre las cuales se fundaron sistemas, predomios y derechos que se creyeron imperecederos.

¿Quién diría a aquel pueblo elegido, dueño de las divinas escrituras, poseedor del secreto de lo incognoscible, que

vendría el tiempo de cambiar la base de sus leyes y de sus costumbres inveteradas, y que de su mismo seno surgiría la palabra revolucionaria?

No obstante, aquellas fórmulas emanadas de la divinidad misma por intermedio de los profetas, mantenidas en inmovilidad durante siglos, fueron quedando estrechas para resistir la expansión de la cultura exterior, que ya en forma de filosofía y de arte venía del Oriente, ya con las legiones victoriosas llegaba desplegando banderas, entonando himnos y plantando águilas conquistadoras, del lado del Occidente.

Y el pueblo hebreo, adormecido, en éxtasis, embebecido en las prácticas de sus tradiciones sagradas, y creyéndose el tabernáculo de la tierra, como el Arca era el tabernáculo de sus propias creencias, no sintió el estrépito de las armas romanas que venían a levantar el templo de Júpiter sobre los cimientos del de Jehová, ni a reemplazar las procesiones de los sacerdotes por las fiestas de Venus y de Baco.

Cuando vió vacilar los muros seculares y estremecerse los vasos del santuario, ya no fué tiempo. En los pórticos resonaban tumultos de soldadesca extraña, gritando vivas al César, y en las plazas el pueblo elegido aplaudía también las marchas de las legiones invencibles, que acababan de cruzar el continente, sometiéndolo e imponiéndole sus leyes y su idioma.

Ya no era tiempo. Delante de una nación decrepita, de culto envejecido, de espíritu debilitado, que rendía sus armas y entregaba sus tesoros al conquistador extranjero, sólo se halló una casta sacerdotal inerme, enflaquecida por los privilegios y dispuesta a rendir tributo al César triunfante.

Tras de la abdicación política, viene la abdicación moral. En frente de los estandartes guerreros de Roma, levántanse las blancas estatuas de los dioses sensuales de la Grecia.

Así durmió un siglo el pueblo de Israel, conservando algunos en secreto el culto antiguo, y otros siguiendo al fin el brillo de la religión conquistadora, que venía rompiendo

ligaduras y llamando a la libertad los instintos aherrojados por los preceptos mosaicos.

El espíritu religioso del mismo pueblo busca nuevas sendas y horizontes nuevos, y en breve las sectas dan el golpe de muerte a la unidad del dogma hereditario. Los falsos profetas pululan arrastrando fragmentos de las multitudes abandonadas por los pontífices de la ley de Moisés.

Nación dividida por las discordias políticas y religiosas, busca un conquistador; y entonces, cuando la disolución va a producirse, borrando de la tierra la nacionalidad, es el momento supremo de la aparición del Cristo.

No viene a empuñar las armas de los Macabeos, ni a desafiar a los ejércitos romanos. Es inútil llamar a los pueblos a la guerra, cuando les falta el alma y el sentimiento colectivo de un ideal común. El no viene a eso, sino a reformarlos por la moral; no viene a disputar al César su fácil conquista, sino a iluminar a todos con la luz de la verdad, a suprimir las divisiones religiosas y fundir a todas las naciones en un solo molde, a plantear la unidad inmutable de las doctrinas y el punto de partida de todas las investigaciones del espíritu.

“La verdad os hará libres”, dijo, pero esa verdad debía ser una sola, y no debía buscarla en la tierra, porque era encender en vez de apagar la tea de las discordias religiosas o sectarias. Conocedor profundo de las leyes constitutivas del ser humano y de las sociedades, buscó esa verdad en región superior a la que habitan los hombres, y restableció la antigua creencia del Dios único, generadora de todo.

Necesitábase de aquella verdad libertadora, y ella encarnó en la conciencia del mundo. Los esclavos de las doctrinas paganas se libertaron, los del vicio fastuoso de la civilización romano-helénica libertáronse también, comprendiendo una moral nueva, regeneradora de las almas y purificadora de los cuerpos.

Pero cuánta enseñanza envuelven la predicación y el planteamiento de la doctrina! Cuánta ciencia y cuánta vir-

tud hubo de poner en acción, en medio de aquella masa enceguecida y aferrada a la servidumbre, y por fin, qué ejemplo grandioso de fortaleza y de heroísmo para resistir los furores de las multitudes, de las castas sacerdotales y de los déspotas del imperio!

Su pasajera envoltura humana, según los Evangelios, ha servido para demostrar que el hombre es capaz de los supremos heroísmos, cuando debe luchar por la convicción del bien, por la libertad de sus semejantes y por el triunfo de la verdad.

Halgo hay realmente superior a la inteligencia y a la naturaleza humanas, en aquella vocación de la muerte por la palabra empeñada ante su pueblo y ante el mundo, y un misterio impenetrable en la fuerza que mantiene al Hombre inflexible contra las acusaciones, las amenazas, las flagelaciones, los desgarramientos del alma, y por fin, el martirio y la muerte.

Después que ha pronunciado el Sermón de la Montaña, que repercute de siglo en siglo como la más alta concepción de la moral y del derecho, y cuando pueblo y gobernantes han comprendido que algo divino hablaba por sus labios, su obra está concluida.

Los fanáticos se apresuran a apagar esa palabra amenazante, y los agentes del César a aherrojar al tribuno extraordinario que tan hondamente agita y ciegamente arrastra a la masa popular.

Pronunciada está la sentencia por los sacerdotes de la ley antigua, que creen matar la doctrina matando al apóstol; y la autoridad política la sanciona, creyendo extirpar la revolución naciente llevando al Calvario al reformador impasible, que vino a abrir a las conciencias las puertas de un reino ideal, donde se libertaba el hombre de todas las servidumbres.

“Mi reino no es de este mundo”, había exclamado el reo; y ni los sacerdotes ni el César comprendieron que la

luz del reino ideal de Jesucristo reflejaría sobre la tierra rayos de incendio.

Cuando la idea de las grandes revoluciones encarna en la conciencia y penetra en la sangre de los pueblos, son vanas las fórmulas y las represiones, los tormentos y la muerte; porque la palabra lanzada no vuelve a su origen, y se expande despertando fuerzas adormecidas y engendrándolas donde no existen.

Jesucristo conducido al cadalso en nombre de la verdad proclamada, dejó tras de sí el reguero de su doctrina, y después de su muerte empieza a ser visible la obra de destrucción y regeneración que ella entrañaba.

El pueblo que le ha crucificado por impostor, se hunde en la anarquía y se disuelve, perdiendo patria y hogar: errante y desterrado por todas partes, a través de los tiempos, si no ha conquistado su territorio, sólo pudo conquistar derechos al amparo de la misma ley del Maestro que igualó a todos los hombres.

Roma, asiento de los Césares que condenaron a muerte al Nazareno, ha sido y es todavía el asiento de la religión proclamada después del sacrificio.

La obra revolucionaria de Jesucristo no ha concluido; pero la civilización moderna avanza a pasos agigantados. Tras de las conquistas de la libertad, desde el siglo XVI hasta nuestros días, vendrán las nuevas en los continentes y en las razas que aun viven en la idolatría; porque las naciones cristianas han recogido el mandato del que hace diez y nueve siglos murió en la cruz, de ir y predicar la verdad a todas las gentes.

Nuestras instituciones políticas, nuestros códigos, nuestras costumbres, nuestra moral son hijos de aquella gran revolución, sellada por la muerte de su iniciador. El continente que habitamos fué conquistado por la cruz; nuestros hogares son ungidos por la bendición cristiana, y los destinos de nuestra patria están iluminados por la antorcha encendida en la cima del Calvario.

El lema *la verdad os hará libres*, es el de la civilización y el de los pueblos que quieren engrandecerse en los tiempos, y nos impone el deber de buscarla y enseñarla, y el de ser inflexibles contra las adversidades y las resistencias que ella levanta.

II

EL PODER DEL CARÁCTER

Un ilustre historiador y filósofo hacía notar que los contemporáneos de Jesucristo que siguieron su peregrinación, y entre los cuales sembró sus nuevas creencias, no vieron en él la excelencia de la doctrina sino el prestigio de la persona; para deducir que fué la posteridad, con sus predicadores y comentadores, la que vino a crear el poderoso organismo de la religión cristiana y católica que, unas veces persuasiva y resignada hasta el martirio, y otras insinuante y agresiva hasta la crueldad, ha resistido las más árdidas pruebas y salvado su estandarte de las más sangrientas batallas.

Pero el gran filósofo, hablando en tono de ataque, sentaba a la vez una gran verdad positiva; porque Jesucristo-Hombre, coexistente con Jesucristo-Dios, era la fórmula lógica de los tiempos, y comprendió que empezando por ser hombre, interesaría profundamente el espíritu de sus contemporáneos, quienes verían en su vida un reflejo de la suya, y al magnificarse aquella hasta lo divino, sentiríanse a su vez magnificados y divinizados.

El hombre —esta materia animada que durante tantos siglos había creado tanta maravilla y cumplido tan grandes conquistas en lo ideal y en lo material, para caer en la decadencia de sus propias facultades por la exaltación de su egoísmo y su poder—, era, pues, capaz de elevarse a esferas superiores, soñadas y predicadas por los sabios antiguos, pero

impotentes para vencer los impulsos de la fuerza puramente humana, exaltada por sensuales aunque brillantes teogonías.

Fué la base del milagro aún viviente que la *buena nueva* realizó en el mundo, aquella primera concepción dualista de hombre y Dios, cuerpo y alma, materia y espíritu, planteada por los antiguos filósofos, pero por ninguno realizada y convertida en *hecho* por el sacrificio de la personalidad. Es la ley de las creaciones destinadas a la inmortalidad, esta de comprender en la obra del genio las dos fases de la criatura humana.

El humilde predicador de Nazareth empezó revelándose a sus compatriotas un hombre igual a ellos, nacido de mujer, rodeado y prestigiado por el misterio, creador de las impulsiones irresistibles, y concluyó, por la unidad invulnerable de su vida y de sus hechos, por aparecer en todo el esplendor de una personalidad divina, superior e inaccesible a la inteligencia de sus coetáneos. Su influencia fué, por lo tanto, avasalladora; y ese misterio de las alturas intelectuales, y esa fuerza de la virtud moral de que su época fué incapaz, arrastraron lenta, gradual, pero firme y maravillosamente expansivas, las oleadas de los pueblos en pos. de la huella de sus sandalias, para que se cumpliera la profecía de Isaías.

No le bastaban a aquel insaciable demoledor de lo antiguo el cumplimiento mecánico del formulismo legal, ni la práctica ciega y sin examen de las ceremonias de los viejos cultos: era necesario *hacer*, ejecutar con fe y plena decisión lo que las palabras ordenaban; porque los tiempos habían cambiado y él no derogaría la ley ni las profecías, sino que venía a darles cumplimiento. Por eso a aquel joven, fiel observante de las prescripciones mosaicas, que le preguntaba qué más debía hacer para conquistar la gloria eterna, él le dijo: "abandona tus riquezas, tus placeres y honores, toma la cruz y sígueme".

Mas ese joven personificaba el mundo antiguo, y no tuvo la fuerza moral que la doctrina nueva requería para su cum-

plimiento. Por eso Jesucristo fijó entonces toda su atención en la esfera humilde de los ignorantes, sin ciencia pero con fé y voluntad, y estos serían los fundamentos del coloso moral, divino y legal que quería levantar sobre la tierra: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia". Era ese también el proceso más sencillo, porque no se construye sobre materia incorpórea e intangible.

Si milagro es la realización concebida y creída de hechos extraños a la vida de las cosas, el gran milagro de la fundación de la Iglesia de Cristo deja de serlo, para convertirse en un hecho real sujeto a leyes efectivas, a leyes naturales. Era otro de los nuevos aspectos de la misión del sublime revolucionario, expuesto por él mismo en la parábola del que edificó sobre arena y las aguas derribaron su fábrica. Hay que edificar sobre roca dura.

Todos los pormenores de la predicación, transmitida por los que escribieron los Evangelios, ponen de relieve, además, esta otra fuerza: el poder de la voluntad, sellada por el sacrificio, la energía moral consagrada por el martirio. Los de su tiempo no le comprendieron, pero le creyeron; y convencido el apóstol de que en el dominio de las ideas y del raciocinio nada conquistaría de eterno, se planteó a sí mismo el árduo problema que debía resolver por esta doble norma de conducta: predicar por empirismo y por experiencia, y confirmar por su muerte la sinceridad y la verdad de su palabra.

Así, los que no comprendieran por esfuerzo propio de la razón la nueva doctrina, la comprenderían por la comparación y la parábola, reflejos sencillos y elocuentes de la vida contemporánea; y los que flaqueasen en la fé y en los sufrimientos impuestos por aquella intransigente e implacable moral, sentiríanse fortalecidos por su propio ejemplo, pues en su íntimo y admirable designio estaba ya resuelto a entregar su vida al verdugo. Hay épocas en que la humanidad sólo se deja convencer por la sangre, y problemas y

evoluciones que sólo se cumplen por la muerte de sus apóstoles.

Jamás la voluntad, generadora de todos los sucesos y las creaciones humanas, llegó a un grado mayor de sublimación que durante ese período marcado por la predicación de Jesucristo. La voluntad es la manifestación de la fuerza moral, queriendo y realizando un designio; y para hacerla resplandecer en toda su magnificencia, el infatigable peregrino de la Judea quiso hacer caminar sobre las aguas al humilde Pedro, cuyo sencillo pero fácil raciocinio le hacía comprender el peligro: —“Hombre de poca fé ¿por qué vacilas?” Tenía razón, porque nada en este mundo se cumplirá, ni lo bueno ni lo malo, mientras los hombres carezcan de voluntad y de fuerza para ejecutarla. La duda es la enfermedad que aniquila y mata la energía del hombre.

Era natural, entonces, que este caudillo de almas, este mago irresistible que arrastraba fascinadas a las multitudes, despertase al fin los temores del orgulloso conquistador del pueblo elegido, acostumbrado ya a las cadenas de sus tiranos. Repercutía por todos los ámbitos esta palabra *libertad*, y aunque sólo hablase de espíritus, llevaba tras ella los cuerpos; y aunque sólo dijese: “la verdad os hará libres”, nadie podría impedir que la fuerza siguiese a la verdad: y las leyes formularias, las leyes de *orden público*, los mandatos del emperador y sus agentes, el respeto a las insignias de la majestad y a las glorias sangrientas de las legiones conquistadoras, cayeron por fin sobre el atrevido agitador de la octaviana paz de los reinos orientales. Aquel hombre extraño no obedecía al César, pero tampoco le contrariaba, no reconocía sus leyes, pero no las combatía: él solo hablaba a las almas, y usando de una desconocida libertad, enseñaba una creencia nueva en un Dios Padre, y a ninguna ley humana ofendía llamándose su Hijo.

Pero llevaba una tremenda revolución en su enseñanza, y habiendo ella echado raíces en muchos hombres, amenazaba airada y terrible el orden social existente. Renuncia de

los bienes terrenales, abnegación por el prójimo, igualdad ante Dios y entre los hombres dentro del bien, abandono de los placeres, amor al sacrificio, eran fantasmas espantosos que aparecían sobre la corrompida humanidad de su tiempo, e infundían vagos temores a los que dominaban por la riqueza y por las armas.

La sociedad se conmueve, las multitudes esclavizadas vociferan, el mundo antiguo se estremece sobresaltado, y todos gritan a una voz, pidiendo para el impostor la cruz. El poder contemporiza con la canalla, y un gobernante, que nada entiende de todo aquel proceso, sino de que es necesario contentar a los sacerdotes y a los caudillejos que dominan las turbas, firma la sentencia y se lava las manos.

Si hay un momento en que la razón más rebelde a la divinidad de Jesucristo flaquea y se confunde, es cuando el reo, sellando para siempre sus labios ante la fatalidad y ante la ciega ignorancia de sus contemporáneos, se resuelve al último argumento de su doctrina.

La cruz donde expira resplandece desde entonces sobre la historia con poder maravilloso; la persecución enciende los espíritus y retempla las energías; hambre y sed de sacrificio y de gloria devoran a los hombres, que se abrazan de la cruz y se entregan a la muerte; del fondo del sepulcro de Jesús Nazareno brota una luz prodigiosa que alumbra senderos de martirio y escenarios de revoluciones inmensas; los discípulos se convierten en maestros, inspirados por su inteligencia que hasta entonces no comprendieron, y las sencillas y breves máximas del profeta sacrificado se desarrollan, se extienden, se magnifican, durante cinco siglos de predicación, de inmolaciones y de combates; los ejércitos de los bárbaros y las legiones descompuestas de los antiguos Césares, se abalanzan como mareas unos sobre otros, para fundirse luego en una sola causa, la del mártir de Jerusalem, que pereció en una cruz, desconocido y no comprendido de sus contemporáneos.

El mundo de hoy todavía estudia y combate, interpreta

y crea, sobre el grandioso testamento recogido de los labios y de los hechos de aquel humilde predicador. Se han fundado iglesias, instituciones sociales, costumbres y gobiernos; se han constituido y separado nacionalidades tras de sangrientas revoluciones, para venir a plantear lo mismo que el Evangelio contenía: libertad, igualdad, caridad; para sentar como principios inmortales de filosofía las virtudes que aquel Hombre tuvo: la voluntad como impulso inquebrantable de la verdad y del bien; la ayuda y la abnegación hacia nuestros semejantes, y por encima de todo, el ideal supremo de lo mejor, de lo alto, buscado con esa fuerza invencible que lleva a las acciones inmortales.

III

EL DRAMA ETERNO

Este es, sin duda, un problema de aquellos en que la humanidad debe concentrar su pensamiento, pues entraña la solución de su destino superior. Restaure la mente el largo camino recorrido, y renueve con el recuerdo el drama inmortal de aquella pasión, que ha logrado traducir la de la existencia humana, ya se la considere en cada hombre, ya en la personalidad colectiva de las naciones.

Nos hallamos en una época de raros e inauditos fenómenos: la razón, dispersa en mil direcciones, como la luz a través del cristal, presenta en cada rayo luminoso un concepto distinto del ser y del no ser, crea una filosofía diferente, funda religiones heterogéneas, las pone en conflicto dentro de la estrecha cavidad en que se alberga, y en la lucha el hombre contemporáneo, o cede a las variantes múltiples del prisma, o desprendido de toda relación de conjunto, se lanza aislado en las más exóticas y desamparadas teorías.

Y de toda esta confusión y diversidad sólo resulta una víctima, sólo hay un extraviado que clama a gritos porque

una mano lo saque del desierto, por una voz que le advierta los senderos perdidos, o una lumbré que le señale el fin de su desorientada peregrinación: ese es el hombre mismo, ese compuesto de inteligencia fría y de cálido e infantil sentimiento, que parece hoy como abandonado a mil encontrados destinos.

Esta lucha perenne entre esas dos fuerzas imperecederas, constituye el fondo del eterno drama de la vida, a veces divinizado con personajes divinos, y siempre nuevo con cada humana existencia. Cuando tuvo por héroe al Hijo de Dios, iluminado como ninguno por la presencia del genio, sus formas adquirieron la sencillez pristina de las páginas de piedra o de luz de la naturaleza; y los versos del Evangelio resuenan con acentos tan puros y armoniosos como las modernas epopeyas nunca lograron. Jamás el combate se había empeñado entre más altos lidiadores; y así, sus resplandores de incendio y sus ecos de dolor o de triunfo, al levantarse hasta el cielo ideal de los creyentes, repercuten aún con honda intensidad sobre la tierra.

Nada ha sido capaz de ensordecernos, ni los estrépitos de las razas bárbaras que inundan de irreligión y de fuerza bruta las ciudades sagradas, ni las cruzadas estruendosas, en que los hombres se lanzan a la muerte como las aguas desbordadas en el Océano, levantando idénticos y gigantescos rumores, ni ese otro fragor producido por las fraguas, la maquinaria y las maravillosas fábricas de la industria moderna. En lo íntimo de todas las almas, en el fondo de todos los corazones, adviértense las huellas de la interminable contienda, y algo como una inquietud misteriosa las agita.

Entonces el ser ideal vuelve a su propia contemplación, y como si cobrase existencia distinta sujeta a diferentes atracciones, su naturaleza real busca en un mundo incorpóreo, en un universo inmaterial, senderos, palabras o músicas anheladas en vano durante el trabajo avasallador de la inteligencia pura.

Y estos fenómenos ideológicos, producidos en la grande

actividad de las naciones de una época, tienen su vasta revolución cíclica, al fin del mundo antiguo, caracterizado por soberbias y deslumbrantes filosofías y excelencias de concepción y de arte, tan atractivas como engañosas, al cual sigue una secular reacción operada entre el fuego y el hierro, la maldición y el exterminio, semejante a un vendaval de todos los horrores desencadenados.

Ríos de sangre vió correr el mundo durante el siglo XVI, para afianzar la redentora promesa de amor que había derrumbado a la humanidad antigua, desde el humilde martirio del profeta de Nazareth, y a través de todos ellos, la esencia pura de aquel drama inmortal se salva, y la idea sigue recorriendo la órbita nueva a cuyo pleno desarrollo asistimos.

No diremos que hemos llegado al término de un nuevo ciclo, con la centuria que ha expirado, pero sí que es tal la abundancia, la variedad, la anarquía, la discordia entre los ideales y los sistemas, las direcciones y los anhelos de la multitud de los pueblos, que parece como necesaria e inevitable una nueva fuerza, tan grande y tan suprema como la que transformara a la antigüedad, para simplificar, conciliar, unir y dar derroteros comunes a esa inmensa masa de contrarias e indefinibles tendencias de la razón, que parece ser el signo más visible de nuestra edad. ¿No fué esto, acaso, lo que realizara en el amanecer de esta era el sencillo predicador de Galilea, con su novísima teoría de la unidad de Dios, Padre, Creador y consubstancial con su criatura, y no fué esta noción el punto de partida de la civilización contemporánea?

Si el fin del ciclo evolucionar que recorreremos no ha llegado aún, podemos reconocer entre las fuerzas que nos conducen o arrastran, las mismas e invariables, inherentes a nuestra naturaleza, pero entre todas ellas, a manera de *Deus ex machina* de todas las transformaciones históricas, la creencia religiosa, que nace y vive y se desarrolla por la virtud de su propia esencia, que es impulsiva, arrebatada y

violenta, y cuando arraiga en la muchedumbre, torrente irresistible, devastador o grandioso, según la inspiración o pensamiento que la conduzca.

Si alguna lección racional nos deja el inmortal episodio del Gólgota, hoy que todo lo analizamos con criterio experimental y científico, es que al pretender gobernar a los hombres en sus conciencias, en sus intereses o en sus derechos, no debemos prescindir de ninguna de aquellas cualidades que constituyen su mayor fuerza y su carácter más predominante; y tanto la observación como la ciencia han comprobado que la creencia, como idea y como sentimiento, arraiga más hondo en su ser, ocupa mayor espacio en su alma, forma su mayor fortaleza para la acción y la resistencia, y tiene la valiosísima virtud de propagarse, de multiplicarse, de convertirse al punto en una sola alma, fuerza y carácter de la nación, de la raza, del mundo mismo.

¿A qué hemos de reseñar los hechos históricos que esto comprueban, si sabemos que el grito de la *guerra santa* se asemeja al soplo del viento del desierto, que todo lo enciende y lo arrebató, con la misma violencia incontrastable? Bástenos, pero en dominios más serenos y amplios, pensar cómo nació, echó sus raíces y se extendió por toda la tierra la doctrina que luego tuvo poder para transformar todas las ideas, las costumbres y los destinos del género humano.

La ciencia podrá descubrir la existencia de ciertos órganos o facultades, y enseñar el modo de curarlos o educarlos, pero nunca podrá hacer que desaparezcan o se transformen en otros distintos; y así, si el progreso intelectual puede hacer que la religiosidad no sea una fuente de barbarie o perpetua ignorancia, jamás podrá ahuyentarla del espíritu, siendo como es parte de su esencia; pero sí podrá darle cultura, dirección, utilidad moral, convertirla en un poder individual o colectivo, según que el pensamiento gobernante abarque horizontes más o menos extensos, o en una fuente de felicidades, virtudes o bellas cualidades de toda una nación o toda una raza.

Ninguno de esos dramas continuados que ofrece la historia y en los cuales son actores los Estados, o las reuniones de ellos más o menos homogéneas, presenta atractivos más poderosos, episodios más conmovedores o ejemplares, ni desarrolla una moral y doctrinas menos inaccesibles a toda inteligencia, que aquel que empieza con la predicación de Jesucristo, y llega en la época actual hasta ser fundamento de la universal cultura en todos los aspectos de la vida.

Muchas religiones han nacido de su seno a manera de episodios que llevan al separarse toda el alma y la potencia del concepto inicial; algunas fueron hasta desgarrarse entre sí en guerras sangrientas y delirios espantosos de matanzas, como el del 24 de agosto; otras se apartaron lejos arrastradas por el vértigo de sutiles o formales disputas; pero todas ellas, al llevar consigo la savia imperecedera de la moral y el derecho cristianos, han concurrido a labrar esta portentosa civilización que reúne y armoniza en ideales comunes a casi toda la humanidad.

En la significación histórica del martirio del Gólgota se condensa, pues, un drama de diecinueve siglos, en el cual se desenvuelven, luchan, se disgregan, se concentran, se apagan y se reaniman sin cesar todas las pasiones, los ideales, los sueños y las esperanzas terrenas y divinas de los pueblos nacidos de la raza privilegiada, que lleva su marcha de oriente a occidente. Y así, todas las naciones contemporáneas que han fundado sobre la sencilla base del Evangelio sus instituciones políticas y sociales, y sus costumbres, consagran su culto a la memoria de aquel que dijo: "sobre esta piedra edificaré mi iglesia".

Y nosotros, hijos de una raza que hizo pasear en otros tiempos vencedora por dos mundos, ya con la espada, ya también con la hoguera —víctima de su delirio religioso—, la cruz simbólica del cristianismo; despojados de los excesos a que la exaltación condujera a nuestros antepasados, gracias a una revolución liberal realizada en nombre de principios más esencialmente cristianos, somos partícipes directos de la

herencia gloriosa de cultura y de libertad morales, así como de reconocimiento y veneración hacia el autor de tan inmensos beneficios.

IV

LA POLÍTICA DEL EVANGELIO

Aunque Jesucristo puso el mayor cuidado en no confundir los conceptos religioso y moral de su doctrina, con el temporal, era tan vasto el alcance de su enseñanza, y tan profunda la renovación del orden universal existente comprendido en ella, que no podía pasar desapercibida de sus contemporáneos la reforma política que sus dogmas entrañaban.

No obstante, así como los propios discípulos no penetraron a fondo la misión del maestro, sino después de su muerte, tampoco los sacerdotes judíos y los representantes de Roma se dieron cuenta clara del peligro que envolvía la insólita, la inesperada predicación del Galileo. En este sentido, la conducta indecisa de Pilatos sería una fórmula de esta imperfecta noción.

Menos conciliadores y tolerantes los guardianes de la antigua ley, como toda teocracia inveterada, vieron sólo en la palabra de Cristo la parte externa, la derogación de su poder material sobre las multitudes, los templos y las ceremonias del culto formulista, y para dar mayor fuerza a su causa, interesaron el ánimo del pueblo con la sugestión de que aquel venía contra la nacionalidad y sus derechos, como usurpador, y acaso también como un enemigo de la patria.

Unos y otros estaban lejos de la verdad. Aunque la buena nueva se hallaba ya anunciada para los primeros por sus viejas escrituras, fueron sorprendidos por el mensaje; y aunque las segundas sospecharan un revolucionario, no creyeron un solo instante que en él estuviese el principio de aquella revolución en que cayeron vencidos los mismos emperadores.

¡Tan superior y tan hábil fué la misión del enviado providencial, y tan invencible el poder de sus armas!

Era la sociedad misma, en su conjunto de clases y jerarquías religiosas y temporales, de conquistadores y conquistados, de nativos y extranjeros, la que se hallaba en aquel momento histórico compenetrada, relajada, hastiada del vicio, de la decadencia y la inmoralidad esenciales: y esos períodos no son extraños en épocas posteriores, en que los órdenes sociales diversos llegan, por la continuidad y predominio del error, del fraude o de la corrupción, a tenerlas sinceramente como verdad, como honradez, como virtud.

Por más que Jesucristo se hubiese propuesto la inversión total del orden político del país, no pudo dejar de ver las enormes fuerzas que malograrían su intento si no adoptaba un plan inquebrantable: del procedimiento y de la acción dependería el éxito, y ese plan tenía que ser por la pureza de su origen, el más lógico, el más eficiente, el menos falible.

Tres órdenes constituían la sociedad elegida para sujeto de su misión y apostolado: el nativo, que llamaremos el pueblo, aferrado a sus tradiciones, supersticiones e ignorancia, sustentadora de su doble despotismo; el sacerdotal, formado por una aristocracia semidivina, llena de inmunidades y privilegios sagrados sobre la totalidad de sus compatriotas, y dueños de fortunas procedentes de la munificencia y comercio religiosos; el político y militar, impuesto desde Roma, y constituido por los empleados imperiales, los ejércitos, los cortesanos y sus adherencias necesarias: y el conjunto daba su forma y carácter originales a aquellas costumbres, descritas en libros admirables, como hechas por todas las sensualidades, los refinamientos y excesos propios del Oriente, en consorcio con los que Roma y Grecia enviaban en la ola de la conquista.

Luego, el plan de Jesús debía de ser tan profundo como el designio de su vida y de su muerte, y comprender tres fases principales, hondamente arrancadas de la misma naturaleza de los hombres y de los tiempos que debían oírle. Así fué,

en primer lugar, religioso, en segundo término moral, y por último político; y es evidente que se dirigía antes a la esencia del alma de su pueblo, después a las costumbres públicas y privadas, y en seguida, como una consecuencia necesaria, a la renovación del orden gubernativo, deshecho para siempre, no sólo por la corrupción y la explotación inveteradas de sus clases directivas, sino por el golpe de muerte que le asestara el conquistador romano.

Véase así este caso original que define tal vez como ninguno, del punto de vista humano y filosófico, la personalidad de Jesús: que siendo para él la reforma religiosa la menos visible y urgente, es la que comienza y afirma su misión; y siendo la revolución política la más positiva y apremiante queda para ser resuelta por sí misma, como consecuencia lógica de la renovación de las creencias y las costumbres. Pero esta reforma política no tenía por objeto derribar el gobierno mosaico, ni adoptar formas griegas o romanas, ni otra alguna; porque debiendo ser ella una resultante de la transformación social completa, su concepto y forma serían los que le imprimiesen en su hora la inspiración, la voluntad, el espíritu de la nueva nacionalidad. En este sentido, quedaban comprendidas en el plan revolucionario la nación judía y la nación romana, y cuantas se vinculasen y recibiesen la esencia de la inmortal doctrina.

La historia del género humano en los diecinueve siglos transcurridos, contestará si la concepción de aquel triple sistema de ideas era o no digno de una mente superior, y si ella no se ha cumplido en el orden de su desarrollo. Fundada sobre la unidad de Dios, sobre la naturaleza ideal del hombre y sobre el amor y la clemencia; demostrada durante la vida de su autor por la acción y el ejemplo; consagrada por el sacrificio de su sangre; íntimamente penetrada de altas virtudes, promesas y consuelos que tenían un eco despierto en todas las almas, la religión no tardó en extenderse y dominar el mundo, llevando consigo, en unión inseparable, una moral pura, austera y acaso rígida como la reclamaban

los tiempos. La primera y segunda etapa de la obra eterna de redención estaban cumplidas: dos mundos lo atestiguan con sus religiones, cultura y costumbres.

Las raíces del gobierno político de Jesucristo, si así podemos llamarle, no se hallaban ni en el antiguo testamento ni en las leyes romanas, ni en el mundo antiguo; porque, mientras existiesen desigualdades, privilegios y diferencias sustanciales entre los hombres, ellos no cabían en el sistema indestructible y homogéneo de su Evangelio. Este concebía y anunciaba un gobierno que tendría bases tan eternas como estas: igualdad de derechos y condiciones como hijos de un mismo padre, de un mismo origen, de una misma naturaleza; justicia inmanente, externa y formal, discernida no sólo por las conciencias, sino realizada en los hechos por las leyes y por jueces que fueran su expresión absoluta; constitución de los vínculos sociales o nacionales, esto es, la cohesión del pueblo y de los pueblos por la virtud y efectos reales de una moral firmísima, de la caridad perfecta, de la fraternidad y unión de los hombres.

Ardua, peligrosa y absurda aparecía esta tercera revolución. Pero habría sido un error funesto acometerla de frente y en forma directa, y Jesús no lo manifestó así ni en sus palabras ni en sus hechos.

El ataque a las leyes, a la autoridad, a la jerarquía, es el acto más peligroso que se puede imaginar. Toda iniciativa revolucionaria es la más condenable de las usurpaciones, el más grande de los *atentados*. El hombre de Estado sólo rara vez acomete el cambio de un sistema de gobierno y el espíritu de las leyes. Procede en el silencio, en secreto, con lentitud, rodeándose de todas las precauciones posibles.

Esa era la situación de aquel foco del mundo elegido para la más grande revolución presenciada por los tiempos, y cuyo fin, acaso, aún no ha llegado, por más cerca que de él pudiéramos hallarnos. Jesús midió desde lo alto de su espíritu la profundidad de los errores, de los vicios y de las iniquidades erigidas y acatadas por pueblos y gobiernos como leyes y

sistemas, hechos carne y conciencia en la sociedad contemporánea. Su acción estaba resuelta: predicar una religión nueva y digna de la nobleza de la humana criatura; fundar bajo su sombra y ungida con sus perfumes exquisitos, una moral capaz de dominar y ahogar las sensualidades imperantes, retemplar el carácter de las generaciones para las luchas de la vida, y echar la semilla de las futuras nacionalidades libres, dueñas de sí, fuertes sobre los cimientos eternos de igualdad, de fraternidad y justicia.

Tan cierto es, entonces, que Jesús no creyó posible la reforma política inmediata, ni siquiera susceptible de una tentativa, que la dejó implícita en su sistema de religión y moral; y así era, en efecto, desde que la *política* no es, en su esencia, otra cosa que la realización del gobierno de las múltiples cualidades, condiciones y costumbres de la sociedad, que se organizan y toman una personalidad de derecho.

El silencio de Jesús ante las acusaciones y ante la condena de jueces y cónsules que no reconocía en la intimidad de su conciencia de hombre, de filósofo y apóstol, no es más que la confirmación de aquel juicio; y en las horas amargas de la agonía, su dolor se eleva al Padre, al ideal eterno, a la posteridad, que guarda para El y los hombres del mundo la verdadera justicia, la tierra de promisión de las almas en el interminable viaje de la vida.

Mientras más tiempo pasa sobre aquel drama de luz y de sangre más elocuente y viva es su enseñanza. A cada evolución histórica de las nacionalidades o las razas se reproduce el cuadro, en formas y caracteres más o menos semejantes, y la palabra del predicador de Galilea, tanto más intensa cuanto más sencilla, repercute de siglo en siglo y en lugares remotos de la tierra; la buena nueva sigue anunciándose a las gentes, y a medida que ellas van acercándose y multiplicándose sobre la tierra, se funden en el seno común e inmenso del cristianismo, como en un hogar, en que ardiese la llama perpetua de un ideal supremo.

La sociedad de hoy es la misma en su esencia que la de antes: sus fenómenos se renuevan como los del mundo planetario, cuya incesante revolución sobre nuestras cabezas nos invita a penetrar más y más en la verdad de sus leyes. Y si es un hecho que una honda crisis moral conmueve a los pueblos y Estados contemporáneos, crisis que acaso ha contagiado a las jóvenes nacionalidades de esta América, busquemos más bien en aquellas fuentes inagotables de ciencia y de aspiraciones altruistas, los remedios que tal vez pedimos a falsos doctores.

Allí aprenderemos que las reformas, si son esenciales y han de obrar en el alma, en la conciencia, en los hábitos de los pueblos, deben dirigirse a sus más recónditas raíces. Si determinada asociación política se halla minada en su base por la inmoralidad, el fraude y la injusticia, y estas cosas no han levantado la uniforme protesta de la masa social, que más bien tendiera a convertirse en su apoyo y aliento, imite al Maestro de las redenciones definitivas, que ha enseñado esta ley universal: mientras más honda y vasta sea la esfera del error y de la corrupción, más profunda deberá ser la base de la reforma, y más distantes y remotos deberán esperarse sus efectos. Y abarcando de un golpe de vista el estado presente de las nacionalidades que más nos interesan, no tardaremos en deducir esta fórmula primordial: educar, moralizar, instruir, como base única de la regeneración anhelada.

V

LA GRAN LUZ

Populus, que ambulabat in
tenebris, vidit lucem magnam.

(Isaias, C. IX, 2).

Un siglo más ha transcurrido sobre la losa funeraria con que la piedad de un contemporáneo cubriera los restos mortales del Hijo del Hombre, y la hermosa y profunda poesía

del Evangelio no ha tenido un día de eclipse, desde aquel momento en que el alma, inspirada por el sentimiento y la doctrina, vió la resurrección de la misma carne, en ascensión gloriosa hacia el cielo tantas veces descripto durante las predicaciones.

La historia de la humanidad ha girado desde aquella época en torno del suceso extraordinario para unos, y para otros apenas diverso de los comunes que constituían la vida política y social de los pueblos conquistados por los Césares de Roma. Llevar un hombre al suplicio, ya fuese por desacato a la insignia imperial, ya porque su bella cabeza despertara en la hija de un tetrarca el deseo de contemplarla en una fuente de plata, era en verdad, un hecho cotidiano, como una fiesta del circo, pues todo tenía un solo objeto, el de saciar la sed de sangre dominante en el mundo, el licor favorito de todos los excesos y decadencias.

Cómo pudo un acontecimiento tan común convertirse dentro de pocos siglos, en el punto de partida de una religión que aún gobierna el mundo y se identifica con la civilización misma, es problema que ha alimentado la especulación filosófica de todos los tiempos; pero la razón suprema está, sin duda, en la moral eterna proclamada por ese profeta que, para las leyes de Roma pasó confundido entre la turba-multa de los predicadores ambulantes de esos días de disolución de todas las religiones, escuelas y sectas, semejantes a la oscuridad del caos por la misma multiplicidad.

Esto, acaso, dió fundamento a la profecía, según la cual “el pueblo que vagaba sin guía entre las tinieblas, vió una Gran Luz” (*vidit lucem magnam*). Hasta entonces no se recordaba de un filósofo que hubiera consagrado su doctrina con un martirio tan consciente y tan doloroso, ni cuya vida guardase tan absoluta unidad de incorruptible pureza y armonía, con la ideal esencia de los preceptos, y con la inefable ventura de sus promesas inmortales. Hoy se sabe que Sócrates no observó, ni pudo observar una vida irreprochable en relación con los vicios de sus contemporáneos, y sólo un

ciego espíritu de secta puede conducir a comparar su filosofía y su moral con la que inspira al cristianismo.

Ha pasado también, por suerte, para nosotros, el tiempo en que se juzgaba útil discutir sobre la verdad absoluta de los dogmas de las religiones existentes, en particular la católica, y en que un grito de triunfo saludaba de una y otra parte la conclusión de un *silogismo de hierro*, como se decía, y con el cual se hubiese obligado al adversario a admitir, aunque fuese hasta el advenimiento de otro silogismo más fuerte, la completa humanidad de Jesucristo, lo absurdo de la resurrección, y otras cosas más.

Y, no obstante los progresos indudables de la razón y de la fecunda filosofía experimental que ha iluminado todas las profundidades y todos los horizontes, si quisiéramos realizar una síntesis del problema en la actualidad, quizá nos hallásemos en el principio de alguna nueva evolución del mismo secular debate. Chateaubriand lo levantó del desorden sangriento de la Revolución francesa, en alas de la poesía, fuente imperecedera de todo ideal salvador.

Pero la reacción religiosa que siguiera al *Genio del Cristianismo*, debía a su vez recibir un formidable golpe, asestado por otro hombre de genio, que fué a desentrañar del fondo inagotable de los libros sagrados las terribles armas de la nueva y deslumbrante batalla. Jamás religión alguna resistió el embate de enemigo más formidable que éste, en cuyo estilo y en cuya unción mística se siente el mismo efluvio sacro de las divinas letras, algo semejante a lo que ocurriera cuando Martín Lutero sorprendió al mundo con su irresistible elocuencia.

Y ¿habremos de afirmar que la moral y la pura religión contenidas en las palabras de Jesucristo, en su Evangelio, han perdido su prestigio y su influencia sobre los hombres, o en otros términos, que Jesucristo se ha ausentado ya de nuestros corazones? Después de Renan, después de Proudhon, después de la inmensa difusión filosófica de estas últimas décadas, volvamos a contemplar el campo de la razón,

de la literatura, de las religiones y de la política, y digamos con más honda sinceridad, cuál es el concepto capaz de erigirse único, en principio directivo, en vínculo bastante fuerte y amplio para realizar la suprema armonía y unidad, que vuelven a buscar los pueblos y los hombres como en los primeros días.

Si pretendiéramos enumerar los sistemas filosóficos enunciados en este siglo, intentaríamos una tarea imposible e inútil; si nos propusiéramos sintetizar las escuelas literarias, que como florecencia selvática, inundan hoy el campo en otro tiempo fecundo en frutos y flores de exquisita substancia, sabor y perfume, sólo encontraríamos tal vez cubiertas la tierra y el espacio de plantas parásitas, que impiden el paso de la savia y su maravillosa creación; y si luego pretendemos clasificar las doctrinas políticas, sobre el mejor gobierno para las naciones, la confusión será mayor todavía, pues apenas existe dominio del espíritu humano, en que más se hayan diversificado en estos últimos tiempos los sistemas, las doctrinas y los criterios.

Entonces, ¿no será otra vez oportuno, después de diecinueve siglos, alzar los ojos hacia el espacio ideal y buscar la luz magna del profeta? ¿No será que erramos nuestro camino al procurar la felicidad terrestre por rumbos individuales y distintos, por senderos materialistas y sensuales, cuando todo en la naturaleza humana indica armonía, unidad y semejanza de destinos definitivos, y ese lazo común existe en el fondo del alma, en forma de un sentimiento innato de religiosidad, que sea necesario conocer mejor para utilizarlo mejor en la educación, en la moral y en la política de los hombres y de los Estados?

Ningún espíritu culto, pero despreocupado de banderas religiosas, filosóficas o políticas, deja de advertir hoy en el mundo de las ideas y de los anhelos universales, una profunda aunque latente desazón, que a veces se revela en excesos y desbordes de todas las libertades, como las fieras en los bosques nativos, sujetas a todos sus apetitos, y otras veces

en fuertes tendencias hacia los misticismos extremados y a los devaneos febriles de cerebros enfermos, como de gentes sustraídas a las leyes de la existencia. Allá en el fondo de sus conciencias todos los filósofos, los pensadores y políticos, en el silencio de sus gabinetes, —como en tiempos pasados los cultivadores del *Ars Magna* buscaban en secreto el oro artificial,— buscan en el cielo de sus observaciones una sola luz, un sólo astro que creen desaparecido para siempre o aún no descubierto, y cuya naturaleza y posición no acertarían a definir con exactitud.

No lo encuentran, pero ignoran o aparentan ignorar la causa de su mal éxito. Creen más en la perfección de sus instrumentos, y por eso no los corrigen: tienen más fe en la ciencia que los produce, y por eso no los creen perfectibles; o temen acaso que realizando esto último, lleguen a la conclusión de que el astro que buscan no es nuevo, ni ha desaparecido, sino que hace mucho tiempo se halla oculto por nieblas tenaces. En el terreno de las investigaciones intelectuales, todas las preocupaciones y los prejuicios son perniciosos, y tanto los posee el dogmático ciego, como el racionalista empedernido, pues uno y otro necesitan de elementos primarios inmutables para levantar sus sistemas o sus racionamientos, y como nada es inmutable y eterno en el mundo, ni lo es el mundo mismo, uno y otro se apresuran a erigir en tales verdades las hipótesis sucesivas, como el arquitecto que pretendiese dar como su obra definitiva las andamiadas que sirven para construirla.

Ninguna circunstancia es más oportuna para reflexionar sobre la vida y muerte del Cristo, que ésta en que acaba de expirar el siglo XIX, porque en ninguno de los más célebres por los progresos del espíritu humano, se ha podido observar, como en éste, mayor número de alternativas, descubrimientos y sistemas relativos al destino del hombre. No obstante, puede afirmarse, que ninguna de sus maravillas ha saciado esta sed de ideal y de inmortalidad, que devora a la raza humana desde su aparición sobre la tierra.

En cambio, una última e imperceptible esperanza de ventura la alienta en la lucha, cada vez que, entre el torbellino de la vida materialista contemporánea, se alza algún acento, alguna voz, algún carácter superior, para proclamar el reino inmortal del Cristo, en su más pura e incorpórea esencia. Entonces sobrevienen arrebatos heroicos, semejantes a aquellos que arrastraron las mareas de los pueblos hacia la Tierra Santa, la Tierra Prometida; y el mundo actual, como inspirado por designio inescrutable, siente impulsos desconocidos por lanzarse a la conquista del ideal soñado, oculto por falsas doctrinas y retóricas, tras las cuales se encierran sus verdaderas libertades, los caminos rectos y las soluciones definitivas.

Aparecen entonces a la mente, con toda su clara elocuencia y su sencilla verdad, las palabras perdidas en el tumulto, las promesas desoídas por la vanidad y la suficiencia, las luces conductoras a través de los desiertos, eclipsadas por las nubes de polvo que las pasiones humanas levantan en sus perpetuas contiendas. Los pueblos que corrieron ciegos y ansiosos tras de falsos e interesados profetas, descubren por sus propios ojos el secreto de su libertad, y comprenden que siendo ella un don precioso del hombre, lo erige en un soberano, y adquiere fuerza para correr a reconquistarla con su sangre o su martirio. Las fuentes del arte, de la poesía y de la ciencia, cegadas por la corrupción, abren de nuevo sus senos fecundos, y una nueva era de creación comienza, para renovar el ambiente de la vida.

Y por último, fundidos en una sola substancia de amor y caridad universales todas las diferencias, los odios y las discordias de los hombres y las naciones, ungidas por la divina ley del perdón proclamada en lo alto de la cruz, se experimenta la dicha suprema de aquel reinado del Evangelio, en donde la libertad y la moral privada y pública forman un solo concepto, indisoluble, incommovible para el gobierno de las sociedades.

V

LOS TRABAJADORES DE LA MONTAÑA

LOS TRABAJADORES DE LA MONTAÑA *

Señoras; señores:

Un sentimiento inusitado conmueve en este instante hasta lo más hondo de mi ser, al verme objeto de una demostración tan excepcional de parte de este bello conjunto de damas y caballeros que acostumbro llamar *mi pueblo*, cada vez que quiero adornarme con un título de nobleza: es el recuerdo de los antepasados de esta generación, de los actuales trabajadores de la montaña, de todos los que soñaron, previeron y echaron en el surco junto con su sangre, la simiente de la futura generación de esta región.

¿Por qué acuden a mi mente estos recuerdos en esta hora de íntimo regocijo? Porque ellos condensan un supremo voto de gratitud y de justicia. Esos hombres vivieron luchando y murieron víctimas de sus continuos esfuerzos, sin llevar siquiera a la inmortalidad el consuelo de ver acercarse a su suelo amado, —que hoy cubre sus sagradas cenizas,— el primer heraldo de la resurrección anhelada, la locomotora veloz, que como el hada de los cuentos, transforma los desiertos en paraísos y en palacios encantados las chozas de la barbarie y de la soledad.

Bajo la advocación de esos nobles espíritus, que hoy sin duda nos contemplan desde su altura inmarcesible, coloquemos la fiesta de esta noche, no con tristezas impropias de gentes animosas, sino con la expansiva alegría de los que realizan un ideal antiguo, y de la cual participan por igual los vivos y las lejanas sombras de los ausentes.

* Discurso en una fiesta de trabajadores del Famatina, el 30 de mayo de 1901.

Si no fuese que me ampara este vínculo invisible entre el presente y el pasado, este deber de continuidad de una obra interminable, legada por unas épocas a otras como una tradición de religión y patriotismo, no habría aceptado la hermosa ofrenda que se me ofrece, porque no la merezco por servicios rendidos en cumplimiento de deberes superiores, y porque, en todo caso, el homenaje sería devuelto a los mismos que lo concibieron y realizaron.

De estos es la única gloria que pudiera derivarse del magno acontecimiento, que en breve iluminará los anales del Famatina con luz nueva, porque es el resultado de una perseverante energía, de una inimitable fortaleza para los sacrificios y los desastres continuados, y el premio final de una fe inquebrantable que hace marchar sobre las aguas, y abrirse para dar paso a la civilización los más incommovibles montes de la tierra. De ellos es y será el galardón definitivo de la justicia histórica, porque ellos esperaron y sufrieron angustias sin número ni medida, perdida ya la pasión del lucro personal, para buscar tan sólo, —¡oh sublimes caballeros del ideal!— la mayor esplendidez y felicidad de sus conciudadanos, de sus convecinos, de sus semejantes.

Nó; ya no es la *fiebre del oro* el móvil que los agita, los impulsa y los conduce a la muerte: esa fuerza quedó neutralizada con los primeros reveses de lo imprevisto, en el primer choque con la mole misteriosa y gigantesca, avara de su preciosa savia secular. Hay en el alma humana otro elemento más poderoso e incontrastable, que reemplaza al amor de la fortuna, y es impercedero: es la pasión de la lucha por la lucha misma, entre el hombre y la naturaleza, entre este ser destinado a reinar en el mundo, y las fuerzas materiales que el mundo le opone antes de rendirse a su conquistador.

¡Lucha eterna y grandiosa, jamás cantada por ningún poeta, pues no hay en el lenguaje más alto las notas capaces de expresar sus gritos, sus ansias, sus gemidos, sus victorias y sus desastres! De ella ha surgido el progreso de la humanidad, porque es la humanidad entera la que ha combatido

desde el principio de los tiempos. Y no obstante, una inmensa parte del planeta se mantiene ignorada, y esconde a la mirada y a la mano del hombre ignotos tesoros, destinados acaso a renovar la civilización misma, cuando cada una de las substancias hoy desconocidas despliegue sus virtudes, sus fuerzas y sus energías, para aplicarlas a la elaboración de la riqueza, de la cultura y de la felicidad terrena.

El afán de la ganancia personal es un soplo leve, comparado con esta nueva y vigorosa pasión colectiva, nacida del choque de los activos esfuerzos humanos con las fuerzas pasivas de la naturaleza mineral; y por eso es digna, nobilísima, sagrada, la misión que se imponen estos obreros impulsivos, casi inconscientes como todos los mártires, que se lanzan gozosos a las fauces entreabiertas del monstruo, como si se sintiesen llamados desde el abismo por la voz encantadora de alguna diosa oculta, acaso la Vénus pagana transmigrada de la antigua Grecia en las corrientes subterráneas que renuevan y transforman las células del mundo. Hay, pues, amor, sentimiento y convicción de algo más elevado e ideal que la sola riqueza, en ese impulso que mantiene al minero adherido por toda la vida a la dura, escueta y árida roca de la cumbre: hay una compenetración íntima, consubstancial, entre el hombre y la piedra, que permite al primero percibir las palpitaciones, las ondas del calor, los movimientos y los vagos rumores de la vida, de esos misteriosos y aún no descifrados organismos que constituyen la corteza terrestre, y que la limitación de la ciencia hace que se les considere aún como cosas muertas, como un inmenso sepulcro, sobre cuya lápida se halla inscripta esta leyenda: *mundo inorgánico*.

Sí: el minero se compenetra con la piedra; llega a comprender su más misterioso y arcano lenguaje, a oír el lamento de su entraña desgarrada, y a sentir la caricia salvaje pero amistosa de su compañía en las horas interminables de la faena abrumadora; acaba por leer en sus irregulares formas los anales más antiguos de los pueblos que en ella tuvieron su cuna, sus dioses, sus holocaustos y sus festines; y cuando

baja al fondo de sus cavernas se realiza algo como un pacto divino, como una alianza perpetua, según la cual el hombre entrega al granito su sangre y su vida, en cambio de las sustancias preciosas que aquel se arranca de las venas, para alimentarlo, ennoblecerlo y cimentar su poderío...

No me corresponde a mí, —recién llegado a las filas, entre los más modestos colaboradores de esta labor común de tantas generaciones,— el honor de la gratitud, simbolizada en esta rica joya elaborada con oro de nuestro propio cerro, sino a los mineros, a los hijos todos de esta amada región de la patria, porque son sus anhelos los que toman forma de realidad, sus fatigas las que se compensan con una conquista de progreso, y los sueños de nuestros antepasados los que dejan de ser aéreas fantasías, para convertirse en fuerzas y en agentes mecánicos de verdadera prosperidad económica.

Por lo que a mí se refiere, —ya que la ofrenda es personal,— ella vale como una representación, como una sanción, como un estímulo que me llega de todos, para expresar su satisfacción por un voto realizado, y formular otro nuevo en el sentido de mayores esfuerzos, hasta la consumación definitiva del pensamiento y las aspiraciones colectivas. En este doble significado la acepto, y como los antiguos caballeros al consagrar sus armas después de la vigilia, es mi deber pronunciar las solemnes promesas, de dedicar en adelante toda mi actividad, mi energía y mi valimiento, al mayor lustre y grandeza de esta noble, digna e ilustre comuna, que cuenta tantos animosos y amantes hijos suyos, y tantos esforzados, honestos y beneméritos hijos de otras nacionalidades, que han venido en distintas épocas y de diferentes regiones de la tierra a confundir con nosotros sus destinos y sus esperanzas, como metales diversos funden en una sola masa, para constituir una sustancia más fuerte y una potencia más considerable.

No quiero hablar en este instante a los empresarios y financistas el idioma de las cifras, de las producciones, trans-

portes, consumos, precios y utilidades: nuestra fiesta es de otro género, es de expansiones y de reposo, y como se ha dedicado a un hombre que es corazón y es idea, puede hablar de los afectos de su corazón y de los pensamientos de su inteligencia, sugeridos por el hondo sentido moral de este espléndido homenaje.

Acaso sus autores no han medido bastante la magnitud de la impresión que el acto producirá en mi ser, ni han podido ver la oportunidad en que se realiza este llamamiento al más caro de los afectos que le animan: el amor de su terruño nativo, que sólo es una simplificación individual, una localización accesoria del más vasto y comprensivo de la patria entera. Han evocado mis sentimientos filiales en momentos en que extrañas y misteriosas voces me hablan desde el fondo de la tierra, y me invitan a reclinar la cansada cabeza en el dulce regazo maternal por tanto tiempo abandonado; han hecho vibrar la fibra más honda de mi naturaleza, cuando después de largas e inevitables ausencias comienza a volver a los sitios del hogar antiguo, hoy disperso y desolado, y cuyas ruinas despiertan en mi corazón y en mi conciencia impulsos extraños e indefinibles; pero estos se traducen en un deseo vehemente de devolverles la vida y el encanto que perdieron, la sangre y la fuerza que me comunicaron en la niñez y me sostienen en la edad madura, y de abonar en un día la deuda santa de la educación —pagada con la miseria y la inmolación paterna,— en forma de creaciones magníficas que al labrar la dicha de mi pueblo, se tradujesen en una vislumbre de inmortalidad, de un girón de gloria para los nombres humildes de mis mayores.

Tal es el origen íntimo, —que declaro en esta hora de fraternal confianza—, de mi consagración absoluta al servicio de esta doble causa, en la cual condenso el porvenir de la Provincia y de toda la República—, la cultura moral y el desarrollo económico de nuestro pueblo. Estos importan el cuidado del alma y el cuerpo de la Nación entera, realizado por la suma de la labor de todas las localidades, y así,

al trabajar nosotros por la expansión económica y la mayor cultura de esta región, trabajamos en armonía con otros numerosos obreros, por la grandeza común de la República.

No fueron otras las aspiraciones de nuestros mayores, desde que pudieron darse el título de ciudadanos de un pueblo libre. Formado en esta Provincia y en esta localidad, por los azares de la conquista, uno de los núcleos sociales más esclarecidos por su origen y sus hechos, no podían tardar los nobles frutos de tan nobles árboles; y así como un hijo de Nonogasta capitaneó al fin una lucida hueste de libertadores riojanos en 1817, triunfando en Copiapó el mismo día en que San Martín triunfaba en Chacabuco, los descendientes de aquella generación ilustre, levantaron sus corazones hacia los ideales permanentes de la libertad civil y política, que conquistaron con sucesivos martirios, los de la cultura intelectual de sus hijos y su pueblo que procuraron a costa de dolorosas privaciones y el crecimiento industrial, que buscaron sin tregua en las entrañas de la tierra y en los abismos de la montaña, sin desdeñar las más rudas fatigas del labrador y del minero.

Anales son estos que, al ser referidos por el historiador futuro de nuestra sociabilidad regional, descubrirán los blasones, aún por muchos ignorados, de esta benemérita provincia, que tuvo entre sus más cultas agrupaciones, la que se constituyó en el valle que el Famatina sombrea, vela y embelece con sus cumbres, sus nieves y sus nubes incomparables. ¿Para qué he de buscar apellidos genealógicos, si me expongo acaso a despertar en el concurso emociones impropias de una fiesta? Mas es admisible que en este momento de justicias y recompensas, recordemos aquellos que llegaron a ilustrar la historia patria como Dávilas y Ocampos, los que ennoblecieron con su civismo ejemplar las luchas por las libertades locales, como Iribarren, San Román, Gordillo; los obreros de la minería y la agricultura, como los García, Bustos, Salcedo y otros de los ya mencionados, y muchos cuyos nombres me es imposible consignar de memoria, quienes dedicaban al tra-

bajo las breves treguas de la guerra civil; y es justo también consagrar un recuerdo de cariño, de agradecimiento y afecto a los bravos exploradores y empresarios extranjeros que desde 1814 hasta nuestros días, han venido a nuestra tierra a través de peligros y dificultades sin nombre, para traernos la ciencia y la pericia de otras civilizaciones más perfectas, hasta compenetrarse con nuestra sociabilidad, de la que fueron nervio, impulso, ejemplo y enseñanza, cada uno en sus aptitudes y cualidades; y estoy seguro de no suscitar ni una sombra de celos si nombro a Hünicken, cuyas obras mineralógicas son ya un patrimonio de la ciencia argentina, y a Treloar el *pioneer* entusiasta de nuestro mineral, que después de treinta años de luchas puede izar en el frente de su vivienda una bandera hecha girones en cien victorias y no pocos desastres, pero cuyo corazón y temple de hombre son orgullo de su raza y ejemplo de sus convecinos. Ha querido mi suerte que recibiera de sus manos amigas, me atrevo a decir paternales, el bello símbolo de los sentimientos de este pueblo, que lo cuenta casi como a un compatriota por el derecho de los años y es entre los extranjeros foco de unión y armonía, semejante al árbol frondoso bajo cuya sombra generosa se descansa, se fraterniza y se trabaja.

Fruto de la continua, la sucesiva labor de todas estas épocas, es la paz definitiva de que goza ya esta sociedad, y a cuyo amparo empiezan a concurrir con más seguridad los capitales colectivos de dentro y fuera del país, sin que les arredren ajenos desastres pasados; y así hemos visto llegar, junto con sus esfuerzos materiales, las influencias civilizadoras de las más cultas naciones del mundo: Inglaterra, desde 1824 nos ha enviado diversos exploradores y empresarios que dejaron una huella fecunda de su acción y su influencia; Alemania ha tenido por mucho tiempo entre nosotros legítimos representantes de su genio científico y de su energía perseverante; Francia y Bélgica, hermanas de alma y de historia, nos han traído la vivacidad de su espíritu, la generosidad de sus sentimientos y su iniciativa inquieta y empren-

dedora; España, para nosotros no es una nación extranjera, sino una progenitora, madre y amiga a un tiempo, cuyas costumbres son nuestras, y cuyos hijos fraternizan con nosotros como si volvieran de una corta ausencia al hogar común.

Si tal es el cuadro que nos ofrece nuestro pueblo a los pocos días de haber llegado a sus puertas la primera locomotora, apenas puedo construir en mi imaginación el que presentará dentro de algunas décadas, cuando la nueva línea aérea, —que no tardará en escalar las hasta hoy inaccesibles cimas del coloso mineral más formidable de América,— se multiplique en sus resultados económicos, se transforme la actual industria elemental en la grande y poderosa de los sindicatos, de los *trusts* que conmueven y alteran las leyes económicas y monetarias; cuando reemplacen al combo, al pico y la barreta alumbradas por el *velero* exiguo, y al capacho del *apir* jadeante y extenuado de fatiga, las perforadoras y la tracción eléctricas, y la luz que hará el día en las profundas cuevas de hoy, donde llegará la voz del ingeniero y del capitalista desde la usina o desde la ciudad, por el hilo conductor de la palabra; cuando atraída por las maravillas pictóricas de la montaña y la exquisita benignidad del clima, acuda a contemplarlas una gruesa y animada corriente de viajeros de todo el mundo, y surjan en este valle los mil encantos y atractivos de la vida moderna, y la gentil ciudad del Famatina sea celebrada por su belleza y sus atractivos en todas las crónicas de la civilización contemporánea... Entonces ¡oh! entonces se percibirá un hondo estremecimiento de gozo en las modestas sepulturas de nuestros padres, cuyos espíritus inmortales bendecirán la obra de sus descendientes, como los asisten hoy en silencio e invisibles desde su altura en sus horas de fatigas e incertidumbre.

Pero ya no sé donde ha ido mi pensamiento, y fuerza es acercarse de nuevo a la realidad presente, la cual, si entraña muchas esperanzas y brillantes fantasías, presenta en compensación suficientes elementos de verdad, para que podamos esperar confiados dentro de poco, el comienzo de la

realización de nuestras más caras ambiciones e ideales de prosperidad. Yo los comparto con mis queridos compatriotas, y convecinos de toda nacionalidad radicados en esta tierra, y cuando los invito a esperar con fe la nueva obra que la Provincia de La Rioja va a deber a la generosa ayuda de los poderes nacionales, mediante la tenaz insistencia y los esfuerzos perseverantes de sus mineros, es porque a mi también me asisten la fe y la convicción más sinceras.

Ya he dicho que mi gratitud por esta demostración, —personalmente inmerecida,— del pueblo de mi cuna, se manifestará en una consagración absoluta a su mayor prosperidad y cultura; pero no ha de ser sólo de palabras esta declaración, porque quiero acompañarla a mi vez con un hecho positivo, —al que atribuyo la más grande significación para el porvenir,— la fundación de una biblioteca pública popular, que sea al mismo tiempo un foco de unión y nobles estímulos recíprocos entre los vecinos, de aproximación del extranjero, de cultura para las masas, de auxilio para el estudiante y los maestros, de solaz y sana recreación para las madres y las jóvenes y de útiles enseñanzas prácticas para los hombres de trabajo; para esto hago desde luego formal donación al pueblo de Chilecito, — con el compromiso de sucesivas remesas en adelante,— de quinientos volúmenes de obras diversas, que sean el primer plantel de nuestra futura Biblioteca Pública, y cuya administración será entregada a la corporación que nazca de la elección de las personas más representativas de la ciudad, sin distinciones de partido, nacionalidad ni creencia, pues debe constituir algo como un hogar de ideas y sentimientos del bien común.

En cuanto a la fiesta de esta noche, así como a la hermosa joya formada con el oro doblemente precioso del Famatina, que se ha puesto en mis manos, serán en mi vida el recuerdo y el testimonio más duraderos, acaso más que mi vida, porque tendrán mis hijos el legado de su culto, y este solo será la continuación del que recogí de mis padres, y estos a su vez de mis venerables abuelos!

VI

LA PATRIA NUEVA

LA PATRIA NUEVA

(En el XC aniversario de la Revolución de Mayo)

El espíritu nacional se halla hoy más que nunca dispuesto a las nobles expansiones que los recuerdos patrióticos despiertan: siéntese en todas partes, en todos los órdenes sociales, una renovación vigorosa de los afectos que ligan al suelo nativo y a la tradición del pasado, que solo es el vínculo de sangre de unas generaciones con otras. La patria, la grande idealidad y la realidad más amable del hombre sobre la tierra, deja de ser en estos instantes un culto íntimo y un respeto irrevelado, para transformarse en una visible y tangible imagen de aquellos sentimientos antes silenciosos.

Digna es de profundo regocijo esta nueva modalidad de nuestra vida, que nos lleva a exteriorizar con más franqueza la reverencia por los manes, las personalidades y las fechas conmemorativas de la historia heroica. Tiene esta noción de patria cualidades semejantes a las religiones: arraigan éstas en el corazón más que en la inteligencia, y por eso son una fuerza irresistible cuando se manifiestan en los hechos, cuando inspiran a las multitudes, cuando inflaman los ejércitos para lanzarlos tras del símbolo que guía a las legiones a las conquistas del derecho o a las reivindicaciones de la libertad. Por eso su cultivo no radica en la ciencia ni se dirige a la nutrición del cerebro: su teatro, teatro bellísimo y fecundo, por cierto, es el alma de la niñez, de la juventud y del pueblo, en la cual la semilla cálida se difunde y se expande después en flores inmortales.

La poesía, la poesía viviente en la naturaleza y bajo el cielo en que la patria se perpetúa y ensancha, en las leyes colectivas de la agrupación, en las modalidades históricas de la familia y en las maravillas de la ciencia y del arte, concurre a levantar y extender el horizonte de la idea y el sentimiento, y a engendrar en el corazón de la muchedumbre el canto guerrero, el himno de gratitud o de victoria, por las acciones pasadas y por los anhelos del porvenir. Todo se condensa entonces en la inspiración, y es el acorde que saluda la memoria ilustre, que impulsa al combatiente en la batalla, que mueve los brazos en la faena del campo o de la fábrica, que enciende la mente del pensador y calienta la llama del templo de las virtudes domésticas.

Si las demás cosas y concepciones de la vida pueden ser juzgadas con libertad de criterio, y aún destruidas con crueldad las más hermosas y venerables creaciones de la fantasía, esta idea, sentimiento y religión de la patria, no abandona jamás el hondo albergue donde la naturaleza los depositara al forjar al hombre. Si éste ha nacido de la evolución indefinida de la inmortal materia, será siempre una misma cosa y una comunión substancial con la tierra de cuyo limo fué formado, y los ecos de sus dolores y de sus alegrías repercutirán con resonancia íntima en el seno de la madre inagotable que le diera la vida.

Ella es la más amada y santa de las personificaciones; a su regazo vuelve siempre el hijo errante o pródigo a buscar el reposo o el consuelo perdidos; será el habitador perenne de sus llanuras, bosques, riberas, montañas y desiertos, y en cada hora del día y en cada espectáculo del cielo y de la tierra, habrá una fuerza secreta que le hará levantar el corazón, recobrar la fuerza para la labor siguiente, y exclamar con el arrobamiento del amor innato:

*Salve, cara deo tellus sanctissima salve;
Ad te nunc cupide post tempora longa revertor,
Incola perpetuus...
Salve, pulchra parens, terrarum gloria, salve.*

Encuentra cada nuevo aniversario de la revolución de Mayo, al pueblo argentino, consagrado a la labor de su engrandecimiento, y a hacer su territorio cada día más accesible a la civilización de la humanidad. Con esto cumple un voto eterno de los autores de su independencia, los cuales más que guerreros fueron apóstoles, más que amigos de la gloria militar, fueron creadores de un nuevo escenario para los factores de la cultura universal, y más que enemigos del pasado fueron visionarios del futuro; porque ninguna de las revoluciones que han agitado la faz de la tierra desde el principio de los tiempos, tuvo la virtud de evocar mayor suma de hombres que reuniesen en su más íntimo consorcio el pensamiento civilizador y la acción guerrera, a punto de realizar improvisaciones sorprendentes.

Y luego, ninguna revolución ha debido luchar con mayor suma de elementos internos, unos radicados en la larga infancia de la colonia, otros en las codiciones biológicas de la nueva raza; los primeros en forma de hábitos, tradiciones y supersticiones de toda índole, los segundos en relación con el territorio inmenso, despoblado, de heterogénea naturaleza y disputado por la barbarie y por la codicia, hasta que, después de dos siglos de lucha sostenida por antepasados y descendientes, la pueblada brutal y regresiva del indio queda disuelta por una guerra de civilización y de población, la misma que asegura para la soberanía la posesión de todo el patrimonio heredado, y defendido por una montaña y por un océano.

Consideradas estas causas profundas, y recorrida con criterio analítico la huella de un siglo de acontecimientos nacionales, es cuando el sentimiento de amor por la patria se consolida, y el de veneración y gratitud por nuestros mayores se torna en un culto purísimo e ilustrado. El análisis de las creencias o los afectos suele enfriar el corazón, pero el patriotismo resiste a la más dura prueba, y saca del raciocinio fuerzas que el solo calor del alma pudiera negarle. Destruídos los altares y las imágenes de sus dioses, acaso el

hombre se dejara seducir por otros más bellos, más amables o fuertes; pero si se le arrebatara su suelo, su tierra, su dominio, su hogar, se le habrá herido de muerte, y se le verá errante de siglo en siglo sin poder adherirse jamás al hogar ni a la tierra exóticos: antes la enfermedad incurable de la nostalgia les acercará al sepulcro, y se agotará lentamente su raza bajo el dolor irreparable de su pérdida.

No es otro el origen remoto de esa adherencia invencible de las agrupaciones sociales al territorio en que aparecieron o nacieron, que las leyes consagran como un derecho inmanente de jurisdicción y soberanía, y ante cuya defensa o reivindicación callan todas las conveniencias y se abandonan todas las debilidades, pues constituyen el cimiento más firme de la nacionalidad. Educar a las generaciones nacientes en el conocimiento, culto y desarrollo de estas ideas, es tarea fundamental, de resultados vitales para toda sociedad organizada, es la condición de su progreso o de su decadencia, de su prosperidad o su miseria; y es halagüeño, por cierto, ver encaminarse por estos senderos la enseñanza de la niñez, cuyas tiernas raíces deberán empaparse de la savia virgen de la tierra nativa, para realizar el milagro simbólico de la eternidad. El olivo centenario desaparece al fin bajo el peso de los siglos, pero sus últimos gajos se ocultan entre un bosque gigantesco de retoños, que ya aspiran, a su vez, a los privilegios de la paternidad.

Así, las generaciones se reemplazan en la interminable serie de los tiempos, pero al sustituirse realizan la perpetuación de la nacionalidad. También las responsabilidades son enormes, pues si el viejo tronco rey de la selva se hunde en el polvo, abandonado, sólo será porque su vida fué estéril, porque no se supo conservar su savia primitiva para trasmitirla a la sucesión, y con él se habrán perdido para no volver, hasta los recuerdos de su antigua esplendidez y lozanía. Las familias se agotan también como los árboles, y las naciones como las selvas; y la misión más positiva y grande de los que viven es cuidar su reproducción sana y

fecunda, por medios múltiples que pueden sintetizarse en esta fórmula primaria: trabajo, virtud y ciencia.

El nuevo día de la gloria nacional nos encuentra en activa y plena labor. Después de salvar medio siglo de durísimas pruebas, en guerras, revoluciones, despotismos y anarquías que caracterizan la primera edad de nuestra historia, aún no ha transcurrido otro medio siglo, cuando ya podemos ostentar ante el mundo, a cuyo concierto nos incorporamos con una Constitución de principios y de promesas, que fueron el fruto de otras grandes y fecundas revoluciones, un estado floreciente de trabajo, de paz, de libertades generales y de perspectivas más ciertas aún para el futuro.

Los desiertos originarios donde nuestra población primitiva se difundía y consumía en la soledad, para engendrar la guerra civil endémica, han sido suprimidos en su mayor extensión por la red ferroviaria más extensa de la América española; y el comercio de nuestros puertos con los de Europa, que antiguas leyes restrictivas que, "culpa fueron del tiempo y no de España", mantuvieron alejado y cohibido, se halla hoy representado por millares de buques que han hecho del Atlántico su ruta familiar, y por capitales enormes invertidos en las industrias de nuestro país.

Ese deber supremo de la paz interna y externa, impuesto por las leyes de la universal convivencia de los hombres, y que al fin se traduce en garantía y ambiente para la justicia y el goce legítimo de los bienes de la vida, es también un anhelo de la política argentina desde los comienzos de nuestra existencia nacional; en sus aras se ha sacrificado un caudal inmenso de territorio, derechos y ambiciones, y es la más bella esperanza de la patria el que esas abnegaciones no sean estériles para sus hijos, para los que adopten su suelo y para todas las naciones que la rodean.

La obra de la civilización y de la población de los vastos dominios territoriales, que hasta ayer la tribu indígena

usufructuaba, más bien dicho, esterilizaba, ha hecho sorprendentes progresos: reivindicada la tierra por una de las operaciones militares más sabias de nuestra historia contemporánea, desde 1878 a 1884, comenzó la no menos grande tarea de su civilización, y hoy la bandera de la patria flamea a las brisis de la paz y del trabajo, proclamando la gloria pasada, la prosperidad presente y la grandeza futura de la República, desde las soledades de Atacama hasta las bellezas misteriosas de la región cuasi polar del sud; y las cimas de la cordillera mitológica de otros tiempos repercuten con el eco vibrante de nuestros clarines de guerra en las numerosas aguas del Océano Atlántico, en cuyas riberas flota sin cesar el pabellón glorioso de los días de Mayo.

Son justos, pues, y merecidos los regocijos y los homenajes que el pueblo argentino tributa a los hombres de su epopeya libertadora: y tanto se ha elevado su espíritu en la hora presente, que no sólo estrecha en un abrazo a todos los demás pueblos del mundo, ante quienes apelara en un día de tremenda prueba, sino que con amor filial acendrado y profundo, se reclina en el regazo de la madre augusta, de la noble madre España, generadora de naciones, para expresarle su gratitud y decirle que es también suya la gloria que hoy las dianas, los cañones y los cantos infantiles proclamarán con la unción de la poesía:

*Salve, cara deo tellus sanctissima, salve;
Salve pulchra parens, terrarum gloria, salve.*

PARTE SEGUNDA

RETRATOS

VII

EL GENERAL BELGRANO

EL GENERAL BELGRANO *

Señores:

Reposarán desde hoy en urna definitiva, de bronce indestructible, las sagradas cenizas del general Belgrano, que por más de ocho décadas yacieron sobre el pavimento de este atrio, ungido ya en los albores del primer siglo de nuestra vida nacional por el primer reguero de sangre, precursor de tantas victorias guerreras y de tantas fundaciones institucionales.

Devolvió “su cuerpo a la tierra de que fué formado”, y eligió para su descanso eterno, un sitio que tuviese a un tiempo la consagración de un doble culto de su espíritu, el de Dios y el de la Patria, representados en simbólica comunión por el templo y la ciudad. Sobre la losa que lo cubriera pasaron las generaciones en peregrinación silenciosa; llegaron hasta él los ecos tantas veces tumultuosos de las luchas civiles, y no pocas se mezclaron los rumores de la oración con los gritos y el estrépito de las batallas. Los estremecimientos del mundo exterior trasmitían así, como en lenguaje misterioso, al espíritu del héroe, la noticia cotidiana de la vida de su pueblo.

No es, por cierto, la misión de pronunciar el fallo póstumo de la justicia histórica lo que aquí nos congrega: Belgrano es ya un inmortal ante las leyes más altas de la Nación, y ante esa otra ley, mucho más alta aún, del senti-

* Discurso del ministro del Interior en el acto de depositarse los restos del general Manuel Belgrano, en el mausoleo erigido en el atrio de Santo Domingo, el 20 de junio de 1903.

miento nativo. La poesía, la elocuencia, la historia, las artes plásticas, las instituciones todas de la República, han hecho de su nombre y de las ideas que él condensa, fuente inagotable de concepciones y enseñanzas; y en más de medio siglo de historia literaria, su recuerdo, según la imagen del bardo gaélico, “ilumina las almas como un rayo de sol, y los cantos de los poetas reflejan su luz sobre las edades futuras”.

El territorio que su pensamiento, su corazón y su brazo libertaron, para erigirlo en hogar perpetuo de una patria distinta, ensanchado por la labor sucesiva de los tiempos, ha ido señalándose a cada paso de la conquista nueva, por bautismos gloriosos cuyo simbolismo reúne en un accidente geográfico, —en el nombre de un lago, de un río, de una cumbre, de un puerto,— el pasado remoto de los heroísmos iniciales, con la actualidad palpitante de la labor del día.

Si la estrofa del poema, o el fragmento de mármol o de bronce, o la página de inspirada oratoria, pudieran desvanecerse en el ambiente de una época, no perecerán jamás los nombres grabados en los más bellos o grandiosos caracteres de la naturaleza; y así, la inmortalidad de la Patria se materializa sobre el suelo que la sustenta; y al ofrecer sus tesoros y limos inexhaustos a la vida infinita de las razas futuras, señalará en su cielo, a manera de otros tantos astros ideales, los guías de luz hacia los destinos supremos, los que no se traducen en obras de las manos, ni en creaciones de la industria o de la ciencia.

Han establecido los biógrafos e historiadores que Belgrano carecía de esos rasgos excepcionales que dan relieve visible al hombre de genio, en todas o en algunas de sus facetas; pero su triunfo ha sido tanto mayor, cuanto más se desprende del conjunto de nuestra historia el relieve moral de sus virtudes esenciales; a tal punto que en el orden de los fenómenos más intensos, este carácter, del que hay tan raros ejemplares en los tiempos contemporáneos, sería acaso el más representativo de esa síntesis final que constituye el hombre virtuoso.

Sí; hay vidas que son una enseñanza activa; hay hombres que constituyen la unidad de una vasta familia moral, destinada a perpetuarse por rasgos genéricos en toda una raza, como hay en las grandes selvas vírgenes, árboles que imprimen su fisonomía vigorosa y gentil al conjunto de la región. En el general Belgrano concurre el mayor número de caracteres de los que definen el fundador de nacionalidades, porque no sólo los contiene en sí mismos como en germen indeciso desde el nacer, sino que al crecer los exteriorizan, les dan, por fin, existencia real, improvisan para cimentarlas aptitudes y energías ignotas: son educadores, legisladores, guerreros, estadistas, y al desaparecer, dejan la admirable armonía de su vida, como aquella profética luz, conductora por los senderos futuros.

Sean cuales fueren los méritos artísticos de este monumento, él queda purificado desde hoy por la unción inefable de las cenizas que guarda, y por el sentimiento de un gran pueblo, que vendrá en todos los tiempos a buscar a su sombra bellas y profundas sugerencias. Acudirán hacia él como hacia un santuario las multitudes, en esos movimientos incesantes por los que se realiza y se condensa el sentimiento informe de la nacionalidad, como las hojas que en sus interminables renovaciones, dan existencia a nuevas capas de tierra homogénea y fecunda.

Pero, sin duda, los que más íntima vinculación estrecharán con estas venerables reliquias, son las generaciones nacientes, las de los obreros, los hombres fuertes del mañana, que aman a Belgrano, porque lo han comprendido en la diaria confianza del aula, donde es ejemplo irreprochable de moral cívica, de pureza y sinceridad en las intenciones, de modestia y sencillez en los sentimientos, de abnegación ilimitada, silenciosa y sin noción ni esperanza de reconocimiento; de amor a sus conciudadanos, de honradez en las relaciones privadas y públicas; y unidas todas estas cualidades a un concepto del gobierno, progresivo, ilustrado y experimental, que desde los primeros días de la Revolución

le inspirara tantas creaciones educadoras, lo revelan a su inteligencia como un verdadero padre de la democracia argentina, y cuyo espíritu, como el de Washington, vela sin cesar por la conservación y la prosperidad creciente de su pueblo.

Ellos, los niños, lo han incorporado a sus concepciones en las diversas y amables formas de la tradición y de la anécdota, desprendidas de la historia como las flores caen de los grandes árboles para refrescar y perfumar el ambiente. Y allí se alza, toma forma fantástica, se ilumina con los resplandores de las mitologías primitivas, el genio creador de la bandera patria, que persigue su idea a través de las soledades inmensurables, de las vicisitudes de la guerra, de las reservas y previsiones de la política, acariciándola a solas como un sueño amado, haciéndola contemplar con su entusiasmo comunicativo, por sus soldados, en frente del Paraná, y jurar, en escena digna de la epopeya virgiliana, a la margen del torrentoso Pasaje, a la sombra del bosque centenario.

¡Qué conmoción intensa de gloria suprema, estremece-
ría estos informes despojos, si pudieran animarse por un instante con un soplo de vida, y contemplar la extensión que su amada bandera cubre, protege y bendice con sus celestiales colores! El ejército y la marina de la Patria, herederos sin reproches de aquellos que un día la pasearon en triunfo desde San Lorenzo hasta Ayacucho, y sobre los mares de la tierra por Brown y Bucharcho, han extendido su imperio real e indisputable hasta las más elevadas cimas, cuyas nieves le ofrecieron su inviolada blancura, y hasta los paraísos ignotos de los lagos y los valles, donde la tribu primitiva vivió por siglos sin comprender las bellezas del cielo y del paisaje; y uno y otra, en sublime misión civilizadora, han abierto las llanuras y las praderas interminables que las cordilleras y los mares limitan, a la expansión de la propia y de la extraña gente, y a la renovación de las fuerzas generatrices.

Patriotismo es el culto a que habrá de dedicarse este mausoleo, ocupado desde ahora por las cenizas del hombre que de modo más completo personificara aquella excelsa virtud. Y si es verdad que ella es eterna e inspira en todo tiempo las más hermosas y nobles acciones, es también indudable que se modifica en sus formas por los progresos de la cultura pública, los cuales le imponen dirección más consciente y moderan sus impulsos irreflexivos que limitan y estrechan el campo de su influencia.

Conquista moral inestimable sería realizar el concepto que el patriotismo de Belgrano sintetiza, porque ninguno fué más equilibrado, más consciente, más intenso y más fecundo que el suyo, pues se hallaba identificado con su concepto de la vida misma; era en él una cualidad, una condición ingénita de su naturaleza, una inspiración constante e indeliberada de su acción. Ella se traducía en ese altruismo purísimo sancionado por su adorable muerte, digna de uno de aquellos emperadores, "héroes sentados sobre el trono del mundo", que lanzan al morir resplandores de divina melancolía, como surgida de los santuarios del cristianismo naciente, y ante cuya filosofía serena y plácida, el brillo de las riquezas y vanidades del mundo se desvanece y esfuma sin dejar huella.

El cariño popular ofrece a los despojos del general Belgrano su morada definitiva embellecida por las galas del arte, en época propicia para tan merecido tributo. Los progresos realizados en medio siglo de rudas pruebas en las instituciones políticas y económicas, en las prácticas republicanas y en la educación social, aseguran que este nuevo homenaje procede de una convicción más ilustrada sobre esta grandeza histórica; la cual crecerá, sin duda, en el tiempo, a medida que los grandes bloques de mármol o las hirvientes ollas de metal fundido, prefieran modelarse en la figura de los que más alto elevaron el pensamiento y la inspiración, para fundar libres instituciones sociales, cimentar virtudes colectivas imperecederas, y crear por el traba-

jo económico y la cultura del espíritu las nacionalidades fuertes, soberanas, dueñas del porvenir, y dignas de asociarse a la comunión de la alta cultura universal.

Señores: En nombre del Excmo. Señor Presidente de la República, tengo el honor singular de recibir de la Comisión la obra del mausoleo del general don Manuel Belgrano, y ponerlo desde este momento bajo la guarda de esta ciudad, bajo la protección inmediata de este templo, por tantos motivos digno de tan sagrada custodia, y por fin, de entregarlo a la veneración del pueblo de la Nación, a quien perteneció la vida entera del patricio, que por veredicto unánime de la crítica histórica, está juzgado como una de las glorias más puras “que haya modelado jamás el bronce de la inmortalidad”.

VIII

EL GENERAL URQUIZA

EL GENERAL URQUIZA *

Excelentísimo Señor Gobernador;

Señores de la Comisión Popular; Señoras; Señores:

Realiza en estos momentos la Provincia de Entre Ríos, acompañada por los votos de la Nación entera, un acto de la más calificada justicia póstuma, en la memoria del capitán general don Justo José de Urquiza, hijo ilustre de su suelo fecundo: acto solemnísimos al cual el Excelentísimo Señor Presidente de la República se asocia, y a quien me cabe el alto honor de representar, —además de los homenajes oficialmente decretados en la Capital de la República,— y que señalarán este día entre los más faustos y singulares de nuestra historia.

Será, por siempre, un blasón de gloria para esta benemérita Provincia, el haber dado cuna, al lado de otros ciudadanos eminentes, al héroe de Caseros, como si dijésemos que había dado nacimiento a la fuerza y a la voluntad destinadas a devolver a la Nación Argentina su personalidad, aniquilada por cerca de dos décadas de despotismo personal y absoluto.

Pocos asuntos pueden ofrecerse al historiador nacional con mayores y más hondos atractivos que el de la vida y acción de este hombre extraordinario, porque ellos se desarrollan ya lejos de las prestigiosas hazañas de la independencia, que todo lo realzan y purifican, y se mezclan en confusión informe y turbia como de creciente tropical, a

* Discurso del ministro del Interior en la colocación de la piedra fundamental de la estatua del general Urquiza, en Paraná, el 18 de octubre de 1901.

todas las pasiones, los errores, los prejuicios, los excesos y supremas ambiciones y dolores de la época media, en la cual contemplábase a veces perdida en abismos insondables toda nuestra herencia histórica, sin que se viese surgir de las revueltas olas más que la tea incendiaria de la tiranía, cada vez más vigorosa, más amenazante e implacable.

Interés irresistible despierta en el espíritu contemporáneo el estudio de este carácter, que durante medio siglo se confunde al parecer con la multitud, y apenas si en instantes de dudas misteriosas, como águila joven, siente ansias repentinas de lanzar el vuelo, y se contiene ante la extensión y la profundidad del vacío, como desconfiado de sus fuerzas, y reprime entonces cruelmente sus prematuros impulsos.

Aquella larga época de incertidumbres y ahogadas tentativas libertadoras, semejantes a las que Schiller personificó en una tragedia inmortal, fué de incubación y de prueba: incubación de ideas políticas que habían de adquirir formas visibles apenas pudieran desprenderse del obscuro laboratorio; pruebas de caracteres individuales y colectivos, de esperanzas y de anhelos patrióticos, sin cesar defraudados por los éxitos de la tiranía, o ahogados en sangre por la superioridad y disciplina de sus fuerzas. Y en todo el trayecto, el ensueño, la visión no siempre tangible de algunos caudillos sobre la organización constitucional de la República, se desvaneció muchas veces al despertar, llevándose consigo, cuando no la sangre de los que creyeron, sus más remotas esperanzas de redención.

Urquiza comprendió que Rozas jamás daría a la República la Constitución, y el dictador cada día se alejaba más de la solución de este problema, pues cada día las raíces del sistema personal se ahondaban en las costumbres y en las conciencias de la burocracia dominante, hasta engendrar la convicción de que el gobierno era un patrimonio hereditario. Luego, el móvil de la campaña contra el tirano nacía de una inspiración sincera, la de dar cuerpo y acción a un anhelo nacional, largo tiempo y por diversos caminos perseguido;

y si fuese necesario probarlo, haríamos desfilar de nuevo, en una evocación fantástica, las gallardas figuras de los que acompañaron al libertador, y que el pincel de un artista argentino ha perpetuado en el lienzo, en el momento de atravesar el Paraná con el Gran Ejército. Destácanse allí en brillante estado mayor los escritores, los oradores y polemistas que batieron desde la emigración la fortaleza de la tiranía, y que ahora bajo la égida y dirección de un gran general volvían a la patria, ardiendo en ese entusiasmo invencible del que convierte en acción la idea, en espada la pluma y en proyectil la palabra.

Desaparecen entonces las fronteras de los partidos tradicionales, borradas por una desgracia común, y la noble alma del vencedor de Caseros, exaltada por la victoria, sigue proclamando en sus manifiestos, discursos y mensajes, con invariable consecuencia, los generosos sentimientos del perdón y del olvido para los extravíos pasados, de la fraternidad y unión de todos los argentinos en la tarea común de la organización nacional, y en sus votos porque no volvieran la anarquía y los rencores, reavivados en nuevas contiendas, a forjar otra era de sangre y de negación de todas las libertades.

Hagamos justicia, en nombre de la posteridad, y después de medio siglo de aquellos sucesos, al héroe de la cruzada libertadora y al político de la reconstrucción institucional; veámoslo en los grandes momentos, allí donde se desvanece el detalle para que surja la mole gigantesca del granito sobre el fondo azul del horizonte; en el Paso del Diamante a la cabeza de veintidós mil soldados; en la batalla de Caseros, envuelto en la espesa humareda del combate, mientras el tirano huye, como todos los tiranos, solo y abandonado, hacia un refugio extranjero; en la reunión de los gobernadores y en la asamblea del primer congreso constitucional, confirmando las promesas de la espada, y exhortando al cumplimiento leal de la carta de Mayo, proclamada a costa de tanta sangre y tantos sacrificios.

La crítica menos apasionada ha dictado ya su sentencia respecto al mérito de aquellas dos operaciones de guerra; pero aunque el Paso del Paraná y la misma batalla de Caseros, militarmente considerados, no diesen al general Urquiza todo el relieve histórico de un gran guerrero, bastarían para la gloria imperecedera de su nombre y la de su país, los resultados políticos definitivos de esos dos hechos de armas: la Nación Argentina resucita, reaparece en el escenario del mundo civilizado después de la brillante eclosión de la segunda década del siglo XIX, y restaura el legado del Congreso de Tucumán, al encaminarse de nuevo hacia la realización de la idea republicana, inseparable, para nosotros, de la independencia y la soberanía.

Fortaleza de ánimo extraordinaria se requería para no ceder a las fáciles sugerencias de una gran victoria, y no extraviarse en medio de las esplendideces del botín de guerra. Pero ahí está, precisamente, el tipo del héroe. No olvida que el secreto de su fuerza y su prestigio residen en la prosecución de un anhelo íntimo de unión fraternal entre todas las provincias, representadas por la constitución federativa, y así los actos políticos que siguieron a Caseros, como los que realizara en la presidencia, sólo tienen en vista la integridad de la Nación, la educación para amoldarla pronto a su avanzado código orgánico, y el desarrollo de las fuentes productoras de la riqueza, por los hombres, las ideas, los brazos y los capitales europeos, llamados a labrar en nuestra mente como en nuestra tierra.

La hermosa ciudad del Paraná, que hoy vestida de gala nos hospeda, ostenta en su historia, a manera de escudo nobiliario y fuero tradicional, el haber servido de asiento al primer gobierno de la Confederación, así como la vecina capital de Santa Fe, guarda los pergaminos de las convenciones constituyentes; y la otra ciudad entrerriana, la del Uruguay, se halla consagrada por el nacimiento y por las cenizas del héroe cuyo recuerdo llena hoy el corazón de todos los argentinos. Y si hemos de buscar una representación ge-

nuina de la potencialidad económica de la carta constitucional del 1º de Mayo, recorramos a la inversa nuestro camino, y volveremos a percibir el rumor gigantesco de la ciudad del Rosario, semejante a un inmenso taller, donde todas las fuerzas nuevas se ejercitan y desarrollan en una labor incesante de creación y transformación.

Sorprende, en efecto, y superan a toda previsión, los progresos realizados por la República, durante el medio siglo transcurrido, desde que las dianas de Caseros nos anunciaron la nueva vida; pero si recordamos la lenta gestación que otros pueblos, modelos de cultura, sufrieron para consolidar las preciosas conquistas de la libertad, confesaremos sin rubor, que aún nos falta que recorrer una gran porción de la jornada. La Constitución que los estadistas de 1852 adaptaron de modo tan completo a las generales condiciones físicas e históricas de nuestro país, era, con todo, en el detalle, demasiado perfecta, para que pudiese desde luego desenvolverse y animarse con el calor propio de la vida y las palpitaciones de nuestra democracia, y si bien el período de preparación y de prueba aún continúa, y ha costado el aprendizaje hondas amarguras y violentas sacudidas, no seríamos justicieros con nosotros mismos si no reconociésemos el largo espacio recorrido, y las conquistas realizadas por la razón pública en la inteligencia de la carta de Mayo, salvada con nuevo vigor y prestigio por las convenciones de 1860, que le imprimieron la sanción definitiva e irrevocable de la Nación, reconstruída, para que se realizase aquí también la fórmula de Lincoln, de "una unión indestructible de Estados indestructibles".

Al amparo y bajo la sombra benéfica de los principios de nuestra Constitución han desaparecido para siempre muchas de las antiguas causas de perturbación, de inquietud y de inestabilidad en nuestra condición política; las luchas de los partidos han perdido la cruenta rudeza de otros tiempos, y se muestran más dispuestos a las nobles y patrióticas abnegaciones recíprocas, que dan tanto aliento y vigor a la vida republicana; y puede esperarse para época no remota que el

desarrollo de las fuentes económicas y el progreso creciente de la educación popular, han de acercar cada vez más la hora feliz en que todo el pueblo delibere en realidad en los comicios, porque sabrá comprender mejor las ventajas del propio gobierno y distribuir con mayor acierto las funciones y las responsabilidades.

Jorge Wáshington, en su alocución de despedida al pueblo de los Estados Unidos, al declinar la tercera presidencia, le hablaba de los peligros del espíritu de partido que, si “es inseparable de nuestra naturaleza y tiene sus raíces en las más fuertes pasiones del alma humana, es mucho más temible y el peor enemigo bajo los gobiernos de forma popular. El dominio alternativo de una facción sobre otra, exasperado por el natural deseo de represalia, inherente a toda disención de partido, es en sí mismo una tiranía espantosa... Los desórdenes y miseria que de allí resultan, gradualmente inclinan a los espíritus a buscar seguridad y reposo en el poder absoluto de un solo hombre; y tarde o temprano, el jefe de alguna facción vencedora, más hábil o más afortunado que sus competidores, aprovecha esta tendencia en favor de su propia elevación sobre las ruinas de la libertad común”.

Los argentinos entendemos, sin duda, este lenguaje, y es oportuno recordarlo en el momento en que glorificamos al hombre que en medio de los cantos de la victoria, renunció a las recompensas habituales de los caudillos vencedores, para levantar su corazón sobre los ardores de la lucha y de la resistencia, y buscar sólo la formación del gobierno de todo el país, por encima de las divisiones y de las discordias de viejos partidos y de facciones tan apasionadas como efímeras. Oportuno es, en verdad, el recuerdo de aquella lección sencilla y grandiosa, en estas jóvenes e inexpertas nacionalidades, tan inclinadas a erigir la pasión en ley y el interés de partido en norma permanente de la vida política; y es honoroso para mí, en este acto, expresar los sentimientos con que el señor Presidente de la República asiste a él desde lejos, sigue la evolución de la vida nacional, y concurre a las solu-

ciones cotidianas de los conflictos y dificultades que la conmueven y perturban.

El quisiera ver a los partidos y a los gobiernos argentinos rivalizar solamente en su celo por el progreso de las instituciones pidiendo al sufragio las ventajas que jamás les concederán las revoluciones ni los despotismos; las contiendas políticas más dignificadas por un amplio y levantado espíritu de tolerancia y de concesiones generosas, y la confianza y consideración recíprocas entre adversarios, que honran y ennoblecen la lucha y fecundizan el campo de batalla, convertidas en virtud, en fuerza permanente de la vida pública argentina.

Sólo así podríamos asegurar que trabajamos por el progreso moral de la República, por su perpetuidad y por el prestigio de la Constitución nacida en Caseros, como cumplimiento de un antiguo ideal nacional, consagrado por largas vicisitudes y dolorosas experiencias.

Señores: La vida pública del general Urquiza será fuente de inagotable enseñanza para las generaciones nuevas y para nuestros hombres de gobierno de todas las épocas. Dotado de una inmensa autoridad, la que le diera la naturaleza de su misión histórica, supo colocarla al servicio de la prosperidad y la paz de la República. A su sombra, como a la del olivo centenario, crecen y se multiplican los gérmenes de la vida y los retoños vigorosos que han de reemplazarlo con el tiempo; un bello núcleo de inteligencias bien inspiradas despliega a su lado las fecundas iniciativas y energías inquebrantables para el trabajo creador del nuevo gobierno, y bajo el bautismo popular de *hombres del Paraná* señalase en nuestro firmamento esa brillante constelación que aún alumbra nuestro camino con sus resplandores lejanos.

Símbolo representativo de una verdadera resurrección nacional, la estatua que aquí se levante para perpetuar la memoria del general Urquiza, será una de aquellas cuyos cimientos y cuyos rasgos externos se fortalecen y se acentúan con los siglos, y la ciudad del Paraná será la feliz depositaria,

en nombre del amor y del respeto de toda la Nación, del sagrado bronce en que se fundan tan nobles sentimientos. Resplandecerá con mayor brillo y sus líneas hoy ausentes se animarán con movimientos de vida cuando la remota posteridad, más venturosa que nosotros, pueda leer la verdadera historia del hombre y de la época que llena con su vida y con su acción; cuando los frutos de la Constitución del 1º de Mayo se reproduzcan por su propia virtualidad en el porvenir, atrayendo sobre la tierra argentina el respeto y las bendiciones de todos los pueblos civilizados; cuando los niños y los jóvenes vengan en procesiones reverentes a prosternarse ante el ara del que fué también ferviente amigo de la escuela, como a beber el ejemplo de la abnegación patriótica que ha de nutrir sus corazones y fortalecer sus caracteres; y por fin, cuando los partidos exaltados por las querellas domésticas necesiten la inspiración regeneradora del patricio que ha estampado con fragmentos de su vida frases semejantes a versículos del Evangelio que proclaman “olvido completo del pasado”, “no hay vencedores ni vencidos”, “sólo he buscado la organización constitucional de la República”.

Con estos sentimientos y estos votos, el Poder Ejecutivo de la Nación se adhiere a las manifestaciones con que el pueblo y autoridades de Entre Ríos conmemoran el centenario del que fuera primer Presidente de la Confederación, y por mi intermedio presenta en esta ocasión a la provincia entera su testimonio de solidaridad, y los augurios más íntimos porque la paz y el progreso sean el fruto y el premio de sus virtudes colectivas y de su laboriosa existencia.

IX

DOCTOR VICENTE FIDEL LOPEZ

DOCTOR VICENTE FIDEL LOPEZ *

Señores:

Una vida casi secular, consagrada toda entera al lustre de la República, acaba de extinguirse, y se apaga con ella una de las luces más intensas de su firmamento intelectual. Deja su vasto camino señalado por una continuada labor y una enseñanza de las más elevadas virtudes, de aquellas con las cuales los grandes ciudadanos de la edad antigua echaron las bases de la moral positiva en la sociedad humana. El Poder Ejecutivo de la Nación rinde por mi intermedio su respetuoso homenaje a estas cenizas, en el momento inevitable de su tránsito a la inmortalidad.

Nacido en hogar patricio, en el mismo instante en que surgía la patria nueva; hermano suyo por la creación y el aprendizaje de la vida; testimonio contemporáneo y vibrante de la lucha con que ella aparece y se desarrolla en el escenario del mundo; alimentado por las nobles y cálidas pasiones de la raza, de la época y de la causa suprema en sus tres ciclos esenciales, forjóse este carácter como el metal que rompe los flancos de la montaña con la irresistible fuerza de su misteriosa formación.

Así, no era extraño que se modelase desde luego al temple de la nacionalidad, en su más amplia e inicial significación, y que su espíritu nutrido en las ciencias históricas, pudiera desplegarse con vuelo impetuoso e irrestringido sobre los horizontes más dilatados en que la vida argentina se

* Discurso del ministro del Interior, en la inhumación de los restos del doctor Vicente Fidel López, el 31 de agosto de 1903.

desenvuelve. Pertenece por el origen, por la educación y por la prueba, a aquella primera y clásica generación de varones, que dieron vida y salvaron en sus edades difíciles a la patria común, de aquellos que las naciones erigen en objetos de culto, en prototipos de perpetua imitación, en símbolos directivos de sus destinos futuros.

Condensar esta vida en los límites que esta ceremonia impone sería condensar la historia nacional del siglo que ella ha recorrido; sería asistir a la era juvenil de las letras patrias, que hoy con tanta frecuencia olvidamos, cuando saturadas de los nativos fluídos revolucionarios, buscaban en la vida propia la virginal y desbordante savia para las formas antiguas; sería asistir a los ensayos metódicos implantados en Chile para enseñar la historia y la moral cívica a las noveles sociedades políticas de Sud América; sería recorrer esa labor persistente de las grandes revistas literarias y jurídicas de otro tiempo, donde espíritus como el de López amasaban la arcilla y modelaban con febril entusiasmo las formas diversas de la cultura y de las instituciones argentinas; sería como trazar la historia de la alta enseñanza universitaria, en aquel período en que todo maestro debía explorar y construir en tierra desconocida, forjando materiales nuevos, o transformando los del viejo edificio destruído, hasta llegar, por experimentos sucesivos al tipo intelectual propio; y por fin, sería empeñarse en presentar como en sinopsis primaria la crisis más aguda y difícil de nuestras contiendas civiles, cuando los resultados de tres décadas de infortunios y sacrificios, que a todos los argentinos hirieron por igual, hubieron de perderse en un nuevo y prolongado cisma.

Si hay un momento en que la figura moral del doctor Vicente Fidel López brilla con su luz más pura, es en el seno de aquella Legislatura de Buenos Aires de 1852, —memorable por sus hombres, por los sucesos que la conmovieron y por la lucha de las ideas fundamentales de la organización nacional,— donde el ministro de López y Planes sostiene la política de la unión federativa con la firmeza y vigor que

comunican las soluciones históricas incontrastables, hasta el punto de desafiar las iras populares encendidas adentro por la elocuencia de los tribunos, y afuera, por la pasión de un violento impulso colectivo. Semejante al orador ateniense, sabe cuánto vale el criterio de la multitud enceguecida, y cómo puede oponerse a sus torrentes la valla invulnerable de la convicción y de la voluntad. “La virtud, —dice para estos caracteres el gran lírico,— ignora las vergonzosas afrentas y resplandece con honores inmaculados: no alza ni depone sus antorchas al capricho del aura popular...”

En aquel momento, que Fiske denominaría *el período crítico de la historia argentina*, en el cual, después de treinta años de convulsiones y desórdenes, nos veíamos en riesgo inminente de retroceder al punto de partida, agitados por violentas tendencias antagónicas; no bien definidas las ideas que darían forma jurídica a las aspiraciones más generales de la Nación, el joven ministro expone, en discurso destinado a contener en todos los tiempos, mientras se conserve nuestra forma republicana federativa, la esencia de la doctrina, arrancada de la historia viviente y fundada en las leyes experimentales de la sociedad política, como la síntesis perfecta de la dolorosa gestación revolucionaria, tal como Lincoln condensara más tarde en la suya, la ley permanente deducida de la tremenda prueba de la guerra de secesión.

Aquella oración parlamentaria, una de las tres espléndidas joyas del magno debate con que se inaugura la vida nueva, después de la era triste de los panegíricos y de las proscipciones, es la revelación de un pensador, de un guía de naciones y un maestro de gobiernos, que deja para su día la abstracción filosófica, y sólo expresa la fecunda lección práctica para la hora presente y para el futuro. El sabía muy bien que “esta organización nacional que anhelamos en vano desde 1810, jamás ha fracasado por la dictadura sino por la anarquía”, desde que ella enjendró al mismo Rozas; era necesario que hubiese un núcleo central para todas las provincias disgregadas, y para eso, el poder general debería adquirir

fuerza efectiva capaz de consolidar la ley común y oponerse a la disolución del vínculo nacional.

Ante los amagos de una nueva guerra civil, que sentíase vibrar en el ambiente, exclamaba en el calor de una suprema inspiración y de una visión profética: “en medio de esta confusión eterna ¿qué va a ser de nosotros? Legitimar las revoluciones será alejar para siempre la constitución del país. Creo que sólo necesitamos un poco de sensatez y de paciencia para llegar al fin, que es la Constitución. ¡Tengamos una, por Dios, para no vagar siempre en el caos! ¿Por qué no hemos de aceptar el único medio sensato que reconoce la política, el de apoyarnos en los hechos consumados? Esa ley es fecunda, y no es dado al hombre el contrariarla: siempre más fuerte que él, cuando la niega o la resiste, sólo trae el desquicio, la negación y el caos de la anarquía”.

Sobre estos hondos conceptos se ha desarrollado la política argentina durante medio siglo, en que la tarea de incrustar materia bruta dentro de la Constitución, —según su comprensiva fórmula— ha sido realizada bajo todos los sistemas, en medio de todas las dificultades y a través de todos los obstáculos. Es verdad que la revolución derribó el gobierno de López, signatario del acuerdo de San Nicolás; pero las ideas de aquel discurso salieron vencedoras, no en las rivalidades y batallas de esa década de prueba, sino en la evolución social y política de la Nación, constituída bajo el régimen que aquéllas definieron: el doctor Vicente Fidel López ha conquistado para su nombre la gloria inmarcesible de los fundadores de la República, de esta grande y vasta unidad territorial y política, donde la libertad constitucional echa cada día más profundas raíces, y en la cual comienza a realizarse la grandiosa promesa de sus inextinguibles beneficios para las generaciones futuras.

Adviértese en esta vida ilustre, como en muy raros modelos, la lógica más persistente, debida, sin duda, a una sinceridad ingénita y a un ardoroso amor de la verdad. En ninguna otra se habrán aunado con mayor armonía las varias condi-

ciones que definen un *temperamento*; y así, en la multiplicidad de sus aplicaciones intelectuales, en la confianza familiar, en la arenga parlamentaria, en la vasta labor histórica, en todos ellos imprimía su sello personal y vigoroso aquel espíritu vivaz de indomable e impetuoso vuelo. Ciertamente es que la pasión humana estaba proscripta de la severa majestad de la historia, y que las corrientes de la vida universal debían someterse a los moldes clásicos; y cierto que el historiador debía como aislarse o exteriorizarse del medio humano, para reflejar una verdad equidistante de todas las inclinaciones y divergencias de ideas y fuerzas, que constituyen la eterna agitación de la vida; pero nada resiste a la ley inmutable de la vida misma, que es pasión, savia y movimiento, en cuya virtud la humanidad lucha, progresa y mejora su residencia terrena, y se distingue de otros mundos, que cual colosales esqueletos luminosos, giran en torno de nuestro planeta sin rumores y sin combates.

Obra de inmenso valor es la que el doctor López deja a su patria en el conjunto de sus trabajos históricos, y principalmente en el que reúne todas las modalidades de su espíritu, la *Historia de la República Argentina*. Porque él no sólo la comprende como la simple narración cronológica de sucesos pasados, sino como un vasto sistema de leyes científicas y elementos de arte, que concurren a convertirla en un verdadero reflejo de la vida de una sociedad en la región de la tierra que habita. Al leer sus animadas páginas, diríase que se percibe el hervor de la sangre, el circular de la savia, el rumor del movimiento, hasta en las antiguas y ya muertas agrupaciones indígenas o coloniales. La pasión, la pasión humana, real, candente, que es fuerza inmortal de impulso y de creación, como el calor en la naturaleza, palpita en los sucesos colectivos, colorea los cuadros y da animación dramática e interés contemporáneo a los caracteres individuales, para que la historia sea una lección intensa y palpitante del pasado, y una perpetua revelación de la unidad de los destinos humanos.

Quede para los biógrafos la grata misión de reunir y clasificar el tesoro literario que esta inteligencia superior acumulara en su múltiple y continua elaboración: literato, novelista, político, jurisconsulto, historiador, ¡qué extensa órbita ha recorrido este astro, que hoy traspone nuestro mundo visible, para ir a esparcir su luz en otros espacios infinitos, donde la idea de la muerte es acaso la de una eterna vida! Y como el trabajo es virtud y fuente de virtudes sin número, no sólo queda ahí la herencia material de la obra realizada, sino el inexhausto legado de enseñanzas que nos van dejando al desaparecer, nuestros beneméritos ancianos de los grandes tiempos, y que constituyen en su transmisión secular a los que vienen en pos de sus huellas, el alma imperecedera de la nacionalidad.

Señores: Al depositar en el sitio de su descanso eterno estos despojos, que animara un fuerte y esclarecido espíritu, es honroso para mí expresar, en nombre del señor Presidente de la República y en el mío propio, el voto más íntimo porque nada perturbe su sagrado reposo, conquistado por una vida honesta y laboriosa, ennoblecida por la ciencia y embellecida por el culto de las más altas virtudes privadas y públicas.

X

DOCTOR CARLOS BERG

DOCTOR CARLOS BERG *

Señores:

Breves días antes de abandonarnos, el doctor Carlos Berg enviaba a un amigo suyo, promovido a una elevada posición política, este sencillo mensaje: “siento en el alma que mi estado de postración, no me permita llevarle en persona, la expresión sincera de mi contento, mas espero poder hacerlo en día no muy lejano...” Aún los caracteres de su postrera carta mantienen la frescura de la vida, y la muerte ha impedido para siempre la entrevista esperada. Nunca llegará ese día que él creyera tan próximo, pues ha partido de súbito para la inmortalidad, donde no llegan sino los elegidos, para quienes el morir sólo es realizar una gloriosa transfiguración.

Identificados con la evolución de los múltiples organismos del mundo; dueños del secreto de las leyes invisibles que rigen el fenómeno continuo de la vida y de la muerte; penetrados, —por la observación y por la visión contemplativa de las cosas y hechos de la naturaleza y de su historia,— del sublime misterio a cuyo estudio concurren todas las ciencias; descubridores felices de todas las causas de las inquietudes, vacilaciones, debilidades, anhelos y temores que agitan a la humanidad en su tránsito fugaz por la tierra; habituados a seguir, allá en el silencioso retiro del gabinete o del laboratorio, la órbita de la vida que recorren el astro, el insecto,

* Discurso del ministro del Interior e interino de Justicia e Instrucción Pública, en la inhumación de los restos del doctor Carlos Berg, el 21 de enero de 1902.

la planta, el mineral, el hombre; y encantados como en ensueño perpetuo por el espectáculo universal reducido al campo diminuto de la lente, la muerte no puede ser para los sabios un suceso doloroso y terrible. La estrella dejó de relucir en su sitio secular del firmamento, y una cruz la reemplaza en el mapa sideral; la flor ha dado su perfume y no ha esperado la siguiente aurora, y el olivo dejó caer su carcomida corteza entre un bosque de retoños; la piedra se ha transformado en estatua, en riel, en corriente intangible e incontrastable; el hombre devuelve su cuerpo a la tierra cuando ha cesado de latir su corazón... Pero si la muerte no es para el sabio un acontecimiento trágico, será siempre para los demás una fuente inagotable de hondas melancolías y meditaciones. Sólo la ciencia y el arte, cuando se han difundido en forma de cultura o de pasión colectiva, logran revestir a esta idea, a esta preocupación, con las formas amables de la belleza, como la contemplara el alma helénica.

Ciencia y arte, conceptos correlativos en su esencia más íntima son los caminos únicos para llegar a ese estado de perfección buscado por los filósofos antiguos, quienes, al propio tiempo que arrancaban a la naturaleza sus dones más útiles para las necesidades y los progresos de la vida material, revelaban al pueblo los tesoros de emoción estética más exquisitos. Por su virtud y fuerza maravillosas, el espíritu nacional adquiere unidad indisoluble de destino y acción; y si ambos elementos de cultura se desarrollan en el ambiente común de moralidad que fluye de su consorcio, se logrará el ideal de una civilización duradera, apartándola de la decadencia, reconocida hasta hoy como corolario inevitable de todos los apogeos de grandeza.

Del culto positivo de la ciencia nacerá en todo tiempo, y vivirá sin término, el ideal más puro del arte; y una moral fundamental, incommovible, que comienza por purificar el alma del sabio e irradia con su ejemplo y su enseñanza sobre la sociedad entera, es la fecunda, la imperecedera semilla que dejan a las naciones, como único legado, esos espíritus

selectos, apartados del mundo y de sus felicidades aparentes y fugitivas, para consagrarse a esa labor jamás terminada, y cada día y cada siglo más interesante, más absorbente y más necesaria, de la naturaleza, en cuyo medio el hombre nace y muere.

Era uno de esos raros ejemplares el doctor Carlos Berg. Apasionado de la ciencia en su aspecto más experimental y práctico, el estudio había pulimentado de tal manera su espíritu y enriquecido el caudal de sus ideas y formas de expresión, que no solamente veía la vida múltiple de la naturaleza en íntima correlación con la vida humana, sino que poseía el don adorable de describirla con animación novelesca o dramática, y de hallar en cada ser u objeto las fórmulas o los vínculos que los hacen atractivos a la imaginación y al sentimiento. Al describir las plantas y las flores se le impregnaba el alma de sus perfumes y se le animaba la palabra con reflejos de sus colores; las abejas y las hormigas le revelaban las sorpresas de sus leyes sociales y políticas, y Bordier y Maeterlink, pudieron reconocerle como un predecesor inspirado; entre las arideces de los catálogos y nomenclaturas, resplandecen de modo repentino, y como diamantes encontrados en lechos de ríos pedregosos, súbitas vislumbres de su ingenio, rasgos descriptivos originales, alusiones críticas y comparaciones punzantes.

Si en nuestro país la literatura hubiese seguido derroteros más positivos, o buscado cimientos más profundos, habría tenido en la obra del doctor Berg, como los tendrá más tarde en sus libros, y en los demás hombres de ciencia de la República, un auxiliar, un aliado, un maestro. Porque le animaba un vivo entusiasmo por las demás manifestaciones del espíritu en la patria adoptiva, y el suyo era altruista, comunicativo, abierto como una flor silvestre, en la cual todos los insectos beben una gota de miel; era un educador que vertía la ciencia a manos llenas, en formas siempre atractivas, un sembrador sin fatiga, un obrero sin rebeliones ni protestas, con amor intenso por la obra en sí misma, y una persistencia serena,

fundada en la fe, en los propósitos de progresos concebidos y acariciados: era, en suma, un alma engrandecida, purificada y embellecida por la ciencia, que abre al mundo sus tesoros de saber sin la noción egoísta de la propiedad.

No es de este momento la historia bibliográfica de su labor intelectual, ni la relación de sus trabajos de profesor y naturalista, pues todos vosotros lo conocéis como yo: justifican su sitio de honor entre los elegidos de la posteridad, más de un centenar de obras científicas diversas, casi todas sobre nuestro país, cuatro décadas de enseñanza en los colegios y universidades argentinas, y el ensanche y transformación del Museo Nacional, que bajo la influencia de su espíritu, dejó de ser un huerto reservado, para transformarse en una fuente generosa de cultura pública, por las visitas frecuentes, por las sabias, sencillas y personales explicaciones de su incansable director, y por la continua publicidad de sus investigaciones.

La República reconoce y compensa en la forma de la más alta estimación y respeto, los servicios de los hombres venidos a su suelo a difundir las altas enseñanzas de las ciencias puras, y forman dos núcleos ilustres los que en las universidades de Buenos Aires y Córdoba, fundaron las escuelas de donde han surgido ya muchos maestros argentinos.

El gobierno y el pueblo todo siguen con el más grande y patriótico interés el camino que cada uno recorre, y es un signo evidente de progreso nacional, el ambiente de casi religiosa veneración que envuelve a aquellos que logran sustraerse a las atracciones de otras carreras más sensuales o ruidosas, para consagrarse al estudio especial de las ciencias naturales o exactas, como si el criterio público comprendiese cuanto ennoblecen la vida y los caracteres el trabajo desinteresado y la continua observación de las leyes universales, para concurrir a formar un caudal de ciencia propia, de ciencia nacional, sólo apreciable, como las fortunas heredadas, cuando desaparecen los pacientes obreros que las acumularon para sus descendientes.

Grande es, por lo tanto, la gratitud que la Nación Argentina debe al hombre cuyas cenizas depositamos hoy en este sepulcro, y en nombre del Poder Ejecutivo y particular del señor Presidente de la República, lo declaro en instante tan solemne, anticipándome así al fallo de una posteridad no lejana, que se apresurará, sin duda, a acogerlo entre sus elegidos. No será él de aquellos “felices porque nunca más despiertan”, del poeta de las *Noches*, porque no tardará en descender sobre esta tumba, el rayo de sol del bardo del Morven “para que resucite el que duerme en su seno”.

XI

NICOLAS AVELLANEDA

NICOLAS AVELLANEDA *

Señores; jóvenes compatriotas:

Habéis designado al más inhábil de vuestros conciudadanos para hablar de Nicolás Avellaneda, precisamente cuando venís a depositar sobre su sepulcro el primer trozo de bronce que la posteridad le consagra. Nunca me atreví a pronunciar una palabra en presencia de la muerte, porque el problema eterno me anonada y la visión del más allá me impone silencio. Y ¡cuál no será mi flaqueza cuando advierto que debo hablar ante los despojos del que personificó entre nosotros a la misma elocuencia!

Sólo vengo a ayudaros a depositar en los umbrales del templo la ofrenda simbólica de la glorificación que se acerca, y cuya primera vislumbre ha iluminado vuestros espíritus.

La inmortalidad destinada a los grandes hombres es como un océano inmensurable; el viento vagabundo levanta la primera ola, y ésta emprende luego la carrera rumorosa por las inmensas soledades, llevando la agitación y el creciente clamoreo a lo desconocido. Vosotros, mis jóvenes compatriotas, sois la generación iniciadora, la mensajera gentil que lleva a los tiempos venideros la inmortalidad de un nombre ilustre.

La patria se regocija de estos impulsos generosos, nacidos de las almas puras, limpias aún del polvo y el humo de los combates cotidianos; y cada vez que se congregan a rendir

* Discurso en nombre de una asociación de estudiantes, al colocar una lámina de bronce en el sepulcro del doctor Nicolás Avellaneda, el 25 de noviembre de 1888.

homenaje a sus elegidos, parece como si brillase de nuevo la aurora de sus primeros y grandes días.

Señores: El hombre cuyos hechos y cualidades han inspirado a estos nobles jóvenes la idea de la asociación, es una gloria nacional. Hijo de un mártir, consagró la vida al patriotismo; hijo de un tribuno y de un apóstol, magnificó la tribuna y el apostolado; nacido en medio de la selva tropical, vino con el alma saturada de armonía y de perfume, para que su palabra tuviese el poder irresistible de la fascinación.

Y en verdad, rara vez se vió ingenio en quien tantos y tan eximios atributos coexistiesen en tan estrecha y perfecta consonancia; porque él nació poeta, y desde muy joven el culto del ideal y la contemplación de la belleza imprimieron sello a su vida; pasó silencioso y pensativo desde la ciudad de los recuerdos heroicos a la ciudad de los templos monumentales y de los claustros venerables, cuyos muros ennegrecidos conservan la tradición de sus veladas febricientes. Hoy se nos aparece, a través del tiempo, semejante a aquel sombrío soñador de Florencia, preparando la esplendente revelación.

Entonces, bajo las viejas bóvedas de la Universidad de San Carlos, respirábase la atmósfera de la sabia y poética antigüedad; a través de los siglos resonaban los períodos magníficos de Marco Tulio Cicerón, y vibraban cual serpientes de fuego las sentencias de Tácito; oíase el blando arrullo de los ritmos horacianos y estremecían las almas los exámetros heroicos de Virgilio.

Y luego, envueltas en nubes de incienso y en raudales de cánticos sagrados, reaparecían las inspiradas predicaciones y las *Sumas* sapientísimas de los príncipes del cristianismo, arrancando al misterio de las selvas africanas y germánicas la savia fecunda en grandezas y en creaciones, y el secreto de los martirios que tiñeron con sangre y encendieron de gloria los orígenes de nuestra civilización.

El joven estudiante, viviendo entre el pasado por el corazón, y el porvenir por el pensamiento, seguía la ruta

providencial de los destinados a las grandes cosas y a las grandes alturas...

Veámosle en la plenitud de su acción. El orador ha surgido del molde clásico, fundido del metal virgen de la tierra argentina. Por eso en sus discursos resplandecen las alboradas del trópico sobre un marco helénico, y se ve a las atrevidas enredaderas de la selva tucumana, revistiendo y coronando los capiteles de las columnas de Paros. ¡Fusión magnífica y soberana que realiza el tantas veces soñado arte nacional!

Este príncipe de la palabra, este orador genial se ha llevado consigo el secreto de su magia, y no volveremos a encontrarlo mientras no recorramos la senda por la cual él hiciera su ascensión maravillosa.

¡Y las obras que dejó escritas! ¿Quién llegó entre nosotros a tanta serenidad, majestad y ternura? Ya nos hable del gobierno de la tierra, ya nos cuente la vida de los maestros, ya nos enseñe como doctor o nos deleite como artista de la frase, hay siempre en su estilo el aroma de los azahares, la suavidad y la limpidez de los lagos y la olímpica grandeza de los montes de la patria.

Su ascensión al más alto de los honores concedidos al ciudadano argentino, fué un triunfo de la inteligencia, del saber y del arte. Y aquí está, señores, el ciclo de la prueba para este espíritu excepcional, nacido para vivir en las cumbres; y es aquí donde vosotros, mis jóvenes amigos, debeis estudiarle con más empeño y amor, porque aprendereis a ser libres sin ser liberticidas, a gobernar con autoridad y a la vez con esplendor y con talento, a honrar a la patria, dando brillo y vigoroso impulso a las instituciones. Aprenderéis a combatir con las armas radiantes de la idea que derriban sin matar, y levantan monumentos imperecederos sin profanar los escombros de las venerandas ruinas.

Estudiadle sin cesar, mis jóvenes amigos, en este luminoso período de su existencia; sois los herederos de la obra de las generaciones que os anteceden, y sobre vuestros hom-

bros van a reposar mañana las gloriosas conquistas de nuestros padres. Venid todos los días a pedir inspiraciones a estos retiros donde reposan los apóstoles inmortales de nuestra libertad; y yo os aseguro que cuando os halleis reunidos como ahora, la sombra de Nicolás Avellaneda os enviará desde el fondo de su sepulcro, la palabra vibrante de la fe en los ideales, del entusiasmo por la lucha y el valor para el sacrificio.

En presencia de los despojos del grande orador, del estadista eminente, del literato cultísimo, os exhorto a ser buenos, a amar las glorias de la inteligencia, a dar la vida por la honra de la patria, y a cultivar vuestros espíritus, para que en el tiempo podais exaltar su nombre augusto en escritos luminosos, mucho más imperecederos que las construcciones de piedra y que la vida de las naciones.

Señores; jóvenes compatriotas y amigos: Aceptad junto con vuestras ofrendas, y con las guirnaldas de que habéis cubierto el lecho del artista y del ciudadano, esta humilde flor arrancada a la montaña a cuyas plantas llora su abandono, "la triste y solitaria Rioja", que un día arrancó una lágrima y un recuerdo al más grande de los oradores argentinos.

XII

DOCTOR AMANCIO ALCORTA

DOCTOR AMANCIO ALCORTA *

Señores:

El sentimiento de intenso dolor que la súbita desaparición del doctor Amancio Alcorta despierta en la República entera, ha tenido la más profunda repercusión en el seno del gabinete, a cuyos consejos falta así, de improviso, el concurso de aquella ilustración y de aquella experiencia, en momentos en que su labor era más activa y eficiente. Cae, pues, como el jornalero en lo más árduo de la faena, como el soldado en lo más recio de la batalla, como árbol que el rayo derriba en la edad más fecunda de su producción.

No serán por cierto estas palabras, que en nombre del Poder Ejecutivo de la Nación, pronuncio, siquiera un pálido reflejo del cuadro de eterno y hondo misterio, de estas vidas tronchadas en su apogeo, y de esta existencia detenida de pronto en su curso vigoroso y sereno. Lección sin cesar renovada es ésta de la muerte, lección nunca aprendida por la humanidad, que aparta por fuerza sus pensamientos de las vías dolorosas, para volver a ellas cuando hiera la cabeza que se yergue sobre la multitud: la sensación de un inmenso vacío se produce en los corazones, como en las grandes selvas, cuando el hacha o el fuego han echado al suelo los árboles más altos, los que por mucho tiempo guiaron u orientaron al viajero...

El hombre cuyas cenizas vamos a confiar para siempre

* Discurso del ministro del Interior, en la inhumación de los restos del ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Amancio Alcorta, el 8 de mayo de 1902.

a la tierra, cumplió con honor la misión de trabajo que todos tenemos grabada en nuestra conciencia, como una ley de la vida misma, para mejorar cada día la condición de la sociedad humana; y los homenajes póstumos son la recompensa suprema que no se avalúa ni se mide, pues su valor está en el amor a la justicia que ellos esparcen por el mundo, y en el estímulo y aliento con que, entre los vivos, renuevan las fuerzas para la lucha interminable.

Alcorta fué un intelectual de excepcional naturaleza, de aquellos cuya suma y magnitud de obras está en relación directa con la sencillez y el silencio de la vida: la opacidad, la monotonía y la falta de resonancia de sus formas literarias se asemejan a la del bloque enorme repleto de materiales valiosos, que es necesario desmenuzar y analizar para desprender el brillo, la armonía y la sonoridad ocultas. Sus obras son valores positivos en el gran caudal de la ciencia, y no manifestaciones ideales de un espíritu artístico, que no eligió para resplandecer, las formas de la publicidad escrita, porque amó acaso el ambiente más propicio de la intimidad y la confidencia; son enseñanzas y formas de acción gubernativa para los hombres y los pueblos, y no origen de deleite para las imaginaciones o de goces para los sentidos: en ellas él autor condensa, desarrolla, difunde, sistematiza y ordena vastos organismos científicos, de los cuales el profesor en la cátedra, el abogado en el foro, el legislador en la tribuna, extraerán la enseñanza, la prueba, la fórmula específica destinada a convertirse en ley de la inteligencia o de la vida: a esta generación de libros corresponde el *Derecho internacional privado*, las *Garantías constitucionales*, la *Instrucción secundaria* que le dieron ya asiento entre los maestros del derecho universal, y a la república, por ellos, justicia y honor en el campo inmensurable de la universal cultura.

Pero no se limita a la sola producción de las obras que fueron cimiento de su personalidad y carrera pública; el jurisconsulto de gabinete y biblioteca era al propio tiempo

en la acción el abogado y el estadista; y así, al caudal de su producción doctrinal y abstracta, agrega otro caudal no menos considerable, y quizás más interesante, de trabajos forenses y legislativos, que constituyen una vida palpitante de exposición de principios en contacto con la realidad de las cosas, en la lucha con las pasiones y los intereses individuales y colectivos, y aunque en todos sus proyectos y escritos de esta índole se dejase siempre ver el espíritu dominado por la teoría y la generalización, queda sembrado el camino con abundante semilla que su mano infatigable arrojó a puñados sobre los surcos abiertos: causas judiciales y célebres en que se probaron instituciones fundamentales, leyes reglamentarias de derechos políticos consagrados, códigos substanciales o formularios destinados a completar nuestros nacientes organismos jurídicos, recibieron la luz o el sello de su erudición y amor de la justicia, realizando siempre obra de libertad, de buen gobierno y de civilización.

Hombre que dominaba tantos, tan valiosos y útiles elementos debía ser un colaborador, un consejero, un guía inestimable para cuantos son llamados, en la continua renovación de nuestra vida republicana, a las funciones gubernativas. Estas cualidades de acción y de consejo, unidas a su especial conocimiento del derecho público internacional y de las cuestiones más vitales del mismo orden, propias de las naciones sudamericanas, determinan su prolongada dirección de estos asuntos en la República. Su espíritu de conciliación, inherente a los que estudian, contribuía a eliminar de las cuestiones siempre difíciles de esta índole, las rigideces y las intransigencias que surgen de los afectos de nacionalidad, y cierran tantas veces el camino de las soluciones justicieras y verdaderamente patrióticas. La Nación reconocerá en todo tiempo al ministro Alcorta los altos servicios que le prestara por espacio de diez años casi continuos, al frente de las relaciones exteriores, a las que consagró en absoluto, no sólo su dominio de los seculares problemas en debate, sino también su reposo, su prestigio y su vida...

La muerte, señores, le ha herido de un solo golpe, cuando más afanosa era su tarea, cuando se acercaba acaso el fin de la larga y fatigosa jornada, y antes de poner el pié en la cima. Inclínemos la frente ante el inescrutable y supremo designio, y ya que de esta manera van renovándose en la tierra las generaciones, recordemos nuestra propia misión, y después de cumplir el divino y cotidiano mandato de enterrar nuestros muertos, volvamos a nuestros puestos de lucha, llevando las enseñanzas que dejan cada uno de los que parten, y en el fondo del alma el dolor inconsolable de la separación eterna.

Señores: Este duelo, que es duelo nacional, pertenece también, de preferencia, al señor Presidente de la República, que contó hasta ayer al doctor Amancio Alcorta como uno de sus más ilustrados y eficaces consejeros. Entre sus colegas de gabinete deja un vacío profundo y una memoria imperecedera: creo interpretar sus sentimientos al señalarlo a sus compatriotas como ejemplo de cualidades intelectuales superiores, y de virtudes privadas y públicas dignas de personificar los anhelados tipos de la moral republicana.

En nombre del Señor Presidente de la República y en el mío propio, envío el último adiós a este ilustre muerto, y deseo paz infinita para sus cenizas y honra inmarcesible para su nombre.

XIII

RICARDO GUTIERREZ

RICARDO GUTIERREZ

Junto con una puesta de sol se extinguió la vida augusta de Ricardo Gutiérrez, consagrada a dos cultos superiores: la ciencia y la poesía, la ciencia que cura los sufrimientos del cuerpo, y la poesía que canta los íntimos dolores del alma.

Este médico fué un sacerdote, un inmolado voluntario en la inmensa fragua donde día a día se consume la humana existencia, un inspirado en la contemplación de la miseria terrena, que él quiere mitigar con los pobres auxilios del arte, pero también ennoblecer con las bellas visiones del ideal.

Astro errante, hace mucho tiempo, sobre el inmenso cielo de la patria, detrás del velo que nos ocultaba su hermoso disco, hemos oído no pocas veces los vagos rumores de su vuelo, como el poeta filósofo de la antigüedad creía distinguir la música difusa de las esferas:.. Fué el suyo un silencio semejante al de los templos, cuando los altares están profanados y ausentes o desaparecidas las vestales del culto.

El arpa que, después de los cantores de la naturaleza, expresara con más verdad la vasta, solemne, sagrada, profunda y dolorosa poesía de nuestra tierra; la que tradujo en formas, tonos y ritmos nuevos para el arte nacional esa eterna elegía de la vida, donde se funden los recuerdos del pasado, las angustias del presente y los sombríos anhelos del futuro; la que vibrara conmoviendo las almas, como eco de un *dies iræ* perenne, errante sobre todas las cosas creadas, como rumor de salmo nacido en el empíreo y echado a vagar sobre

los mundos; la que hiciera suyas, como por divina herencia, todas las lágrimas inmanentes en las cosas, y que aparecen en las flores, en los mares, en las montañas, en los astros, en los cantos de las aves, en los rumores del viento, en el brillo de las estrellas, pero mucho más en estos peregrinos sin término y sin rumbo, nacidos de un misterio y arrojados en un vértigo, que llamamos hombres, naciones, humanidad, universo; la que apareciera un día ornada con las sencillas flores de nuestras campañas, dotada de la pasión que habla y llora en los corazones campesinos, con “el hondo afán de la pena”, el ansia informe pero ardiente del deseo imposible, o la desgarradora despedida de la raza que se va para no volver; la que había concebido la patria como indivisible unidad de alma y de cuerpo, de religión y de milicia, de culto y de iglesia, y la ofrecía a los espíritus como el supremo refugio, como el ara de la inmortalidad, como la única cima de la humana grandeza; esa es el arpa que al expirar de un lúgubre día, quedó rota y muda.

No han escrito los líricos el verso que exprese el dolor de este tránsito, porque no han conocido hombres que vivan como el autor de la *Fibra Salvaje* y de *Lázaro*, tan cerca de la tierra con la carne, y tan cerca, quizá en la misma eternidad, con el alma y la idea. Su muerte ¿ha de ser cantada por la poesía como un desastre, como el dolor supremo de la vida, o saludada con el gigante acorde de los salterios celestes, como el triunfo sublime del alma redimida? Por eso los antiguos poetas que hicieron de la belleza real, de las formas y de los colores las fuentes de la creación artística y de las divinidades de mármol, no tienen el verso, ni la línea, ni el acorde capaces de describir el momento en que esta existencia ha salvado las últimas fronteras, trasmontando la postrera cúspide, cruzando el más alto límite del horizonte para ser luego un recuerdo, una memoria, una inmortalidad...

Los que viven la vida, respiran el aire y se agitan con los anhelos del presente, han perdido el eco del arpa de

Ricardo Gutiérrez: para esos nuestras palabras tendrán una insólita resonancia. Pero los que en el retiro de sus hogares, en el secreto de su culto patriótico, y en la modestia y sinceridad de sus sentimientos, hijos de la tierra nuestra, no han permitido aún la entrada de ídolos espurios, esos saben cómo ha de sentirse esta separación eterna; y cómo la desterrada y triste poesía de la tierra argentina ha de enlutarse para siempre, por la ausencia irreparable del bardo de sus más intensas y eternas armonías.

Pero hay también otro mundo, un mundo inconsolable por este fallo de la muerte: los pobres enfermos, las madres doloridas, los niños flagelados por las pestes y el abandono, que pierden ahora al padre, al filántropo y al apóstol. No hay duelo más hondo que el de la gratitud, como no hay grito más desgarrador que el de la miseria, y Gutiérrez deja en el surco de la vida sembradas a manos llenas las abnegaciones, los cariños, los desprendimientos, las fatigas ignoradas del mundo y de la vanidad.

Observador de la naturaleza humana, conoció a fondo la frágil armazón que la sustenta, la fuerza lenta y tenaz que la consume, ese influjo indefinido de la carne miserable sobre el noble espíritu, que la arrastra por el lodo y la arroja en el abismo; pero su dolor era secreto, y su voto irrevocable de consagrar los recursos de la inteligencia y las purezas del corazón, a levantar al caído en la lucha cotidiana y en las jornadas del camino, y a mostrar la senda de luz que lleva hacia la "patria del alma", a los que han perdido en el mundo la esperanza, a los que han entrado para no salir jamás, en el *reino doloroso*.

XIV

FRAY MAMERTO ESQUIU

FRAY MAMERTO ESQUIU

Conocí a fray Mamerto Esquiú en la época más difícil de su carrera. En medio de una lucha ardiente de ideas y de pasiones, su presencia en el obispado de Córdoba fué el anuncio de la paz, que debía venir de muy alto y anidar muy hondo en todas las almas. Rara vez habrán coincidido mejor los designios del poder temporal con los íntimos anhelos de la conciencia religiosa. Aquel hombre venía sublimado por una peregrinación inaudita, sin precedente en los anales de este nuevo mundo, desde los bosques insondables de Bolivia, donde fuera huyendo de los honores con que persigue a los justos la vanidad, hasta las aras del Santo Sepulcro, donde le llevó una fuerza inescrutable; había escuchado a su Dios en la soledad augusta de la naturaleza americana, y quiso verter sobre la lápida secular del Cristo, “como óleo derramado”, una lágrima silenciosa, que condensaba una vida, un ideal, un sacrificio, un tesoro inmenso de inteligencia y de amor.

Las primeras palabras dirigidas a sus fieles, en la sencilla forma de la confidencia, predilecta de los grandes espíritus, resonaron bajo las bóvedas con suave vibración desconocida, despedían perfume de cedro del Líbano y encendían en la multitud resplandores nuevos: era la plática inmortal de la montaña, renovada a través de los siglos, impregnada de la misma unción, iluminada por la misma luz de sol poniente, que venía a ofrecer a los cansados un reposo, a los combatientes una tregua, a los perseguidos y desamparados, justicia. A veces, su voz temblaba o se interrumpía por la emo-

ción intensa o la fruición mística, suavemente transmitidas al concurso, con la influencia avasalladora de una música lejana... Esa tristeza vaga y dulce de las promesas ideales e infinitas, descendía desde la cátedra, como las tenues sombras del crepúsculo bajan desde las cumbres a los valles, evocando la plegaria, la contemplación y los ensueños.

Ya no era el orador deslumbrante de la Constitución, no el filósofo y maestro de la doctrina, no el sabio e implacable juzgador de las disensiones civiles; era el pastor apacible que cuenta las bellezas de la selva, los encantos de la armonía, los prodigios de sus visiones solitarias, cuando rodeado por la magnificencia de la tierra y del cielo, ha sentido en su corazón encenderse esa grande hoguera donde todos los odios y las discordias se consumen, y cuyo reflejo luminoso señala a todos los hombres una sola ruta. Antes había anunciado a su pueblo la unidad indisoluble de la Religión y de la Patria; después había enseñado que las luchas de la libertad no deben cavar fronteras dentro de la tierra común; ahora con los acentos melodiosos del arpa de David escribía la región suprema de la dicha, y guiaba a sus hermanos por senda invisible hacia el trono de la única gloria verdadera, la de Dios, "que los mundos proclaman, que en el Sol edificó su tabernáculo, que traslada los montes, remueve el fondo del mar y trasmite su gracia y alegría a las mañanas y a las noches".

XV

CARLOS GUIDO Y SPANO

CARLOS GUIDO Y SPANO

I

LA HORA DEL TRIUNFO

Acercábase para el viejo bardo argentino el momento de la apoteosis. Sus compatriotas sentían la necesidad de tributarle homenajes, cada vez que ocurría un suceso en que el nombre de Guido y Spano se mezcla, y estos movimientos del corazón de todos recuerdan esas ráfagas precursoras que suelen conmover y agitar las selvas, anunciándoles el torbellino. Es que sentimos todos la necesidad de una glorificación; nuestro país no ha consagrado aún su poeta nacional, y era justo al realizarlo en las sienes del anciano cantor de *Nenia*, de *En los guindos*, de *Al pasar*, y de tantos otros poemas de luz. Antes se pensó en su coronación: ahora se piensa siempre en él, y se echa de menos la palma gloriosa que ha de rodear sus sienes venerables y enredarse entre su clásica cabellera de plata reluciente.

Hijo de ilustre progenie, pero ilustre a su vez por su numen clarísimo, nuestro poeta reúne las dos únicas realidades que caben en nuestras instituciones: la del patriotismo y la del talento.

La República puede proclamar sin desdoro príncipes, cuando lo son del genio, y cuando las coronas que decreta son del laurel inmortal. Las naciones no pueden vivir mucho tiempo sin héroes y sin poetas, y cuando no los tienen los forjan en el seno de una leyenda fantástica, o materializan y dan cuerpo a las aptitudes poéticas o musicales de la raza.

Tenemos nuestros héroes consagrados por la gratitud nacional, y buscamos a aquel de nuestros bardos que ha de sintetizar nuestros anhelos y nuestros caracteres ideales. Llámese un plebiscito en toda la extensión de la República, y pregúntese quién ha de subir al pedestal aún desocupado, y en todas partes se escuchará el nombre del anciano y querido poeta, cuyas tiernas canciones han deleitado por tanto tiempo nuestras almas.

Hay en su persona una doble virtud que le llama al supremo galardón: una vida consagrada entera a las musas amadas de la patria, y una honrada y pura ancianidad semejante a las encinas por lo vigorosas y floridas. Es que lo alentó una gran salud de cuerpo y espíritu; por eso no hay debilidad en su canto, ni sombra en su ideal. Toda su obra respira los dos sentimientos que son dos fundamentales virtudes: el amor del suelo nativo, con sus tradiciones, sus pompas y desnudeces, sus alegrías y dolores, sus sueños de gloria y sus tristezas, y el amor santo y fecundo del hogar, que el poeta ha divinizado en estrofas de eternal perfume y mística unción.

Guido es la personificación de la poesía, para todos los corazones de la generación que hoy sostiene el peso de la vida nacional. Hemos aprendido a leer en sus estrofas, hemos cantado en la infancia, en la juventud, en las ciudades y en los campos, entre los llanos y las montañas, las dulces y melancólicas lamentaciones de la joven paraguaya, quedada después de la guerra como las tristes muchachas de Sión, junto a la fuente, llorosa y casi exhausta, o recordándonos esas flores espontáneas que suelen brotar de los cementerios o de los campos de batalla. Un suave y ténue aroma de cuento fantástico se desprende de aquella poesía, sentida por toda la América, y ya nos figuramos oír brotar de entre los pétalos de la flor solitaria nacida sobre las cenizas de los combatientes.

Ella fué el sagrado tributo, el ósculo de amor y de paz enviado en las horas del dolor por el pueblo victorioso al

heroico vencido, diciéndole en lenguaje de armonías: “hijos somos del mismo suelo y de la misma raza, el mismo sol nos alumbra y nos conforta: amémonos siempre; y sea el lamento de Nenia el lamento común de nuestras almas”. Nunca el espíritu del bardo se levantó más arriba en la concepción de los destinos de nuestras nacionalidades, que en aquellas sencillísimas estrofas en que canta el alma de América. Y luego ¡con qué iracunda y profética indignación irguióse blandiendo el acero centelleante cuando un pueblo extraviado, más allá de la cordillera, osó amenazar la efigie de nuestra patria!

Vibraron entonces sus apóstrofes, no ya sólo como versos de cantor nacional que siente la ofensa colectiva, sino como versículos de profeta, semejantes a rayos, fulminando a los que pretendían violar el santuario de Jehova y las tumbas de los mayores. Su lira es la lira del pueblo que gritó la libertad en 1810 y la selló en Ayacucho tras de cien victorias; y es la del corazón amante y sentimental del hijo de la tierra que bañan los grandes ríos tributarios del Plata, y las selvas seculares que visten sus islas y sus estuarios de eterna verdura, de campos infinitos y de opulentos y magníficos ropajes.

Ahí quedaron estampadas entre sus *Hojas al viento*, que tal nombre quiso el autor dar a su labor poética reunida, sus obras maestras, revelando las huellas seguidas por su espíritu en ascensión incesante, durante la cual no se ve alterada un solo momento la olímpica serenidad de su vuelo. *Marmórea* es un retrato que despierta una romántica pasión; *La Aurora* es un himno de opulentas imágenes y sonos riquísimos, en que el poeta quiso jugar con los colores y las músicas de la naturaleza; *Myrta* en el baño nos transporta a las selvas luminosas de Arcadia, donde vemos a las diosas blancas como el mármol jugando entre las aguas de los torrentes, confundiéndose con sus espumas, y grabando para siempre en su memoria la imagen de la vírgen desnuda; y ese recuerdo fué para el alma

*ardiente beso
de la inmortalidad, que de poesía
inundóla, y de luz y de armonía!*

Y luego ¿quién no ha sentido temblar el corazón recordando las horas felices de la adolescencia, del despertamiento de la vida, con la lectura de ese poema que es un bocado de miel silvestre, *En los guidos?* Eterno será en nuestra literatura ese diálogo final en que palpita toda la savia de la tierra:

*Aquella guinda alcanza, me decía,
que está en la copa; agárrate a las ramas,
no vayas a caer. — Y tú, si me amas,
qué me darás? Bermeja cual las pomos
que madura el estío en las laderas,
contestó apercibiendo dos palomas
blancas, ebrias de amor: — Lo que tú quieras!*

No es necesario decirlo para que el lector recuerde ese otro poema de dulzura y melancolía infinita, *Al pasar*, que todos conservamos en la memoria como un arrullo predilecto del alma, como música preferida; se lee con una lágrima y una sonrisa, y la solitaria visión de Blanca se aparece bañada en luz meridional, juntando flores en el jardín paterno, para el poeta errante, y luego abandonada y vista por última vez al traves del follaje, al partir. Después *A mi madre*, *A mi hija María del Pilar*, son elegías de exquisita ternura, que demuestran cuánta delicadeza y unción hay en esos sentimientos del bardo querido, que hacen del hogar un templo de oración, de virtud y de patriotismo, porque se tributa a Dios, se cultiva la honradez y se recuerda los manes heroicos de los abuelos, los que destrozaron los hierros de la patria.

At home, se titula esa poesía que debiera ser lectura cotidiana de todo hogar argentino, hasta que los niños la supiesen de memoria, y la grabasen sobre el corazón y la conciencia.

La Grecia, la fecunda Grecia de los mármoles luminosos y del Amor soberano de los hombres, fué por Guido trasplantada a nuestra naciente poesía lírica, en estrofas palpitantes de esa emoción intensa que las bellezas desnudas, amantes y ardorosas despiertan aún a través de los versos de sus poetas. El nos ha hecho desfilar, cada una en su actitud sensual o divina, de estatua o de bajo relieve, a la blanca Berenice, la rosada Praxila, la liviana Hermione, la marmórea Irenium, la decaída Prodisea, la rubia Arsinoe, la perfumada Isías, y las voluptuosas beldades que cantaba Meleagro, y nos ha hecho sentir el fuego de algunas odas de Safo y otros ardientes cantores del amor. La musa helénica nos ha visitado, conducida con mano finísima y suave por nuestro poeta, que ha aprendido a manejar con serenidad y pulcritud de escultor ateniense el cincel con que se labra el Paros o el Pentélico. Su estilo, ya burile versos, ya vierta su límpida prosa, es siempre un hijo preclaro de la augusta y serena región que inmortalizaron Homero, Píndaro y Safo.

El tesoro literario que ha legado a su país Guido y Spano, es también rico en obras en prosa, en la cual su numen siempre juvenil se dilata como en ancho espacio. Dos volúmenes de escritos de crítica literaria, política e histórica, dan cuenta y razón de la labor de su espíritu aplicada a problemas positivos de la sociedad, y en ese conjunto destácase como un monumento imperecedero de gracia y de frescura, la carta que sirve de prefacio a *Ráfagas*.

II

LA FIESTA DEL BARDO

Si entre nosotros, como en los tiempos medievales, recorriesen los castillos y las ciudades los heraldos del rey, convocando a las damas y a los caballeros, a los trovadores y a los guerreros, a proclamar en fiesta solemne al bardo sobre cuya sien hubiese de asentarse la corona de los inmortales,

y se eligiera para conducirlo a los pies del trono a la joven más bella y más graciosa del concurso, la veríamos dirigirse sin vacilar, pero trémula de emoción, hacia el viejo cantor de gran cabellera blanca, de ojos chispeantes y erguida frente, que ha atravesado ya sesenta y ocho años de vida fecunda para nuestras letras, ejemplar para nuestras virtudes y de orgullo para nuestra patria. Hijo de padre ilustre, es de esos escasos modelos de hombres que, poseedores de un apellido célebre, supieron honrarlo, dignificarlo y perpetuarlo. Las grandes famas son una gloria para los herederos, pero también son una carga abrumadora, cuando el vigor moral se agotó con el original, o cuando el sucesor, incapaz o indiferente, no pudo o no supo comprender la magnitud o la esplendidez del legado. Guido y Spano, nuestro poeta siempre juvenil, cuya lira de oro ha expresado todas nuestras grandezas, nuestras ternuras y nuestros infortunios en su errante peregrinación de más de medio siglo, es ya una gloria viviente, un culto en el corazón de sus compatriotas, un inmortal en nuestras lides intelectuales, y el único que haya conquistado el amor de todos sus contemporáneos, hasta el punto de que, desvanecidas todas esas brumas que el presente amontona en las glorias del porvenir, en torno de su venerable cabeza se cierne ya un lampo de inmortalidad, y un ramo de mirto imperecedero empieza a brotar a la puerta de su vivienda.

Un día le visitamos en su nueva morada, más sombría, más pobre, más estrecha que la anterior, pero según sus gentiles palabras, "hay leones que viven como soberanos en cuevas más angostas y oscuras". Encantados estuvimos, mientras esperábamos su salida, recorriendo con la vista los viejos y respetables enseres de la sala, sillones, cómodas, mesas, retratos, armarios antiguos y deslustrados, pero firmes y elegantes como aquellas gentes de la edad pasada, cuya salud material iba siempre unida a la salud del espíritu, y vivían un siglo, y veían al desaparecer, como el tronco del olivo centenario, levantarse en torno suyo un bosque de retoños

vigorrosos. Orgullosa estaba el poeta de sus sesenta y ocho años, robusta su voz, ágiles sus movimientos y actitudes oratorias con las cuales da vida y relieve a su plática tan fresca y sabrosa como su alma y su poesía; y estaba también orgullosa de la pobreza a que le han conducido desgraciados errores ajenos; y en esto es sincero y humano, porque una de las sensualidades del hombre superior, es saberse más pobre y desheredado de bienes temporales que todos sus contemporáneos.

¿Y qué? ¿No es más hermosa y deslumbrante la fiesta de la vida, la comedia humana, vista desde un retiro elevado y solitario, del cual se divisan todos sus aspectos y minuciosidades? El sol al ponerse tras de los montes, ilumina con su luz de oro los más lejanos paisajes, y los más pequeños accidentes de la tierra. Así nuestro bardo nacional, nuestro ágil y chispeante prosista de *Ráfagas*, al acercarse tranquilo al término de la vida, como un varón de Plutarco, recorre con mirada luminosa, con recuerdo vivaz, todo el pasado, sin que la dulce placidez de su espíritu se turbe o se agite por una memoria ingrata, ni por un remordimiento.

Veíase aquel día su casa como un árbol dominante del valle nativo, donde van, como las aves congregadas por el amor o los encantos de la naturaleza, los mensajes de cariño de todos sus amigos, de los que sólo saben de poesía y de su nombre, de las familias argentinas que lo cuentan entre las glorias vivientes y legítimas de la patria, de los jóvenes que se admiran y siguen sus huellas y sus lecciones, de todos los que aman esta tierra, y por lo tanto, sus mejores hijos y sus frutos más lozanos.

Todos ellos, le enviarán un saludo, un voto y un ramo de laurel, y pedirán al que rige los tiempos, que conserve por muchos años todavía esa vida tan digna de admiración.

III

UN NUEVO TRIBUTO

Muchas veces, en este invisible torbellino de la vida periodística, he tenido ocasión de hablar de Guido y Spano, y ha sido mi mayor placer llenarme las manos de flores para arrojárselas al paso.

Desde muy joven, las imágenes ideales, vaporosas, fugitivas, del bardo creador, resplandecían en mi imaginación, sonreían en mi memoria y revoloteaban incesantemente en mis sueños. Vírgenes y mármoles griegos, muchachas argentinas más graciosas y bellas que las de la Biblia, idilios pastoriles, cantos de libertad y de trabajo, himnos patrióticos, afectos íntimos, dulce religión del hogar: todo esto confundido, colocado en dispersión caprichosa en una gran tela de luz de nuestro cielo, se anima entonces y bulle todavía con la misma agitación y los mismos rumores.

Y arriba de todo ese enjambre y de ese mundo, como envolviendo la vida y la obra del poeta, oigo aún dulcísima, doliente y etérea la canción de Nenia, la "joven paraguaya", que sobre el campo sembrado de cadáveres de una guerra sangrienta, levantaba desde el fondo del bosque americano, saturada de sus perfumes cálidos como incienso, la sublime endecha del nido común, la armonía imperecedera que funde en una llama de amor y de ideal al vencedor y al vencido.

1895.

BRONCE Y LIENZO

1888 - 1922

DEDICATORIA

Este libro, compuesto de labor homogénea, lo dedica el autor a sus nobles amigos y compatriotas, el escultor PEDRO ZONZA BRIANO y el pintor ANTONIO ALICE.

LIBRO PRIMERO

I

EL GENERAL SAN MARTIN

EL GENERAL SAN MARTIN *

Excmo. Señor Gobernador;

Señoras; Señores:

Será uno de los honores más altos que habré recibido en mi ya larga carrera pública el haber sido autorizado por el Gobierno de mi provincia para hablar en presencia y en homenaje de la más completa personalidad histórica de la América española, la misma que, nacida en tierra argentina y consagrada en absoluto a su servicio, llegó a encarnar, como ninguna otra, el principio de la emancipación de todo el continente, hasta tocar la órbita moral de aquel otro grande astro del hemisferio septentrional, Jorge Washington: tan puras fueron sus vidas, y tan nobles y ejemplares sus últimos años y su muerte.

Imprime sello singular de justicia y acierto a la ceremonia el hecho de ser ésta la primera estatua levantada en suelo riojano, y ser ella dedicada a la mayor glorificación del héroe, no discutido, sino negado por la pasión personal, sobreviviente a los que murieron sin haber comprendido la superioridad, —inaccesible en su época y ambiente,— de este carácter, aparecido en ellos como una anticipación de un futuro aún no develado del todo, o si se quiere, como una resurrección lejana de aquellos de la historia augusta que semi-divinizaron el bronce y el mármol helénicos.

* Discurso en el acto de la inauguración de su estatua en la plaza principal de La Rioja, el 28 de julio de 1915.

En este primer monumento de arte, erigido en nuestro viejo solar, donde un general estadista plantara el rollo inicial de la ciudad diaguita, con semilla de la más incontaminada progenie ibérica, — si no era la del legado ariano de los conquistadores orientales —, alientan una gota de sangre, un grano de esfuerzo de antepasados aún no remotos de nuestra generación; pues, en el complicado plan de invasión por los Andes sobre Chile, jefe y soldados riojanos, expertos en vadear las cordilleras, realizaron con sincronismo matemático, el mismo día de Chacabuco, la ocupación de la zona norte en su centro estratégico de Copiapó. Los manes del coronel don Nicolás Dávila y de sus compañeros de expedición, digna de un episodio de Ercilla, sentirán hoy en su inmortal residencia la mística emoción de la justicia, que es una eucaristía de belleza; y Ortiz de Ocampo y Castro Barros, — cuyas arduas y cruentas odiseas, en pos de la libertad, en medio de los bravíos odios y discordias contemporáneos, les hicieron merecer la aureola del martirio cívico, — recibirán también en este día el mensaje de la gratitud póstuma: cada vez más consciente, cada vez menos indecisa.

Vengo a este acto, penetrado del espíritu del general San Martín y fortalecido por la conciencia de la verdad histórica, adquirida en un largo y hondo estudio de sus hechos, de sus consecuencias sociales y políticas y de las ideas morales relacionadas con esa vida, en su tiempo y en la actualidad; estudio al cual me indujeron reviviscencias recientes de querellas antiguas, en las que se ha pretendido minar el pedestal del libertador de Chile y el Perú, para alzar el nivel del de su terco interlocutor de Guayaquil. Así como San Martín jamás dijo ni escribió una palabra airada contra Bolívar durante los aciagos días de la terrible colisión hasta el sublime instante del sacrificio, que fué unción de gloria para toda América, el pueblo argentino jamás tuvo necesidad de empañar el brillo del bronce de Bolívar para aumentar el de San Lorenzo, los Andes y el Callao.

Pero las cualidades que diferenciaron fundamentalmente

a los dos capitanes de la emancipación sudamericana parecen haberse impreso en el alma de los pueblos, herederos directos de su acción militar o política. Como Bolívar se obstinara en continuar pesando sobre la vida civil de sus compatriotas, hasta caer derribado por el fango amasado en las más vulgares contiendas domésticas, la influencia de su escuela ha perdurado hasta hoy, pues los escritores que en Europa y América han alzado de nuevo el estandarte de las rencillas de 1822, no parecen querer juzgar de los hombres y de las naciones a ellas vinculados, sino con el calor revivido de aquellos tiempos, a pesar de un siglo de cenizas acumuladas. Los mismos problemas personales y sectarios, las mismas imputaciones y persistentes calumnias, difundidas por la ambición o la concupiscencia no satisfechas en su hora menguada, resurgen hoy, como la brasa escondida por aquellas cenizas, para encender de nuevo el fuego de las discordias, rivalidades y enconos, ahogados allá por la más excelsa abnegación de los anales modernos.

El mal que consume a las nacionalidades de hispanoamérica desde el amanecer del día de su independencia política, fué en la nuestra más agudo y penetrante que en ninguna otra: corrompió la férrea disciplina del ejército del Norte, a pesar de la acendrada virtud de Belgrano, quien paga con la vida su santa resistencia; engendra la disociación en los del Litoral y persiste hasta 1828, para resurgir en 1845 a 1848; comienza el contagio en las propias filas del ejército de los Andes, salvado por la genial desobediencia de su creador, erigido en caudillo personal de sus huestes, como Güemes salvó la levadura reconstructiva de la milicia del Norte con el nativo retraimiento en el amor de sus gauchos invencibles. Los historiadores y críticos de San Martín, como López y Alberdi, al condenar la expedición a Chile y al Perú, como causa de la persistencia de la anarquía argentina, demuestran no haber profundizado el estudio de la sociabilidad de la época, mejor comprendida por el mismo Libertador, quien en carta de 1833 fallaba el arduo debate, dicién-

do que ni Wáshington ni Franklin, llamados en 'ese momento a gobernar estos pueblos, habrían conseguido otro resultado que su propio descrédito, y ahondar el mal de la guerra civil y la descomposición política.

Los dos caudillos militares que rompen el yugo de la obediencia a sus gobiernos, y se lanzan a la guerra por su propio consejo y responsabilidad, son los que salvan la Revolución en su período más crítico: el uno, conteniendo el avance realista en las quebradas de Jujuy y Salta; el otro, yendo, entretanto, y como en concierto estratégico, a dar su golpe final al poder opresor en su propia sede secular de Lima. Ambos tuvieron una sola vista sobre la situación social, base de la situación militar; ambos muéstranse inspirados por el ideal superior que había huído ya de los acuerdos gubernativos; y el de los Andes, consciente de la eficacia de su plan matemático, y el del Norte, identificado con el sentimiento nativo de sus masas dóciles y raudas, constituyen las dos únicas fuerzas que se mantienen inmunes contra la general disolución; la cual habría arrastrado a la patria a la ruina irreparable, no obstante, acaso, la enérgica declaración del Congreso de Tucumán, y la impotencia irremediable de la exhausta Metrópoli. Los caudillos separatistas del Litoral y los ambiciosos y obcecados jefes del Norte y del Centro no habrían tardado en dividir en jirones el legado imperial del virreinato, preparando tal vez sabrosas presas para la conquista extraña, por la incapacidad de mantenerlas unidas bajo una sola ley nacional.

He ahí la característica de la grandeza moral en la Historia: la concepción de la idea capital, convertida en norma y objetivo único de la acción de una vida. Entre todos los hombres de nuestra Revolución, San Martín aparece hoy, no obstante las nieblas que aun ocultan la plenitud de la luz, poseído de dos pensamientos dominantes, en cuya realización concreta la totalidad de su esfuerzo: la completa eliminación del poder español en América, y la inquebrantable prescindencia suya y de su ejército en las cuestiones in-

ternas o demésticas de los Estados en formación. Al primer problema consagró sus más vitales energías, y sacrificó su salud, su hogar y su fortuna personal; al segundo inmoló, despiadadamente para sí mismo, toda ambición de poder, todo anhelo de engrandecimiento, todo sueño de mayores triunfos y conquistas. La abdicación de Guayaquil y su renuncia del protectorado del Perú son dos páginas que salvan los límites de una nación, de un continente y de una época, para ser patrimonio moral del género humano, y guías de la civilización en todos los tiempos.

San Martín es, quizá, el general moderno que ha dado menos batallas y ha obtenido más resultados. Con su escuela europea de organización y disciplina, con su propia visión y carácter, — inseparables de todo conductor de soldados, — y con su concepto político de la guerra a la cual se entregaba en cuerpo y alma, no era su objetivo adquirir aureola de genios más o menos auténticos, ni en lujo de poderío, la inmolación de millones de hombres, sino la solución precisa de los problemas inherentes a la guerra, con el menor sacrificio posible de hombres, dinero y tiempo, que, al contrario de los mas célebres guerreros antiguos y modernos, consideraba más necesarios para dar existencia y vigor a las nacionalidades que surgieran bajo la égida de sus armas. Alberdi, en su tenacidad y obcecación de polemista, no vió en San Martín sino el militar, y le atribuye las consecuencias del sistema en Sudamérica. Entretanto, ante el estudio comparativo de causas y efectos, en el conjunto de la acción y de la vida, en el Gran Capitán de Sudamérica, — ante los ideales de la verdadera democracia, — aparece más como el tipo representativo del civismo humanitario, que del militarismo dominante. No me fundo tanto en sus nobilísimas palabras de dimisión del Gobierno del Perú, — cuando afirmaba que la presencia de un militar afortunado era un peligro para los Estados recientemente constituídos, — sino en sus acciones, durante la genial campaña de la libertad de Chile y del Perú, y por su conducta efectiva, atestiguada por su corres-

pondencia con los jefes de bandos, partidos y gobiernos, quienes le propusieron mandos de tropas, cargos honoríficos y lucrativos, y sumas de poder político, que rechazó imperturbable siempre, airado y cruento a veces, según la intención oculta, y en todo caso con una lógica formidable con su propio ideal y consagración de la vida militar y civil.

La acusación más injusta de los contemporáneos y posteridad del general San Martín es esa del militarismo, como significativa de ambición de gobernar y aun de *reinar* en alguna anémica monarquía de América. Sólo las feroces pasiones que en vida le persiguieron hasta la infamia, reavivadas en la actualidad por algún propósito nacionalista disfrazado de crítica, puede adulterar la verdad histórica hasta el punto de invertir en absoluto los términos. El hecho de que creyese más segura garantía de ordenada libertad, para estas sociedades educadas en la monarquía, esta forma de gobierno, ¿revela, acaso, como no se ocurre imputar a Belgrano, Pueyrredón o Rivadavia, ambición de ser coronado rey del Perú, de los Andes o del Río de la Plata? ¿Y dónde se hallaría la prueba documental de semejante propósito, aun rebuscada con la más pérfida hermenéutica? ¿Habría adquirido esa pasión de reinar durante los años de servicio militar en España, que el apasionado Alberdi llega hasta convertir en un motivo de áspera censura, de antipatriotismo retrospectivo? El aprendizaje bajo las armas españolas, a las órdenes de jefes ilustres y en combate con ejércitos aguerridos bajo la táctica napoleónica, habrían, por el contrario, preparado al futuro estratega de los Andes; y la experiencia de la monarquía borbónica, ¿le habría, por ventura, sugerido los más puros sentimientos de libertad y abnegación cívicas, que hacen la esencia de la perfecta democracia?

Ningún hombre en la historia de Sudamérica ha debido pasar por pruebas más duras de la virtud cívica que las soportadas por el general San Martín desde su abdicación del Gobierno y del Ejército en el Perú. La calumnia personal y la calumnia política, manejadas por oscuras y mercenarias

conciencias, o por el interés o el temor banderizos, hicieron presa de la vida privada y de la honra y de la conducta pública del vencedor de Chacabuco y Maipú, del ex protector del Perú, y hasta del silencioso expatriado de Boulogne-sur-Mer, llegando, como es bien conocido, hasta atribuirle delitos tan bajos como el peculado, y degeneraciones tan abyectas como la cobardía y la negación de su patria. El detentador de los caudales de Lima vive casi de limosna en una miserable estancia de Mendoza, donde la envidia, los celos y el miedo de sus enemigos le tienen sometido a un vejatorio espionaje; y la munificencia de un amigo de juventud, y luego la piedad filial, aseguran al más genial de los capitanes y al más acrisolado de los caracteres cívicos de la América latina la inviolable santidad del retiro y ostracismo, con los cuales aquella conciencia, invulnerable como su estrategia y táctica, sancionó durante treinta años de mutismo su decisión de no participar de las luchas fratricidas que desgarraron, desangraron y esterilizaron las entrañas de las naciones libertadas por su espada. Y a quien quisiera argüir contra esta afirmación, bastaría recordar la dolorosa e injustificable contaminación a que fuera sometido el resto del Ejército libertador, conducido a Ituzaingó, por jefes como Lavalle y Paz, para volver de prisa a derrocar a Dorrego, fusilarlo en Navarro y entronizar a Rozas, para una tiranía más vergonzosa aún que todas aquellas faltas, que fueron los escalones de su ascensión.

Era necesario que la crítica extranjera, como una especie de posteridad anticipada, se aplicase al estudio de la vida y hechos militares y políticos del general San Martín, para que la convicción histórica sobre su grandeza de alma y su virtud civil, insuperadas por ningún otro hombre público, se abriese camino en América y aun en su propia patria; y así, el político y estadista norteamericano Root y el historiador Petre en Inglaterra, el uno al tratar de las condiciones de las democracias de Sudamérica, y el otro sobre la vida militar y civil de Simón Bolívar, declaran a San Martín el único comparable a Jorge Wáshington en la virtud de la abnegación cívica, y a

Napoleón y a Aníbal, en el genio estratégico y táctico para la conducción de ejércitos a través de los más arduos obstáculos de la Naturaleza y de los hombres. Y si es verdad que las grandes vidas humanas, como los metales preciosos, se prueban en el crisol del fuego y de la muerte, un Plutarco moderno describiría con los mismos colores y líneas, unidas por idéntica moralidad, la hora postrera del solitario de Mount Vernon y la del expatriado de Boulogne-sur-Mer. Este último devuelve el olvido, el abandono, la ingratitud y la calumnia de sus compatriotas con un legado sublime, el de su gran corazón, acrisolado por el martirio y por el más sublime amor de la patria y de la libertad, sin que un solo reproche ni una sola queja se hubiesen escapado jamás contra los hombres de su tiempo, sino cuando a alguno de ellos se le ocurriera poner en duda cualquiera de los dos primordiales objetivos de su vida pública en América, su consagración a la causa de la Independencia y su abstención en las contiendas civiles de los partidos y de las facciones domésticas.

Hemos sido educados los argentinos en la doctrina o creencia históricas de que el general San Martín no se había interesado nunca en el problema del gobierno civil del pueblo emancipado; y cuando más, su fecunda vida sólo sirvió para exaltar en las tiernas o jóvenes conciencias las cualidades militares o heroicas, en contraposición a las virtudes de la paz y de la vida civil. De mi largo y amoroso estudio del Héroe y prócer, cuyo bronce vemos erguirse hoy sobre nuestra plaza municipal, he adquirido la certidumbre de que su más prolífico ejemplo educativo reside en sus cualidades privadas, en su carácter moral y en su tipo representativo de las más altas virtudes que pueden elevar a un hombre en una democracia civilizada. Pienso como Mr. Root, que el signo demostrativo de una democracia es la aptitud de sus hombres directivos para elevar el interés común sobre el individual o de su círculo inmediato. Así, llamar democracias a las agrupaciones sujetas al capricho, al ímpetu pendenciero o interés venal de un caudillo o de su grupo, es

1. 20

padre; y cuando más, en fecunda vida de ser-
vicio para exaltar en los jóvenes, en cin-
cios, las ~~grandes~~ ^{calidades} ~~virtudes~~ militares
o heroicas, en contraposición a los ~~pequeños~~
~~pequeños~~ ~~pequeños~~ de la paz y de la vida ci-
vil, de mi hijo y amoroso estudiante del
~~cuarto~~ Herne y por eso, cuyo nombre se me
erguiese hoy sobre nuestra Plaza de Armas.
Tal, le adjudico la certidumbre de que
ou ~~en~~ ~~su~~ ~~propio~~ ~~ejemplo~~ ~~educativo~~ ~~de~~
de en sus cualidades privadas, su carac-
ter moral y en su tipo representativo de los
más altas virtudes que pueden elevar a un
hombre en una democracia civilizada.
Pienso como Mr. Root, que el signo de una
fortuna de una democracia, es la aptitud de
sus hombres directivos para elevar el interés
común sobre el individual o de su círculo
inmediato. Así, Manos Democracias a la
agrupación ~~de~~ ~~los~~ ~~al~~ ~~capricho~~, al impulso
~~de~~ ~~los~~ ~~intereses~~ ~~reales~~ ~~de~~ ~~un~~
Caudillo o de su grupo, es corromper el
más sencillo disfrutarse de los palabros y de
los hechos. El progreso real de una socie-
dad hacia la democracia, consiste en la
capacidad del mayor número para com-
prender y seguir a los hombres superio-
res, en contraposición a los jefes de gra-
pos o círculos, cuyo prestigio o exaltación
se reposa en la utilidad o habilidad
con que ~~ellos~~ se apoderan de las ~~ventajas~~
~~ventajas~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~vida~~ ~~ciudadana~~
te, bajo la máscara del dominio o del
mando. Comprender a los hombres superio-
res es una muestra de elevación moral,
y de la facultad de prescindir y desearse

corromper el más sencillo significado de las palabras y de los hechos. El progreso real de una sociedad hacia la democracia consiste en la capacidad del mayor número para comprender y seguir a sus hombres superiores, en contraposición a los jefes de grupos o círculos, cuyo prestigio o ascendiente reposan en la sutileza o habilidad con que se apoderan de las debilidades de la masa ignorante, bajo la máscara del dominio o del mando. Comprender a los hombres superiores es una muestra de elevación moral, y de la facultad de percibir y dedicarse a la prosecución de fines de interés colectivo y de beneficio común.

No doy valor alguno, en consecuencia, a la crítica de los adversarios del general San Martín y adictos a Bolívar sobre la falta de aptitud del primero para propiciarse el amor y la adhesión apasionada de sus inferiores, subordinados o soldados. No es admisible el hecho en sí mismo, porque la sola autoridad militar del general, o la convicción de la causa en todos los jefes, oficiales y tropa del ejército libertador, no habrían bastado para mantener la cohesión y unidad inquebrantables, que fueron, hasta la última unidad táctica disuelta entre las soldadescas de la tiranía, la cualidad esencial de las masas disciplinadas en el Retiro, o en los cuarteles de Mendoza. Pero, aunque así hubiese sido, en realidad, el genio y la educación militares, la correlación estrecha de jerarquías disciplinantes y la justa elección de tales comandantes para tales tropas, habrían bastado para conservar dentro de cada grande unidad, toda la cohesión, el entusiasmo y la simpatía personal y afectiva que constituyen el *alma* de los ejércitos.

En cuanto al general en jefe de un vasto organismo militar, científica o racionalmente disciplinado, no necesita despertar a su paso las atracciones simpáticas de los buenos caudillos, porque su misión directiva de conjunto y sus antecedentes y hechos culminantes deben inspirar más *admiration* y *respeto* que cariño o fraternal adhesión. Para conducir a través de una inmensa cordillera erizada de obstáculos

los y de enemigos, y de un país libertado y ya presa de facciosos, y de un océano desconocido, hacia un país lejano, a combatir con enemigos atrincherados en su propio territorio, un ejército independiente, arrancado a la obediencia de su gobierno para guiarse por su solo jefe superior, y librar batallas y vencer, y libertar una nación aniquilando una gran fuerza veterana; llegar y dominar y ocupar el país distante, entre incertidumbres y trabajos disolventes y anárquicos; para llevar a cabo una empresa semejante, por la voluntad y la energía de un solo hombre, es justo reconocer que esa voluntad y energía superan o igualan a las de los más grandes capitanes de la historia antigua y moderna: Alejandro en el Asia, Napoleón en Italia y en Egipto, San Martín en Chile y en el Perú; el macedonio, prestigiado, además, por su educación filosófica y su austera juventud; el corso, agigantado por sus admirables dotes teatrales; el argentino, sostenido por la convicción de la seguridad y el éxito de su cálculo en las marchas y combates.

Cuando el general San Martín repudiaba toda participación en las cuestiones domésticas de los pueblos libertados, les daba la lección inicial de su futura educación cívica, y fundaba un linaje de soldados civiles, que han hecho el mayor lustre de nuestra historia política: Soler, Las Heras, Rodríguez, Dorrego, Urquiza, Mitre, Roca, fueron soldados como instrumentos orgánicos de la democracia prematura y de la incipiente república representativa; y no bien dieron su golpe final, se apresuraron a deponer la espada, a ofrecer la paz o la libertad a sus vencidos, a proclamar la amnistía y el perdón, y a plantear una nueva cláusula institucional inconvencible, como el geógrafo que tras de cada obstáculo salvado, deja un jalón de la vasta línea de fronteras aseguradas para el cultivo o la vivienda pacífica del labrador. El Libertador de Chile no quiso ocupar un solo día el poder civil, que dejó en manos de sus propios hijos; y el Protector del Perú, apenas lo desempeña el tiempo necesario para afirmar a los nativos en la posesión de su propio go-

bierno, después de proclamada el 28 de julio de 1822, — hace hoy 93 años, — ante el congreso de los representantes del pueblo, la absoluta independencia de la nación peruana, de la dominación española. Soldado-ciudadano, hijo y unidad componente del pueblo, en el cual reconocía la fuente y destino de toda fuerza militar, no hizo verter jamás inútilmente, ni menos por jactancia, o terrorismo, o justicia marcial, una gota de sangre enemiga ni amiga; y, sin embargo, fueron tales la autoridad y firmeza de sus órdenes y mandatos, que sus palabras valían ejecuciones, y que no hubo una insubordinación ni una negligencia en los jefes, oficiales y soldados que tuvieron la gloria de oirlas en el campamento o en los campos de batalla.

Los hombres superiores, fundadores de nacionalidades, tienen, a veces, en sus sencillas fórmulas de acción y de vida, las más hondas videncias del futuro. San Martín se obstinaba en confundir, en un americanismo inquebrantable, su pasión y concepto de la Revolución. Se ha dicho por esto que no sentía con intensidad su patria argentina, que él diluía en una vasta asociación de los pueblos del continente, cual si careciese de una noción histórica diferencial de cada uno de ellos. Un siglo no ha transcurrido todavía desde la última batalla de la Independencia, ni medio siglo desde nuestra constitución política, cuando una guerra general de la Europa, que ha subvertido y transformado todos los principios sobre asociaciones, y afinidades y solidaridad internacionales, nos expone el problema del valor individual de cada Estado; y ante la amenaza común, y ante la realidad palpitante del aislamiento y la disociación universal de la familia de las naciones, nos sugiere la no menos apremiante cuestión de la solidaridad continental, al menos en inteligencia y concierto de intereses y cooperaciones recíprocas. Todos ellos reunidos apenas equilibran la población de una sola de las grandes potencias comprometidas en la magna contienda; y aquellos patricios de 1810, que sentían y pensaban con el calor de la guerra de libertad contra la Europa, coaligada en

santas y cuádruples alianzas, previeron, más que nosotros en presencia de los hechos, los peligros de las segregaciones de pequeños y débiles Estados, indefensos entre sí, y más aún enfrente de la desequilibrada Europa, que busca en vano, en guerras secularmente repetidas, fundar una paz duradera sobre las bases de la fuerza, del predominio y la superioridad de razas y agrupaciones heterogéneas, que jamás encuentran la fórmula de su estabilidad.

En el proceso de formación política de los Estados sudamericanos, se han reunido en uniones más o menos estrechas los que abarcó la acción militar de Bolívar, y los que se hallan en la zona de influencia de la expedición libertadora de San Martín. Afinidades posteriores han acercado a uno u otro grupo a naciones imaginariamente distintas de ellas; pero la unión del vínculo tradicional primitivo ha persistido a través de las más graves e inquietantes vicisitudes, hasta vencer, al fin, todo peligro, y fundar amistades capaces de desafiar las más graves asechanzas del porvenir. La política panamericana ha echado ya sus raíces en las costumbres del continente, y en esencia, ella no es más que la sencilla, y acaso imprecisa visión de la solidaridad de los nuevos Estados ante los peligros futuros, de aquellos héroes y patricios que al fundarlos, enunciaron sus temores del porvenir incierto, y quisieron acentuar con su previsor americanismo la idea de una íntima solidaridad entre todos.

San Martín amaba con pasión propia de su férreo temple moral una América solidaria y libre de enemigos de afuera y de adentro, — los de afuera, porque eran los dominadores antiguos y podían ser los de mañana, y los de adentro, — ¡oh, cómo los presintió, y aun los vislumbró en esos demagogos que, enfrente del enemigo común y bajo el fuego de las batallas de la Independencia aún no consumada, se disputaban ya la presa de posiciones y logrerías todavía no soltadas por la garra del déspota colonial! El temor más hondo del patriotismo de San Martín fué el más certero para su vista profunda del porvenir: los caudillos militares,

grandes y chicos, que ocupan y ensangrientan la escena política de Sudamérica desde el alba misma de la Revolución desde el Plata hasta Méjico. La presencia de esos "militares afortunados" al frente de democracias hechizas e improvisadas, ha sido, es y será todavía el peligro mayor para la seguridad de los Estados y para la libertad civil de las jóvenes sociedades americanas. No hace una década hemos sofocado la última tentativa del género entre nosotros, y aún no cesa de correr la sangre fratricida en el suelo hermano de Méjico, de esa rica arteria abierta a la desaparición del poder personal de su último dictador. El dimitente protector del Perú sabía que toda guerra civil es una invitación al conquistador europeo, porque el odio las engendra, las mantiene encendidas y acaba por destrozar el territorio, arrojándolo en piezas a la voracidad de las aves rapaces; sabía que en la sangre latina vive siempre latente un déspota, el cual, si no logra erigir un imperio y transformar en patrimonio oligárquico la herencia colectiva de la nación, concluirá por disolverlo en revoluciones sucesivas hasta caer en manos extrañas.

Los pueblos libertados y los políticos conductores de ellos no comprendieron a San Martín en la hora meridiana de su genio. Bolívar lo comprendió, acaso, y por eso provocó la fácil decisión de quien nunca había de ver una cuestión personal en la más grande y humanitaria de las causas. El uno prefiere la aparente derrota del momento para sembrar una civilización para el futuro; el otro, fiel a su temple de aventura y dominación, opta por el triunfo inmediato, seguro de que su rival, antes de sacrificar la América y su patria en la víspera de la victoria final, había de bajar su espada. El tribunal decisivo de la historia comienza a revisar aquel magno debate, y cerca de un siglo de progresos en la conciencia humana dejan ya entrever la majestad del fallo. Puede verse ahora que San Martín amaba más a los pueblos que a su gloria y a su poder; y que Bolívar prefirió en ese instante de suprema crisis para la suerte de América, la vanidad egoísta de una victoria singular, que eliminaba a San Martín en su

exclusivo provecho. Este sólo tuvo en la mente la futura constitución autonómica de los Estados americanos bajo las formas de gobierno que ellos mismos se dieran, erigiéndose en un profeta de la democracia naciente sobre las cenizas del régimen colonial; en la acción de Bolívar se advierte ya al astuto promotor del Congreso de Panamá, al efectivo déspota de su patria, a la cual cobra en humillaciones cívicas el legado de su espada de libertador. En el fondo del pensamiento de San Martín había, y surge ahora en toda su espléndida claridad, la visión de una América democrática, libre y civilizada, capaz de gobernarse a sí misma y de sostenerse digna ante toda asechanza del destino, contra toda amenaza interna y externa. Por eso, por ser tan honda y tan vasta su convicción de soldado-ciudadano, de americano y argentino, decidió, como todos los fundadores de civilizaciones y nacionalidades, consagrar la vida al definitivo propósito. Para esto se necesita más que el arrojo, la bravura, el valor militar y la embestida del torneo medioeval o del duelo criollo: se necesita una intensa llama de amor cívico y humano, que haga germinar las semillas de creaciones perdurables. Amaba a los pueblos que concurría a emancipar, y quemaba en esa llama todo lo suyo y secundario. Toda civilización verdadera “debe ser juzgada y admirada — dice un filósofo contemporáneo, — no por la suma de poder que ha desarrollado, sino en cuanto ella ha extendido y dado expresión, por sus leyes e instituciones, al amor de la humanidad”. San Martín no fué comprendido por las gentes de su tiempo, y el largo y sagrado mutismo de su expatriación ha hecho posible que su idea resurgiese nítida tras la evolución de un siglo. La tibieza del sentimiento contemporáneo de América hacia San Martín no viene de la ausencia de cualidades afectivas en el personaje humano, según sus críticos, sino de la parte de conocimiento íntimo de su vida, sus hechos y pensamientos más recónditos. “Nosotros no amamos porque no comprendemos, — dice el poeta indio, — y también, no comprendemos porque no amamos”. Educada

nuestra raza en seculares prejuicios, desconfianzas, odios y dogmas vengativos y hostiles al niño y al hombre, no han podido esos pueblos tener una conciencia y un corazón abiertos a la confianza del genio militar y político, el cual sólo pareceríales como un instrumento providencial para cambiar de señor, pero nunca para renovar las condiciones de la vida.

San Martín amó tanto a sus pueblos libertados, que llegó a *aborrecer el odio*, por amor a ellos. Nunca su lenguaje — de ordinario descarnado y sencillo, — imperioso sin jactancia, conciso sin ambigüedad ni dudas, se alzó a la temperatura de la indignación, del furor y aun de la crueldad, sino cuando algún menguado interés, o alguna vil concupiscencia, disfrazada de política, llegó a poner en duda el ideal de su misión de justicia y la pureza absoluta de su intención. Entonces vibra su pluma como un látigo en la carta a Riva Agüero, o se condensa su amargura en el epíteto formidable como el que dedica a Rivadavia; o ya serenado por los años y la distancia, conversa con Vicente López y Planes, con la profundidad de un filósofo, y renuncia a Rozas la plenipotencia ofrecida ante el Perú, en cuya carta se siente ya el efluvio de esa especie de santidad que envuelve a los grandes hombres en el ocaso de la vida.

En la soledad meditativa de su retiro de Francia, San Martín depuró su conciencia de los sinsabores, desengaños y pesimismos recogidos en su carrera pública de América: el espectáculo del pasado se cubría ante él de una niebla tenue, para velar los contornos o detalles violentos; y el espectáculo del presente de su propia patria, sobre la cual condensa ahora su mirada y su afecto, casi exclusivos, aviva en su espíritu la verdad amarga y la actualidad cruenta de las profecías, virtualmente contenidas en sus abdicaciones de Lima y Guayaquil. Aparece entonces, como una vertiente montañosa por largo espacio ocultada entre las arenas o las rocas, el pensamiento político del ciudadano que, al dar existencia a nuevos Estados, sueña con la ilusión de ver-

los crecer, educarse y fortalecerse en las nobles enseñanzas y prácticas de las virtudes esenciales a toda civilización y cultura verdaderas. Su dolor es tanto más profundo cuanto más silencioso; y sólo es comprendido y aquilatado después de su muerte, cuando la publicación de sus cartas ha permitido ver la amplitud de sus juicios, y la intensidad de sus preocupaciones sobre la situación interna de la República, desde su expatriación hasta muy cerca de su muerte.

Señores: Dije al comenzar que, vidas como la del general San Martín, dejan de ser el patrimonio exclusivo de una nación, para serlo de la humanidad civilizada. La patria nativa se adhiere al destino inmortal, y ellos son como sus guías invisibles en el viaje interminable del futuro. Son una enseñanza permanente, tanto más rica y novedosa cuanto más la posteridad aguza y depura los instrumentos del análisis. Dejan de ser simples palabras o símbolos externos, para convertirse en objetos de estudio y fuentes inexhaustas de vida moral. La influencia sobre las generaciones posteriores es tanto mayor cuanto menos formal y aparatoso es el culto que se les profesa. El patriotismo obligatorio y dogmático de la convención y de la rutina cede su campo al patriotismo espontáneo de la conciencia colectiva, ilustrada y ponderada por la ciencia. El amor hacia las personalidades superiores se eleva a medida que el alma de las multitudes, depurada y armonizada por la cultura, llega a conocerlos; y cuando por conocerlos se los ama, la compenetración colectiva nacional con el ideal inicial de aquellos espíritus se convierte en una fuerza generadora de nuevas energías y conquistas. Son ellos entonces los guías invisibles de sus pueblos, transformados en conciencia, en carácter, en voluntad de ser y de expandirse en el espacio moral de la humanidad.

No puedo afirmar, en mi conciencia de filósofo, ni de historiador, ni de educador público, que hemos alcanzado ese nivel en nuestra evolución progresiva. El conjunto de nuestros adelantos, y el valor aparente de nuestra cultura, pueden ser un espejismo peligroso, porque creyéndolos una

sólida realidad, pueden precipitarnos en un abismo. No hemos llegado aun a comprender el pensamiento inicial de nuestra existencia, en la mente de los fundadores; no hemos hecho aún nuestra historia; no hemos realizado una fusión selectiva de factores orgánicos de la nacionalidad; no hemos constituido aún una "democracia" efectiva, como un cuerpo homogéneo de voluntad y dinamismo propios, para definir nuestro gobierno, ni afrontar seguros nuestro destino; no hemos alcanzado todavía a separar lo que nos daña y a asimilar lo que nos beneficia; no hemos llenado aún los moldes convencionales de nuestra constitución política con la substancia vital que debe circular por ellos y alimentar en perpetua vitalidad el organismo de la nación; no hemos formado aún una "conciencia" colectiva para el gobierno propio, ni una conciencia internacional; no hemos llegado todavía a percibir — en el campo de las luchas individuales, de círculos, agrupaciones o partidos — el límite infranqueable por el encono o la discordia, ni la zona fecunda de las conciliaciones, las cooperaciones y las armonías y afinidades patrióticas; no hemos combinado aún ni compenetrado suficientemente los caracteres de las diversas regiones del país entre sí, ni regulado el ritmo de la vida, del progreso y del trabajo en todas ellas; no hemos regulado todavía ni seleccionado las corrientes inmigratorias de sangre, hábitos e ideas del extranjero, a punto de saber hasta qué grado estamos conspirando contra nuestra propia salud y libertad moral y económica, y si estamos adulterando o fortaleciendo la levadura primitiva de nuestro núcleo social originario; no hemos aprendido a manejar y utilizar los instrumentos funcionales de la libertad política, y a distinguir con precisión el bien y el mal en las decisiones inapelables de la masa, ni lo que es obra de una impulsión rutinaria, de lo que califica una voluntad y un juicio de la conciencia social informe o irrevelada.

La educación colectiva, realizada por la escuela, la prensa y el ejemplo de las clases directivas, irá por grados elevando aquella conciencia social, y orientada hacia los altos

luminares de nuestra historia, permitiendo a los pueblos de la asociación argentina, y de la más amplia de todo el continente, ascender con ritmo más precipitado en la escala de su cultura social y política. No les bastará incitar a los niños y a los hombres a la imitación de las virtudes y a la admiración de sus hazañas, sino que deberán, para realizar labor eficiente, estudiar, seleccionar y asimilar como un alimento del alma, la enseñanza de esas vidas, hasta "comprenderlos para amarlos y amarlos para comprenderlos". Y si alguna lección cívica palpitante surge del conjunto de la carrera pública del general San Martín, además de sus admirables hechos militares, es su concepto nítido e incorruptible de democracias fundadas sobre la más absoluta independencia colectiva, sobre su libertad plena para constituirse y gobernarse en paz y armonía, y sobre la unión y cooperación de los hombres y núcleos de opinión, sin que sus credos diferenciales lleguen a romper la cohesión social y nacional, ni a debilitar o subordinar la entidad del Estado o de la nación, a poderes o influencias externas en mengua de su soberanía.

En su acendrado "americanismo", no iba comprendida la fusión corporativa de las nacionalidades diversas, sino una íntima solidaridad y ayuda recíproca contra peligros comunes, inmediatos o remotos, que los tiempos transcurridos aún no han disipado del todo. Ellos lo atestiguan y comprueban en el vivo interés que muestran hoy por acercarse, comprenderse y combinar esfuerzos y vistas, no sólo sobre problemas transitorios, sino sobre normas de acción permanentes y vitales. Ese americanismo, que algunos tiranos adulteraron y erigieron en bandera siniestra de aislamiento y de repulsión contra la Europa culta e industriosa, ha pugnado durante un siglo por convertirse en una política; pues, creada como un sentimiento intenso por San Martín, y acentuada por su vida entera, es intentada en la acción por gobernantes y caudillos, hasta que Alberdi la protocoliza en cláusulas y programa en 1844, Blaine y Cleveland la adoptan en 1884

y 1889, y Root y Wilson la afirman y prestigian en 1907 y 1914.

Imposible es, como veis, condensar en breve espacio la más fecunda y comprensiva acción histórica de nuestra América; si he extendido mi razonamiento tal vez al grado del abuso, he sido llevado por el anhelo de oponer ante la conciencia argentina, y en particular del pueblo de La Rioja y de su clase docente, la magnitud de esa vida ante la pequeñez y fragilidad de la prédica enemiga, organizada dentro y fuera de América, para empañar una gloria que ya no se asienta sólo sobre sentimientos de pueblos agradecidos, sino sobre conceptos humanos y universales respecto de la grandeza moral, formados por siglos de acción y de filosofía, y por largas germinaciones de culturas y de ciencias. Este monumento de arte, erigido en el corazón de la capital riojana, es, sin duda, una fuerte y bella afirmación del sentir argentino, cada día más acentuado y decidido respecto de la personalidad representada en su bronce. Al ser entregado hoy a la guardia y veneración del pueblo, cuyos antepasados siguieron las huellas de su caballo de combate y el derrotero infalible de su índice imperioso, se inicia una era nueva en la formación de su conciencia cívica y patriótica; porque no solamente deberá penetrar en su conciencia política la esencia purificadora del ideal democrático, del soldado-ciudadano, sino que se reavivará en su alma el sentimiento de la solidaridad nacional, que hace de nuestra provincia uno de los eslabones más incorruptibles de la unión federativa de los Estados argentinos. Ninguno, acaso, sufrió más que ella los horrores del aislamiento, del caudillaje anárquico y feroz, ni de los odios salvajes e inconciliables sembrados bajo el rastro de sus potros indómitos o entre las ruinas de sus ciudades y aldeas azotadas por el saqueo y el incendio; y así, también, ninguna más que ella, en los momentos aciagos de la patria, desangró sus venas con más firme decisión para conducir sus hijos a la muerte, en defensa del honor nacional, o de la riqueza y el territorio depredados en forma sis-

temática y bárbara por el indio hurraño e indomesticable; ninguna secunda y adopta con más interés que ella las iniciativas del progreso intelectual de la nación, hasta formar uno de los núcleos sociales argentinos de más alto nivel cultural específico en la limitación de sus medios económicos.

Invoco la alta autoridad que me ha sido gentilmente conferida por especial decreto del Excelentísimo Gobierno de la Provincia, para expresar en este acto su gratitud hacia los altos poderes de la nación hacia la Comisión Patriótica Nacional, presidida por el digno ciudadano doctor Carlos Aldao, y la de caballeros y damas de esta sociedad, conductores del homenaje en este día; en mi propio nombre significo mi agradecimiento y mis felicitaciones al señor gobernador y a los altos funcionarios que lo acompañan, por el noble empeño y entusiasmo con el cual han llevado a término este fausto suceso, que tan bien armoniza con el alto timbre moral y patriótico que caracteriza su administración; y así como los antiguos griegos colocaban bajo la custodia de un colegio de vestales o sacerdotes los templos y estatuas consagrados a sus semidioses y héroes, en nombre del Gobierno de la Provincia, entrego este bronce, desde hoy sagrado, a la acendrada y solícita guardia del amor y el respeto del pueblo de La Rioja, en quien el vencedor de Chacabuco y libertador de Chile, del Perú y de su propia patria augusta, tuvo un auxiliar efectivo a la altura de la misión confiada por el genio de la libertad de Sudamérica.

II

EL GENERAL JULIO A. ROCA

EL GENERAL JULIO A. ROCA *

Señor Presidente:

Ha sido una práctica constante en el Senado argentino, como en la otra Cámara, el rendir a los hombres eminentes de la República un homenaje respetuoso o justiciero, cuando la muerte los conducía a la región de lo infinito, o los alejaba de la zona cálida de las pasiones, en cuyo medio nos agitamos sus sobrevivientes. Costumbre saludable, por lo ejemplar y educadora, es ésta, por cierto, en cuanto sirve para mantener el vínculo indisoluble entre las generaciones, y la llama del entusiasmo por el servicio colectivo, sin el cual ninguna raza ni pueblo vería perpetuarse sus días en el tiempo. Al elocuente y conmovido recuerdo del señor Presidente, hacia los dos ciudadanos desaparecidos durante el receso de nuestras sesiones, he creído deber agregar, a manera de anticipación crítica y justificación de nuestra actitud, algunas palabras más que, deseo, expresen, no tanto el sentimiento del amigo personal que por sí sólo las autorizaría, cuanto un juicio, siquiera sea en bosquejo, de un vasto desarrollo correspondiente a tan prolongada acción histórica.

Hay vidas cuyo relato exigen, o la amplitud del libro, o la concisión del bronce. Mientras más hondo penetraron en la existencia de su pueblo y nacionalidad, más difícil es desprender su relieve del fondo del tejido de los sucesos que señalaron su paso como fuerzas particulares del dinamismo de la masa. La del general Julio A. Roca es una de esas vi-

* Discurso en el Senado de la Nación, el 10 de noviembre de 1914.

das; y como ella abarca medio siglo en la de nuestra patria — el medio siglo del crecimiento y la consolidación de todo su organismo social y político, — se verá hasta qué punto y con cuánta intensidad, los rasgos personales y propios de su figura y de su carrera, se hallan confundidos o identificados con los de la Nación argentina. La labor de la crítica misma no será imposible, a pesar de todo, porque de todos los personajes políticos de la secular tragedia de nuestro ciclo independiente, muy pocos ofrecen, como éste, tanta suma de detalles y facetas reveladores de una verdadera originalidad; la cual resulta más visible si se la estudia con exclusión de las usuales comparaciones académicas, y sólo a la luz de sus propias cualidades y dentro del medio nacional.

Desde los preliminares de la Revolución, ya se conocía la doble corriente en la acción vital de la nación nueva; venían de lejos, en la sangre, en la tradición y en el territorio las dos fuerzas destinadas a luchar dentro del joven organismo. Triunfantes en los hechos la idea y forma federativas, reaparece de entre los escombros de la tiranía, para tomar al fin su cuerpo doctrinal y escrito en la ansiada Constitución, y fué la de 1853 y de 1860, apoyada y resistida, en una y otra fecha, por los ejércitos que habían derribado la era rosista, divididos de nuevo, pero, al fin, orientados en un rumbo, gracias a una grande abnegación y a una feliz concurrencia de factores mentales, hasta crear la era institucional definitiva. Era necesario ser soldado en aquellos tiempos para ser contado como una fuerza eficiente, en medio de una gestación que fué una guerra continua y discontinua. Los letrados, los académicos, los civiles, o debían seguir la atracción unificadora de la clase militar, o exponerse a las inocuidades o a los desastres: Belgrano predica y siembra un versículo del Evangelio en el Paraguay; San Martín quema en Guayaquil, en el altar de la paz, la más alta gloria guerrera de la América hispánica; Rivadavia enciende las luces de su gobierno civil, bajo la tienda de un general y deserta de la presidencia unitaria bajo la presión del militarismo coin-

cidente con un anhelo y con un sentimiento nacional. Urquiza y Mitre armonizan sus tendencias de soldados y civiles para salvar la libertad, y uno y otro ocultan bajo sus uniformes las altas aspiraciones de orden, de gobierno y de civilización, que luego desplegaron en sus períodos presidenciales.

He ahí la escuela en que aparece a la vida pública el que fué el político, estadista y general don Julio A. Roca. En medio de la lucha de pasiones, que siempre hervía en torno suyo, el dardo más venenoso lanzado sobre él fué el llamarle *general de guerra civil*, sin meditar un punto en el hecho de que todos los generales argentinos posteriores a las guerras de la Independencia y del Brasil, lo fueran por la guerra interna. Y bien, ¿cuál es más noble oficio, el de crear la Nación, dotándola de su ser moral y de su asiento territorial, o el de conducirla a los campos de batalla contra un agresor extranjero? El general Roca, como la mayor parte de los jefes argentinos que han dado a nuestro ejército su tipo y su tradición, han sido soldados de la Constitución, primero, y de la Nación, después. Luchando como soldado por la causa de la integridad nacional y del orden constituído desde 1861 a 1876, hizo su aprendizaje más intenso de la psicología argentina del pasado; y en las situaciones políticas más adversas a la suya, en 1890, 1893, 1905, su prestigio moral y militar apoyó sin vacilación la autoridad del gobierno, salvando la inquebrantable unidad y lógica de su misión personal en la vida de su país. El soldado-ciudadano y el estadista-militar seguía la tradición de sus ilustres antecesores, con los cuales forma la línea directiva de los sucesos capitales que orientan toda la historia de la Nación argentina. La última gran rebelión electoral de 1874, concluída con la victoria de Santa Rosa, crea la personalidad militar que había de cumplir poco después una gran misión histórica: la integración de la unidad territorial de la patria, disputada por la guerra secular del indio salvaje de la Patagonia — *terra incognita, res nullius*, codiciada y expuesta hasta entonces a cualquier alternativa de la fuerza o de la audacia extranjeras, y que durante más de un siglo

había constituido como un abismo que devoraba las mejores energías de la Nación y alzaba una perpetua barrera contra la pacificación y el crecimiento material de la República. La ocupación e incorporación del continente austral al patrimonio común, por la acción conjunta del ejército, conductor de los anhelos y el alma de la Nación entera, fué una nueva liberación, el comienzo de la verdadera era nueva en la historia intensiva de nuestra civilización; y si no una hazaña heroica por la sangre derramada, fué una solución fecunda por sus consecuencias para el porvenir, por la misión de grandeza que ella entrañaba y por la suma de sacrificios que un solo día de inspiración y de juicio ahorrraba al pueblo, desangrado sin cesar por esa inagotable guerra de fronteras, que iba reduciendo cada día el concepto territorial de la Nación y engrandeciendo a fuerza de su persistencia el nivel moral de la masa bruta y bárbara que la mantuvo sin interrupción desde los tiempos de la Colonia.

Este militar-ciudadano, cuya leyenda se identifica con la gesta constituyente e integral de la nacionalidad, ha de ser más tarde factor decisivo de la última contienda orgánica, la de la Capital definitiva, bajo cuya bandera hubo de cobijarse, como un peligroso retoño de la disolución pasada, la rebelión de Buenos Aires. La candidatura Roca representó la tradición de la unidad constitucional contra la secesión, y un último voto de la carta suprema, del cual dependía la definitiva consolidación del régimen federativo. Fué aquel el punto de partida del período del verdadero progreso nacional. Así como las ciudades griegas calificaban las democracias de la gran constelación helénica, y así como Roma y Constantinopla definieron dos magnos imperios, Buenos Aires surgía de entre las brumas sanguinolentas de nuestro pasado anárquico, para levantarse en el fondo del Río de la Plata, tan vasto y tan abierto como un mar, para ser, no sólo el hogar común de una vigorosa democracia, sino también de toda una civilización, — la misma de las razas maternas, desprendidas de las luminosas fuentes ancestrales de la Europa occidental,

para renovar sus fuerzas en las aguas lustrales de un nuevo mundo.

El hombre de Estado empieza aquí su nueva y definitiva evolución. Diríase que toda su vida anterior, como la andamiada de un edificio, sólo había servido para levantar el alto cuerpo central de la fábrica. A la sombra de su prestigio y al favor de su autoridad fué posible la vasta labor legislativa, orgánica de la nueva situación creada por la federalización de Buenos Aires: justicia, educación, territorios, edilidad febriciente, vialidad y cimentación económica del nuevo orden de cosas, todo fué emprendido y realizado por la iniciativa y la cálida pasión del bien público y por la fiebre constructiva que despierta un gobierno firme y ordenado, en el cual todos los colaboradores se sienten autores y trabajan con ese noble y fecundo fuego de la creación propia y personal. Quizá lo más intenso de este momento histórico fué la concentración espontánea de las diferencias regionales o provincianas en el foco común de la Capital, — la ciudad antigua, la ciudad de la colonia, la ciudad de Mayo, la ciudad del sufrimiento, la ciudad de la libertad, la ciudad de todos los anhelos, la ciudad de todas las miradas, de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro, la ciudad del futuro, en fin, que había de ser núcleo luminoso de la extensa constelación de ciudades de las provincias de hoy y de las provincias del mañana en la más extensa comunidad universal.

Con este hecho, que significaba al fin el advenimiento de la vida política ordinaria de toda democracia, tiene su iniciativa la lucha interior de los partidos, que sólo es la pugna de los intereses, de las condensaciones y afinidades de fuerzas y aspiraciones cuya finalidad es el gobierno. Debía comenzar a desarrollarse esa parte vital de todo organismo político republicano, que se llama libertad electoral, que gira en torno del gobierno y de los hombres representativos de tendencias dominantes. El valor de cada uno de éstos aumenta o decrece al vaivén de la ola, de la visión o de la pasión colectiva, y la marcha definitiva de los aconteci-

mientos, la línea media del progreso social, se determina por la resultante de las fuerzas impulsivas de los móviles populares y de las reguladoras o ponderadoras del poder público. La educación es la única ley fija y permanente de normalidad o de dirección de estas agitadas luchas; y los poderes de la masa son tanto menos efectivos cuanto más volumen adquieren, por su valor específico o su poder de acción o resistencia, las entidades individuales que la conducen o gobiernan. La historia interna de nuestra democracia es la pugna constante entre las tendencias indefinidas de la multitud ignorante o medio educada, con las direcciones superiores que los hombres de gobierno o caudillos militares han creído deber imprimirle en todo tiempo, durante su menor edad o su incapacidad política. Los hombres de acción, de regulación, de orden y disciplina, por una feliz armonía de conducta, han guiado los pasos del pueblo argentino con el mejor acierto y con la más prudente discreción, a veces conteniendo con violencia los ímpetus juveniles hacia un estado de avanzada moderación y orden, como el tutor previsor, que provee a su pupilo con relativa mezquindad las rentas de su espléndido patrimonio, para entregarle en el día de su mayor edad una fortuna acrecentada y firme contra toda contingencia adversa: los resentimientos por las privaciones antiguas se trocarán en vivísima gratitud ante la abundancia presente.

Pocos hombres de nuestra historia política han provocado agresiones más violentas de palabras y hechos que el general Roca. Penetrado de la necesidad vital de guardar y mantener el orden y la paz interiores, fundados en el respeto de la autoridad y en la práctica progresiva de los diversos resortes constitucionales, muchas veces fué colocado por la fatalidad de esta lógica, en el borde de las revoluciones, suscitadas por los odios y las pasiones, contenidas en sus desbordamientos o moderadas en sus excesos. Habitado a regular por su criterio y sentido del bien público los movimientos de la masa, muchas veces no habrá percibido las reales y positivas expresiones de un anhelo popular consciente, y otras

11

cerse de la posibilidad y de la posibilidad de ceder el paso a la libre manifestación del Imperio de las inspiraciones. Cuando un problema internacional, o una vital cuestión de orden internacional habian hallado la solución en su espíritu, seguros del resultado final, no tiroo superior en la energía para vencer las resistencias y obstáculos iniciales y llegar al inevitable éxito de la política, la cual, siendo inspirada en un sincero sentimiento del bien, ~~no~~ no se deja de recibir la definitiva sanción del aplauso público. Una antigua, y diu secular experiencia de raza y nacionalidad le enseña, oír dura, que nuestro pueblo prefiere, como el romano y el alemán y el de todos los del mundo, por fin ~~en~~ aquellos conductores que lo ordenan, lo encienden, lo entorpecen y lo fuerzan a entrar en la vía del orden y de la prudencia, a aquellos otros que, más afectos al aplauso ^{del día} que a la realidad del mañana, se dejan conducir por el viento de la popularidad, que lo mismo empuja la rueda de un molino, que sopla sobre la brasa de un incendio. Un biógrafo del General Jackson decía hace treinta años, refiriéndose a los "Heroes" de Carlyle, que la democracia quiere tener sus heroes: los ha a a su imagen y medida. Pronta para

muchas la admirable flexibilidad de su espíritu y talento político le permitió estimular esas expansiones y convencerse de la posibilidad y de la necesidad de ceder el paso a la libre manifestación del sufragio de las mayorías. Cuando un problema interno o una vital cuestión de orden internacional habían hallado la solución en su espíritu, seguro del resultado final, no tuvo superior en la energía para vencer las resistencias y obstáculos iniciales y llegar al inevitable éxito de su política, la cual, siendo inspirada en un sincero sentimiento del bien, rara vez dejaba de recibir la definitiva sanción del aplauso público. Una antigua y, diré, secular experiencia de raza y nacionalidad, le enseñó, sin duda, que nuestro pueblo prefiere, como el romano y el ateniense y el de todos los del mundo, por fin, aquellos conductores que lo ordenan, lo encauzan, lo contrarían y lo fuerzan a entrar en la vía del orden y de la prudencia, a aquellos otros que, más afectos al aplauso del día que a la realidad del mañana, se dejan conducir por el viento de la popularidad, que lo mismo empuja la rueda de un molino, que sopla sobre la brasa de un incendio. Un biógrafo del general Jackson decía hace treinta años, refiriéndose a los *Héroes*, de Carlyle, que “la democracia quiere tener sus héroes: los hace a su imagen y medida. Pronta para dejarse seducir por los triunfos de la fuerza o las sonoridades de la palabra, no exige de sus elegidos ni las dotes del genio, ni las delicadezas de la conciencia, ni la integridad del carácter, sino que quiere sobre todo servidores dóciles de sus movibles voluntades: trata de hallar en ellos el reflejo de sus propios instintos, o más bien a sí misma, con sus pasiones favorables o adversas, a quien trata de coronar en sus personas”.

En estas democracias instintivas y apasionadas, de tan variable y diferencial cultura, son un mayor peligro los caudillos complacientes que los políticos reservados o tercos con las multitudes. Aquéllos se parecen a los padres débiles que arrastran a sus hijos a la disipación o al delito, y los otros a los fuertes que salvan con su rigidez de un día la moral

y el patriotismo del hombre del mañana: el pueblo librado a sus caprichos y conducido al desastre, maldice y suplicia con frecuencia a sus ídolos de la calle, o de la tribuna, o de la barricada, pero siempre bendecirá y erigirá estatuas a los consejeros inquebrantables que le contrariaron sus caprichos y corrigieron sus impulsos en la hora del extravío. Ha sido fortuna singular del pueblo argentino haber tenido desde los principios de su vida constitucional conductores y gobernantes austeros e incorruptibles, que opusieron siempre la valla de la continencia y del orden, no sólo a sus propias tendencias de tribunos y caudillos populares, hasta elevarse a la cima de la moderación y del juicio, sino a las puebladas y partidos más numerosos que, con el estrépito de sus protestas o la seducción de sus aclamaciones, fueron causa de tanta tentación, de la cual sólo los grandes se salvaron. Mitre acaudilló masas turbulentas y partidos revolucionarios, pero les enseñó en el gobierno el arte de la obediencia y la sumisión a la autoridad; Sarmiento la impuso con la palmeta y el sable; Avellaneda puso la fuerza y la elocuencia al servicio del orden, la paz y el respeto a la ley; Quintana fué la majestad y la pulcritud en la investidura presidencial, y un verdadero magistrado de la justicia y la equidad gubernativas, que supo imponer en hora y forma formidables, dignas de un héroe antiguo, a los rebeldes, el acatamiento de su autoridad, que era la de la Nación; Roca fué la encarnación de la autoridad y del poder en lo que tienen de más viable y tangible; y por la persistencia de su acción pública, y la natural moderación de la edad y la experiencia, llegó a representar en la avanzada cultura presente esa inevitable reserva de energía y de poder que todos los pueblos guardan para sus horas de prueba. La pérdida de estos y otros conductores y sostenes de las instituciones patrias, es una dura advertencia para la generación presente de hombres de gobierno, quienes se hallan en el deber de pesar sus responsabilidades ante el legado de experiencia que aquéllos le dejaron.

Nunca son más necesarias esas altas cualidades que en los momentos de conflictos exteriores, cuando la exaltación de la pasión popular se mezcla con la fiebre patriótica, de tan peligrosas como santas inspiraciones. ¡Qué fácil es, entonces, crear ídolos y caudillos, y apóstoles, y qué fácil arrastrar a los pueblos a su ruina total y hasta la vergüenza irreparable! La política de la paz fundada en el derecho, la justicia, la lealtad y el respeto recíprocos entre naciones hermanas y de solidario destino tuvo en la República una sucesión de sostenedores no interrumpida, desde Rivadavia hasta Sáenz Peña, y no obstante algunas intermitencias regresivas, aisladas o exóticas, ella ha dominado los acontecimientos diplomáticos e impreso su sello imborrable a la conducta argentina en todos los períodos de su historia. Desde 1824 la cancillería no había producido acto diplomático de valor más intenso que la discusión del tratado de paz con el Brasil de 1828, los de libre navegación de 1853, la correspondencia-polémica de Sarmiento con Mitre en 1864, la llamada Nota de Colombia de 10 de diciembre de 1880 y los debates de la cuestión chilena de 1881, ilustrativos del tratado de límites, y cuando todo ese tesoro diplomático, enriquecido por los convenios y protocolos de 1896 hubo de desbaratarse durante la discusión de 1901 y 1902, un instante de suprema inspiración patriótica y de extensa visión del futuro de un gran hombre de Estado salvó el patrimonio moral de la Nación, echó los fundamentos del más grande poder positivo que podremos aspirar y fortaleció los cimientos de la solidaridad en esta región del continente americano, renunciando a glorias militares, siempre anheladas por todo hombre de armas, para sólo aspirar a la serena recompensa del éxito de una política de paz, de cultura y engrandecimiento colectivo. Si algunas potencias dominantes en el mundo creen que la paz armada es la más segura, los estadistas de la escuela argentina han pensado que la fuerza fundada en la riqueza, en la civilización y en la justicia, sean cuales fueren sus excepciones transitorias, son más firmes que aquélla, por-

que son inagotables, y sus soluciones se hallan siempre al abrigo de las reacciones de fuerza que la fuerza engendra. Son incalculables los beneficios que la paz definitiva, consolidada con nuestros hermanos del Occidente, Norte y Nordeste por medio de tratados de soluciones jurídicas han producido y seguirán produciendo para la República en el futuro, porque no sólo hemos fundado una vasta zona de refugio para el trabajo y la cultura del continente y del mundo, sino que hemos demostrado a las demás naciones que son posibles y mejores las soluciones de la justicia que las de la fuerza; y por fin, hemos abierto para nuestra patria una era de labor que no ha de ser interrumpida por la tremenda y funesta guerra europea actual, y ha de llevarnos a la definitiva consolidación del crédito y de la reputación de la Nación argentina, como digna del más alto respeto de la humanidad civilizada y de ser hogar preferido de las mejores razas del mundo. Esta y las anteriores y permanentes consagraciones del estadista que acaba de perder el país le habían erigido en algo como una personificación de la política del crédito y del orden financiero de la Nación, cuyos capitalistas, hacendados e industriales podían ver en él, como amigo de la paz y del orden interior y exterior, el más firme sostén de su prosperidad, que es la prosperidad común. Y a la verdad que con la eliminación del indio, la difusión de la justicia y la policía en los lejanos territorios, la cimentación del respeto a la autoridad y la limitación del Ejército a sus funciones de alta y previsor guardia de las propiedades comunes, la atención a la cuestión social, que pone remedio preventivo a la revolución más peligrosa de todas, porque es constante e intensiva, la acción del General Roca, como gobernante y ciudadano y consejero, había concurrido a crear el ambiente más fecundo para el trabajo fructífero y el desarrollo de los grandes cultivos y poblaciones en todas las regiones del país.

Muchas veces, en el ardor de las luchas cotidianas, la pasión sectaria llegó a confundirle con los mandones gro-

tescos y con los tiranuelos vulgares que han escarnecido en otras épocas, aquí y en otros países americanos, la función del gobierno; pero no ha tardado el buen juicio en reemplazar aquella exageración y en traer a los mismos obcecados a reconocerla como tal. Bastaría recordar que ningún argentino ni extranjero perdió la vida, la propiedad o la libertad por acción arbitraria del Presidente Roca, ni que aumentó en un día ninguno de sus dos períodos de mando constitucional, ni impidió las libres expansiones del entusiasmo popular, ni ahogó las libertades de la prensa ni de la palabra, ni obstruyó el desarrollo de la cultura, antes bien, la fomentó más que ningún otro, pues, bajo su Gobierno, se dictaron las leyes de enseñanza más liberales, se difundieron y edificaron escuelas y colegios en toda la República, se construyeron ferrocarriles, canales y puertos y se ensancharon las vías del comercio y de la producción nacional, hasta superar toda competencia en nuestro medio geográfico.

No podía caer en el nivel de los mandones arbitrarios ni grotescos un hombre que a sus eminentes cualidades públicas reunía un conjunto de condiciones privadas suficientes para servir de apoyo a una gran personalidad. Porque pienso que son esas las que cimentan los verdaderos caracteres de los hombres de Estado. Los viejos caudillos de la época semibárbara fueron malos porque, ineducados e incultos, ignoraban el valor de las virtudes íntimas como vínculo de solidaridad social y política. Roca fué bajo todos conceptos, por su nacimiento, su educación, su tendencia ingénita, la influencia inmediata de sus jefes y superiores, y por obra de su estudio y observación, el tipo del gobernante culto que funda toda su fuerza, su acción y su influencia en el dominio de los conocimientos necesarios para su misión en la vida y en la progresiva expansión de su horizonte mental. El cúmulo de sus lecturas era sorprendente, su información sobre los sucesos contemporáneos insuperada, su penetración crítica de los mismos, y la sutileza y fijeza de su observación, casi siempre ciertos; y a su dominio de la lengua extranjera más difundida,

unió la fecunda enseñanza de los viajes por los países más cultos, en los cuales, como los antiguos, aprendió, no sólo a conocer y rectificar su juicio sobre los hombres, sino a conocer y rectificar sus juicios sobre los pueblos y sus anhelos y aspiraciones inexpresados. Si es verdad lo que dice Tennyson, que el hombre culto ama y se adhiere a todos los lugares que visita, hasta ser “una parte de ellos mismos”, en ninguno esta observación fué más comprobada que en el general Roca. Porque su criterio sobre los hombres y las cosas, individual y colectivamente considerados, se hizo más amplio, más humano, más firme, más tolerante, más solidario; y su filosofía de la vida se había enriquecido tanto con sus viajes mentales y efectivos, que se lo podía calificar como un filósofo griego de la época clásica, revestido del uniforme militar. Lo atestiguarán sus escritos, sus cartas, sus anécdotas, sus confidencias íntimas; y hasta la ironía proverbial, y la astucia y malicia ingénitas de su carácter —que le valieron el apodo inconfundible —sólo eran el producto quintaesenciado de sus variadas fuentes de cultura,— la predisposición, la lectura, el trato continuo de gentes, el manejo de los intereses colectivos y la vida vivida intensamente. Así era también su íntimo respeto por la ciencia y la integridad del carácter, en los que se complacía en confiar y en apoyarse. Si alguna vez —y acaso muchas veces y en muchos casos— dejó traslucir una sonrisa de incredulidad o de malicia ante ciertas reputaciones o entidades consagradas, no fué suya la culpa, sino de esa invisible levadura de vanidad o de amor propio que, desde Diógenes hasta La Rochefoucauld, ha hecho sonreír a los filósofos, ya fuesen de la Academia, ya de la innumerable familia de Esopo o de La Fontaine.

La difundida reputación de astuto o hábil en la intriga o la combinación política, o en el manejo de los hombres, procedía —se lo he oído decir a él mismo— más que de sus propias cualidades, de los defectos, las debilidades o las torpezas de los demás; y al fin, la vida, en cualquiera de sus fases, sólo es una continua lucha de cualidades y defectos

en perpetua compensación y corrección recíprocas. Nunca había maldad en su ironía, ni nada irreparable en sus juicios o censuras; y era que la experiencia de los hombres le había enseñado a contemplar, antes que todo, los propios defectos y las debilidades inherentes a la naturaleza humana. Su maquiavelismo era una leyenda nacida de aquel medio: semejante al inmortal autor del *Príncipe*, su pena fué la de ofrecer a los demás materia propicia para desplegar sus propias habilidades, bajo la máscara condenatoria del ilustre modelo, a punto de que pocos antimaquiavelos como Luis XIV y Federico II, habían obscurecido mejor con sus nobles hechos al esclarecido filósofo florentino. Era que, como he dicho antes, el conjunto de sus virtudes fundamentales le salvó de los excesos a que le habrían conducido sus éxitos, su dominación y su larga conducción de hombres. En sus buenas cualidades residían algunos de sus defectos: pocos hombres políticos habrán hecho de la amistad personal y de la lealtad partidaria un culto más intenso; y aunque se ha dicho que él, como casi todo político de raza, *no tenía entrañas*, en él no fué este aforismo una verdad entera: fué capaz de condenables excesos inspirados en la amistad, pero ningún hombre fuerte he visto en mi vida más susceptible que él de la corrección del juicio, cuando el consejo era sincero y autorizado: no sentía la vanidad del consejo ajeno, por más que supiese distinguir y aprovechar como se merecían las simuladas actitudes de los aduladores, o de los sumisos, verdaderos corruptores de gobernantes, en toda República, aunque no fuese la de Florencia.

Tenía el general Roca, como hombre privado y público, muchos defectos comunes, pero no pocas grandes y excepcionales cualidades, que le dieron su ascendiente sobre sus conciudadanos durante cuarenta años de vida política activa. Entre los últimos, aparte de los ya descritos, poseía un ingé- nito patriotismo, ausencia de vanidad y una ambición sana de la verdadera reputación, que fueron el gran compensador y correctivo para todos los impulsos y extravíos potenciales

de su temperamento o de sus medios de lucha, así como los orígenes de los más grandes acontecimientos de su vida militar y civil. La educación doméstica le había comunicado una honda preocupación por los vínculos de familia, por cuyo lustre hizo sin duda, acaso, más que su propio padre, para dejar a la historia de su país un nombre rodeado con el nimbo de una gloria acrisolada. No pretendió ser del número de los impecables, raros en el mundo. No se puede ser impecable, incorruptible, inmarcesible, cuando se ha vivido la vida entera de una nación, se ha luchado con todo enemigo en todo campo de batalla, y se ha recorrido el espacio de más de medio siglo, confundido con la masa de los hombres y mezclado con sus pasiones, sus ansias, sus triunfos y sus tristezas. Aquellos *inimitables* no son de este mundo, y no son una fuerza efectiva de acción ni comparación. Digamos de él a este respecto el juicio de Marco Antonio sobre el cadáver de Marco Bruto en la tragedia shakespeariana: "Su vida fué pacífica, y los elementos se hallaban en él tan bien combinados, que la naturaleza podía levantarse y decir al mundo entero: "era un hombre"; y como en toda vida de hombre, compensados sus defectos y errores con sus cualidades y aciertos y grandes acciones, la posteridad pueda declararse deudora de una suma apreciable de beneficios verdaderos. Su larga vida pública de acción decisiva en la evolución de su país, se define por una continua marcha hacia la civilización, el progreso y la consolidación institucional de la República: su acción ha sido constructiva, no sólo de la entidad política orgánica, legada por el primer período de la Confederación, sino en sus elementos más esenciales a la personalidad moral y económica del país. Bajo este concepto, el más importante, sin duda, de su historia, ésta se confundirá con la de su patria, y ninguna gloria puede superar a ésta para ningún hombre.

Señor Presidente: Por mucho que haya hablado sobre la vida política del general Roca, no habré hecho más que labrar una pieza del monumento debido por la Nación a su

memoria. Este homenaje del honorable Senado será de los más significativos que se le consagren en los días cercanos a su desaparición de entre nosotros. Se lo debe este alto cuerpo legislativo, no sólo como juez supremo de los honores a los hombres y a las corporaciones, sino por correspondencia hacia uno de los estadistas que en más alto respeto tuvieron su dignidad y soberanía. Cuando fué miembro de él, su conducta fué la de un severo guardián de la fe pública, y cuando desempeñó el Poder Ejecutivo, se distinguió por las elevadas consideraciones que le atestiguó en todos sus actos oficiales, y en las relaciones privadas con cada uno de sus miembros. A pesar de la energía y altivez con que siempre ejerció y defendió la investidura de su cargo, en ningún caso tuvo para el Congreso sino los más respetuosos miramientos inherentes a su carácter soberano, y como cuerpo consultivo en los altos negocios del Estado.

Así se halla plenamente justificado todo tributo rendido a su memoria, en este recinto, abierto hoy por primera vez después del día de su muerte, como si se abriese el primer tribunal llamado a decretarle la suprema recompensa de la gratitud póstuma por sus eminentes y vitales servicios a la República.

III

DR. JOSE EVARISTO URIBURU

DR. JOSE EVARISTO URIBURU *

Excmo. Señor Presidente;

Señores:

He sido honrado con el encargo de traer a este acto el mensaje de condolencia del honorable Senado de la Nación, por la muerte del doctor José Evaristo Uriburu, que fué su presidente y miembro ilustre, en representación de la Capital, y durante cuyas funciones contribuyó, por su prudente dirección y su experimentado consejo, a afirmar el respeto y la misión constitucional de esa alta rama del parlamento argentino.

No me corresponde trazar su biografía: una larga vida dedicada al servicio de la República, requeriría un libro, y el más detenido estudio su relación con los acontecimientos históricos de la fecunda época en la cual transcurrieron sus días de labor. Fueron los mismos de la lucha por la organización constitucional, desde la jornada libertadora de Caseros hasta el triunfo de la paz interna y exterior, que ha podido contemplar satisfecho desde el sereno y digno retiro de su ancianidad.

Pocos hombres públicos han podido gozar de su reposo con una conciencia más tranquila, ni esperar la suprema hora en medio de un ambiente moral más propicio a la definitiva consagración de su personalidad. El podía reclamar el honor de no haber conspirado una sola vez contra la política

* Discurso en la inhumación de sus restos pronunciado en nombre del Senado de la Nación, el 28 de octubre de 1914.

permanente del orden, de la paz y del progreso nacional, surgida del seno mismo donde fuera incubada y forjada la Constitución. Su aparición en la vida pública coincide con la sanción del primer estatuto efectivo, que pone fin a la época anárquica y prepara la era constitucional definitiva. Pertenecía a la generación culta preparada en la Universidad, en contacto con la civilización europea, que ya en las postrimerías de la dictadura, pugnaba por romper la clausura salvaje del régimen rosista.

Desde joven fué un viejo consejero. Espíritu penetrado de ingénita serenidad, como bebida en las puras fuentes de Marco Aurelio, no deslumbró por brillos enceguecedores ni por arrebatos pasionales que tanto gusta exaltar la historia política; era de la raza de los conductores de pueblos, no de los agitadores de muchedumbres; de los que reconstruyen y restauran, no de los que derriban y devastan con la ciega obsesión de la lucha y de la resistencia. Así, su palabra no pretendió elevarse a las tonalidades tribunicias, ni abandonar la más sencilla, eficaz y duradera del razonamiento, la información y el consejo, que abren surcos hondos y prolongados en la vida de las naciones.

Así como en el orden interno su acción es la del orden, la continuidad y la evolución progresiva, en el externo e internacional, al que prestó perseverante dedicación como diplomático y gobernante, se intensifica con esa sabia política tantas veces definida como propia de nuestro país, que consiste en apoyarse sobre el derecho, fortificarse en la justicia y buscar las victorias prolíficas de la paz, fundada sobre aquellas bases incommovibles. No temería equivocarme si dijera que el eminente ciudadano cuyos restos ahora contemplamos, perteneció a la alta tradición iniciada por Rivadavia, apenas salida la nación del período de la guerra emancipadora, y que pareció inspirada, acaso, a veces más que la propia heredera directa, en las ideas del testamento de Wáshington.

Admitido por el tratado de 1881 el principio del arbitraje sobre nuestra cuestión de fronteras occidentales, como

lo fuera en 1876, con el Paraguay, el presidente Uriburu, en 1896, pudo plantear las bases de la solución que tras agitados debates y zozobras debían prevalecer en 1902. La nación amiga de 1824 y de 1828, era otra vez llamada a interponerse, como árbitro de derecho, en la más antigua contienda que haya mantenido la República con sus vecinos desde el lejano pasado colonial.

Fueron aciagos aquellos días para el honrado y fuerte carácter del doctor Uriburu. En medio del cálido y peligroso entrevero en que se destruían los últimos argumentos de una dialéctica vencida, de una y otra parte, como hija de la pasión y de prejuicios seculares, los hombres de hoy hemos visto al presidente argentino resistir imperturbable las corrientes más violentas y contrarias, hasta llegar por su rumbo infalible a la región de la calma, de la reflexión, del juicio, de la verdad. Como en la luminosa mitología germánica, desvanecido el monstruo secular de la cordillera a la luz de la razón y la justicia, todo fué venturosas consecuencias para el porvenir, no sólo de las naciones querellantes, sino de todas las del núcleo inmediato con las cuales la nuestra comparte la tarea de una prosperidad y una cultura cada vez más firme y prospectiva.

No existen ya cordilleras, ni ríos, ni mares dissociables, sino eslabones gigantescos de las más hondas simpatías, y conciliaciones de ideales e intereses, cada vez más solidarios. Asentada la paz sobre las soluciones de la justicia, todos los viejos obstáculos conviértense en elementos coadyuvantes a la obra de las grandes reparaciones, porque es la única paz que no lastima, ni deja resentimientos, ni engendra represalias futuras, ni compromete el porvenir con obsesiones irreductibles.

Me es singularmente grato acentuar estas ideas en este acto solemne: primero, porque hablo en presencia del espíritu inmortal del estadista que con rara firmeza y visión del futuro sostuvo y afirmó esa política; y segundo, porque hablo en representación de una de las cámaras del Congre-

so, en cuyos consejos, debates y sanciones, predominaron sin interrupción el espíritu de la justicia en las relaciones y en los conflictos exteriores, y el propósito constante de fundar la grandeza patria sobre esa piedra angular, asentada en el cemento incorruptible del honor y la ecuanime altivez del pueblo argentino.

En la presidencia, el doctor Uriburu puso de relieve el conjunto de las altas cualidades de que vino dotado por la naturaleza. Con la sencillez, la dignidad y el decoro de su personal cultura y carácter, definió el tipo del presidente de una democracia sincera, honesta y humana, que tiene la ventaja de animarse con las virtudes privadas del ciudadano elegido, y erige en ley de sus relaciones públicas y oficiales la misma que fundamenta el trato privado entre caballeros y gentes bien nacidas. Los que lo hemos visto en su silla de magistrado, sabemos con cuánta naturalidad personificaba y defendía la autoridad de la investidura. Así como la familiaridad no habría traspasado jamás los límites de su severa y digna continencia, fundada en el respeto de sí mismo, así se detuvo siempre ante la insospechada integridad de su carácter público y de su función soberana. El gobierno parecía tener su propia alma, apacible, afectuosa, insinuante, atractiva y fuerte en la convicción de su virtud y de su deber.

Señores: Una vida tan fecunda, empleada toda al servicio de sus conciudadanos, sin exigencias, sin rebeliones, sin caídas, sin desmedros, se ha extinguido con la misma serenidad del alma que la animara. Al alejarse hacia la región infinita, deja como recuerdo de su paso por la tierra, entre sus compatriotas, un modelo de virtud privada y cívica digno de perpetua imitación. Si no pretendió alcanzar las cimas excepcionales de la popularidad, tan pocas veces duradera, logró, como muy pocos ese sólido respeto y consideración conscientes de los contemporáneos y la posteridad, que consagran un patricio, y erigen una columna guiadora en la interminable peregrinación hacia el porvenir. Al enviarle en nombre

del Senado de la Nación, que él contribuyó en tan vasta medida a consolidar en el respeto público, y a modelar en su elevada función legislativa y consultiva, séame permitido concluir mis palabras con las que un esclarecido orador inglés hacía hace poco el elogio póstumo del duque de Devonshire: “De hombres como éste se construyen los cimientos de las grandes naciones”.

IV

DR. AGUSTIN ALVAREZ

DR. AGUSTIN ALVAREZ *

Primer vicepresidente, profesor de Historia de las instituciones representativas y de Historia crítica de la Nación y alto representante de la modernidad de ideas y procedimientos, de la Universidad Nacional de La Plata.

Señoras; Señores:

Uníame a Agustín Alvarez un lazo de afecto e intimidad tan intenso, que nunca me resolví a verlo desde que sufrió su primer ataque cerebral. Dije entonces adiós a su inteligencia, como se despide uno para siempre del cometa cuya trayectoria sobrepasa los límites de nuestra vida. Y despedirse de su inteligencia era decidirse a no verlo más a él. No he podido resistir jamás a este género de impresiones: la muerte del pensamiento de un hombre como éste equivale a la extinción de un foco de luz y calor en la tierra, a un principio de muerte de las cosas.

El silencio suele ser mi duelo, mi actitud social, mi oración póstuma para los amigos y hermanos del corazón. Esta confidencia os explicará la razón de las reservas que hallaréis, acaso, en mis palabras; porque habría necesitado mucho más tiempo para haber podido serenar mis impresiones, y atreverme a tocar con el escalpelo de la crítica la personalidad del compañero, cuyo consejo y solidaridad eran aliento, estímulo y sanción de actos realizados en empresas comunes.

* Discurso pronunciado en el acto de público homenaje a su memoria, el 25 de junio de 1914, en el Prince George's Hall.

Nuestro primer conocimiento se hizo en la redacción de un diario, y mi primera penetración de su alma e intelecto en las bancas de la Cámara de Diputados. En una descubrí la sencillez, sinceridad y modestia ingénitas de su persona toda, y en la segunda se reveló desde el primer día el vuelo de su talento, la magnífica armonía de su espíritu, y la absoluta unidad que existía entre sus ideas y su conducta, y sus formas y medios de expresión. Venía, como tantos otros argentinos ilustres habían venido, del interior de la provincia, a este temido misterio de la metrópoli —¡Buenos Aires!— que para unos suena como una promesa mágica de grandezas y fortunas, para otros como un monstruo terrible dispuesto a devorarlos si no caen en gracia a sus caprichos demoníacos. Era necesario que el joven Sigfrido acometiese la ardua misión con la espada consagrada: él la traía al cinto ungida con esta doble cifra: *talento, valor*.

Y no se necesita más. Recuerdo su primer discurso, recibido, como siempre, con la curiosidad sonriente del que se prepara al goce de una caída. Pero desde luego se advirtió en el tono confiado, irónico y desparpajado del orador que, no traía miedo bajo la cota de malla, y en cambio venía henchido de *cosas por decir* y de resolución para afrontarlas. Mi mano fué una de las primeras en estrechar la suya. Nuestras manos no se han separado nunca más, sino cuando la muerte lo ha querido; pero la corriente afectiva e intelectual comunicada entonces no se ha interrumpido por eso, gracias a que ya no se necesita de conductores para mantenerla, como no es necesaria la vida material de los cuerpos para continuar hasta la eternidad la vida inmaterial de los espíritus.

No hablábamos nunca de nosotros mismos; nos entendíamos sin vacilar, y sólo por el interés patriótico o humano de la acción. Jamás hemos dicho *vamos a discutir*, sino *vamos a hacer*. Lo que divide a los hombres en la vida no es tanto la diferencia de los principios, como la vacilación o el temor inconfesado para afrontar los hechos; y sólo una grande abnegación —que la amistad o el amor, y nada más, son

capaces de engendrar— puede inspirar las renunciaciones heroicas de la propia vanidad, ambición o interés, para fundirlos en la masa del bien colectivo. Por eso la vocación definitiva de los grandes caracteres suele ser la de la filantropía suprema, la educación, la prédica, el apostolado de las ideas. Una cultura superior conduce siempre a estas cumbres, desde las cuales se divisan los vastos horizontes, y se miden en su valor comparativo los conjuntos de los hombres y las cosas. Y Alvarez había nacido con esa impulsión de altura, con esa fiebre de saber, que fué la definición del período medio de su vida, en cuya culminación le halló su postrera hora.

Tuvo, en cierto modo, la aventura singular de Lincoln, de haber entrado en el mundo de las ideas, después de haber recorrido un buen tramo del camino de la experiencia. Así puede decirse de él que vino a este mundo *con los ojos abiertos*, y por eso pudo ahorrarse el largo período de la ceguera inicial, en el que tantos pierden la facultad de ver, a fuerza de pruebas, de tutores, de guías y de ayos mentales, que no saben ellos mismos hacia dónde va la senda. La mayor parte de los prejuicios y errores convertidos en carne de la carne de las generaciones humanas procede de esta época inconsciente y plasmática de la primera edad; durante su transcurso todas las supersticiones entran a constituir la vida mental, al amparo de la excitabilidad imaginativa, que crea sus sombríos fantasmas y terrores, los cuales conducen al sujeto hasta la muerte, a través de todas sus vicisitudes y luchas, y triunfos y derrotas, y ocupan en su conciencia el campo que disputan a las verdades científicas, a las creaciones luminosas del genio.

Como nuestro amigo entrara en el mundo de las ideas y de las instituciones *con los ojos abiertos*, pudo elegir el mejor camino, esto es, elegir su propio camino con plena conciencia de los factores del problema; eligió por sus propios ojos, porque pudo ver con ellos todas las sombras ambientales, todos los peligros de la selva, todos los obstáculos de la montaña. Su vida desde entonces fué una ascensión continua: se-

mejante a los antiguos filósofos neoplatónicos, que antes de consagrarse al mundo dedicaban largos años a la contemplación de las verdades profundas, Alvarez tuvo su período de prueba experimental —que es contemplación inconsciente de las realidades de la existencia,— y supo desde el comienzo que debía andar con sus propios pies y guiarse con sus propios ojos.

Su vida anterior de soldado, en contacto constante con el alma ruda de nuestro pueblo, con la más ruda naturaleza de nuestro país despoblado, y acaso con el aún más rudo estado mental de nuestra democracia improvisada, fué su clínica y su honda prueba lustral. Pudo ver y conocer de frente al enemigo tradicional y soberbio de todo progreso y de toda liberación, la omnímoda Ignorancia, dueña de todo un continente y de todo un enjambre de instituciones construídas sobre cimientos seculares. La vocación estaba hecha, el voto pronunciado, y su tipo de pensador y escritor definitivamente fundido en bronce imperecedero. Empezó entonces una *vida consagrada* a un ideal, y así pudo nuestra patria aumentar con un nuevo punto brillante el firmamento intelectual contemporáneo.

Leyó, estudió, investigó sin reposo en las mejores fuentes del pensamiento moderno, buscando por deducción *a contrario* las mejores aguas para curar los males antiguos de nuestra sociabilidad. Nunca podrá encontrarse una conciencia más amplia, un cauce más hondo ni más vasto para contener las ideas; y así no tardó en emprender su viaje intelectual sobre la majestuosa corriente, que un genio oculto —el de la libertad moral y el amor de la ciencia— cuidaba y resguardaba contra escollos reales y diablos imaginarios. A su rica levadura nativa de criollo montañés vino a unirse para realizar una creación fecundísima la savia de todas las altas influencias espirituales, de la literatura filosófica y científica, de los civilizadores de las mejores razas, y realizó así la *selección* de su propia intelectualidad y fundió un carácter y un tipo moral inconfundible.

La lectura de los pensadores determinó su procedimiento mental; el respeto por la ciencia le evitó siempre caer en la abstracción absoluta; la experiencia personal del peligro de la ignorancia y el prejuicio en su propio medio le infundió la certeza, el valor y la impulsión del sacrificio para combatir por la verdad y con la verdad de su criterio; y como escritor, fundiéronse a maravilla en su espíritu nativo, rico en levadura germinadora, el humorismo sajón, las fórmulas concretas de la experiencia, los giros novedosos de la selección literaria y la opulencia del propio lenguaje, desbordado de sus cauces académicos por el exceso de limo de que venían preñadas sus aguas. Sin exagerar comparaciones, y siempre dentro de la discreta relatividad de todas las cosas, puede decirse que al leer sus conversaciones —dispersas en una docena de volúmenes, tan discretos como su propia cultura,— se evoca a veces la compañía ideal de los que se llaman Emerson, Ruskin, Huxley, Carlile, Harrison, Lubock, Lecky y tantos otros, entre quienes asoman también rostros conocidos de más cerca, de Sarmiento, de Alberdi, de Vélez Sársfield... los que atacaron recio el prejuicio moral e intelectual de todos los tiempos, los que entre nosotros enseñaron a sonreír, sin miedo al ridículo, a la persecución ni a la erudición pegadiza de la ignorancia togada.

El comercio con los grandes espíritus había producido en Alvarez una curiosa evolución. Si, por una parte, notábase en él una acaso demasiada sujeción a los postulados y fórmulas tomadas de sus libros; por otra, y la más valiosa para él, se advirtió en seguida su influencia educadora y modeladora de su intelecto y carácter; al punto de que, si alguna definición parece exacta de su personalidad, es la que le llamase *flor de selección* obtenida por el estudio. Selección es depuración, y en cierto dominio es idealización; y si hemos de llevar más arriba las deducciones, diremos también que el último precipitado de la selección es la virtud. Y Alvarez llegó por su camino adonde puede llegarse por nuestro medio intelectual y moral, a ser un tipo de virtud humana y civil.

Fué un filántropo en la más acabada de sus aplicaciones: enseñar el camino de la perfección a los que andan por el mundo a tientas y a ciegas, y enseñárselo con toda su alma, su consagración y renuncia de sí mismo. Llegó por selección intelectual a crearse un mundo suficiente para llenar su vida entera de actividad y de trabajo; a creer en que la mayor gloria y el mejor empleo de la vida misma es el culto y lucha por un ideal benéfico a los demás hombres y a los que viven en su medio inmediato; y así, ni la política, ni la fortuna, ni nada de esa enervante *vanity fair* que a tantos precipita en el vértigo, pudieron perturbar un momento su serenidad platónica. Pudo de esa manera, inviolable al rebote del proyectil, decir y proclamar en su estilo y en su forma característicos todos los vicios, defectos, errores, prejuicios, faltas, ridiculeces, taras y miserias que eran nuestro pasivo, y señaló la vía para adquirir los bienes saneados y limpios para compensarlos y superarlos con usura.

Se le ha censurado que diese al factor religioso más valor efectivo del que tiene en nuestra vida nacional, y aun se ha juzgado una prueba de mal gusto su insistencia sobre tal preocupación de su espíritu. Nada hay más complejo que este aspecto de su crítica, en un medio como éste, hecho a base de religión, y de una religión absorbente y absoluta, que en diez y ocho siglos de dominación ha penetrado en todos los tejidos vivos de la humanidad. El ha visto el problema nacional en su faz verdadera; ha hallado la fuente de los males, y se dedicó a depurar sus aguas en su origen, en sus cauces, en sus aplicaciones, en todos los sitios donde llegan y labran sus reacciones propias. La crítica podrá herir y asirse a sus medios, a sus procedimientos de combate, pero no puede vulnerar su juicio sobre el fondo del problema.

El factor religioso, tomado en su faz histórica, actual y futura, es el más grave en la República Argentina, porque afecta lo más esencial de su vida, su educación, y por lo tanto, su porvenir. No desconoció, sin duda, su valor como fuerza dinámica en el proceso directivo de las muchedum-

bres y de los pueblos, aún en un grado relativo de civilización; pero, penetrado del espíritu científico, aunque no de las ciencias mismas, sabía cuánto aquel elemento pesa en contra del progreso de las verdades científicas, o sea el verdadero progreso general de la humanidad. Bastaría su propensión a convertir en fórmulas absolutas e inmutables sus propias creaciones imaginativas y sus construcciones metafísicas del mundo como de todos sus fenómenos, para que se deduzca hasta qué punto él es contrario al ideal de perfeccionamiento colectivo. Nacido en esencia, del contacto de la filosofía idealista y progresiva de la India antigua con el depurado platonismo helénico del ciclo de transición, el cristianismo pudo acaso mantener puras y difundir por el mundo las verdades incontaminadas que conducían a los espíritus selectos y a los pueblos bajo su influencia, a conceptos ideales comunes; pero al convertirse en poder y organismo material, y al crear, por consecuencia, un orden económico y burocrático, abandona para siempre tal vez su primitivo cauce, para no ser sino una potencia convencional que lucha para mantener y ensanchar su imperio, asentado sobre cimientos de postulados dogmáticos, inmutables, arraigados en la capa variable de la credulidad humana, y cuyo espesor va disminuyendo a medida que el espíritu científico y filosófico unidos van avanzando en la conciencia del mundo.

Sabe esa religión desde hace muchos siglos cuál es el secreto de su fuerza, y trata de conservarlo en lucha abierta con las fuerzas contrarias de la ciencia y de las verdades positivas. Pero ésta no lleva todavía la mejor parte, porque el artificio humano ha llegado a crear la dualidad acomodaticia de la ciencia y la religión, a cuyo amparo la cobardía moral permite la coexistencia del hombre de ciencia y del creyente en íntima comunión de ganancias. Entretanto la humanidad libre sigue día tras día asistiendo al descubrimiento de nuevas verdades y a la más comprensiva de todas, expuesta en un libro reciente, de que “no hay ya verdades definitivas para el hombre, como no hay seres definitivos en la naturaleza”;

pero la *ciencia* teológica sigue sosteniendo sus afirmaciones iniciales, aún por medio de los mismos métodos de la ciencia positiva; sólo que, al llegar a la interpretación filosófica y moral de sus resultados, ella los deriva hacia la confirmación de sus postulados dogmáticos.

Todo en el orden científico se mueve y evoluciona: la investigación del laboratorio contemporáneo en la biología, en la química, en la física y en la psíquica, ha llegado a desvanecer multiseculares *verdades*, y a entrever revelaciones tenidas por ultracientíficas, como las que fueron objeto principal de atención de las dos últimas sesiones de la Asociación Británica para el progreso de las Ciencias, sobre el origen de la vida y sobre la *ultravida*. Para el sabio existe ya el ultramicroscopio, y el ultratelescopio, con los cuales sondea el mundo infinito de lo pequeño y de lo grande; y a medida que acrecienta su poder de penetración, aumentan sus revelaciones de principios y fuerzas antes ignoradas y divinizadas. Sólo la Sacra Teología pretende permanecer inmutable, asumiendo el papel del Dios creado por ella misma, y hasta aspira a mantener la inmutabilidad de las interpretaciones de los antiguos dogmas científicos, a pesar de que en sus propias escuelas se enseña que la tierra gira alrededor del sol, y de que el continente donde más beneficios obtuvo su doctrina fué aquel cuya posible existencia negaron sus teólogos, sus doctores. Así como la ciencia experimental remueve el pasado infinitesimal del universo con la vida de la célula primitiva, y se encamina hacia la comprensión del futuro por la penetración de la química estelar y el sondaje del espacio, la Teología está obligada a aplicar sus ultramicroscopios y telescopios metafísicos para revelarnos qué pensamiento ocupaba la mente de su Dios antropomorfo antes del que improvisó el mundo, y cuál será su ocupación mental después que ordene la destrucción de lo creado. Es que mientras la religión no vuelva a las puras fuentes filosóficas de donde ha salido, penetrada de la idealidad índica y helénica que con tan sutil y dulce perfume transpira en algunos pasajes de San

Agustín y San Juan Crisóstomo —para no referirme al Evangelio mismo, — no espere ganar terreno ni espacio en el mundo de las cosas ni de las ideas; ni sus iglesias o poderes visibles pueden aspirar a recobrar parte de su imperio perdido en la conciencia contemporánea, mientras no admitan en su exegética y hermenéutica bíblicas el principio de la evolución que domina en todo el universo —y que hizo ya pensar a uno de los últimos pontífices políticos en la conveniencia de tal reforma, la cual le prometía no sólo la absorción de todas las naciones dominadas por la ortodoxia oriental y el anglicanismo occidental, sino un inmenso avance en el espíritu liberal del mundo entero, por la conciliación, siempre grata al reposo de la conciencia y de la vida.

Alvarez había recorrido con paso medurado y oído atento el largo camino de esos ejércitos, en lucha permanente de conquista del mundo espiritual. Se revelan en sus páginas vibrantes las impresiones de los horrores y de las miserias adonde precipita a los hombres el culto y la ciega obediencia a los dogmas absolutos y a los poderes terrenales divinizados por la ignorancia; ha entrevisto la decadencia del espíritu y el debilitamiento de la conciencia humana, por la continua sumisión a las voluntades omnímodas de dioses de carne y hueso, y apetitos y degeneraciones múltiples; ha comprendido cuánto han labrado el alma de nuestra América y de nuestras jóvenes nacionalidades los terrores, las sombras, los demonios y las falsedades en que, por odio exagerado a la belleza antigua, precipitaron a la humanidad cristiana, apartándola de esa serena conciliación, que habría resultado, al menos por muchos siglos, entre el concepto ideal de la belleza neoplatónica, con la emoción, la unción y la gracia que destilan los más altos conceptos de Jesús, relacionados con la vida y la felicidad; advierte con vigor intenso de concepto y de frase el criminal abandono de la cultura científica de la inmensa población de América, que había de ser cuna de futuras naciones, encendiendo “velas a los santos para que vean a quienes deben hacer milagros, y no encienden luces en la

inteligencia de los niños para alumbrarles el camino de la existencia"; los mismos, pues, que en sus casas, escuelas y doctrinas, y en su permanente escuela de gobierno colonial, no hicieron más que adiestrar el asno para la servidumbre y la carga, y no desasnarlo para el ejercicio futuro del trabajo propio y de la libertad civil y moral; y esto en nombre de la misma promesa del Evangelio que anunció a los hombres la libertad por la verdad, esto es, por la ciencia, y cuyo recuerdo arranca a Alvarez palabras de una vibración intensa, al decir que "la literatura universal no conoce un documento que sea una protesta más elocuente y conmovedora, por más radical, profunda y definida, que el Sermón de la Montaña, contra las iniquidades sociales, resultantes de los modos de ser, de ver y sentir de la época..." Sólo la constitución y política de la Iglesia permanece inmutable, como el escollo en medio de la corriente, pretendiendo, todavía, no sólo desviarla, dividirla y amenguarla, sino hacerla retrogradar hacia su origen.

Explícate así cómo el espíritu de Agustín Alvarez pudiera aparecer apasionado hasta el desequilibrio, en la lucha contra ese obstáculo del progreso y la selección del alma humana. Y aunque pudiera justificarse el reproche en presencia de su último período de lucha, basta observar que la violencia o tenacidad del ataque no significarían que el adversario era menos digno del combate, sino que la ansiedad por ver lucir el día de la libertad había exaltado la pasión de los combatientes. Entretanto, mucha exaltación existe también en el campo contrario, cuando se le censura por apasionado y obcecado en su lucha contra el clericalismo y en su afán de propaganda. Durante ocho años ha enseñado y ha gobernado en una joven universidad argentina; y yo, que lo he visto, puedo asegurar que nunca abusó de su influencia ni de su inviolabilidad magistral para luchar en desventaja de su adversario; y es, por el contrario, digno de señalar aquí como uno de sus rasgos más interesantes, que su estadio de pelea fué siempre la cátedra libre de la prensa, de la tribuna cien-

tífica, del parlamento o el libro, y jamás pretendió hacer tragar, aun a los más débiles, sus opiniones o sus juicios, ni por el temor a la sanción oficial, ni por el pretendido y desacreditado argumento de autoridad, que aún algunos profesores se atribuyen desde sus cátedras. Esto estaba en su modo de ser, leal y valiente, pues como un San Pablo del liberalismo científico moderno, nunca olvidó durante el noble apostolado ideal que había sido y era soldado del ejército de su patria.

El tipo y carácter de su ilustración y cultura, dije antes, le habían llevado por selección hacia la virtud. Y, en efecto, era un ejemplo de las más altas virtudes que levantan el nivel humano. Fué un educador público y privado, un *educador* en toda la amplitud del concepto, en la calle y en el hogar, en la cátedra y en la acción; y sus libros, discursos y participaciones en todo el movimiento social de su tiempo, lo muestran de cuerpo entero entregado a su misión, la más noble que puede adoptar un hombre culto en la sociedad contemporánea. Tenía de ella la modestia más sólida y diáfana que puede encontrarse en la vida; la cual se revelaba en el olvido sincero de su interés, su vanidad o su gloria; en la disposición siempre activa y lista para cooperar con los demás en la obra conveniente a todos; en su ingénita inclinación a admirar, a estimular, a tolerar las condiciones de sus semejantes, amigos y compatriotas; en la a veces cruel indiferencia por su propia labor intelectual, y acaso por ese sentimiento llenaba de citas y referencias autorizadas sus escritos, conferencias y discursos; en la bondad con que acogía todo pedido de ayuda para cualquier iniciativa ajena, en este medio social donde la palabra *iniciativa* es tea de discordia y ariete de guerra; en suma, en la viva antítesis que presentaba con el común de las gentes de nuestros medios educados, quienes parecen hacer un culto de la diosa *Dificultad*, mientras que él adoraba la contraria diosa *Facilidad*. Los primeros son todos esos que tienen algún interés en ocultar su ignorancia, impidiendo a todo el mundo penetrar en su santuario, mientras que los segundos se complacen en manifestar su deseo de saber y de-

jan entrar a todos con la esperanza de que algo han de aprender de bueno, porque todos tenemos siempre algo que enseñar a los demás.

No es mi propósito hablar de sus libros y escritos. Sería una tarea crítica superior a las proporciones de un acto como éste. Era yo y soy uno de sus amigos más entrañables, uno de sus compañeros de labor y de ideales respecto de nuestro pueblo y de nuestro tiempo, y sólo quería hablaros del hombre y de alguna de sus cualidades dominantes, y como fijar en el mapa intelectual contemporáneo el punto de la constelación donde ha de brillar su estrella por la sucesión de los tiempos. Pero es forzoso decir que ningún escritor argentino, dentro de la marcha progresiva de sus ideas, ha mantenido una lógica, una cohesión, una ilación más homogénea, y armónica de pensamiento y rumbo directivo, y que supo colocarse en la zona media evolutiva, esto es, entre la de aquellos *que no cambian nunca de opinión*, petrificados en la imbecilidad, y los que cambian siempre de opinión, difundidos en la insensatez o en la locura.

Bien, señores: no sé si he logrado trazar de nuestro ilustre amigo un retrato tolerable. Dentro de la modestia y sincera dedicación de su vida a un ideal noble y elevado, según la ejemplar definición de lord Haldane, y dentro de la tendencia científica moderna de clasificación del *grande hombre*, podemos asegurar que los argentinos hemos perdido uno de nuestros grandes hombres con la súbita, la inesperada, la cruel, la injustificable desaparición del doctor Agustín Alvarez de este mundo, que fué para él teatro de estudio, escuela de educación, hogar de los más puros y altos sentimientos que ennoblecen la vida, cátedra de los más bellos y nítidos pensamientos sobre la felicidad y el bienestar de sus hermanos —los hombres todos— y campo de acción de la más alta y pura filantropía, no la que da la moneda deprimente de la limosna, sino la que transmite al prójimo, al amigo, al suyo propio de su sangre y sus huesos, la ayuda suprema de su idea, de su saber, de su amor y la esencia y luz de sí mismo para asimi-

lárselo en una suprema exaltación de darse y difundirse en el alma de los demás.

Estos son los verdaderos grandes hombres, y no es necesario que vivan un siglo ni llenen una época con su predicación, su enseñanza o su acción; bástales echar una semilla en el surco, lanzar un resplandor de su luz interior, comunicar un efusivo apretón de manos o un fugitivo abrazo de amistad, para que su personalidad quede para siempre grabada en la memoria de los hombres y para que la natural germinación de las ideas y de las virtudes perpetúe por toda una eternidad su paso por la vida. Estos son los verdaderos simbolizados por la luminosa fábula del ave Fénix de los griegos —anuncio vago de la doctrina de la resurrección perpetua de las cosas y de los seres— según la cual este pájaro sobrenatural, antes de morir, reúne los ramos perfumados de la selva, forma con ellos su nido, lo enciende, y de sus llamas surge un nuevo Fénix más joven y deslumbrante que el extinto. Y el fabulista medioeval agrega: “Así el varón justo, reuniendo en un haz todas sus virtudes y buenas acciones, debe concluir en medio de ellas su vida mortal, para renacer a otra vida feliz e imperecedera”. Los que le hemos conocido, amado y sentido la confortante influencia de su sano y vigoroso espíritu y corazón, y todos cuantos hayan recibido de cerca o de lejos la comunicación de su alma por su palabra o sus libros, contemplarán conmigo en este momento de póstuma recordación la nueva personalidad inmortal de Agustín Alvarez, en vuelo franco y dominador hacia la gloria verdadera, conquistada por la labor de la idea y labrada en el corazón de sus contemporáneos por la suma de sus virtudes, acrisoladas en la lucha y en el amor de sus semejantes y de su Patria.

V

DR. EDUARDO WILDE

DR. EDUARDO WILDE

Durante medio siglo Eduardo Wilde ha mantenido la atención de todo espíritu culto en nuestro país. Así, cuando se hablaba de las cosas del pensamiento, de letras, de ingenio argentino, en cuanto tiene de más agudo y resplandeciente, había que terminar con la interrogación: ¿y Wilde?

La generación surgida de la nebulosa cuya luz anunciadora fué Caseros, la cual, en parte, tuviera su seno de incubación en el Colegio del Uruguay, se vinculó después en las aulas restauradas de la Universidad, con la selecta pléyade porteña y provinciana que a ella concurría, y se acuñaba en ella como en aleación prospectiva y profunda, lo contó entre sus puntos más luminosos.

Fué él mismo, el inconfundible, desde que asomó a los círculos intelectuales de Buenos Aires, y no hubo un corrillo literario o una hoja periódica que no le contase entre sus colaboradores más brillantes. Su espíritu, ingénitamente observador, sutil, absorbente como las tierras áridas y las selvas sedientas del subtrópico, nutrido en la ciencia que más de cerca da a conocer la humanidad, y afiliado en el estudio de los escritores que engendran y modelan, trajo a las nacientes, ansiosas letras surgidas después de la noche de la Dictadura, como en una inundación, como en una crecida del Nilo —o del Paraná, digamos mejor,— una enorme provisión de limo nativo, de limo generador, de limo fecundante.

Su estilo puro, transparente, rico, fuerte y hondo como el de Quevedo, móvil y agudo como el de Dickens, penetrante y preñado de sorpresas y giros, insospechados por la inocente

literatura de la época, fué una novedad, un éxito, una consagración de un escritor sin parentesco conocido con ninguno de aquélla, ni de los modelos más inmediatos o directos de la madre España: era una forma tal como resultará siempre que a la inspiración propia del genio nativo se la eduque y se la vista con los ropajes propios del lenguaje y de los despliegues congénitos.

Luego, su humorismo, nacido también de un extraño maridaje entre la gracia originaria de la tierra y la ciencia de observación de la vida, —materia y alma,— realizado en el laboratorio, en la clínica y en el mundo, —dotado de alas nuevas por esa misma nutrición filosófica y científica,— fué como un aturdimiento, como un reto, como un susto, como un escándalo.

Y así tenía que ser. Cada literatura trae dentro de su sangre un secular sedimento de arrastres religiosos, filosóficos y habituales, que toman forma y lugar de una segunda naturaleza, y modelan la propia inteligencia colectiva. Y la alarma de la gente fué grande, y más grande cuando el autor, congeniando sus letras y sus dichos, en cierto modo, con su conducta aparente en la vida, llegó a personificar, como algunos filósofos de Atenas, un especial, un inequívoco tipo de filosofía y de vida: Sócrates, Heráclito, Diógenes, Zenón...

La sociedad argentina no se hallaba *en psicología* para recibir una filosofía viviente como ésa, que alternara con ella, que se mezclara en sus cosas, que se mostrara a la luz del día, que osara juzgarla, discutirla, sacudirla, enseñarle a reír, y de cuando en cuando quebrarle, como niño malo, sus ídolos mentales, en loca furia de irreverencia. Había que enseñar a reír a una generación que traía su ampulosidad desde las Gacetas de la Independencia, su solemnidad desde Rivadavia, sus invectivas trágicas desde la prensa unitaria de Rozas, sus ferocidades y sus desafíos gauchescos, de ahí también, y desde los diarios de la década posterior a Caseros, cuando tras de un artículo se adivinaba un revólver y se presentía un duelo a muerte.

Había que enseñarle otras cosas, y en forma tal, que no hubiera más remedio que aprender, como en los tiempos de Juvenal: y este humorista que exponía su fama, su reputación y su seriedad a cada paso, enseñó que había estilos más amables, formas menos odiosas, y que una cultura intensa y una sutileza aguda en la expresión y en la idea, valían más que un apóstrofe dantoniano, o que un editorial de doble filo y punta, como espada de combate. Como en el caso de todos sus hermanos seculares —Diógenes, Machiavelli, Quevedo,— derramó entre sus contemporáneos su enseñanza, su sabiduría, su ingenio, a costa de sí mismo, a riesgo de hundirse en el barro de su propia crítica, y dejarse llevar por la corriente turbia e impetuosa de su propia rebelión.

Desde las aulas de la Facultad de Medicina ya eran famosas sus frases, sus incidentes, sus ocurrencias, sus opiniones, las cuales nunca dejaron de ostentar, a pesar de todo, un aspecto de gravedad científica que las hacía temibles. Su primer trabajo serio —vale decir, académico,— la tesis sobre el *Hipo*, fué una novedad de forma, porque lo es siempre la forma espontánea y personal en los adustos estrados universitarios. Los sabios sonrieron sin saber por qué, pero las gentes de afuera sonrieron también, y sabían por qué, sin duda alguna.

Y luego, la crítica de arte, —pintura, música y poesía,— penetrada de ciencia positiva y de fantasía científica, dió sobre Blanes y Alfredo Napoleón notas inesperadas y todavía vibrantes de savia y de fuerza. En todo cuanto su *musa* retozona e irrespetuosa tocaba su mágica varita, despertaba un tumulto, una tempestad, una protesta indignada, en cuyo fondo, no obstante, se advertía una muda, una inconfesada admiración por el talento y por la ciencia. La aparición de *Tiempo Perdido*, con la reunión de la primera labor científico-literaria de Eduardo Wilde, fué una avidez y un regocijo para todos. Pocos libros más leídos, más dignos de perpetuación y constante reviviscencia: era la aparición de un nuevo tipo, de un

verdadero tipo literario en el árido desierto marcado por el estilo periodístico u opuscular de esos tiempos. Sarmiento, Mitre, Cané, Estrada, Goyena, Avellaneda, señalaban en ese cielo una constelación fija en cuyo centro serpenteaba este cometa excéntrico, que todo lo perturbaba, pero que llenaba de admiración con sus luces extraordinarias y sus movimientos juveniles y libres de órbitas preestablecidas.

Y siguió una evolución progresiva, sin detenimientos ni obscuridades hasta los días más recientes. La alta cultura espiritual representada por nuestras letras debe a Wilde páginas insuperables, de belleza pura, de emoción y humorismo tan intensos que habrían arrancado admiración a Dickens, y habría anticipado a Mark Twain, en sus momentos de mayor libertad. Sus artículos *La Lluvia* y *Tini* serían aquilatados entre las más preciosas joyas de cualquier literatura dominante en el mundo; sus cartas de viaje llevan su humorismo, o su fuerza o rareza de observación, a los grandes cuadros de la naturaleza o de la vida de las sociedades modernas. Sus discursos y piezas de combate parlamentario o labor ministerial, le muestran dotado de un potente don de asimilación de todo dominio del saber o actividad intelectual.

La política no fué para él más de lo que tenía que ser para su espíritu científico: un tema de experimentación más o menos vasto en comparación con los enfermos del hospital, o los casos de su clínica, y, si se quiere, hasta de esa otra clínica más amable de la literatura, por la cual pasaron tantos y tantos tipos y modalidades de su medio inmediato. Ministro, jefe de la pública sanidad, plenipotenciario en el último término de la carrera, nunca dejó de ser "él mismo", para valernos del motete del personaje de Ibsen, esto es, el mismo Wilde de *Tiempo perdido*, de *Prometeo y Cía.*, o sea el mismo observador agudísimo, el mismo humorista profundo y genial, el mismo pulcro escritor y literato, para quien ningún momento de la vida es de perder, ni sujeto alguno de menospreciar, en la tarea interminable de la obra a que vino predestinado.

El juicio contemporáneo, formado en la lucha, en la resistencia, en la contradicción, en el escándalo que siempre despertó su ingenio real o la ingeniosa forma de su crítica, ha de continuar todavía por mucho tiempo flagelando su efigie o su sombra incorpórea; el vulgo daba caracteres de realidad a las avanzadas formas de su pensamiento o de su fantasía, y así tardará en comprender la sencilla ecuación de su vida mental, en relación con su conducta aparente en el mundo. Si no hubiera sido así, en nada se habría distinguido del vulgo mismo —*odii profanum*— y su original figura mental no habría salido de su medio con los relieves únicos que harán su inmortalidad verdadera, cuando el aporte argentino al capital intelectual del género humano sea recibido con los honores que se merezca.

Entretanto, al considerar la desaparición material de Wilde, como la simple fórmula natural del humano destino, debemos ver en ella como el punto inicial de una era mejor para su nombre, y el verdadero despertar de una de las más grandes glorias literarias de nuestra patria, del habla castellana y de la cultura universal.

VI

GERVASIO MENDEZ

GERVASIO MENDEZ

La vida dolorosa del poeta de las lágrimas ha concluído ayer: un cuarto de siglo de sufrimientos ha sido necesario para derribar el roble que eran el carácter y la naturaleza de Gervasio Méndez. Una vida empezada en el trabajo modesto, seguida en los campamentos y templada al fuego de los altos ideales del espíritu, debía tener fuerza bastante para luchar con la muerte; pero al fin se apagó entre resplandores de incendio y ecos de música de un salmo perenne.

Nacido en la tierra que se ha llamado de los poetas, en Entre Ríos, alistado en las filas del orden durante la revolución de López Jordán, adquirió en esas campañas la enfermedad que le ligó para siempre a un lecho de tormento, en el cual no tuvo un día de calma sino el que ha empezado ayer, eterno y luminoso, donde su alma inspirada entonará su canto de victoria, el canto de la vida inmortal que comienza en la puerta del sepulcro.

Era tan intenso y amargo el cáliz en que Gervasio Méndez se hallaba condenado a beber, en lentísima progresión, la muerte, que los corazones más piadosos y amigos habrán vacilado, al saber su fin, entre la alegría y el pesar: lo primero, por verle libertado del dolor inmenso de la vida; lo segundo, porque ya no habrá la esperanza de escuchar una nueva armonía de su arpa, que entrañaba la esencia de las humanas desventuras.

Tuvo este poeta su tiempo de reinado sobre el alma argentina, en aquella mañana primaveral de nuestras letras,

cuando había menos escuela y más espontánea sinceridad en las ideas y en los sentimientos; sus estrofas resonaban en lo íntimo como el eco de los propios dolores, y sus cadencias, muchas veces nuevas, invitaban a repetir de memoria sus acentos profundos de una pena que se sabía cierta, palpable y desgarradora; quizá la universal convicción de su dolor real fué la causa de que los cantos destinados a expresarlo se desvaneciesen o se apagasen en la atmósfera, y también de que los consagrados a asuntos distintos no tuviesen eco en corazones sólo dispuestos a oír de sus labios sollozos o gemidos.

Pero la grandeza de este espíritu extraordinario no se revelaba menos en el heroísmo con que afrontaba la lucha por la vida, mucho más horrible que la que sustentaba con sus crueles dolencias, y apenas puede formarse la idea de que ese hombre pudiera consagrarse al trabajo, sumido en su lecho de tortura constante. No obstante, rebelde a la subsistencia gratuita, quiso siempre ganarla con su esfuerzo, y cuando pudo hacerlo, publicaba un periódico que ha dejado amables recuerdos en nuestras letras: *El Album del Hogar*.

Aquí publicó mucha parte de sus composiciones, que después formaron su único volumen de *Poesías* y artículos en prosa que no han sido compilados: le acompañaban con vivo interés en su bella empresa todos cuantos entonces cultivaban algún pedazo de la inagotable tierra donde florece la poesía.

Después, aunque su producción no fuera tan continua y abundante, por causa de sus padecimientos físicos, oyéronse sus acentos de tiempo en tiempo, y en cada ocasión en que la caridad o el patriotismo llamaban a todas las almas. De esta manera el libro de sus *Poesías* pudiera ser aumentado con nuevas páginas, unísonas en la entonación más dolorosa que haya brotado de fibras de poeta; o en la del amor, ora ardiente, ora severo, o de los afectos íntimos, que en él alcanzó intensidad lírica nada común.

A este último género pertenecen las estrofas de lo que debemos llamar su postrera lágrima, dedicada *A Teresa*, y de la cual sólo ha podido labrar los primeros versos:

*Encanto de los astros que a tus ojos
con sed de luz y de caricias bajan,
¡qué oscuro queda el cielo cuando duermes,
y qué densas las sombras que lo empañan!*

*¡Qué oscuro queda el cielo cuando ocultas
el sol tras el crespón de tus pestañas!...*

El dolor no ha querido que tan dulce y melancólico canto tuviera término; el ave de la selva entrerriana enmudeció para siempre al peso del mismo dolor que fuera a la vez su inspiración y su veneno.

Para concluir este breve bosquejo de la vida y personalidad del amado bardo —que debiera condensarse en la sola palabra “dolor”— digamos que, nacido el 2 de diciembre de 1847, y muerto a los cincuenta años de edad, vivió amarrado a su lecho de enfermo la mitad de ese tiempo, pues en 1872 contrajo el mal que lo ha llevado a la tumba. La sociedad de Buenos Aires y la República entera hicieron suyos sus sufrimientos, y mil veces ellos sacudieron en una sola emoción las almas argentinas. La nación habíale asegurado en 1887 la subsistencia material, y la amistad o la admiración acudían a sus necesidades extraordinarias.

Hoy, cuando vayan sus cenizas al reposo eterno, de todos los corazones surgirá un solo sentimiento: ha concluído por fin el dolor, y ha empezado la inmortalidad: las letras argentinas conservarán por muchas generaciones las estrofas de Gervasio Méndez, como los verdaderos acentos del dolor humano, heroico e inspirado como el de Job.

Abril 19 de 1897.

VII

JUANA MANUELA GORRITI

NOTA NECROLÓGICA

JUANA MANUELA GORRITI

En los últimos como en los más vigorosos años de su vida, la inteligencia de la autora de *Sueños y realidades* no cesó de producir páginas y libros que harán su recuerdo menos perecedero que lo humano forma en todos los pueblos esa familia de trabajadores para quienes el único premio es el recuerdo de su nombre; pero a la larga, cuando viene la hora de pensar en lo que se ha elaborado, desde el punto de vista intelectual de las sociedades, se reincorporan y sus nombres reviven rodeados de una serena aureola.

La biografía de la señora Gorriti no puede ser detallada en un diario: es una leyenda, como se ha dicho, pero en la cual resaltan grandes virtudes y sentimientos que, dando sello original a su vida y a sus obras, la hacen designar con estas solas palabras: era un corazón de mujer americana.

Abnegaciones, sufrimientos, triunfos y peregrinaciones dolorosas por toda la América condensan esa existencia concluída ayer.

Hija de una ilustre familia de la independencia, en cuya época nació, vióse después encadenada a la suerte de la patria durante los períodos sombríos y revueltos de nuestras guerras civiles y de las de Bolivia, cuya historia es proverbialmente la de la guerra civil

Sus padres fueron el general José Ignacio Gorriti y doña Feliciano Zuviría, hermana del célebre escritor de este apellido. Nació en Orcones, estancia de la provincia de Salta, a la cual ha consagrado tal vez una de sus mejores páginas.

La gran emigración de 1831, a consecuencia de las victorias de la montonera organizada, llevó a Bolivia al general Gorriti y su familia. Allí conoció y se unió en matrimonio con el que fué el célebre general Belzu. Las tragedias de la historia boliviana afectaron, pues, profundamente su vida, siguiendo las alternativas de la de su esposo.

Uno de sus biógrafos refiere la escena de la muerte del general Belzu, acaecida mientras ella daba lecciones en un colegio de La Paz, y dice: "Corrió al sitio de la catástrofe, y atravesando por entre las balas que se cruzaban en aquella aciaga hora, levantó el ensangrentado cadáver en sus brazos, auxiliada y seguida de multitudes populares". Hallóse después en el memorable combate del 2 de mayo en el Callao, prestando servicios caritativos y mereciendo la cruz honrosa de la jornada.

La Biografía, la Historia, volverán, sin duda, un día a reunir en un solo relato los mil episodios de la vida de la señora Gorriti, y será el libro más interesante que pueda escribirse sobre personaje americano.

Fecundísima fué su labor intelectual en todas las épocas, tanto en las aulas escolares como maestra, como en la prensa, como en el libro. La sociedad de Lima y de La Paz conservan las huellas de sus lecciones, y todos los países del habla castellana, especialmente americanos, conocen a Juana Manuela Gorriti, porque endulzó con sus narraciones cálidas, pintorescas, íntimas o fantásticas, las veladas de todos los hogares, especialmente allá, cuando aún la novela extranjera no había desterrado de ellos el cariño por los escritores nativos, los cuales, si es cierto que no alcanzaron grandes perfecciones, hablaban a las almas en un lenguaje conocido, de una naturaleza amada y de historias tocantes, porque recordaban las glorias, los sufrimientos y las vicisitudes de nuestros abuelos y de nuestros compatriotas.

La señora Gorriti —o la Gorriti, como la llama la popularidad— ha dejado en innumerables escritos difundida la leyenda conmovedora de su existencia, la historia trágica de los

hombres o de los pueblos a los cuales se liga la suya y las faces de la vida social de los arduos tiempos que ella atravesó en apostolado de pensadora y en su dolorosa peregrinación de mujer apasionada.

Las cualidades dominantes de su obra literaria son el sentimiento dramático de la historia, el colorido personal de las impresiones, el reflejo real de la naturaleza americana y esa eternamente interesante y nueva faz de la vida íntima, en cuanto importa un elemento de arte, que ha hecho inmortales las páginas de Chateaubriand, de Lamartine y otros, aparte del alto interés novelesco que su propia vida presta a todos los sucesos narrados por su pluma.

Sus obras, reunidas unas y otras dispersas, como casi siempre sucede entre nosotros, por periódicos y revistas, formarían una vasta colección que reflejaría quizá con intensidad no esperada toda la historia de las tres naciones a las cuales ella vinculó sus días, adornada con las flores y las galas de la naturaleza, de que fué excelente pintora, y calentada por el fuego nativo de la raza y el profundo aunque sereno dolor inoculado en todo lo que escribe y nacido de sus propias desventuras.

Los volúmenes titulados: *Panoramas de la vida y Sueños y realidades* fueron la lectura favorita de las sociedades sudamericanas durante mucho tiempo. La historia le debe muchos elementos, como las biografías de los generales Gorriti, Belzu, Puch y mil acontecimientos y episodios entremezclados en sus escritos.

En la edad más reposada escribió también *El mundo de los recuerdos, La tierra natal, Oasis en la vida, Perfiles contemporáneos, Velada literaria* y ha dejado inédito un libro que será, quizá, el más interesante, a juzgar por el título y por lo que toda la América sabe de su dolorosa historia. Este volumen inédito se titula: *Lo íntimo*.

Además del mérito intrínseco y parcial de cada una de sus obras, el conjunto será de inestimable valor para la historia literaria de Sud América y un tesoro valioso de observa-

ción de la naturaleza y de la vida de estas sociedades tan jóvenes y ya tan sacudidas por las calamidades y desventuras de las que han vivido muchos siglos.

Sensible es que la índole fugaz de un apunte periodístico nos impida extendernos más, pero al dar esta breve noticia, debemos consignar que, si la República y la familia pierden una mujer de tanta valía, la historia y las letras argentinas ganan un doble legado: su nombre y sus obras.

VIII

UN PIONEER DE LA LLANURA

DON TIMOTEO GORDILLO

(1814 - 1914)

UN PIONEER DE LA LLANURA *

DON TIMOTEO GORDILLO

Señor Intendente;

Señoras; Señores:

En el cuarto de siglo de vida pública que llevo vivido, pocas veces he asistido a una fiesta más atractiva para mi temperamento que la de este día. Por la idea nacional simbolizada, por el hombre representativo de la idea, por las sugerencias retrospectivas y por la modesta apariencia del escenario, me parece hallarme bajo el techo azul de mi propio terruño, asentado sobre un muro de nieve construido por cíclopes desaparecidos, antes que naciese la humanidad.

Ha sido una inspiración felicísima la de la autoridad municipal de Quilmes, al designar con el nombre del benemérito *pioneer* riojano la calle que nos alberga; casi podría retrotraer la memoria —si esto no se saltase del cuadro— a la inmortal expedición de los bravos calchaquíes, dominadores insaciables, llegados hasta esta región de las grandes aguas, desde la región de las grandes piedras, cuando aún a la América no habían llegado la espada ni la cruz, y dejados aquí como una semilla avanzada, que un viento prematuro hizo caer lejos del núcleo originario, cuando las expediciones de

* Discurso en el acto de colocar las placas de la calle "Timoteo Gordillo" en el pueblo de Bernal, de la comuna de Quilmes, provincia de Buenos Aires, el 6 de septiembre de 1914.

la conquista europea comenzaron a surcar estos trágicos caminos.

Destinados estaban estos fragmentos a reunirse un día remoto en plena civilización presentida, en el día de la vasta unificación territorial, difundida por el Inca glorioso, cuando por caminos semejantes a la Vía Apia, sus chasques, veloces como flechas y como piedras de honda, transmitían el mandato soberano desde el trono del Cuzco hasta las orillas ruidosas del Maule, buscando, cual un Alejandro primitivo, como sospechoso de la irreparable invasión del blanco, reunir bajo un solo cetro las naciones del Imperio Tahuantinsuyo, como el macedonio había juntado bajo la ley de luz del helenismo índico las cinco regiones emparentadas desde lo alto por la poesía y la ciencia más ideales y prospectivas de que exista recuerdo humano.

Comenzaban los reyes del Cuzco a penetrar en el nimbo de las ideas orgánicas, a tender carreteras por encima y a través de las cordilleras más altivas del mundo, a seguir como derrotero místico el vuelo de los cóndores consagrados como mitos de la raza, a levantar en las más distantes comarcas templos, fortalezas y tambos, como eslabones colosales de la inmensa constitución política, a bosquejar calendarios, pinturas, esculturas y telas, a modular canciones, corear sus ritmos y tejer las redes mágicas de un lenguaje rotundo como el latín de Virgilio, armonioso como el griego de Homero; cuando el brazo misterioso del dios de la cumbre tendió su hacha fatídica hacia el Continente, anunciando la llegada de las carabelas portadoras de la esclavitud y de una promesa de libertad.

Durante tres centurias los caminos del Inca, abandonados, cuyos vestigios hoy apenas se adivinan en rotos y dispersos monolitos, se borraron bajo el paso devastador de las crecientes y de los huracanes y de los ventisqueros. Los ejércitos de Ollantay no resucitaron para reconstruirlos, ni las piedras y las arenas sepultadoras de la obra del hombre tuvieron quien las contuviese más en su tarea de disgregación,

de enemistades y antagonismos sin término. Al arriero indio con su tropa de llamas guiada a pie, al resguardo de la invulnerable *ushuta* de cuero de huanaco, reemplazó poco a poco el gaucho nativo hondo de parentesco espiritual con su semejante autóctono; y siempre recio al sufrimiento, que el desierto llano o montañoso incubaba en su alma solitaria.

Empezaban los reyes incas a establecer escuelas de su embrionaria cultura bajo la dirección de sus sabios *amautas* conservadores de los misteriosos *quipus*, cronológicos y heráldicos; y la gente blanca, en tres siglos de su dominio, engendró la protesta de 1810, porque había borrado los caminos y había mezquinado las escuelas que no enseñaban a ignorar las cosas del mundo y de la vida civilizada. Escuelas y caminos que abrieron en su marcha de avance los ejércitos de Belgrano y San Martín; escuelas para el pueblo y caminos para la fraternidad y la industria, que el régimen europeo había desconocido, porque su misión no fué la de encender hogares de amor nacional, ni abrir rutas a la solidaridad humana, sino la de mantener graneros, haciendas y minerales por siervos para el rey, y enclaustrar como el avaro la riqueza y la servidumbre por temor al goce del prójimo o al instinto de independencia que traen las brisas del mar abierto.

En el desierto de la tierra, de horizonte cerrado por el bosque o la montaña, debía nacer el *baqueano* que esbozó Sarmiento y deberá fundir otro Miguel Angel en sus bronce de cíclopes; en la ausencia de rutas por el suelo, el pensamiento y el instinto las buscaban en el firmamento, donde las estrellas, catalogadas como en un infinito alfabeto luminoso, revelaban al espíritu del caminante los secretos de una ciencia nunca estudiada, por la cual se recorrían los laberintos de los llanos o las quebradas, más arcanos y terribles que los de las pirámides milenarias del Egipto. En éstas la muerte por sed o por hambre esperaban al extraviado profanador; en aquéllos, las fieras de la tierra y los bandidos del espacio anticipaban a veces la obra de la fatiga y la extenuación.

Si en el escenario de la pura epopeya son admirables los

ejércitos de la conquista, al recorrer los territorios vírgenes de la América, abriendo rumbos con la espada y la cruz, no fueron menos sublimes las cruzadas libertadoras de las patrias legiones, ya para luchar con sus tiranos, ya para combatir entre ellos tras de un miraje de libertad política, que sólo era la impulsión inerte de un pasado de soledades e ignorancias recíprocas. El federalismo bárbaro e inorgánico de la época anárquica se mantuvo al amparo de las extensiones despobladas, atizadas sin cesar por el bandolerismo, la monotonía y el malón; y el noble baqueano, intérprete infatigable de los astros y de los rumores subterráneos o ambientes, fué, con todo, el guía providencial de la idea nacionalista, que acercó a los hombres, los hizo conocerse y ayudarse, y trazó en el suelo el primer rasgo geométrico de las futuras carreteras y ferrocarriles.

Una ciencia de la orientación ha existido siempre en la naturaleza animal y humana, y ha inclinado las corrientes de la historia; el vehículo ha sido dado también por el instinto o por la tierra misma. El camello, el elefante, el caballo, el asno y la carabela han acarreado la luz, el amor y la sabiduría del Oriente al Occidente; y éste le ha devuelto al cabo de los siglos el ferrocarril, el vapor y el telégrafo sin hilos, como último resultado de aquella ofrenda primitiva. Asnos, elefantes y camellos transportaron las bibliotecas de Caldea, Egipto, Serapis y Alejandría; y por los polvorosos caminos de la Europa y del Asia, y los procelosos mares del Mediterráneo, la Oceanía y la América, el caudal de ideas de esos sacros depósitos difundieron la civilización política y el relativo bienestar económico de que goza la humanidad contemporánea.

Y bien: nuestra libertad y nuestra civilización han viajado en mula y a caballo, en bueyes y en asnos, y en *ojotas* de cuero crudo, desde la región del río de Solís hasta el mar Pacífico de Chile, a través de la cordillera andina, y hasta la alta Bolivia y el Perú, por los interminables llanos y selvas del norte subtropical. La sangre ha ungido los surcos sedien-

tos a falta de lluvias, cuando los odios domésticos encendían la guerra: guerra de soledad y de aislamiento, de ignorancia y de miseria, que los constituyentes de 1853 y 1860, los mismos libertadores de Caseros, quisieron borrar de las mentes y de la tierra, cuando se pusieron a llamar a gritos, como columna extraviada en la noche, al extranjero, al laborioso, al letrado, al concededor de las cosas, al descubridor de los tesoros del suelo.

Había entonces fiebre de conocerse y de aproximarse por todos los medios, los más distantes extremos del país, reconquistado a la quietud y a la verdadera posesión del trabajo. Y ya se ve con cuánta previsión pensaban aquellos hombres sabios, que sabían ya por los viejos libros que el trabajo sólo consagra la propiedad, y la consolida y asegura contra la piratería y la rapiña civilizada de los fuertes. Urquiza, Mitre y Sarmiento atizaban esa fiebre de andar, de desbrozar, de alinderar en la llanura, en la pampa, en la montaña, para que circularan las nuevas corrientes de la vida libre, del comercio naciente, de la inmigración recién llegada, de los sabios y exploradores, como de Moussy, Bravard, Rickard y Naranjo; de los educadores europeos como Jacques y Larroque, y de los camineros y ruteros geniales como Wheelwright, en quien Alberdi ha personalizado el genio civilizador por la intercomuni6n de los pueblos de América.

Alberdi y Sarmiento, quienes, como aquellos griegos de la conocida historia, rivalizaron a muerte por la felicidad de la Patria, vieron el mismo problema con distintos ojos, pero a través del mismo instrumento óptico: la extensión o *latifundia*, dice Sarmiento; la despoblaci6n y la distancia, confirma Alberdi; y el Gobierno de la Confederaci6n, con su intensa mirada hacia el interior del país, como *substratum* necesario de la vida nacional, desplegó la primera red de caminos carreteros, que daban realidad metódica a las naturales corrientes de la circulaci6n, creadas por la historia, y por cuyos surcos, casi sin variaci6n, la ciencia ferroviaria ha trazado sus calzadas de acero.

Este acto de hoy, celebrado en ambiente de tan amable y patriótica compañía, condensa toda la filosofía de aquella época, y exhuma el nombre de una familia ilustre en los anales de una República. Porque los Gordillo no sólo son los beneméritos conductores de la civilización, por el comercio y los viajes, al estilo griego, en nuestra Edad Media; sino linaje de patricios, cuyas vidas, en sus tiempos y en su medio, pueden compararse con los varones ejemplares de Plutarco, de Lamartine, de Fenelón, que viven su vida pura, siembran en su ruta la virtud ingénita de sus almas, y mueren por haber dado la vida a sus compatriotas en continua sangría de sacrificios, labores y renunciaciones, no menos grandes por carecer de historia. Gordillos hubo en las más cruentas luchas por la libertad, en los primeros y grandes congresos de la época constituyente, y en los más ordenados períodos de la época contemporánea, en la cual, al gobernar provincias embrionarias, supieron demostrar que la grandeza del carácter y de la abnegación por el bien público no depende de la magnitud de los territorios ni de la opulencia de las ciudades.

Desde la solitaria vivienda y huerto donde suelo ir a ocultar mis fatigas y a recobrar mis alientos, a la sombra del gran cerro, se divisa como una columna de mármol, solitaria en plena llanura surgiendo de entre un bosque de naranjos verde-oscuros, el blanco campanario de la iglesia de Malligasta, aldea señorial de doble señorío, de caciques famatinas y de claros y virtuosos hidalgos, de donde procede el ciudadano en cuyo homenaje celébrase esta conmemoración centenaria: don Timoteo Gordillo, nacido en plena revolución libertadora, criado en el ambiente de las primeras abnegaciones, emancipado en plena libertad, y dedicado luego a la noble pasión de su vida, la de dotar a su patria desierta de las vastas rutas terrestres, precursoras de las líneas férreas que hoy surcan todo el territorio, y crean la asombrosa potencia económica argentina. Es el tipo del *pioneer* nacional, que vence la selva, el desierto y la montaña, que concilia por medio de una ancha línea trazada en el suelo por millares de le-

guas los más remotos extremos; y que dando carácter de revolución a su empresa, va al extranjero a traer, junto con el nuevo espíritu de otras civilizaciones, las más adelantadas y adaptables máquinas de transporte para ensanchar y encauzar nuestro comercio interno y externo.

Ahí están todavía imborrables, extendidas como franjas de una inmensa bandera blanca, por todo el territorio argentino, las rutas carreteras que construyó con una tenacidad y una resistencia insuperadas, en épocas bravías y penosas, a través de inenarrables obstáculos, para unir en la realidad provincias, ciudades y comarcas que sólo en la letra de los pactos hallábanse confederadas. En el lenguaje de la región llaman *gordillanas* a esas leguas rectas y polvorosas, alinderadas y numeradas con método inflexible, y que la mula del viajero o la tropilla de la diligencia devoran entre nubes de tierra movediza, guiada por el postillón impasible, muchas veces dormido, y luchando como el Cid, desde su montura, para no detener un instante el ataque contra el desierto escueto, árido, boscoso o arrugado de zanjas cada vez más hondas, que se transforman en cauces de las formidables crecientes del estío.

Rutas mil veces bendecidas, allá en las meditaciones retrospectivas de todos cuantos hemos recorrido sus leguas, pavorosas por la impaciencia, para venir hasta los colegios y las universidades de Córdoba o Buenos Aires, a buscar nuestra parte de ilustración, para concurrir a la cultura general de la tierra patria; rutas sagradas, por donde ha recorrido en tiempos dolorosos la palabra de unión y de inteligencia de la familia argentina, despedazada por la anarquía, ensangrentada por el despotismo, roída y dispersa por la miseria, pero que aquélla, como una esperanza profética, mantenía firme en la fe de la reconstrucción y de la definitiva fundación del hogar común; rutas tendidas a través de inmensas soledades deshabitadas y eriales pero que han sugerido el movimiento al quietismo e inercia coloniales, suscitando la vida en sus bordes y oasis, alejando por la claridad y la rectitud

el malón del indio, o la emboscada del gaucho malo, o la celada de la fiera en acecho, para despertar y crear el comercio, que es nuevo y positivo vínculo entre hermanos y extranjeros.

Pocos honores póstumos son tan justificados como éste, ni más sugestivos, decretados por una municipalidad bonaerense; de esta Buenos Aires que desde el virreinato hasta estos días, irradia su espíritu y su cultura, y calienta con su entusiasmo e inspiraciones geniales el corazón de la democracia argentina, muchas veces desalentada por las largas opresiones. Ha realizado con este nombre que hoy adopta como suyo una síntesis histórica y política de la más alta significación, al unir el presente próspero con un pasado de prueba y de abandono, y al juntar con los nombres inmortales o beneméritos de la historia propia y regional el de este hijo de la distante Rioja, del Velasco y del Famatina, en la cual, si es cierto que no ha crecido aún la opulencia mercantil e industrial de sus hermanas mayores, en cambio ha traído a las luchas de la civilización, de la cultura y de la más intensa labor legislativa en todo tiempo, y hasta lo ha llevado a naciones vecinas, el intenso contingente de ideas y virtudes cívicas de sus grandes patricios, nacidos del primer núcleo colonial, en el que se condensará la más pura sangre de la raza, en apellidos como los de Bazán, Luna, Salcedo, Ocampo, Herrera, de la Colina, Dávila, Barros, Villafañe, Granillo, Vera, Gordillo, Tello, San Román, Iribarren, Valdés, Carreño, Bustos, García, del Moral, Peñaloza, Larrahona, Alvarez, González, Gómez, y tantos otros, cuyas generaciones y alianzas sucesivas, como los olivos y naranjos de su suelo, semejantes a bosques bíblicos, trascienden a pueblo elegido y despiden aroma de santuario, acaso porque tanto espíritu superior vela constantemente desde su altura inmortal por la conservación incontaminada de la primera simiente.

A la profunda simpatía que la gente riojana ha profesado en todo tiempo a Buenos Aires, viene a agregarse ahora esta nueva prenda de amistad y de agradecimiento. La prós-

pera comuna de Quilmes y Bernal ha fundido este fuerte anillo de una unión más estrecha con la sociedad de La Rioja, al adoptar para una de sus calles el nombre de un héroe y de un patricio, de un héroe del progreso y de la civilización, de los que contemplaban Sarmiento y Alberdi en sus libros evocadores, y un patricio legítimo por su origen y sus hechos, por sus servicios eminentes a la Nación, en la más ardua y cruenta de las guerras, la del desierto, la despoblación y la miseria.

Por mi parte, sin mandato alguno oficial, pero seguro de representar el sentimiento de la Provincia que me honro en representar en el Senado de la Nación, agradezco en nombre de esas altas entidades y en el mío propio el acto generoso y justiciero de la culta comuna de Quilmes, en la cual los hijos de La Rioja tendrán de hoy en adelante algo como un jirón de su gloria propia, perpetuado en este sitio, en uno de los apellidos más ilustres de su historia; y hago los más fervientes votos por la creciente prosperidad y bienestar moral y material de este municipio, y por la dicha personal de sus dignos representantes.

IX

UN PIONEER DE LA MONTAÑA

DON GUILLERMO A. TRELOAR

(30 de enero de 1914)

UN PIONEER DE LA MONTAÑA

DON GUILLERMO A. TRELOAR

Dados los hondos vínculos que me unían a este ilustre muerto, no debía yo rendirle otro homenaje que el de mis lágrimas silenciosas; era para mí, más que un amigo, un hermano, un padre. Sí; él mismo lo ha dicho siempre con un vivo y conmovido orgullo paterno: "Yo he tenido a este muchacho muchas veces sobre mis rodillas". Con esto quería decir que el *gentleman* inglés recién llegado a Chilecito había sido recibido en mi antiguo hogar, ya destruído por la muerte, como un miembro de la propia familia, como en los grandes tiempos de la Grecia y de la Judea.

Pero el hombre que hoy baja por fin al sepulcro, después de más de medio siglo de brega cuerpo a cuerpo con la montaña ruda y avara, no era solamente un corazón afectivo, era un alto exponente de esas fuerzas superiores que vienen labrando el progreso de la civilización contemporánea, que había elegido como centro de acción nuestra Villa Argentina, donde sobre su hogar honesto y laborioso se irguió siempre la bandera británica en íntima, en emocional compañía con la de nuestra cara patria. Durante más de cuarenta años el viejo luchador, el grande y risueño anciano, el niño inalterable por la pureza del alma, fué aquí la luz conductora de la lejana cultura europea hacia nuestro suelo, del capital civilizador y educador aplicado a nuestras ingentes riquezas irrelatadas; y durante ese largo período ha visto acumularse y

desvanecerse sucesivamente varias fortunas entre sus manos, sin que jamás se hubiesen ido de su corazón ni la fe ni el valor, ni la convicción en el triunfo del mineral y del esfuerzo inteligente aplicado a su despertar y a su entrega a la explotación de la grande industria.

Era también dentro de nosotros, de nuestra pequeña sociabilidad, no siempre serena y plácida y no pocas veces agitada por las pasiones más violentas de la política y de los intereses encontrados, una torre inexpugnable de defensa colectiva, de refugio de las buenas y conciliadoras virtudes de la tolerancia y de la benevolencia, que mueven, como enormes palancas en el mundo, los más feroces pesos de los odios y de las querellas acumuladas por la ceguedad y la ira de sus enconos en pugna.

Si en alguna morada humana pudo grabarse como en los tiempos antiguos la leyenda propiciatoria del divino príncipe de la paz, —*Pax huic domui*— era en aquella en la cual había fijado su vivienda definitiva, y el altar de las inalterables virtudes de su linaje, y de su raza y nacionalidad, el venerable viejo que ahora rinde su cuerpo a la tierra madre. Y quien estas líneas escribe y este mensaje del alma le envía en esta hora suprema, ha podido atestiguar cuánto reposo, cuánta serenidad, cuánto saludable olvido de las cosas del mundo se palpaban dentro de los sencillos muros y al amor del nutrido ambiente de su casa y de su huerto, cerrado —*hortus conclusus*— para todo viento maléfico de desunión, de antipatía y malquerencia entre los hombres y los convecinos.

La Villa, la Ciudad, la Provincia, la Nación, le son deudores de uno de los más altos servicios que pueden agradecerse o alabarse entre las sociedades y los pueblos: el mantenimiento de la fe y el apoyo europeo-británico sobre la potencia de nuestro célebre mineral tantas veces calumniado; el mantenimiento en su hogar del fuego sagrado de las más altas virtudes humanas, la de la amistad, la hospitalidad y la benevolencia como base de toda vida culta y progresiva, y el mantenimiento con su propia vida y conducta de la fe en

el trabajo personal, en el esfuerzo persistente y en el valor intrínseco de la honestidad como virtud esencial a todo núcleo humano civilizado.

Domino apenas la profunda emoción que me embarga para dar a este amigo, hermano y padre afectuoso, en el instante en que entra a morar para siempre en este mi hogar de la muerte, como fué el suyo mi hogar de la vida, la despedida eterna de entre los vivos, tranquilo, no obstante, al verlo acostado junto al lecho que he de ir yo también a ocupar en día ya no lejano para reanudar en silencio y sin palabras el diálogo cariñoso e íntimo que su muerte apenas interrumpe por un momento.

Doy mi condolencia más filial al pueblo de Chilecito por esta pérdida que gravitará tan dolorosamente sobre su alma; a sus compatriotas y extranjeros todos, nuestros vecinos, que veían en el querido anciano su patriarca, su foco de calor y dulces memorias lejanas, e invito a todos los hijos de la noble y secular Villa Argentina de mis abuelos a rodear esta tumba en la cual desde hoy reposa por fin un atleta de la energía, un noble corazón, un varón santo y digno de perpetua veneración.

X

LA CORONA BRITANICA

1. EDUARDO VII Y LA EUROPA

(11 de febrero de 1910)

2. JORGE V, REX ET IMPERATOR

(22 de junio de 1911)

LA CORONA BRITANICA

1. EDUARDO VII Y LA EUROPA *

(11 de febrero de 1910)

Señor Mariano de Vedia.

Mi querido Mariano: Estoy en absoluta oposición con el juicio que me trasmite sobre Eduardo VII.

Lo de la *vida airada* y otras leyendas nacidas de la chismografía europea, puede ser sólo *vida galante, vida viril, vida intensa* —para decir la palabra puesta de moda por Roosevelt,— que para el que había de ser rey de Inglaterra y emperador de medio mundo —porque así es no más,— era una clínica soberbia, un laboratorio de observación, un saturamiento de ambiente real, humano, palpitante, en el corazón mismo de la Europa.

Y ahí tiene usted la prueba: apenas llegada a su ocaso la *era victoriana*, el futuro rey entra en el nimbo del silencio y de la austeridad más absolutos, para no hablar

* Publicada esta carta en el diario *El País*, del 12 de febrero de 1910, la Redacción la precedió de la siguiente nota que creemos oportuno reproducir, a modo de información al lector:

“Preciso es dar cuenta del origen de esta página. Conversábase en una sobremesa animada, sobre los antecedentes y figuración actual de Eduardo VII, entre los recuerdos más generales de la vida del príncipe que debía suceder a la augusta Victoria, y las apreciaciones que hoy más comúnmente circulan respecto de la acción del gran monarca del día. Producido en la reunión un desacuerdo, más de interpretación que de fondo, se convino en pedir al doctor González que expresara sus opiniones sobre el particular... Dice así la respuesta al amigo que le expuso el caso...”

después más que el lenguaje de todos los grandes reyes de Inglaterra, con la gravedad sencilla y grandiosa de centenares de antepasados, impuesta por el peso de una tradición de gloria insuperable, y por la responsabilidad del gobierno más vasto que hayan conocido los hombres, y a cuyo lado el imperio romano es una pobre provincia.

En esta inmensa maquinaria, que aturde, deslumbra, desvanece, electriza y arrastra por su fragor, y su precisión, y su orden majestuoso, el único que no se ve es el artífice, el conductor, el *hombre de la máquina*, cuya mano serena e imperturbable, y cuya mirada intensa y tranquila, no se apartan un punto de su posición directiva. Si una u otra se perturbasen, ¡imagínese el desequilibrio, la conmoción y la catástrofe! Esa balanza admirable de los partidos políticos ingleses perdería su fiel, y sería otra vez la Torre de Londres de los Estuardos; la constelación innumerable de las colonias —que son ya otros imperios— se disgregaría como las joyas en el verso de Moore; y la armonía universal de las naciones libres, de las otras potencias, se rompería con enorme estrépito, y toda la paz internacional, el reinado del derecho, los anhelos y la vida de justicia internacional se desvanecerían en un instante.

Y luego, la política europea, desde que este *gentleman* sin parecido ha comenzado a ceñir corona, ha cambiado de tono, ha entrado en un período de juicio y de ponderación; y sin olvidar el problema permanente de la propia grandeza, ha consolidado la fe en la justicia, la confianza en los altos estímulos, y la creencia en la garantía del derecho de los más débiles, aceptando la razón en los demás, sometiéndose a los fallos contrarios, ahorrando excesivos dolores y desastres de guerra sin mayores ventajas.

He demostrado que la política tiene el encanto de la nobleza y la cultura personal, y los temores germanistas, los viejos resentimientos franceses, las fieras severidades rusas, se han desvanecido con un afectuoso *shake hands*, con un brindis sobrio e intenso, con un arranque de sano y ejemplar

entusiasmo por las conquistas de la libertad en cualquier región del mundo. La *entente* franco-ruso-británica, la habilísima alianza con el Japón, la intimidación con su ex colonia y hoy mundial potencia de América; la continua y paternal hospitalidad a sus parientes soberanos de Grecia, España y Portugal, su simpatía heredada y cultivada con filial y artístico amor por la dulce Italia, y su insospechable espíritu de equidad para sus arbitrajes en Sudamérica, su amplitud admirable de alma para aceptar y estimular la expansión democrática de su propio pueblo —modelo de repúblicas en medio de su tradicionalismo— y los progresos de la legislación social; todas estas cosas están diciendo que por encima de los ministros hay un soberano con un pensamiento y una acción imperturbables; y si en la presente crisis política en que se halla amenazada la existencia o la integridad de la Cámara de los Pares, que tiene en los albores de la Carta Magna su abolengo y sus raíces, y que en otra parte sería un 89, gracias a ese poder o fuerza oculta, será una conmoción de alma, tan honda como se quiera, como la reforma de 1832 y la de 1884, pero nunca una revolución a lo Cromwell.

Si usted hubiese leído los últimos discursos de Eduardo VII en su visita a los colegios seculares, donde vive aún la tradición de sus grandes abuelos, de los primeros Eduardos y Enriques, y de Isabel, se habría conmovido de esa emoción que surge de las cosas por mucho tiempo conservadas en culto íntimo o público, y el sentir cómo el gran mundano Príncipe de Gales llevaba en su corazón y en su sangre el alma y la savia de ocho siglos de tradición y de gloria.

El mecanismo funciona con tanta regularidad y seguridad, que los espectadores han perdido la noción del cerebro y la mano que lo maneja. ¿Cree usted que esa colosal contienda electoral de estos últimos días se hubiese reñido en campo inseguro, o peligroso, o mudable? Nunca. Una cabeza, una voluntad, un sentimiento, sin vacilaciones ni debilidades, pero con una conciencia superior de la misión de justicia, que es ser rey de un gran pueblo, han presidido la lucha des-

lumbradora de ideas e intereses, sin una desconfianza, sin un reproche, sin una sospecha sobre la majestad de la conciencia que la corona cubre simbólicamente.

¿Para qué quiere que le hable de detalles de la vida? ¿Usted sabe —gran mundano también en nuestro mundo, que es mundo como todos— lo que es ser hoy gobernante de una nación de primera magnitud? Vida plena, de ambiente, de cultura, de labor, de representación, de sport, de empresa, rodeada y como iluminada de lo alto por estas tres virtudes teologales de la era nueva —honestidad, discreción, dedicación— y si se quiere más todavía, a manera de cúpula iluminada, una insospechada consagración al culto de los afectos domésticos y amistosos.

Eduardo VII es hoy para su pueblo —para sus pueblos innumerables— todo aquello, y algo más —el rey político que ha sacado a la Inglaterra de las Islas Británicas, como a princesa prisionera, para hacerla dar un paseo triunfal por toda la Europa, por todo el mundo;— esto es, el Rey de Inglaterra ha usado con la patria la real galantería del Príncipe de Gales: hacer que su desposada recorriera prendida de su brazo todos los sitios por los cuales él había antes paseado su juventud.

He visto algunos libros sobre *Eduardo íntimo*, o sobre su vida de hombre de Estado y de hogar; pero no suelo apreciar esta clase de obras, hechas sobre modelo vivo, y no las recuerdo. Sólo he querido contestar su cartita, y ahí está.

Hasta siempre. Suyo afectísimo,

J. V. González.

2. JORGE V, REX ET IMPERATOR

(22 de junio de 1911)

A la desaparición del Pacificador Eduardo VII el mundo civilizado sintió la impresión de un enorme vacío. El más gentil de los oradores del idioma de Ruskin y Carlile, dijo en

su breve y conmovedora oración del Parlamento: "Dios preserve la memoria del Gran Rey Eduardo; Dios proteja el reinado de Jorge V".

Las leyes seculares de la noble Britania han establecido, a la manera de los esponsales místicos entre los pastores y sus iglesias, un tiempo de espera entre la asunción y la coronación. El espíritu de todo un imperio se habitúa, entretanto, a la idea de la extinción definitiva del reino que se ha ido, y a la de la nueva era, que puede venir saturada de lo imprevisto.

En Europa, alrededor de las cortes reales, se crean leyendas adversas y favorables a los nuevos monarcas: ellos pagan el privilegio de su posición excepcional con la plena exposición al sol de la crítica. Pero también es éste un crisol que los depura y los entrega a la acción irrevocable de la vida y del gobierno de su pueblo, batidos y templados en el timbre que no ha de cambiar más hasta su muerte.

Cuando desapareció Eduardo, al que la Europa ha de extrañar todavía por mucho tiempo, dijimos en un diario que el hecho de gobernar un imperio como el de la Gran Bretaña, que mantiene por sí solo el equilibrio de la humanidad, bastaba para transformar el alma de un príncipe; y así, a la juventud agitada y discutida de Eduardo, había sucedido el más alto, el más sabio, el más fecundo de los períodos políticos en beneficio para la Inglaterra y para la Europa.

La primera garantía de acierto que diera Eduardo fué la promesa cumplida de continuidad del largo reinado de Victoria Augusta; y la primera seguridad de discreción y de prudencia ofrecida por Jorge V a su pueblo fué la de la continuidad de la gran política de su llorado padre. Todas las dudas, los pesimismos y aun desconfianzas que se iniciaron en la hora suprema, han quedado desvanecidos en el intermedio transcurrido hasta la coronación de hoy.

Ninguna novedad alarmante ni sospechosa se ha iniciado en las relaciones de paz, creadas por la política anterior en el mundo internacional; por el contrario, se ha senti-

do más bien un silencioso trabajo de consolidación de aquella norma prudentísima, que vinculó al Oriente con el Occidente por medio de alianzas y amistades fecundas, e incorporó a este universal bienestar un mundo, un valor nuevos —el del continente americano— extendiendo su influjo civilizador y ponderador hacia Europa y el Oriente, para realizar la soñada comunión de las naciones en un solo ideal de paz y de cultura.

El sello impreso a la política británica por los estadistas de la era victoriana ha quedado como característico del siglo: desaparecieron los prejuicios que mantuvieron desigualdades entre pueblos “naturalmente iguales”; la olvidada y vilipendiada Sudamérica —que, no obstante, la Gran Bretaña asistió y tuteló desde sus primeros pasos con imperturbable energía y constancia— apareció en los consejos decisivos en la política del mundo; y hoy, el movimiento pacifista, tan acentuado, que tiene por eslabones poderosos las dos más grandes comunidades de América y Europa, tuvo ya en el anterior reinado su iniciación (*).

Por lo que se refiere al interior, entendiéndolo por tal el Reino Unido y el imperio colonial, Eduardo vió comenzar la gesta magna, colosal, jamás vista en los anales humanos, por la transformación institucional del viejo reino y la unificación nacional del vastísimo imperio; y erigiendo el problema doméstico en causa universal, el despliegue más grandioso de fuerzas morales que pueblo alguno haya ofrecido a la Historia.

La contienda por la reforma parlamentaria y la agitación unificadora, mantenidas con unánime impulso por todos

(*) Los acontecimientos posteriores, que han conducido a las potencias a la guerra actual, parecerían contrariar esta apreciación del autor en 1911. Entretanto, cuando se haga la filosofía de esta inmensa conflagración, se podrá comprender cuánto perdió el equilibrio europeo con la desaparición de Eduardo VII, y en cuánta proporción se debe a ella el rompimiento del estado de paz creado por la política del gran Pacificador. (*Nota de 1914.*)

los corazones y las inteligencias, y por el sentimiento nacional de todas las razas que forman el colosal imperio, son los dos problemas capitales a cuyo frente se inicia en definitiva, con la ceremonia histórica de hoy, el nuevo reinado.

Y a la verdad, por mucho que se haya dicho, conjeturado y temido respecto a las fuerzas del nuevo rey, nada induce a creer en tan pesimistas actitudes. Ante todo, existe en el monarca heredero de tanto peso y de tanta gloria una convicción invencible de una inmensa responsabilidad; y luego, la Inglaterra, más feliz que Roma antigua, ha sabido en la juventud extirpar los gérmenes de la decadencia, y por encima de todo eso, crear una generación numerosa de hombres superiores, que son columnas incommovibles de la más enorme fábrica, y una nación coherente, culta, honesta y consciente de su destino histórico y de su responsabilidad universal; y estas dos fuerzas son la seguridad, la prenda, la razón de la fe absoluta del género humano en que la gran civilización británica no concluirá como las que en otros tiempos llegaron a su culminación.

En este día que por tantos títulos será memorable para los millones de súbditos e hijos de la Magna Britannia, en que un nuevo descendiente de los Tudores asume el más alto de los tronos del mundo, la República Argentina, su más grande y más entrañable amiga desde antes de 1810 hasta el término de su primer siglo de vida, saluda al rey Jorge V y a la Nación Británica, con los votos más profundos, haciendo suya la fórmula que el más gentil de los oradores de su idioma pronunciara en el Parlamento: "Que Dios preserve la augusta memoria de Victoria y Eduardo; que Dios conserve y prolongue, para la gloria y felicidad de su nación y de la humanidad, el nuevo reinado de Jorge V, Rey y Emperador".

LIBRO SEGUNDO

XI

LA VISION DEL LAGO

LA VISION DEL LAGO

I

He recorrido en mi adolescencia el abrupto camino por donde hoy asciende en fatigosa marcha la locomotora, hasta el punto en que dos ríos caudalosos, el de Cosquín y San Roque, se confunden para dar forma al lago artificial, como una enorme Y, cuyos brazos abiertos llaman a una comunión sagrada a todos los que aman la naturaleza y el arte. Pude contemplar así, en su esplendidez primitiva, a la hermosura salvaje, embriagarme en sus virginales perfumes y caricias, cuyos lazos ataron para siempre al hijo de la montaña, de la montaña inmensa y adusta, llena de majestad y de misteriosas e inaccesibles cumbres, tan altas, tan distantes, que el alma se entristece con la idea de no alcanzarlas jamás, como un ensueño delicioso que no ha de realizarse nunca.

Por eso, cuando en la edad de las fantasías y los romances fuí conducido a la intimidad de esta región de los torrentes y las selvas encantadas, quedé para siempre cautivo de sus hechizos; y la impresión mística, grabada en mi alma por la vaguedad de sus aromas silvestres y la difusa resonancia de sus sonatas nocturnas, modeló mi propia vida e imprimió para siempre el timbre nativo a las armonías de mi prosa.

Ausente después por muchos años, el amante rústico, al volver, no halló en la misma soberbia agreste a la belleza del primer idilio: la flauta de los faunos no resuena ya con ecos de risa entre las quebradas, ni se rompe entre las rajaduras de los peñascos; la canción del pastor vagabundo, ungida de

leyenda antigua y de pasión vibrante, no repercute entre las laderas sombrías, donde las enredaderas y las parásitas tején techumbre impenetrable para el reposo y los misterios de la siesta.

La naturaleza en su infinita conjunción de fuerzas invisibles tiene un espíritu conductor, y éste la renueva y disciplina sin cesar, la realza y ennoblece con su hermosura más alta, sujeta al dominio del arte y de la ciencia. La brutal opulencia de sus formas originales desaparece, y los ásperos contornos y las ofensivas aristas de sus rocas, en su incesante movimiento, se sujetan al blando y dulce dominio de la línea curva; y los bloques de granito y de mármol, animados por la misma sangre motriz, como en génesis espontáneo, asumen las graves rectitudes de la escuadra, y, por fin, los resplandores deslumbrantes del cincel. El mismo gigantesco acorde de la música increada, traducido ahora por un arte superior, se transforma en himno de victoria, y las sonrisas de los dioses, como en el poema homérico, se difunden por el espacio en armonías infinitas.

¡Qué grandiosa fué la batalla reñida por la ciencia para rendir la dureza de la montaña y el ímpetu de los ríos, despeñados de sima en sima, cuando la tempestad los hincha como a las avenidas del diluvio, y los lanza con fragor y estrépito de cataclismo hacia los valles, para sembrar el exterminio en la superficie, y la fecundidad en el seno de las futuras germinaciones! Contenidos ahora en muros ciclópeos, y como resignados a una fraternal quietud después de seculares correrías, sus aguas reunidas, como reinas prisioneras, decoran las montañas con verdura y floración antes desconocidas, pintan en sus inmóviles lienzos los paisajes más caprichosos del cielo y de las cumbres, de las auroras, los crepúsculos y las noches estrelladas; y en las horas del recuerdo y de la imaginación, por inmensa variedad de instrumentos y de tonos, cuyos sonidos surgen como del aire y del agua, del seno de la piedra o del fondo del espacio, cantan el poema arrobador y melancólico del pasado, en el cual deslízanse los cua-

dros, imágenes y escenas de la vida primitiva como en vasta tela transparente, renovados en toda su animación y su verdad e iluminados por la serena diafanidad del astro para quien "ríen las ondas del mar, y el cielo adormecido se difunde en torrentes de luz".

Ha vencido el espíritu a la piedra; la razón ha sujetado al torrente; la ciencia ha regulado los movimientos y las invasiones de la tempestad; y la lucha, la lucha encarnizada y sangrienta de la maraña y el despeñadero contra las fundaciones del hombre, ha cedido por fin a la labor del hacha y del barreno, que han encendido luz en el seto obscuro, y han abierto paso a los vehículos de la magna conquista. Una forma nueva de belleza ha surgido sobre el molde de la tierra dominada, como en transformación maravillosa; tiene de su origen genésico la fuerza inmortal, indestructible y siempre renaciente, y de su himeneo con el arte la morbidez, la serenidad y la dulzura, con las cuales hará igualmente eterno su imperio sobre el mundo.

II

Cada una de las creaciones por las cuales la ciencia ha sometido a la civilización las grandes energías de la naturaleza, contiene un poema de extraordinaria intensidad, hermosura y simbolismo: en el principio, el caos, la agresión, el dominio irrestringido de los elementos; después, el equilibrio, la ordenación y la medida, impuestos por su propia ley generatriz; y por último, la idea de las cosas, encarnada en el hombre como en el cerebro mismo de la tierra, acude a moderar los impulsos, a utilizar los movimientos y a embellecer las formas. La piedra, el árbol, el agua, el aire, el fuego, el sentimiento, la razón, realizan en su continua convivencia el infinito drama de la vida, con sus espectáculos y sus batallas, en los cuales siempre surgirá la canción de triunfo de la inteligencia de las cosas, inmanente, difusa y activa en el alma de todo átomo.

La contemplación de este mar cautivo entre sus propias murallas tiene la magia evocadora de las clásicas construcciones del arte antiguo, en cuyos fragmentos sobrevivientes, la savia detenida hace siglos, parece emprender de nuevo su agitada circulación. Así el espíritu renueva el proceso de la vida, del combate y de la muerte que lo precedieron; y ahora, identificado con las propias obras de la naturaleza, sus aguas parecen no haber gozado jamás de la libertad; el muro que lo aherroja surge como brotado de la misma gestación plutónica que engendrara la montaña, y las faldas, abismos y selvas circunvecinas se difunden cual los compañeros seculares de su regia soledad y de su imperial dominio; la música accidentada, intermitente y bárbara de las corrientes primitivas se ha cambiado en colosal acorde de cascadas, como de órganos gigantes oídos a distancia; y el grandioso rumor, al sumergir entre sus ondas toda el alma y los sentidos del espectador, le habla, le pinta, le despliega y le precipita en sucesión vertiginosa la historia viviente de la tierra, del hombre, de la razón y de la poesía.

De pie sobre una roca, enfrente del muro gigantesco, por cuyo dorso desbordan las aguas en alegre y blanca difusión de espumas, al caer en el lecho pedregoso del antiguo cauce; absorbido y como devorado por un nirvana invencible, que venía de la escena, del cielo y del inmenso fragor del agua despeñada, mi pensamiento se lanzó sin guía en rumbo caprichoso; y después de reconstruir el pasado —la juventud con sus agitaciones, la lucha, la lucha intensa y sin historia, el dolor, la esperanza, los sueños y sus desvanecimientos, y luego la absorción de la persona íntima en ese mar ilimitado de la acción pública,— sujeta su vuelo en la tierra común, en el hogar de todos, en la patria carísima.

La misma sucesión de fenómenos asalta al espíritu: la vida indígena del idilio y la epopeya; la guerra por el dominio, la guerra por la libertad, la guerra por la guerra, por la sangre, por la ambición, por la soberbia; la guerra en el ambiente, en los llanos distantes, en las montañas enclaustradas,

en los bosques sombríos; y a ese tumultuoso pasaje de la historia, hacía coro grandioso y soberbio la catarata, cuyos tum-bos repercutían en mi mente con el fragor de las batallas evocadas, y en las nubes de espuma disueltas y pulverizadas por el choque, veía la densa humareda de los cañones, el polvo de las caballerías en persecución o derrota, y la algazara inmensa, reflejada por los ecos y enviada al espacio, de gemidos, imprecaciones, aullidos, gritos de cólera, estallidos de barbarie, aclamaciones, dianas y toques de ataque, relinchos y canciones, se mezclaban un instante en confusión infernal en el hueco donde las aguas se desploman, y luego, de súbito, se apagan como arrojados por puño invisible por encima de las cumbres.

Después, una ráfaga de viento, un sístole repentino del corazón inmenso de la montaña trae la sensación deliciosa de la quietud, de la calma, del ensueño tranquilo, de la más íntima realidad, de un silencio que asalta y sorprende, como si tuviese manos de rosa para velar la mirada y despertar la sensación del ambiente... El pensamiento ha variado el rumbo de sus alas, y una ráfaga de polvo de agua, fresca y olorosa, besa la sien, restablece la visión, serena los latidos y despierta una sonrisa, que es un poema de vida.

Hay rumores diferentes en torno, sonoridades metálicas de fragua y de yunque, carreras isócronas de motores y volantes, nieblas de humo negro que se condensan y se disipan al punto lanzadas por chimeneas en movimiento; y allá abajo, entre la sucesión interminable de cumbres descendentes, como halcón fugitivo, la locomotora aparece de súbito, se esconde, asoma de nuevo, gira, se sumerge, da un grito de alarma, arroja humo a la boca de la gruta o entre el ramaje espeso de los nidos para decir a las unas que conoce sus leyendas y a los otros que no ignora sus secretos; se queja de pronto de fatiga, ruge de coraje, canta, amenaza, silba y va prodigando la alegría y el ánimo, el contento, la energía en todas las cosas y en todos los corazones, cual si anunciase al mundo nuevo el advenimiento de una nueva alma, el

alma de la máquina, el alma de la ciencia, el alma perfecta del hombre, resurgida, purificada, libertada, para venir a cantar la última victoria: la de la paz de los corazones, la paz de los hogares, la paz de los pueblos, la paz de la humanidad en el consorcio definitivo de la ciencia y del ideal, del amor y del interés, y en la caridad suprema que resplandece en el seno de la estrella mística.

De súbito sorprendió mis ojos y los atrajo con fascinación magnética hacia el seno de las aguas, entre la polvareda de la espuma, entre los suaves reflejos de la orilla, cual si surgiese de un oculto palacio subterráneo como la mirada difusa de una deidad escondida y jamás revelada, incorpórea, intangible, transparente, como rayos combinados de astros ignotos congregados en fiesta de colores, tendido entre dos precipicios como puente sutil para cruzar hacia mundos ideales donde el cuerpo es una leve sombra y el espíritu una luz: el Iris resplandeciente, el arco celestial de la paz tendido sobre el mundo después de sus grandes convulsiones, de sus catástrofes y combates, de fuego, de agua, de sangre.

Esa luz multicolor e intangible que anunció al hombre su alianza con los dioses y lo puso en comunicación visible con lo desconocido; que vertió en su corazón el primer perfume de amor y la primera palabra de consuelo; nacida entre los despojos de una inmensa catástrofe para renovar las fuentes de la vida, oculta y reaparecida sin cesar en la infinita serie de los siglos; tendida sobre la humanidad como lazo indisoluble de origen y destinos —la luz de las promesas, de las victorias y de las intensas germinaciones,— extendió su arco deslumbrante en el fondo del abismo para proclamar el triunfo definitivo de la ciencia en su unión eterna con el ideal, y para que brille por los siglos la belleza suprema, nacida de la naturaleza, en la ola o en la piedra, para recibir el soplo inmortal del arte con el beso del hombre.

Una profunda conmoción, traducida en impulsos de entonar un canto ignoto, estremeció mi ser, agitó mi alma hasta lo infinito, y una última visión se iluminó en ella mientras

corrí a tocar con mis manos, besar con mi boca y aspirar con mi aliento la vida misteriosa del Iris, desplegado sobre las cataratas y entre la difusa humareda de las espumas disueltas: el porvenir de mi patria iluminado sin cesar por el sol fecundante de la paz, de la paz que nace del culto sincero de la naturaleza, del arte y de la ciencia, de la admiración por las obras del espíritu cuyas victorias sean las mejores victorias; del amor, de la belleza ideal y fuerte, que estimula a vivir y perpetúa la vida, y del incesante trabajo que renueva la savia del mundo y convierte la tierra en templo inviolado de amor, de libertad y de creación inagotables.

XII

EL GENIO

EL GENIO

No sé si alguien lo ha dicho antes de ahora, pero siento bullir en mi conciencia este concepto: el genio es una cumbre inaccesible formada por todas las potencias que trabajan la vida de la humanidad, como las de las montañas lo son de las que laboran en el seno del planeta.

Es, pues, una formación espontánea, allí donde todas las fuerzas han concurrido por causas fatales o voluntarias, por el bien o por el mal, por crear o por destruir, a constituir un impulso único, el cual se vuelve entonces incontrarrestable, insuperable, imponderable. El genio es, así, un resultado de la concurrencia, en un foco determinado del gran tejido social, de todos los elementos de acción del núcleo humano, ideales o materiales, buenos y malos, grandes y pequeños, gigantes y microbios.

Sus revelaciones, por eso, son siempre incomprensibles, por lo inaccesibles; y sólo cuando la elevación colectiva de la inteligencia común ha llegado a su nivel, o una vibración armónica ha hecho llegar al plano las palabras de la altura, la confianza del genio es percibida, comprendida, sentida, y sus efectos regeneradores o guadores son anotados por los mismos que los negaron al comienzo, y muchas veces por siglos y siglos.

Estoy sentado solo en una cima, desde la cual se divisa un inmenso paisaje: llanos, cauces, selvas, montañas, nubes, cielos, se extienden a mi vista. La habitación y el habitante humanos apenas se distinguen de las rocas y de los árboles. Mi espíritu ha entrado en sí mismo y se siente capaz de la íntima, la irrevelada confesión. He visto lo remoto, lo intan-

gible: he oído el eco de la armonía suprema que sólo la altura deja alcanzar; he podido distinguir en el vasto acorde de todas las cosas la nota dominante en ese concierto, en apariencia disonante, del mundo, y ha repercutido en él, y ha reconocido su timbre y ha vibrado a su unísono.

El amor y el dolor, la vida y la muerte en inconstancial unión hacen su esencia: amor y dolor humanos, convertidos por la pasión sublimizante en amor y dolor divinos, fundida en una sola y única virtud y substancia, son los que perduran hasta por encima del ambiente humano, y dan a la cumbre la fuerza y la resistencia que atraen y albergan el rayo, y que, mientras más desafían al fuego y al sol, más se aguza y eleva su vértice.

Por eso el genio es invencible, inaccesible, terrible, misterioso, oscuro y divino; no tiene ligamen con ninguna ley humana; cuando ama y su amor no es comprendido; cuando ordena y no es obedecido; cuando se presenta y no es reconocido; cuando crea y no es advertido, el ser amado se aniquila en la impotencia; el pueblo rebelde cae en la esclavitud; la gente ciega adora becerros; la creación es atribuída al acaso o a divinidades mercenarias.

Suele acontecer entonces que la humanidad exclama: "Dios se ha ausentado, se ha encolerizado y ha maldecido a su pueblo". No; es que la ceguera de la inteligencia o del corazón de los hombres rebaja todo a su nivel, no pudiendo alcanzar la altura del Sinaí eterno.

El genio engendrado y fortalecido por los gérmenes creadores de la vida humana, recoge en sí todas las potencias vitales del suelo, del aire, de las aguas, de los espacios siderales; rompe sus ligaduras y se lanza al firmamento de las ideas, como el astro desprendido de la nebulosa, a constituir un mundo nuevo. ¿Será descubierto por los observatorios, y examinada y conocida su substancia, o quedará condenado a errar hasta el infinito del tiempo por el infinito del espacio, sin dejar conocer su luz, su existencia y su revelación a los demás mundos?...

XIII

AL MARGEN DEL GRAN LIBRO

AL MARGEN DEL GRAN LIBRO

En un ejemplar de la Biblia de Tissot.

El poeta ignoto que vaga confundido con el espíritu de la Naturaleza, exclamó un día desde el fondo de la tiniebla: “¡Oh alma, cuándo verás la magna luz, la luz conductora por el desierto de la vida, redentora de todas las soledades, salvadora de todos los destierros, impulsora de todas las alturas!”. Y en el seno recóndito de la Tierra Madre comenzó a agitarse por infinitas raíces el germen de la futura flor mística —Lirio, Rosa, Nardo—, ungidos por la Gracia suprema, la que presiente el sacrificio y la gloria, y que en el verso de fuego de Isaías, en el salmo perfumado de David y en la estrofa cálida de Salomón, como en el cáliz deslumbrante de oro y fuego, anunció su eclosión eucarística.

Aquí, en este libro, secular, se condensa la sublime historia de aquella transfiguración de la nada en el ser, de la gota de sangre filtrada a través de los tejidos de la tierra durante cinco siglos, para que estallase en la cumbre del monte sacro, en irradiación deslumbrante de virtudes y dolores, la palabra del Amor sin límites y sin formas, que sólo tiene consagración en la muerte, en el perdón, que es la gloria de la pasión humana por la propia inmolación; en la renuncia de la vida, que es la ofrenda de la sangre al seno infinito de la madre originaria.

Todas las almas dolorosas han seguido tus huellas; todas las vidas desoladas se han orientado por tu resplandor; todas las inteligencias incomprendidas se han consolado con la

esperanza de abrazarse un día a tus plantas; todas las verdades ignoradas han dirigido sus alas informes hacia la mística Estrella polar de la luz única e inextinguible. Y todos llegan a su tiempo, unos entre cantos de alegría, otros entre gemidos de dolor; los más, desangrados y exhaustos por la fatiga y el ansia insaciada de la dicha ausente: todos clamando, por oírte de nuevo los que te oyeron; por unirse de tu voz los que vinieron tarde; por bautizarse de tu palabra de vida los que sólo hallaron la noche caída sobre la cruz de tu martirio.

Yo te he presentido en mi niñez de penumbra; te he vislumbrado en mi adolescencia soñadora; te he oído en mis confidencias juveniles con el misterio de la ciencia y las promesas del amor; te he sentido en mi carne, en mi sangre y en mi espíritu, en la tragedia de la vida; he penetrado en el silencio de tus labios, en las heridas de tus llagas, en la profundidad de los gemidos de tus desengaños, en la culminación radiante de tus voces de amor y de caridad, en las palabras regeneradoras de tu peregrinación por las sendas del mundo y del espíritu, y en la lejanía donde fué a perderse el último grito de tu dolor universal, que comienza en el rayo de luz que besó tu frente en la meditación de los Olivos, y se lanza a la eternidad, sobre el rayo de luna que besó tus pupilas en la cruz de tu transfiguración más gloriosa.

Vaso intangible de todos los perfumes de virtud; rey y señor de todos los amores; capitán luminoso de todas las conquistas de la inteligencia; astro difuso de toda la vasta tiniebla del mundo, caudillo mágico de todas las almas y las cosas desconocidas e ignoradas; flor de carne convertida en antorcha; brasa de dolor humano trocada en sol de alegría divina; vidente de todo misterio, descifrador de todo enigma, forma ígnea de toda idea, y escultura translúcida de todo concepto de amor, océano ilimitado donde van a parar todos los ríos de lágrimas de la raza humana; firmamento azul donde se dan cita gloriosa todas las esperanzas fenecidas y todas las almas extraviadas: ¡con cuánta unción me acerco a tu ara

impalpable, a tu templo inmenso como el universo, al sagrado tabernáculo de tu Evangelio, presentado por tus profetas, sancionado por tu sangre eucarística, y por cuyos versículos haces correr mares de amor, de perdón y de libertad, en medio de los hombres!

El poeta ignoto que anunció tu eclosión maravillosa, mientras vagaba en la noche, al evocarte en su soledad, presintió la Gran Luz, la de la esperanza, la de la liberación y de la gloria; y con paso trémulo se adelanta hacia el ara de tu Evangelio, y cual si deshojara una por una las rosas místicas que guardan el inviolado secreto de la ciencia y del amor supremos, vuelve cada una de sus hojas para beber en cada verso un sorbo de agua viva, un rayo de luz espiritual, una onda del infinito perfume de tu sangre, que es Amor, Verdad, Poder.

XIV

DANTE - WAGNER

(DÍPTICO)

DANTE - WAGNER

Los grandes dramas musicales de Wagner, aquellos como *Tristán e Isolda* o *Tannhauser*, en los cuales ha realizado su ideal supremo y definitivo, tienen todo el vuelo y la profundidad de los poemas dantescos, en los cuales se percibe el rumor creciente, hasta ser un fragor doloroso y universal, de las súplicas y los gemidos conjuntos de las almas apenadas —*anime affanate*— y conductoras de los tormentos y ansias insaciadas de todo el género humano, tras de la dicha siempre entrevista y nunca, nunca puesta al alcance de sus labios sedientos, como la fuente mitológica de aguas regeneradoras.

Por eso Wagner, penetrado de la unción mística de Beethoven, que éste arrancó del seno estremecido de la madre tierra, para hallar el sonido, el eco, el grito igual al de su dolor de la vida, como el del profeta —hermano suyo de sangre, a través de los siglos,— hace cantar, gemir o implorar a sus personajes a una divinidad ausente e irrevelada, que más se aleja cuanto más anhelantes corren las almas hacia ella; y por eso Wagner es la expresión musical de Dante, cuyos condenados —los condenados por el dolor de este mundo— se arrastran en los abismos insondables del espacio, en medio del torbellino incesante que los arrebató como polvo, como ceniza de astros destrozados en las catástrofes sin historia...

Los crescendos colosales del genio de *Tristán* y de *Tannhauser*, y de la genésica tetralogía que crea una nueva biblia divina, describen la ascensión sedienta de gloria, de amor o de reposo, de las vidas humanas, sentenciadas a vagar sin rum-

bo y sin estrella fija en el vasto desierto, lleno de espejismos engañosos y fatales, forjados por la ilusión eterna de la dicha, y desvanecidos por la realidad eterna del dolor.

Beethoven concibió su música insuperable en un sueño de las cumbres, alumbradas por la luna y arrulladas por la gigantesca y difusa sonata de los bosques, los abismos, los vientos y los animales salvajes; Wagner encendió con la misma antorcha el seno inviolado de las nubes que velaban el sueño de sus dioses en la montaña sagrada, en cuyos picos inaccesibles lanza el águila real su enigmático graznido, para anunciar que aun vive, para tormento del hombre y desengaño de su genio, el misterio indescifrable que sólo cederá a la muerte del universo.

Genios originarios y gemelos, los he reconocido en mis solitarias ascensiones por las más altas cimas de América, donde las nieves indestructibles, las grutas impenetrables y las tempestades horrendas forman trono y ambiente al ave simbólica del genio universal, al cóndor de vida cíclica, que trae en su profunda e insomne pupila el signo de un destino desconocido, sólo accesible al impulso del genio —Dante, Shakespeare, Beethoven, Wagner— sondeadores del misterio, redentores de condenados, glorificadores del dolor humano...

En alas de las melodías supremas, de los acordes místicos, de las tormentas armónicas, he llegado al umbral del gran misterio; y allí, de rodillas ante la majestad de la única divinidad verdadera, he comprendido el enigma que guarda la reconciliación buscada por el alma humana, errante a través de los siglos, entre la vida y la muerte, entre el dolor y la dicha, entre la esperanza alada y la dura realidad y, por fin, entre mi propio destino y la fuga incontenible de mi espíritu hacia el infinito...

XV

SANTUZZA: EL AMOR NATIVO

SANTUZZA: EL AMOR NATIVO

Desde las primeras audiciones de *Cavalleria Rusticana*, quedó planteado en mi espíritu un intenso problema musical y literario: el valor de la pasión humana por encima de todas las razones técnicas que han transformado el genio y el carácter de la ópera moderna. Aún más: era yo un niño, cuando un sencillo y doloroso drama de mi aldea nativa me hizo la revelación de un poema inmortal; y abrió mi alma a la comprensión de toda forma de arte que se propusiese o tuviese por fin expresar los dolores y torturas de las almas nativas, tan intensas de afecto como desnudas de medios de expresión, y por eso, de tan profundos e incomprensibles gritos.

Mascagni ha agitado de pronto el corazón de su tiempo con la honda sucesión de acordes de su relato, coloreado por el sol de Sicilia, calentado con sus emanaciones subterráneas, y teñido con la inevitable gota de sangre, que el amor herido arranca al amor triunfante, en la lid inconsciente y bárbara: lid reñida al calor de ese sol, sobre el suelo trémulo y en un ambiente saturado de ráfagas candentes e impregnadas de perfumes ignotos.

El músico que, en un siglo ya penetrado del soplo de Wagner, y cuando expiraba el de Verdi, envuelto en las postreras y fugitivas llamaradas de *Otello* y *Falstaff*, pudo detener un instante la ola avasalladora de la revolución wagneriana, nutrida de Beethoven y de naturaleza eterna, y levantar el estandarte solitario de la pasión popular, con todos sus rugidos, sus ternuras, sus ingenuas creencias y torpes supers-

ticiones, para demostrar cómo las fuentes del arte son infinitas e inagotables.

Sí; allí, en el seno inmenso de la creación de Beethoven, como en el nebuloso pensamiento del salmo profano de Salomón, ya fué concebida y bosquejada la imagen adorable y triste de Santuzza, la amante predestinada al martirio, la depositaria doliente de todo el amor de la región, convulsionada por los fuegos de la tierra, y que ella había de consagrar a aquel don Juan rústico, y sencillo, y fuerte como una roca de la montaña, como un árbol rugoso de la selva, acaso para morir desconocida y no comprendida, y tal vez despreciada y ajada, como flor marchita al calor de besos de pasiones bárbaras.

¡Oh, pobre amante de la montaña, firme, sombría y cálida como sus rocas y sus enredaderas silvestres; porque sólo despedazada por el rayo perece, y sólo con la muerte del árbol amigo muere también, abrazada al tronco destruído por el fuego o por el hacha!

¡Oh, pobre amante de la montaña, que llevas en tu alma el alma de la tierra, y de la raza, y de la doliente humanidad: con cuánto calor te he albergado en mi corazón hermano, te he comprendido en tu rudeza de árbol salvaje, y he aspirado tu aroma intenso, que me traía los más recónditos secretos de la tierra, envueltos en los informes rugidos de tu sentimiento nativo, en las inmolaciones silenciosas de tus ideales y de tus ensueños!

Ya estuviste concebida y esbozada en uno de esos acordes genésicos del divino sordo de las sinfonías y las sonatas, en las cuales todos los dramas, los idilios, los poemas, los romances y las más amargas inmolaciones tuvieron una nota reveladora, una melodía amiga, un acorde de consagración inmortal!

La música de este poema de Mascagni, a pesar de las contrastables e invencibles irrupciones del genio de Bayreuth, resurgirá un día vencedora, rugiente y renovada, pura y palpitante como la fuente que brota del granito, como el fuego

de la grieta volcánica; porque es la vida misma, la savia primitiva, la armonía originaria que canta en el mirlo y en el ruiseñor, y estalla en los lamentos y en los mudos arrebatos del amor humano, en cuyas nubes, ennegrecidas por el dolor o la sangre de los sacrificios, quema su efigie purificada Santuzza, divina y terrenal, eterna predestinada, nacida para condensar en su seno y en sus ojos el triste destino de toda la raza humana...

XVI

RESURRECTIO ET VITA

RESURRECTIO ET VITA

Ya nos anunciaron las campanas el día consagrado a los muertos. En el ambiente tibio y silencioso de la tarde, sus ecos resuenan con intensidad inusitada en el resto del año, en que el estrépito de la labor diaria ensordece y apaga los llamamientos a la meditación y a la silenciosa plegaria.

Las piadosas peregrinaciones encaminadas a las necrópolis —conduciendo, no ya en rondas alegres y armoniosas como las que llenaban de risas y cantos los bosques de la Grecia, sino en callada y religiosa actitud, sus ofrendas de flores y de adornos nuevos, para los sepulcros y capillas veneradas— también nos advierten que deben amanecer las moradas de los que partiéron para siempre, vestidas con las mejores galas de esta primavera desbordante de colores y de perfumes.

La vida joven, robusta, hirviente, de la naturaleza resucitada, como en los misterios de Isis, se acerca hasta la misma muerte, fraterniza y lucha con ella, y en esa confusión se realiza acaso el eterno proceso de la inmortalidad. El germen de la muerte, evocado por un rayo de sol, surge del fondo de la tumba en ascensión maravillosa e invisible, y va a fecundar otros millares de vidas, generaciones y mundos, para difundirse por el espacio infinito, en ese glorioso e imperecedero aliento de la naturaleza, en incesante génesis.

Nada hay más grandioso y fecundo que la muerte; ninguna vida más serena y radiante que esa que principia en ella; ningún sueño más maravilloso y fantástico que el eterno, y

ninguna resurrección más sublime que la evocada por “el rayo de sol que penetra en los sepulcros para que despierten los que duermen en ellos”, según la profética visión del bardo del Morven.

Las religiones, las filosofías, las ciencias, han cambiado siempre el concepto de la muerte. Y algo de adivinación suprema, hay, sin duda, en esta resistencia invencible de la humanidad a considerarla como el término absoluto de todo. Desde su infancia más nebulosa, ella vió en la muerte algo más que un fin irreparable; y así como las hojas caídas, los troncos derrumbados y todos los despojos de la vida se disuelven en la tierra y se reproducen en mil formas variadas, ¿por qué no habían de renacer y renovarse en otras formas u otros mundos las existencias humanas, que también cayeron al fondo de la tierra, o volvieron al seno común, que es cuna y sepultura a un tiempo?

No; la muerte no es un hecho definitivo e irreparable; el alma humana, en todas las razas y latitudes, supo y sabe, aún, a pesar de las religiones, filosofías y ciencias, que ella sólo es un tránsito, una separación, una ausencia pasajera, que si arranca lágrimas dolorosas, anticipa y apresura las confesiones supremas y precipita los desbordamientos apasionados de las despedidas; es porque para las almas, para las vidas atadas por lazos de amor, toda separación, toda ausencia, por breves que sean, causan la sensación de la muerte.

Así, pues, la muerte no puede ser un hecho irreparable y absoluto; confirman esta verdad los símbolos universales, con que se expresa el sentimiento de los pueblos desde su origen. Un árbol plantado al borde de la fosa señala el camino de la partida; una hiedra amorosa y fecunda en lazos, se enreda y crece entre las rejas de hierro, o sobre el muro o la columna trunca o coronada de un capitel corintio, para indicar en su color de verde profundo la inmortal esperanza de los ausentes; y la misma ofrenda artificial del indiferente, o el convencional homenaje de la vanidad o del lujo, sólo revelan la influencia remota de afectos transmitidos o impues-

tos por los que pasaron, o incorporados, como herencia necesaria e irrenunciable, a la cultura de las naciones.

Otras sociedades más infantiles o poéticas realizan su idea o sus anhelos de inmortalidad de modo más sencillo y encantador, a punto que el alma se siente arrastrada por la dulce corriente que lleva al loto simbólico hacia el mundo del olvido, o por la banda nocturna de aves o de genios, que durante la noche arrancan los cuerpos a los árboles o a las rocas, para conducirlos a la vida nueva.

Nosotros conservamos la tradición cristiana, fundada también en la ciencia de la inmortalidad, y reavivada sin cesar por el sentimiento de la raza, por las delicadezas de la civilización y por ese inagotable legado de dolor y de tristeza, adquirido en la hora sombría del primitivo destierro; y para los corazones y los espíritus de nuestra tierra, tampoco es la muerte un hecho irreparable.

¿Y cómo había de serlo en la joven y desbordante América, patria inmensa de la poesía y de las fuerzas más fecundas, donde aun hay regiones no vistas por el hombre, y acaso paraísos ignorados, de cuyas sagradas grutas surge todavía el manantial inefable de la gracia?

En esta Buenos Aires, tan agitada y bulliciosa de ordinario, dormita en el seno del torbellino cotidiano el mismo sentimiento de piedad y de culto por los que ya no viven entre nosotros. Porque se alejaron, se fueron para esperar-nos, diciéndonos adiós en la puerta del sepulcro, como si indicasen la senda por donde hemos de ir a reunirnos, para no separarnos otra vez; y si se les lleva flores, y se les enciende candelabros simbólicos, y se les adorna altares, en donde la imagen de Cristo abre sus brazos sangrientos e inclina la pálida faz del martirio, es porque se espera oír resonar un día la misma voz que devolvió a Lázaro al amor de su hogar; o porque se espera de pronto ver abrirse la puerta de granito, de mármol o de bronce de la tumba, y aparecer con su vestidura blanca, envuelto en aureola de luz sideral, el ángel de la resurrección, el ángel de la paz, el heraldo de la liber-

tad verdadera y única, a cuyo anuncio quedarán rotas con estrépito universal las cadenas de esta vida.

Llévese a los muertos flores, adornos, ofrendas y plegarias en el día consagrado a su memoria por el mundo cristiano; es necesario que ellos no sientan la ausencia amarga en el país lejano en donde nos esperan; es preciso verter en el ambiente de los que duermen los mejores aromas y esencias, para que sueñen fantasías hermosas y sonrían al soñar; es bello y amable tapizar de flores del tiempo el suelo de esos pórticos solitarios, por donde un día haremos todos la entrada triunfal de la eternidad.

Y mientras ese día no llega, y mientras no resuene el clarín heráldico de la nueva redención, hónrese a los muertos amados, cual si viviesen cerca y nos invitasen a reanudar los lazos de amistad o de amor, interrumpidos por ausencia indefinida; y cultívese a su puerta, o junto a los muros y las columnas truncas, las flores más amigas y cariñosas, para que reciban el beso de aquel rayo de sol anunciado por el bardo del Morven, el cual "ha de penetrar en el fondo de los sepulcros para que resuciten los que duermen en ellos".

XVII

ANTONIO ALICE, PINTOR

ANTONIO ALICE, PINTOR

I. LA MUERTE DE GÜEMES

(Tela de Antonio Alice, Medalla de Oro en la Exposición Universal de Bellas Artes del Centenario. Buenos Aires, 1910).

Buenos Aires, octubre 1º de 1911.

Señor diputado por Salta, Dr. David Zambrano

Estimado amigo:

Con la más viva complacencia he visto que en la legislatura de su provincia se proponen la adquisición de la tela de Antonio Alice, sobre el gran episodio de la muerte de Güemes, asunto sobre el cual hemos conversado ya alguna vez. Como usted me hiciese el honor de inquirir mi parecer sobre el mérito de la obra, y yo no tuve tiempo suficiente para darle una opinión meditada, aprovecho esta oportunidad para expresársela, aunque siempre bajo la natural reserva de no ser yo un entendido ni menos un técnico en arte tan difícil.

Pero, a fuerza de leer y escribir sobre cosas semejantes, y de mucho aguzar la facultad de juzgar las del arte en general, llega uno a penetrar algo en estos misterios en los que tantos se creen o se declaran iniciados, y al fin vemos que saben tanto como nosotros los profanos. Tampoco es mi intención entrar en el campo, vedado en absoluto para mí, de la técnica; y al respecto sólo me atengo al juicio oído a los más reputados pintores de la Exposición de Arte del Centenario, quienes consideraban el *Güemes* digno de premio, y mucho

más alto que la medalla de oro acordada por el jurado oficial, cuyo veredicto tanto podría discutirse.

Desde luego, pues, cuando una obra de pintura alcanza primer premio en un certamen universal, concurrido por artistas de nombre consagrado en el mundo, hay que convenir por lo menos, que se trata de algo salido ya del período de los ensayos, para entrar en el de las obras definitivas. El cuadro de Alice, que hace cerca de un año se halla expuesto en una de las salas interiores del Senado, si no es una obra maestra —¡y se necesita tanto para dar este nombre!— nadie puede sin preocupación o prejuicio afirmar que no sea digno de figurar con honra en los mejores museos de pintura. Creo haberle oído a usted que se le objetaba con defectos de ejecución, esto es, de técnica. No sé a qué defecto se alude, pero ese argumento queda contestado con el elevado premio concedido por el jurado internacional de 1910, que no habría otorgado medalla de oro, sean cuales fueren sus complacencias, a una tela que tuviese falta de técnica tan visible. Sobre esto parece hasta pueril seguir discutiendo.

Otro género de observaciones versa sobre la verdad y la exactitud históricas, en cuanto se refiere a la manera como el asunto ha sido tratado. Aquí tendríamos mucho que hablar si esta carta fuese una pieza de polémica, y no una breve síntesis de una impresión crítica, y desde luego, resolver una cuestión hasta ahora no decidida, sobre el verdadero concepto del cuadro, o en general, de la obra de arte de asunto histórico, ya se trate de retratos, ya de escenas o dramas de la vida política o social. En todo caso, lo que domina es la *impresión de arte*, en un medio suficientemente culto para que ella pueda llamarse tal, y para esto la exactitud histórica material no es elemento decisivo. ¿Qué sería de Napoleón si el genio de los artistas no lo hubiese visto con la *vista interior* reveladora de la personalidad? ¿Y cómo se podría hacer revivir tipos desaparecidos, lejos del ciclo de la vida de un pintor, si éste no pudiese crear algo de la entidad física, con los datos de la entidad moral? Además de la *vista interior*, que hace

que el pintor se diferencie del fotógrafo o del copista, existe la influencia del medio ambiente, geográfico, moral, político, de costumbres, en el cual el artista toma el modo, la índole, el carácter, la fisonomía del tiempo para sus héroes, aunque no los reproduzca como una fotografía o un calco; y por otra parte, la figura física debe levantarse a la altura de la figura social, si no en todas sus fases, al menos en las que más definen el carácter o la acción histórica del personaje. Todos los que han llegado a merecer el título de artistas se negarían a reproducir en su retrato rasgos o detalles que rebajasen la obra en sí misma, o introdujesen en ella elementos antiestéticos o groseros; y en cambio, ninguno se negaría a agregar a su figura o su escena toques originales o matices de pura ideación, aunque no se hallasen dentro del sentido material de la exactitud histórica. Estas diferencias califican y distinguen la *obra de arte* de la vulgar o ingenua copia de las cosas sin alma y sin vuelo.

Bien, pues, mi distinguido amigo; yo no quería entrar en este camino, y ya me voy internando en él demasiado. Hablemos de nuestro asunto más inmediato. El *Güemes*, como concepto de cuadro histórico, no es susceptible de una crítica fundada en principios de arte; él se halla forjado dentro del molde de los sucesos del tiempo de la acción, con materiales de la época y en el medio geográfico conveniente: lo he estudiado un poco antes de escribir estas líneas, y en las historias más autorizadas, y le declaro que si fuera pintor habría hecho algo parecido a lo del autor: no obedecer demasiado a la materialidad de las cosas, y preferir más la tendencia a la elevación del personaje a la esfera del arte que ha de perpetuarlo, y no quedarme sobre el terreno a copiar los pequeños detalles topográficos, o las fisonomías de los gauchos, o las menudencias más o menos prolijas de sus aperos o sus trajes. Y bien, ¿quién sabe cuál fué la verdadera fisonomía de Güemes, si nadie sabe que se haya conservado de él un retrato de fotografía, según entiendo? Tan cierto es esto, que Schiaffino, en sus investigaciones para su retrato, se valió

de un procedimiento fisionómico reconstructivo fundado en datos tradicionales y ayudado por el *aire de familia*, observado en sus descendientes. De ahí resulta que el Güemes de Schiaffino es semejante, pero distinto del de Alice, que ha seguido para su restauración una vía paralela a la del anterior.

Ahora, en cuanto a detalles, he oído que se cree mal empleado el elástico en la cabeza del coronel de Wit, colocado enfrente, en la viril actitud del juramento sobre el cuerpo casi exánime del héroe. ¿Y qué debía llevar ese coronel europeo de Napoleón: chambergo, chiripá, botas de potro, o el traje de los oficiales que educaron Belgrano y San Martín, y que en nada ceden en elegancia y corrección a los mismos europeos, como estamos hartos de ver en la iconografía de la época? Y luego, ¿qué necesidad había de vestir al coronel de Wit, después de la breve biografía de Mitre, como los gauchos de Güemes, si él no era tal gaucho, como no lo era su mismo jefe, al cual iba a reemplazar en la acción futura?

En cambio, los que exigen exactitudes históricas tienen que admirar los numerosos detalles característicos de personas, cosas y ambiente, que han adquirido vida en la tela de Alice, dentro de una idea noblemente conciliatoria entre la realidad material y la realidad prospectiva e ideal de toda obra de arte: el lugar, con sus claros horizontes y suaves sinuosidades, despierta la sensación de un ambiente moral digno de la figura principal en el momento supremo en que ha sido fijada; el grupo en perfecta correlación entre sí y con la figura dominante y con el hecho histórico, con individualizaciones tan descollantes como la del negro y su caballo, que por sí solo es un cuadro magnífico, y enfrente del héroe moribundo, las sombras fugitivas de los últimos dominadores del suelo patrio, determinadas por un dorado sol del subtrópico. En suma, este espléndido cuadro, obra de un joven pintor argentino, está concebido para realizar el hecho histórico relatado por el historiador en estas sencillas palabras: "Desde entonces ninguna planta española volvió a pisar el suelo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuya indepen-

dencia territorial, asegurada para siempre, fué sellada con la muerte de Güemes”.

Sean cuales fueren los defectos que una crítica técnica pudiera encontrar en esta obra, no se puede sin un exagerado rigor, impropio aquí y en cualquier otro país, calificarla como un trabajo de aprendiz, ni menos como inaceptable ante el hecho histórico que representa. Muy por el contrario, en mi opinión, la legislatura de Salta, si resuelve su adquisición, dotará a esa provincia, feliz guardadora de tanta gloria, con uno de los documentos de arte más valiosos que puede obtenerse hoy, en el estado de cultura artística que podemos atribuirnos.

Sin más objeto por ahora, lo saluda con el mayor afecto.

J. V. González.

2. ANTONIO ALICE *

Una de las características principales de Alice —se ha enunciado ya por algunos críticos— es la sinceridad. Y bien, no puede haber arte verdadero sin esta condición. Las demás *modalidades*, hijas del tiempo, de ciertas influencias ambientales de dentro o de fuera —la misma palabra lo dice—, son *modas*, no esencias, y, por tanto, están destinadas a pasar con el viento que las trae, como en las otras artes: la literatura y la música. Cuando ellas quieren fijarse, reposar, caracterizarse por épocas o nacionalidades, vuelven a su fuente inagotable y siempre nueva, la Naturaleza, esto es, la verdad, la sinceridad, la belleza eterna, con las solas variantes del temperamento genial del artista.

Alice ha llevado a sus telas dos cualidades en él ingenuas, desarrolladas y conservadas por una noble y sana escuela —la percepción del *alma* del asunto— retrato, escena o paisaje, en su rasgo más íntimo, y la *verdad* en la expresión,

* Introducción al folleto *Exposição do pintor argentino Antonio Alice*, publicado en Río de Janeiro, en octubre de 1918.

buscada por una técnica segura y de una nobleza clásica, trascendente a historia augusta. Así, tiene por fuerza que triunfar de las variaciones más o menos transitorias de los gustos, snobismos o exotismos deslumbradores, para incorporarse a los maestros que vienen marcando los jalones centenarios de la evolución de la pintura universal.

Por eso creo que Alice será uno de los fundadores del arte *nacional* argentino y americano, si además de sus tributos a la escena europea, su maestra, sigue dedicándose al estudio profundo de nuestros tipos de raza, de nuestras naturalezas desconocidas de la pintura moderna, y haciendo historia viviente con su honda y noble escuela del retrato, que no paga tributo a la vanidad, sino culto reverente al arte puro. Así, cuando se trata de llevar a un país amigo, como el Brasil, un mensaje de simpatía y de concordia —como invitación de la rosa a la abeja en la primavera naciente—, pocos pueden presentar a la exquisita cultura fluminense una credencial más limpia y mejor asentada en la obra hecha, pues las sesenta telas seleccionadas le demostrarán la potencia creadora de este pincel robusto y libre de convencionalismos, y si el juicio universal algo significa —ya que de la más bella diplomacia se trata—, los premios de París, California y Buenos Aires le dan su indiscutible ejecutoria.

3. LOS CONSTITUYENTES DE 1853

Buenos Aires, 28 de octubre de 1922.

Señor don Antonio Alice

Mi estimado maestro y amigo:

Después de su grata visita de ayer, durante la cual me hizo el regalo de dejarme ver el boceto de su futuro cuadro del Congreso Constituyente de Santa Fe, en la sesión en que se sanciona la Constitución de 1853, promulgada el 1º de mayo, me quedé meditando sobre el magno suceso, e impulsiva-

mente me puse a leer una vez más los discursos de ese día y a renovar impresiones viejas, ahora en vista de su proyecto de fijar en la tela la visión de conjunto de la inmortal asamblea.

Al recorrer la versión del debate en general sobre el Proyecto, aunque no reproducido en su totalidad, sino en extracto, con excepción de dos o tres piezas oratorias que, sin duda, fueron escritas de antemano o prolijamente revisadas por sus autores, resalta, sin lugar a duda, que las de mayor relieve son: la muy respetable y patriótica del Presidente Zuviría, sobre la inoportunidad de dictar una Constitución para la Nación en aquel momento, y la del diputado por Santa Fe, señor Juan Francisco Seguí que sostiene con calor, elocuencia y corrección extraordinarias, la tesis contraria, de la impostergable urgencia de dar al país su ley fundamental: “la actual situación de la República es la más oportuna de todas para que la Constitución se promulgue, y veo también grabada sobre ella la mano de la Providencia, que por caminos misteriosos y ocultos nos conduce al término feliz de nuestras teorías (así en el Diario de Sesiones, publicado en 1871), colocándonos en la más brillante de las situaciones para constituir nuestra Patria”.

Por lo que se refiere al doctor don Facundo Zuviría, representante de la provincia de Salta, por más que su opinión fuese errónea, se halla impregnada de un hondo espíritu de sinceridad, en medio de su pomposo estilo, y éste se comprueba con las palabras del mismo venerable ciudadano, en la breve alocución con que saludó la sanción final de la Carta, en la sesión del 1º de mayo: “Por lo que hace a mí, señor, —dijo,— el primero en oponerme a su sanción... quiero también ser el primero en jurarla ante Dios y los hombres... Quiero ser el primero en dar a los pueblos el ejemplo de acatamiento a su soberana voluntad, expresada por el órgano de sus representantes en su mayoría, porque en la mayoría está la verdad legal”.

Pero no puede dejar de percibirse que la figura más destacada por su vibrante entusiasmo, en la citada sesión del

20 de abril, es la del diputado por Santa Fe, señor Seguí, quien a toda costa quiere vincular su actitud con el sentimiento y la tradición de su provincia, “de una provincia, —dice,— en cuyo territorio han tenido lugar varios aunque infecundos ensayos constitucionales, y cooperó la primera, en la margen derecha del Paraná, a la realización del pensamiento grande, vencedor de la tiranía, y al cual debemos hoy la dicha de ver funcionando esta asamblea constituyente...”. Y como no me es posible reproducir aquí toda esta magnífica arenga, en que refuta los argumentos por la postergación, basta para justificar su idea de poner en primer plano y como figura central, la del inspirado orador, el hecho de contenerse en aquélla, los más sólidos argumentos, arrancados de nuestra historia colonial y nacional, de nuestra psicología social y política, y de la experiencia y saber acumulados hasta esa hora, para fundar la necesidad de sancionar sin más demora la Constitución. Ni la ausencia de la provincia de Buenos Aires del seno del Congreso, era un motivo justificado para aplazar aquella decisión, pues es evidente que era más posible atraerla por el prestigio de una ley de conciliación y de progreso, que no por la incierta suerte de las armas.

Pero mi objeto no es hacer historia, sino en cuanto concurre al juicio de la idea dominante en su futuro cuadro, en el cual, —con todo el sentido de realidad y de conciencia que usted suele poner en sus obras del género, comprobadas en la *Muerte de Güemes* y en el *San Martín en el ostracismo*,— creo que éste es su título,— transmite al espectador la sensación de un hecho decisivo en la vida de un pueblo y lo eleva a una discreta idealidad, compatible con la severidad histórica, en la nobleza y dignidad de los personajes, y en la poesía, conducida por un haz de luz, al centro del grupo principal de los actores. Creo haberle hecho conocer otra vez, en ocasión de alguna de sus exposiciones de su ya enorme labor en el paisaje, en el retrato, en la vida doméstica y en la escena histórica, mi parecer sobre que la cualidad esencial de su espíritu de artista es la sinceridad y la espontaneidad con que

se apodera del rasgo más definido del lugar o del personaje, para imprimir a la obra su carácter inconfundible de realidad y de belleza serena y sugestiva.

Aunque yo no soy un técnico, ni cosa parecida, sé muy bien que usted ya no se halla en el caso de ser discutido desde este punto de vista. Podría citar muchas de sus obras en apoyo de esta afirmación. Luego, para juzgarlo, hay que ir al asunto, al fondo, al alma de la obra. Y nadie ignora que uno de los más difíciles géneros es el del cuadro histórico, ya se trate de individualizar los personajes prominentes, ya de concretar en escenas colectivas, acontecimientos característicos de una época. Si el simbolismo puede a veces embellecer o idealizar una figura humana o un conjunto de ellas, en un escenario dado, justo es reconocer que ese recurso no puede ir más allá de la general comprensión de un pueblo culto, el cual, si bien se complace en ver a su caudillo o héroe, o prócer, transfigurado por el arte en algo superior a su medio, y a su tiempo, nunca se conforma en ver desaparecer sus rasgos reales, su porte, su expresión, reveladores de su acción o de su influjo espiritual sobre la masa. Los pueblos quieren ver a sus héroes sobre sus pedestales, representativos de eso que llamaremos el corazón o la conciencia de la posteridad, ya sea ella lejana, o próxima. Así, hace poco, después del drama de Drinkwater y del libro de Grierson sobre Abraham Lincoln, no vacilo en aceptar la escuela de la realidad viviente del personaje histórico, conciliada con el simbolismo, en el sentido de la idealización de la actitud, del gesto, del movimiento interior que el pincel, el mármol o el bronce deben poner de relieve, de tal manera que, sea cualquiera el grado de esa idealización, el sentir del pueblo, de la Nación, de la humanidad, exclamen sin vacilar: "éste es él". Tal la estatua de St. Gaudens en Westminster, réplica de la de Lincoln-Park de Chicago.

Cuando he examinado su boceto y he visto la verdad con que usted ha reproducido, sin materialidad estrecha, la escena, el conjunto y la individualidad de los actores de la

Asamblea Constituyente de Santa Fe, me he felicitado de que no se haya dejado seducir por los prestigios de un simbolismo, que puede conducirnos a una desnaturalización del verdadero concepto histórico del hecho, ni que se haya dejado enredar en las prosaicas y mudas exactitudes de una realidad estática o hierática. Así, su próxima gran tela, —que con tanta justicia y derecho debe ser conservada en la Capital y sede de las convenciones, la ciudad de Santa Fe,— va a ser una conquista para nuestro arte nacional, el perdurable y progresivo, que da a la realidad todo lo que tiene de inmutable y a la fantasía todo lo que tiene de belleza y sugestión.

Conozco su idea para la ejecución de la tela del Congreso Constituyente; y como sé hasta donde es poderosa su técnica e inquebrantable su potencia de trabajo, tengo la plena seguridad de que va a dotar al país de una nueva grande obra, la cual, como las anteriores de *Güemes* y *San Martín*, será apreciada en su verdadero valor histórico y artístico, más tarde, cuando pueda decirse que ha llegado una posteridad para nuestra generación. Como ya dije al comenzar, y de acuerdo con su plan y concepto de la tela, se trata de concretar en un momento, en una escena culminante del vasto proceso de la organización constitucional, aquella en la cual se produjo el voto de la asamblea sobre el proyecto de Constitución.

La actuación de Seguí, en todo el proceso de la asamblea, es de una eficacia real y fácil de demostrar con la lectura de las actas; pero en la sesión elegida con acierto como decisiva, la del 20 de abril en que se vota y se aclama el Proyecto en general, el discurso del representante de Santa Fe, contiene la mayor suma de doctrina y razonamientos que agotaron el debate y determinaron el movimiento final de la sanción. Sin desconocer el inmenso aporte llevado al debate por los miembros de la Comisión revisora, señores Benjamín Gorostiaga y Juan María Gutiérrez, en el sentido que puede interesar al arte, ha sido feliz la elección del instante en que el diputado santafecino pronuncia su réplica vigorosa y cálida al solemne discurso del doctor Zuviría. Porque la ecuación

representativa de cuarenta años de tentativas infructuosas de organización, era, aun después de derrocada la tiranía, ésta: “es o no oportuna la sanción de la Constitución”; y el voto de aquel día la dejó resuelta para siempre, en la forma en que, parcialmente modificada en 1860, habría de llegar hasta nuestros días. Y Santa Fe que ha sido la sede del Tratado preparatorio de 1831, del Congreso Constituyente de 1853 y de la Convención aprobatoria de 1860, realizaría un acto digno de su historia y de su papel en la evolución orgánica de la Nación, al inmortalizar en una tela de dimensiones convenientes, según lo impongan las condiciones del sitio consagrado y del número de sus figuras indispensables, el hecho que mayor relieve imprime a su misión en el vasto proceso de la unidad política de la Nación Argentina.

Y es de señalar la feliz coincidencia que lo va llevando a usted a merecer el título de “pintor de la Constitución”, porque su retrato del Padre Fr. Mamerto Esquiú, a quien yo, en una edad de pleno recuerdo, conocí, es algo insuperable de parecido físico y moral, con aquella mirada seráfica y aquella sonrisa mezcla de melancolía y de goce íntimo, propios de la visión celestial de los iluminados franciscanos de la primera época, y que en su tela, aun desconocida del público, reproduce con un acierto asombroso, dándole mayor serenidad que el arrebató místico puesto en sus admirables estatuas del Santo de Asís y de la doctora de Avila, por nuestro compatriota Zonza Briano. Y recuerdo su trabajo sobre Esquiú, porque el señor Seguí en su fogosa arenga, expresaba el deseo de propagar profusamente la nueva Constitución, incitando a los pueblos, desde Buenos Aires hasta el último del interior, a penetrar en sus verdades eternas, y en todo caso, a acatarlas con patriótica renunciación de minuciosas divergencias de doctrina o de forma. Y es proverbial que la palabra más elocuente oída en ese tiempo, en tal sentido, fué la del humilde fraile catamarqueño desde su púlpito provinciano, pero que tuvo la repercusión más admirativa, atestiguada por el decreto del gobierno del Paraná, de 2 de mayo de 1854, suscripto por los

doctores del Carril y Gorostiaga, vicepresidente y ministro de la Confederación.

Bien; pongo punto final a esta ya larga carta, dictada por mi intensa aspiración de verlo acometer tan bella y grande obra, que significará un nuevo triunfo de su talento y su experiencia; por todo lo cual lo felicita de antemano su sincero amigo y admirador.

J. V. González.

XVIII

**EL PRIMER ATENEO Y EL PRIMER
SALON DE ARTE DE BUENOS AIRES**

REFLEXIONES DE UN PROFANO

**EL PRIMER ATENEO Y EL PRIMER SALON DE ARTE
DE BUENOS AIRES**

REFLEXIONES DE UN PROFANO

I

Algún filósofo alemán, estudiando la situación de Roma bajo el dominio de los Césares, dijo que los bellos espíritus buscaban su refugio en las altas esferas del arte y del pensamiento, mientras afuera, y en el plano donde se agitaba la sociedad, hervían las malas pasiones y luchaban los pequeños impulsos de la miserable materia.

No sólo entonces esta división de almas se ha producido: ella es una ley eterna, inmanente en nuestra humana condición. Dondequiera que la lucha arde, —pero la lucha de multitudes con armas suministradas por el furor o la innoble ambición,— hay una parte de la inteligencia colectiva que se aparta del medio y busca, ya en el silencio, ya en la distancia o en la altura, el aire libre, la atmósfera diáfana de los ideales y de los sueños. Sea o no legítimo este apartamiento de los focos de la pasión combatiente, sea o no socialmente juzgado bueno, él es un hecho humano, histórica y perpetuamente comprobado, y la ley que le da existencia tiene su raíz en el fondo de la personalidad del hombre. Ha sido dotado de una porción de ideal, y éste, como perfume de las selvas, se levanta al espacio y se difunde en el infinito.

Y si queréis que de las selvas sólo se perciba el aroma, limpiad los terrenos, secad los pantanos, y abrid por entre

las ramas del tupido bosque avenidas y claraboyas amplias para el aire y para el sol; sino, los fermentos orgánicos, los reptiles, las fieras, tendrán allí su inexpugnable guarida, y nunca el hombre podrá levantar la choza donde rinda culto sereno al amor y al trabajo.

Esta es la *selva selvaggia ed aspra e forte*, entre cuyas murallas el viajero de la vida se ve pronto aprisionado, y las fieras le saldrán al encuentro y le amenazarán con la muerte, si un ideal, si una voz de lo alto, si un guía luminoso no acuden a sus gritos desesperados.

Llámase arte a la esfera de la cual proceden y en la cual viven esos espíritus protectores, especie de limbo de infinita serenidad, de monotonía inextinguible, de media luz y colores suaves, imagen del "vago deseo nunca satisfecho", de la esperanza de lo mejor jamás colmada; pues ni aún allí, en el cielo de las almas, parece que existe la verdad de esta inagotable sed de ventura que devora al corazón humano.

Vaga por la tierra una grey desligada al parecer de las leyes que gobiernan las sociedades, sonámbula sin destino positivo y fácil de apreciar con los criterios comunes, entregada solamente a observar la naturaleza, a contar sus latidos, a reproducir sus colores, contornos y armonías, y así convertidos en formas, a presentarlos al resto de los hombres, para obligarlos, por la imagen embellecida de las cosas, a fijar en ellos la vista, ya que no fueron capaces de verlas en su elemento propio.

¿Conque esto existe? ¿Conque se puede gozar realmente viendo, oyendo estas cosas, y nosotros lo ignorábamos, cuando en torno nuestro se hallan esparcidas? Y entonces un rayo de luz ha penetrado en la masa compacta de la muchedumbre, un sonido simplificado en una nota ha despertado en la grande alma de la sociedad otras notas relativas, una línea simple o combinada ha evocado un recuerdo, y una pincelada ha sublevado un mundo de muertas e ignoradas emociones.

La obra de arte ha comenzado su acción redentora, gracias a ese intermediario silencioso entre la naturaleza y el

hombre, llamado artista, a ese vagabundo sin otra ocupación que la de observar los detalles para los demás invisibles, detener en su vuelo indeciso la nota ausente que busca arrancar del conjunto de colores de un paisaje o de un crepúsculo el matiz más bello o la combinación deseada, para infundir la vida de la forma a la idea o al sentimiento que quiere revelar; y por fin, con el espíritu y los ojos perdidos en la inmensa y difusa creación, recoger todo lo que después, reunido y ligado con esa argamasa intangible de la inspiración, da al mundo la revelación de la hermosura.

Ya tenemos algo más que nuestra visión interna, confusa e indecisa: tenemos la externa, reflejada dentro de nuestra alma por la luz del arte, y una nueva fuente de placer se abre en nuestra monótona y material existencia; sus ruidos, formas y coloridos vienen a libertarnos de las preocupaciones que nos consumen y tiranizan, y embelleciendo uno solo de nuestros atributos, esa hermosura se esparce dentro de nuestro ser moral, y lo purifica y lo ennoblece. Pero esa acción del arte es espontánea e inherente a su naturaleza, sin que el artista se proponga redimir, corregir, mejorar determinadas imperfecciones, sino solamente representar la belleza natural al través de su inspiración, porque es bella y nada más, y para no producir otros efectos sobre el alma humana que los de la belleza misma.

Innecesario es ya recordar la inclinación instintiva del hombre hacia la reproducción plástica de las cosas, de los seres amados, reales o ficticios, y de los objetos habituales y la íntima relación existente entre la perfección del arte y el proceso intelectual; pero sí es preciso decir que en toda época histórica, en la cual la humanidad ha sufrido o ha gozado, el arte fué siempre su lenguaje para expresar su dolor o las alegrías supremas, que la palabra, que el libro no podrían decir...

II

No queremos hacer historia, ni continuar generalizando —pues sería corriente que nos llevaría muy lejos,— y volvemos a nosotros, a los argentinos, jóvenes, niños acaso, como pueblo, y por tanto, en los albores de toda manifestación artística genial. No podemos tener arte propio, porque estamos aún en la escuela, y porque nuestros maestros son de otras civilizaciones y otras latitudes. Estamos formando, educando nuestras facultades artísticas, y nuestras obras tienen que traer el sello del aula; y aun cuando quisiéramos soltarnos a nuestro albedrío en el campo virgen de la naturaleza, habríamos de delatarnos a cada instante por el procedimiento, por los recursos de que hemos de valernos para reflejar en la tela la observación personal. La idea, pues, de un arte nacional, por bella y anhelada que sea para nosotros, se halla todavía lejana de la realidad, no porque nuestra tierra y nuestra vida no le ofrezcan fecundo material y alimento riquísimo, sino porque las facilidades materiales, la compensación de la obra de arte, aún no han llegado a ofrecer al artista el estímulo y la comodidad que la observación personal hace necesarios.

¿Se ha formado el lector una idea de los sacrificios que demandaría una excursión artística a las regiones más hermosas de nuestra montaña, de nuestros lagos, de nuestras selvas, en busca de los colores nacionales, por decirlo así, esparcidos sobre nuestros paisajes vírgenes de la observación del artista? ¿Con qué había de compensarse semejante fatiga, y luego el largo y paciente trabajo de la composición, de la ejecución sobre la tela? Así, los que soñamos con un arte argentino, un arte que refleje y traduzca las tonalidades de nuestra tierra y de nuestro cielo, muy lejos estamos de pensar en ese aspecto prosaico, material, de la labor que *a priori* se nos ocurre exigir a los pintores argentinos. Véase, sino, lo que sucede con los paisajes inmediatos a los centros ricos y populosos, donde las comodidades de la vida hacen posible

la tarea. Las islas y canales de nuestros ríos navegables han sido estudiados por muchos artistas nacionales y extranjeros, y no son muy escasas las obras que con tales elementos ha producido ya el pincel; y lo mismo puede decirse de nuestra vida urbana, y de los tipos de campo; y allí, en el mismo *Salón* del Ateneo, puede verse cuadros de Ballerini, de Della Valle, Caraffa y otros, en los cuales la observación personal ha ido a fijarse con mucho acierto en tales objetos y paisajes. Pero así y todo, la crítica no puede ser inflexible ni tolerante, y debe tener en cuenta otras circunstancias relativas al artista mismo. Los que tal nombre han merecido han hecho sus estudios técnicos, han formado su manera de ejecución en academias europeas, en donde recibieron influencias de un medio y de una tradición artísticas, a veces radicalmente diversos de los que a nuestra naturaleza corresponden, y sería preciso un nuevo trabajo de independencia, una nueva gestación, ya mucho más rápida, por cierto, para ver, sentir y ejecutar los colores y las formas, y eso que llamaremos el alma de nuestro ambiente. El espíritu mismo del artista, transportado a tan diferente naturaleza, debe pasar por una crisis de percepción, por una transformación del hábito adquirido, hasta que, desligado de toda influencia anterior, entre libremente y con paso firme al nuevo campo de observación, a un mundo nuevo de colores y de luz, conservando, como tiene que ser, los principios comunes e inmutables de todo arte en cuanto a su esencia.

La facultad artística de percibir hállase tan íntimamente unida con la fisiología y la psicología, que aquella crisis de que hablamos conviértese en un fenómeno complejo y de hondas raíces en la organización humana. Los sentidos transmisores de la visión física al centro común de la visión ideal, son susceptibles de educación, y por tanto de amaneramientos o modos de operar, dependientes de tal o cual sistema o escuela, los cuales pueden tener su origen tanto en la naturaleza material como en las influencias de la técnica, transmitidas de maestros a discípulos. En el primer caso, las nuevas

obras reflejarían un colorido exótico, y en el segundo, adolecerían de artificios acusadores de los principios heredados.

Véase, pues, cuán difícil es poder encontrar la verdadera originalidad en nuestros buenos pintores, quienes, por ser buenos, revelarían las reminiscencias de las grandes escuelas en que se formaron. Y si bien se mira la cuestión en el estado del arte contemporáneo, tales manifestaciones sólo hablarían en favor suyo, porque es mejor pertenecer a una buena escuela que a ninguna, visto que no se trata de un genio original, creador o iniciador, a su vez, de una escuela propia.

Entre los expositores del *Salón* del Ateneo hay algunos que pueden levantarse sobre el nivel común, desligarse de influencias extrañas y dar nacimiento a obras originales, ya sea por el asunto, ya por los procedimientos; no es más que cuestión de estudio, de observación personal y prolija de la naturaleza argentina, en cuanto pudiese ofrecer a la paleta elementos originales derivados de su fisonomía especial. Seguramente la luz no brilla con la misma claridad en todos los climas, ni colora con la misma intensidad y matices los objetos, ni la transparencia de la atmósfera deja ver los cuerpos en toda su verdad física y absoluta. Agréguese a esto la variable y distinta manera que cada artista tiene para ver, por las condiciones especiales de sus sentidos —la presencia del *yo* en la operación perceptiva,— las modificaciones impuestas en la visión del sujeto de la obra de arte, por esa casi insensible influencia de los sentidos entre sí, de que habla un crítico contemporáneo, y la parte de razón y de fantasía inseparable de toda reproducción artística de la naturaleza; y se habrá llegado a la convicción de que una de las aplicaciones más difíciles de la crítica es la de la obra del pincel.

La noción de un arte nacional tiene para nosotros su fundamento en nuestra naturaleza, terrestre y humana; en obtener la porción original de los colores con que habría de enriquecerse la escala de los conocidos hasta ahora; en deducir la parte genial de nuestra sociabilidad, de entre los caracteres comunes a todas las naciones o sociedades, y poder

decir a la vista de un cuadro: es argentino; porque ninguna tierra, cielo ni hombre presentan esos caracteres pura y exclusivamente suyos.

Meditar este problema es casi resolverlo, clasificándolo de utopía, de sueño, hermoso, pero vago y de imposible realización. Es la obra de los siglos, como ha sido en las naciones que pueden clasificar las escuelas por su nombre: y aun dentro de éstas, el territorio del arte presenta muchas fronteras, porque cada pintor ha impreso al arte el sello personal, único, de su genio. Nosotros, como nación ordenada, llevamos apenas vivido un medio siglo, y sería inconcebible la crítica que exigiese a nuestros pintores, para fallar en favor de sus obras, que ellas fuesen original, exclusiva y genuinamente nacionales.

Nosotros nos contentamos por hoy con que la obra sea humana, verdadera con relación a la naturaleza, y que el valeroso núcleo de nuestros artistas se dedique a estudiar en nuestras vírgenes regiones los temas originales y los colores nuevos, para bien del arte en sí mismo y gloria de la patria. Si aun no pudiera darnos obras maestras en el sentido absoluto de la palabra, fundaría, y sería mucho, las bases del ideal y noblemente soñado arte argentino. Exigimos menos todavía: que la sociedad de nuestro país, estimulada por el ejemplo de los *pioneers* de hoy, en el sublime arte de los colores, volviese hacia ellos los ojos y el corazón, pagándose menos de placeres vanos y transitorios para levantar el espíritu a la esfera de lo inmortal, de lo que purifica y embellece la vida.

III

Muchos días hemos entrado en el *Salón*, solos, completamente solos, y colocándonos en un punto central, de donde podíamos dominar el conjunto, hemos permanecido largas horas en contemplación analítica e investigadora, unas veces, y otras, las más, dejándonos arrastrar por la propia fantasía, que iba hasta a rehacer las obras, y crear y reconstruir los

objetos, personas o escenas reproducidas por el pincel; y todo este trabajo mental constituía un goce indescriptible, lleno de alternativas y de no pocas decepciones, siempre experimentadas allí donde la tarea puramente psíquica se estrechaba en esta pregunta: —¿Pero cómo ejecutaría yo esto?— a la cual seguían raciocinios tanto o más abrumadores.

Uno de ellos es la enorme distancia que media entre la obra de arte ideal y la formal, entre la concepción que llega a adquirir todos los contornos de una cosa real vista por la inteligencia, y la ejecución que debe valerse de elementos materiales y de fuerzas y de movimientos dependientes de nuestra imperfecta organización física, incapaz de seguir los vuelos del pensamiento. Y era preciso que nos resolviésemos, desde luego, al comenzar nuestros juicios, a tener en cuenta la relatividad de todas nuestras obras y de todo cuanto del hombre procede.

Más todavía; nos preguntaba nuestro propio raciocinio: ¿cómo es posible que veáis vosotros, profanos en el arte, mejor y de modo más perfecto lo que el pintor ha visto? Porque podéis poseer un espíritu finísimo, una facultad de observación y de dominio sobre la naturaleza llevados a la quinta esencia, pero en ninguna manera aplicables a esa misma naturaleza trasladada al lienzo, a la piedra, al bronce, en los cuales cambian las circunstancias generadoras de la visión, y las proporciones y los colores reales, para adquirir algo que allí no tienen, y es el alma del artista, a cuyo través se os presentan ahora reproducidos. Y además, por general que fuese el sentido de ver y la inteligencia para juzgar de la belleza de una cosa, no pueden jamás igualarse los vuestros con los de aquel que los ha educado y ejercitado especialmente en la envidiable ocupación de admirar y estudiar la belleza para *conocerla*, con toda la fuerza del vocablo. Luego, la crítica hecha por quien no tiene estudio del arte mismo, no puede sino ser limitada a ciertos aspectos de la obra, a aquellos en los cuales se presenta bañada por la luz que envuelve a otros órdenes, a otros linajes de creaciones de la inteligencia; y en

una palabra, la crítica tiene que ser humana antes que técnica, y debe presidir en ella el sentimiento ingenuo y sincero de la naturaleza, antes que las vanidosas formas de un estilo a la moda.

Tampoco hemos visto ni estudiado las obras maestras de los museos de Europa, depósitos de las sagradas reliquias de los maestros, creadores de escuelas y de obras inmortales; y así nuestro raciocinio carece de ese elemento muy agradable, decorativo, pintoresco y erudito, que es la comparación; y si juicio pudiera llamarse al nuestro, sería sencilla y humildemente el de la obra por la obra misma, y en comparación única con la realidad, que ha querido traducir al lenguaje de los colores.

Pero entre una y otra reflexión, necesario es volver a nuestro tema, ya que, según un bien equilibrado espíritu, autor de un libro reciente sobre estas cosas, para toda obra de arte perfecta se requieren un loco y un sabio: el primero, para sentir, soñar, entusiasmarse y dar la idea luminosa; el segundo, para pensar, analizar, ordenar, esto es, introducir el orden, sin el cual no hay propiamente obra bella.

La primera impresión de aquel conjunto de telas es, sin duda alguna, placentera, acaricia los sentidos y sugiere desconocidas esperanzas para el porvenir, pues nos imaginamos ya poseedores de una pléyade numerosa y radiante de artistas, y llamando la atención del mundo por nuestras galerías, donde haya que entrar con la cabeza descubierta, por respeto a una tradición de gloria y a la majestad propia del arte mismo.

Nótase a la primera ojeada, en el conjunto, la heterogeneidad ecléctica del *Salón*, la falta de libertad y dominio plenos del arte y la presencia del estudiante que ha ido tanteando el terreno, ya bajo la dirección inmediata del profesor, ya bajo la influencia coercitiva del temor y de la desconfianza en la propia fuerza; y en algunos, por el contrario, hasta un atrevimiento rayano en la audacia, al abordar asuntos casi desconocidos en unos casos, y en otros excesivamente fantásti-

cos, o sea sin parentesco alguno con una realidad vista, sentida, estudiada con el detenimiento que la tarea exige.

El observador que fuese allí buscando adivinar la *tendencia* artística de nuestro grupo de cultores de la pintura, y el espíritu en ellos dominante, sufriría dos equivocaciones primordiales: el olvido de que se trata de la primera exhibición en un pueblo todavía infantil en esos aspectos de la vida, y la conciencia de que es imposible la manifestación de esa tendencia, sello o carácter peculiares de nuestra pintura, que todavía no ha llegado siquiera al período de su florecencia, faltando para ello vastas extensiones por recorrer. Porque no basta tener, como tenemos, algunos artistas merecedores de un distinguido asiento entre sus contemporáneos, sino que es preciso llevar hasta ellos la educación del medio al cual sus obras están destinadas, y en el cual deben producir su efecto estético.

Sucede con este fenómeno de apreciación social de la obra de arte lo propio que en el fenómeno psico-filosófico individual de la misma. Para poder experimentar el goce estético ante la contemplación de la belleza, es preciso que el agente disponga de instrumentos delicados, pulidos, educados para poder ponerse en comunicación directa con el objeto de la observación, y percibir sus perfecciones de forma y de concepto; esos instrumentos son los sentidos, susceptibles de refinamiento y de educación ilimitados; y si, siendo así, es difícil y lenta la tarea preparatoria, ¿cómo no ha de serlo la que tenga por sujeto a una sociedad entera, a una nación? ¡Ya es por sí sola una obra de gigantes llegar a comprender la importancia de las artes en la vida de los pueblos y el que éstos concibieran la gloria, la inmortalidad anidada en tales regiones!

Es, pues, el comienzo de un sueño magnífico, entrevisto quizá por algunos solitarios, esta aparición del arte, patrocinada por un núcleo de creyentes en estas que llamaremos cosas del otro mundo, esta primera reunión con fines sugestivos y educadores, de las obras de arte ejecutadas por nuestros pintores; y no se puede, sin error visible, ir a buscar en ellos

los elementos para definirnos y clasificarnos como nación artista, ni tampoco para descubrir la índole característica o genial de la pintura argentina por los trabajos expuestos.

Fuerza será renunciar a ese estudio y convenir con nosotros en que será, por ahora, íntima satisfacción la de pararse a contemplar una por una las telas de más valía del *Salón*, expuestas muchas de ellas por mérito absoluto, y otras por un bien entendido espíritu de tolerancia, de benevolencia del jurado, en obsequio de estudios tan tímidos como dignos del más caluroso estímulo.

NOTA. — Con una complacencia inmensa reproduzco aquí este artículo, escrito hace veintidós años, que valió una profecía en presencia de la primera exposición de arte, bajo los auspicios del primer Ateneo; el cual cayó, como todas las cosas de este género entre nosotros, bajo la pesada y a veces infamante lápida de la indiferencia y de la burla; pero no sin dejar una huella luminosa y un surco repleto de cálida simiente. De allí nacieron el actual Museo de Bellas Artes, la nacionalización de la Academia-Escuela, los sucesivos “salones” públicos y particulares, la Exposición Mundial del Centenario, la difusión de las estatuas en todo Buenos Aires... Siendo de desear, acaso, otra Academia más rigurosa que ponga un poco de orden en este entusiasmo, y más buen gusto en esta profusión... (*De las ediciones de 1916 y 1920*).

XIX

UN RETRATO DE CLOWN

UN RETRATO DE CLOWN

Desde mi más temprana edad he sentido profunda admiración por los artistas, y cuando se dé cuenta el lector de que quien estas líneas escribe nació en lejano y humilde pueblo de provincia montañesa, se podrá formar cabal idea de la clase de artistas que despertaron mi entusiasmo. Por aquellos mundos no llegan sino los héroes del arte o de la necesidad; esos vagabundos desprendidos en grupos de los grandes centros para recoger en los pueblecillos mediterráneos o fronterizos una pobre caricia de la gloria y una triste migaja de pan, buscadas en vano en las ciudades pletóricas.

Y un día la pequeña villa se conmovió al anuncio de la próxima llegada de una compañía de acróbatas que haría prodigios. Mi alegría fué inmensa porque ví realizada ya la más punzante de mis curiosidades. ¡Iba a ver un payaso! La gente del pueblo se aglomeró en las calles de entrada, obligatoria; y cuando empezó a desfilarse la caravana de los artistas, cada uno en su mula, bien montado a la criolla y sin ningún aspecto de seres sobrenaturales, y siguió después la tropa de carros que conducían los aparatos indispensables, yo me devanaba los sesos por descubrir entre todas aquellas caras polvorosas y ordinarias una que me diese a conocer el payaso. Me había imaginado que entraría al pueblo dando risotadas y haciendo muecas extraordinarias.

Elegido el terreno, levantada la gradería y cubierta la pista con una gran lona blanca, llena de parches como vela veterana de los mares, se anunció la primera función para el domingo; y fué introducir la desesperación en todas las familias donde había chicuelos. Mi casa se volvió un infierno, por-

que éramos cinco, entre varones y niñas, todos alborotados y vueltos el mismo demonio por la ansiedad. Y cuando por la mañana, a la hora en que todas las gentes de la villa, blancos y negros, ricos y pobres, salían en grandes procesiones de la misa mayor, abrióse también el portón del solar improvisado de teatro y asomó a la plazoleta de la iglesia un carro adornado donde iban unos músicos y luego un grupo de acróbatas vestidos de punto y relucientes de esmaltes y de sedas de colores vivísimos, el sacudimiento que sufrió la población no es descriptible, y menos aún la inquietud que se apoderó de mí por que llegase pronto la noche.

Salían a convidar. A falta de imprentas y de diarios, aquella excursión estrepitosa y provocativa bastaba para llenar el tendido y volver loco a todo el mundo de curiosidad; y eso que no he dicho aún lo más interesante de ese cuadro, cuyas figuras y contornos no han de borrarse jamás de mi memoria. Delante del carro, enhorquetado en un burrito bien adornado con flores y cintas, iba el payaso pintarrajeado y grotesco, con una boca fenomenal que parecía de fuego por el carmín, y surcada la cara de grandes arrugas negras, vestido con ropas deformes y chillonas de color. Hablaba, gesticulaba, repartía saludos y muecas a todos los corrillos, y a los muchachos que, estupefactos y como magnetizados, le seguíamos, nos tiraba mordiscos feroces con su boca inmensa y nos arrancaba gritos de terror o carcajadas nerviosas, mezcla de gracia y de miedo.

Luego, en cada esquina, daba vuelta el burro, hacía callar la música, detener el convoy, y parándose sobre los estribos componía el pecho y empezaba el discurso, tejido con la mayor suma de desatinos posible y lleno a la vez de la más honda y desgarradora filosofía, la de la miseria, la que riendo reclama limosna, y desfigurando el rostro del hombre recobra la libertad primitiva para decir las grandes y terribles verdades.

Tras de un golpe de bombo y platillos, que el payaso ridiculizó con un ademán grotesco, exclamó lo siguiente, que

nunca se me ha olvidado, y hasta he llegado a creer que el pobre trashumante lo decía con intención:

—¡Silencio, señores! ¡Atención, pueblo ilustre de X...!
¡Yo soy el peine que saca los chicos y deja los grandes...!

Y la pícaro comparación del peine, dicha en medio de un atolondrado palabreo por el primer payaso que llegó a mi terruño, arrancando buenos aplausos, estuvo bien dicha sobre el asno que servía de tribuna, e *hizo camino*, como se dice pero sin que los mismos que lo repetían, por su forma antitética tal vez, se diesen cuenta bien clara de su terrible simbolismo, aplicable a los más altos dominios del pensamiento y a situaciones más espectables de la vida. Y allí está, en esas esferas aparentemente infecundas, la fuente de las grandes observaciones, frases y sentencias que forman la sabiduría de todos los tiempos. ¡Cuántas veces en la historia, inmortales far-santes que han dado leyes al mundo y han revuelto sus confines, no hicieron sino manejar hábilmente el peine del payaso de mi pueblo, dejando impunes los grandes crímenes, inviolados los grandes errores, para levantar sobre ellos los pedestales de su gloria! Ya lo véis: el pobre bufón peregrino en tierras provincianas, como los bufones de Shakespeare, es el filósofo. Hay que saber leer en esas almas, como en las deformidades de la naturaleza, muchas veces más elocuentes que el legado de los sabios. Un aborto de la piedra o del árbol es una advertencia de profundos fenómenos terrestres; las desordenadas palabras del loco o del imbécil suelen ser también la revelación de verdades eternas y misteriosas...

En fin, dejemos para la hora de las confidencias el relato de lo que ocurrió con la compañía de acróbatas llegada a mi pueblo, recorriendo las enormes distancias y repitiendo las mismas e invariables maravillas de la fuerza bruta y de la destreza, y recordando que estamos en tierra firme, apliquemos derechamente el peine de la pequeña crítica a las cosas presentes.

Mi afición por los payasos tiene mucho de convencimiento, por análisis prolijos y frecuentes observaciones, y por es-

ta irresistible tendencia del espíritu a descubrir la faz ridícula o grotesca de las cosas y de las acciones humanas. Ya he nombrado a Shakespeare; recordaré ahora al bufón del rey Lear, que en los momentos más patéticos del drama, correspondientes a los del mísero soberano, es el único que se atreve a desprender la chispa, y destruir con una palabra intemperante, aguda o amarga, la solemnidad del cuadro. Y aquel payaso de corte sólo es la caricatura de su rey, porque el juicio se anida en el que llaman loco, y la locura ha hecho su presa del que había nacido para reinar. ¿Queréis aún más pruebas sobre este eterno sarcasmo de las grandezas, y que os demuestre la noble misión de esos artistas que consagran sus desvelos a enseñárnosla, remedando nuestros gestos, diciendo en forma de desatinos las verdades que callamos porque nos avergüenzan o nos espantan, y representan al vivo nuestras vanidades y ridiculeces?

Un payaso culto, hábil e inteligente es un tesoro impagable, porque es el único que posee el arte de hacernos reír sin convencionales reticencias ni reservas fastidiosas; y cuando posee una instrucción extensa y nada vulgar ingenio, podemos entregarle todas nuestras simpatías, tributarle nuestros aplausos calurosos, porque con sus dichos, gestos y actitudes, correctas dentro de su arte, hace el encanto de varias generaciones reunidas. Los breves y vívidos entremeses, que un famoso "clown" denominaba "comicalidades", son escenas de sainete, ilustradas con figuras plásticas y saltos y contorsiones, los cuales son al pensamiento lo que las líneas al simple dibujo, aumentadas por una lente, para ser vistas de lejos y por los miopes más avanzados.

Los niños comprenden al punto una idea acompañada de saltos y movimientos correspondientes, siquiera lleve la intención más fina y más velada, porque el gesto y la acción, magnificados, analizados por la gimnasia, hacen ver bien claro lo que dicho sencillamente no percibirían jamás. Por esto, a mayor sencillez corresponden más fáciles y repentinos efectos de la representación del payaso; y por eso las salas inmensas de

los circos se pueblan de carcajadas radiantes y estrepitosas, como el concierto de los pájaros salvajes entre los estrechos valles de una montaña; y así como la risa de las multitudes es manifestación elocuente de sencillez y de salud, los cantos desordenados de las aves silvestres son la manifestación del virginal vigor de la naturaleza.

Ha podido notarse que los circos gimnásticos y ecuestres se llenan de tres clases de público: los niños, la clase media social y los extranjeros, y meditando un instante, puede verse el lazo que los une en esta afición a ese espectáculo: los primeros, porque gozan comprendiendo y viendo sin esfuerzo mental y sólo por el poder de la visión física; los segundos, por la limitación que su estado impone a sus facultades, y los últimos, por hábito de nacionalidad, por tendencia de raza y por tradición, especialmente los sajones, mucho más inclinados a las fiestas y glorias de la fuerza que las otras razas coetáneas, mucho más libres de cavilaciones y complicados cálculos, limitados al ejercicio equilibrado de la fuerza y del espíritu, pero llevando siempre la salud de una y otro por norma y como único medio de prolongar la vida individual y robustecer el vigor de la nación y de la raza.

Pero escapando de las garras del filosofismo voraz que me asalta, debo recordar los espectáculos que Frank Brown ofrecía a su público devoto. Ellos revestían los caracteres de una fiesta y tenían atracciones propias de más elevados géneros escénicos. El querido payaso-artista no tenía en los últimos tiempos de su figuración bastante espacio para preparar combinaciones y monólogos nuevos, como en otros días, en que sólo era dueño de su papel, y su espíritu estaba libre de responsabilidades de director. Su espíritu había tomado nuevos rumbos y modalidades, notándose cierta tendencia sentenciosa y erudita en sus máximas y disertaciones, muchas de las cuales habían alcanzado justa celebridad. Se repetían sus opiniones no pocas veces, cuando se trataba de la filosofía de los casos corrientes de la vida, no previstos por los sabios antiguos ni modernos, pero observados con profunda

verdad por estos otros sabios de los circos, que, sin pensar en su providencial misión terrestre, pontifican en lenguaje descuartizado, y entre volteretas y contorsiones, sobre los más arduos problemas de la humana existencia.

Frank Brown había vinculado su arte con muchos acontecimientos, transitorios o permanentes, de nuestra vida política o social; su discurso-programa de 1888, dirigido a sus electores para el Congreso, además de ser un anuncio elocuente y emocional de la actual lucha por la regeneración del obrero y de todos los gremios más humildes de la gran *urbs*, puede citarse como una pieza magistral, comparable a lo más celebrado de los personajes de Aristófanes, amigo de presentar payasos políticos en sus comedias al aire libre, como Diceópolis, que anda de casa en casa de los trágicos pidiéndoles los disfraces de sus personajes solemnes, lacrimosos o adustos, para presentarse en la plaza pública a pedir una moneda o un cargo rentado, que en ciertos casos suelen ser idénticos, o arengar, como Demóstenes o Foción, a la multitud encolerizada, para incitarla a la revuelta, o a llevar al pináculo de la majestad al propio Diceópolis, que por dentro no es más que un maldiciente callejero, apedreador e incendiario.

Eran inimitables y de gran sentido crítico sus parodias de batallas al arma blanca, donde se llevaba al más sublime ridículo el valor, y merecen los honores del libro su parodia de *Hamlet*, sus caricaturas de costumbres, sus definiciones y clasificaciones sociales, entre las cuales se recuerda las que se refieren a los hombres como máquinas, a los del *infinitus numerus* de Salomón, que él divide en tres categorías, de la siguiente y dogmática manera, que se asemeja casi hasta la identidad con los del filósofo árabe Abenhazán, de Córdoba:

1ª Los que lo son y no se conocen: éstos son los más.

2ª Los que lo son y se conocen: éstos los menos.

3ª Los tontos por negocio. Entre éstos se declaraba comprendido él, y podemos convenir en que no se halla poco ni mal acompañado.

Frank Brown era feliz porque se veía protegido y amado por el público de Buenos Aires. Nuestros niños hablaban de él como de un amigo inolvidable y cariñoso, y ellos, grandes y pequeños, reconocen su inteligencia, muchas veces revelada superior al medio en que la ejercitaba: y hay que declarar que él, íntimamente, se conmovía de gratitud por los que así le querían y le aplaudían, sin imaginar que son ellos sus deudores, porque en los momentos de fiebre o de hastío, cuando la vida de esos tiempos los agobiaba y los consumía, no se oía expresar otro deseo como el del supremo reposo y la ansiada tregua:

¡Al circo, al circo!

XX

EL DIABLO, EL LOCO Y EL ENAMORADO

(TRÍPTICO)

EL DIABLO, EL LOCO Y EL ENAMORADO

I

EL DIABLO

Cuentan las consejas de todos los pueblos que Satanás reina en el mundo como señor y dueño de todo, sólo dos veces en el año: aquella en que los fariseos hicieron morir al Cristo, y durante los tres días que necesita para elaborarse el milagro de Jonás, y aquellos otros tres en que no sabemos al fin quien prohibió a la cristiandad comer carne, quizás para que hiciese lo que con los libros del Indice: arder en curiosidad por leerlos.

Ya ha llegado el segundo reino de la locura, de la rebelión y de los absurdos: toda ley está rota, toda compostura desvencijada, toda noción de orden está suprimida. De espacios ignorados ha venido una ráfaga que lo ha envuelto y lo ha revuelto todo; las cabezas y los corazones de las gentes, la fisonomía de las ciudades y de las personas, el juicio de las conciencias y el aire encima de las casas que nuestros convecinos habitan.

Semejante a una de esas corrientes dantescas que arrebatan en torbellino interminable a la infinita prole de los condenados, entra el vendaval de esta extraña locura periódica, que, según un horario lento, pero infalible, manda que se ha de alegrar el pueblo, que se ha de divertir de cualquier modo y que ha de perder el sentido común, sin lo cual no concibe el entretenimiento.

Y ya los veis, más preocupados de la fiesta que de la política y de los negocios, desde hace mucho tiempo, pensando y aprendiendo en serio lo que han de hacer cuando toquen la hora obligatoria de alegrarse y de ser graciosos, y después ha de empezar a correr el airecillo que difunde las gracias y las ganas de reirse por todas las calles, y se cuele por las rendijas y se descuelga por sobre los techos más altos.

Como que ese viento es oriundo de los infiernos, se ha venido cabalgando invisible en él, el único rey que lo gobierna y lo esparce por las viviendas humanas, para que todos se vuelvan locos, y renieguen de las seculares conveniencias, y se apodere del mundo el eterno Ridículo, que no es sino una de tantas formas con que Luzbel se venga de las criaturas de Dios, haciéndolas creer que se hallan poseídas del don divino que fué causa de su perdición y la de nuestra humanidad.

Cuando la ráfaga infernal ha detenido su vuelo en una villa, y en Buenos Aires ahora, aunque no sea coronada, el jinete se apea tranquilamente sobre cualquier mamarracho arquitectónico de seis pisos, se cambia traje, esto es, se despoja, o se oculta bien por ahí las alas, la cola, las garras y demás, y desde que Goethe supo presentarlo al mundo moderno, se viste en las grandes ciudades con el lindo traje rojo con que engaña a Fausto y a Margarita y aun se atreve con la derretida Marta.

¡Como se divierte, y se ríe con su carcajada mímica grotesca! Sus sonidos estridentes hielan los nervios y repercuten como truenos en el negro Empíreo, cuando después de haber inoculado y soplado en los millares de seres que pueblan estas colmenas que llamamos ciudades las manías, los antojos, los caprichos, los disparates más extraordinarios, se sube de un brinco, con su agilidad elástica y felina, por las adarajas de un hotel o de una casa de inquilinato decente de alguna vía nueva a la yanqui, y desde arriba suelta sobre la enloquecida muchedumbre sus risotadas espeluznantes, mien-

tras ésta se lanza sin tino en el vértigo ensordecedor con que la gente en estos días refleja en la tierra la confusión, el estrépito, la algazara, el desenfreno, y todos los pecados y las pasiones, y los atavismos elocuentes, aunque inconfesables, de la especie.

—¡Eh! —se dice Mefistófeles,— inocentes criaturas, sed libres una hora siquiera; probad de las delicias suspiradas de lo prohibido por vuestras mismas leyes despóticas; sentid los goces inefables del desorden y de la impunidad; gustad lo rico, lo exquisito del agrio, sobre las eternas mieles y dulzores en que vivís empalagados; rendidme así franco y público vasallaje, ahora, con esas máscaras y disfraces que os descubren el alma, y patentizan vuestras inclinaciones contrariadas! Goza una vez siquiera de la verdad, oh, rey de la creación, imagen y semejanza de Dios, divina copia del divino modelo, aspirante eterno a la suprema sabiduría, omnipotente hormiga, caricatura infantil, genio, portento, maravilla... Ja... ja... ja... ja... ja...!

Y montando otra vez sobre la primera racha de viento que cruza la atmósfera, saturada de gas y de polvo, y llena de ruidos desacordes y de perfumes enciclopédicos, se aleja riendo a desternillarse, y se pierde entre las sombras de la noche, porque le falta ya el tiempo para visitar a todos los que le esperan, sin darse de ello cuenta, por esos mundos.

II

EL LOCO

¿Quién dijo que sólo en estos días reinaba la verdad, personificada en los tipos de la farsa y del ridículo? ¡Qué esperanzas! Estas son flaquezas muy antiguas; y tanto es así, que merecieron el ser convertidas en institución política en los buenos tiempos, cuando los reyes valían algo, porque podían disponer libremente de nuestras vidas, sin esos estorbos de nueva invención que llaman leyes, jueces, armas, ejércitos

y demás juguetes que las naciones, como niños que son, se entretienen en fabricar y romper todos los días.

Los pobres reyes, desengañados inconscientes del mundo cortesano, que les sirve mentiras por verdades, y viceversa, viviendo en una atmósfera de pura invención, como la de un escenario de teatro, sentían la necesidad orgánica —sí tal— de oír la verdad, sentir la sinceridad, percibir el aliento de un cariño, y crearon la santa y mil veces bendecida institución, la más política de todas, a no dudarlo, de los bufones, esos payasos de corte, más sabios que sus amos, y menos desdichados que ellos, porque al bajo precio de un puntapié o de un latigazo, ellos suministraban a raudales la ciencia, sugerían las ideas, arrancaban una sonrisa de esas almas laceradas, y disponían del buen humor de los grandes del mundo, que era disponer del mundo mismo.

¡Pobre rey Lear! ¿Quién le habría hecho jamás la gracia de un buen consejo, o de una advertencia feliz, o de una luz en su extravío funesto, si no hubiese tenido bajo su amparo uno de aquellos locos inmortales, nacidos del cerebro de Shakespeare, para develar los misterios de las almas inescrutables? Bajo el bonete del asno, se escondía la despreciada verdad, la verdad de la experiencia, saturada de amargura, pero centellante y regeneradora, propinada entre caricias melosas y tirones de orejas de sus amos reales, más ridículas que la misma mueca del *clown* asalariado.

Un caballero insulta al rey desposeído por la ambición; un noble espíritu lo vengas y castiga al osado mercenario.

—Gracias, mi amable criado; toma mis arras por tu servicio.

—Yo también quiero premiarte —agrega el loco oficial de aquel loco verdadero:— toma mi bonete de burro.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —replica la sabiduría disfrazada—. ¡Porque has tomado la parte de un caído!... ¡Si no sabes sonreír hacia donde sopla el viento, no tardarás en atrapar un

constipado! ¡Toma, toma mi bonete de burro!... La verdad es una perra que se relega a su pocilga (*truth's a dog must to kennel*); se echa a latigazos para que la vieja braca se regodee y lance sus pestilencias junto al fuego...

Y aquellos filósofos de cascabeles y coloretos, acróbatas por necesidad y propia defensa, han recorrido los siglos, han difundido y estampado las miserias y las debilidades de sus grandes señores, y les han hecho muchas veces la limosna de un consuelo y de un auxilio, en medio de su miseria y de su abandono. ¿Qué mayor gloria que el haber servido al talento y a la verdad para manifestarse impunemente en medio de la barbarie dorada de los palacios y de las opulencias?

¡Pobre rey Lear! El fué un juguete de la ambición, una víctima de la vanidad, un despojo de la ingratitude. Dividida en dos su corona de oro, se quedó convencido de que ganaba un reino en el corazón de sus hijas.

Pero su inmortal bufón le demostró que al abdicar sus títulos imperiales sólo se había reservado el de loco, porque naciera con él, y que dos coronas así se podían comparar con las dos mitades de una cáscara de huevo cuyo contenido él se hubiese tragado...

—¡Sí, tío mío, te suplico que busques un preceptor que enseñe a tu bufón a mentir! ¡Quisiera saberlo, sí!

—Si mientes, canalla, serás azotado.

Es claro: la verdad es una perra que se relega a latigazos a la pocilga; y ni aun así quieren los grandes y los señores que el loco se la ocupase toda entera. ¡Ellos también quieren su parte!

—*I had a monopoly out, they woul have part on it.*

III

EL ENAMORADO

Oigo el eco de un laúd quejumbroso, y en el fondo de una noche, en que el viejo torreón almenado se alza como

un fantasma, las palabras de una trova en que el corazón entero del errante bardo se derrite, se vaporiza, cual si pretendiese así trasponer la reja donde una castellana, que a esas horas duerme con el postigo entreabierto, por el calor insupportable, lo menos que piensa es que haya almas benditas que se priven del sueño para ir a exhalar berridos poéticos por sitios tan escabrosos.

Con razón la luna, más zorra de lo que han creído siempre los poetas, se sonríe sin escrúpulos entre un montón de nubes negras; pero como es llamada la dulce confidente, la amiga de los amantes, la pálida viajera propicia a los que sufren males del corazón, cada vez que el escuálido y barbilampiño trovador alza los ojos al cielo en contorsiones de arrocamiento sublime, se pone seria y melancólica, lo mismo que niña traviesa que se ocupase de hacer gestos y visajes detrás del maestro de escuela, mientras el pobre cumple con su deber, como Dios le ayuda.

Era aquél un joven enamorado, nacido con el don excepcional de la armonía, componedor infatigable de versos "enteramente incompatibles con el sentido común", como diría un humorista conocido, y por eso ya no tenía ni siquiera el auditorio del tío, ni de la abuela, ni del buen papá. Lo cual fué causa para que el genio, creyéndose superior a su medio y a sus contemporáneos, resolviese lanzarse a cantar por montes, valles, pueblos y castillos fortificados y selvas seculares los mal comprendidos engendros de su olla cerebral, seguro de que habrían de ablandarse las piedras, suspender su curso los arroyos, estremecerse los tejados, alzarse los puentes levadizos, destilar llanto gelatinoso los árboles.

Y, por último, si alguna mujer, indispensable en esa suerte de achaques, no se disponía a almacenar sus creaciones y sus juramentos de amor retórico y trasnochado en el tabernáculo de su alma, enderezaría sus endechas, sus elegías o sus odas a los mismos astros del firmamento, confiado en que estos sujetos tienen todas las cualidades que faltan a los amigos de la casa para escuchar atentos, con respeto, con inteligencia y

estímulo, pero, más que todo, sin envidia, las elucubraciones más legítimas de los jóvenes que empiezan a sentir los primeros escozores de la inspiración poética. Y por eso, aprovechando la ocasión en que todos se disfrazan, se pegó a las enjutas e idealizadas carnes un traje que le pareció muy propio para cantar a una niña de castillo medioeval, y se fué a editar con rasguidos de laúd y voces de lego mal desayunado las últimas poesías que no quisieran admitirle *por falta de espacio*, en apariencia, pero en realidad por envidia de los que tienen periódicos, en ninguna de las imprentas de la comarca.

Ni el mismo Orfeo, con ser el privilegiado de los dioses, consiguió arrancar signos más evidentes de la pública y universal emoción que nuestro joven bardo vagabundo: porque a poco de propagarse los ayes rimados por la soledad, comenzaron a contestarle, como auténticos intérpretes de la naturaleza, las mil variadas músicas que posee, como en una orquesta o banda, desde las graves, metálicas e isócronas del asno-contrabajo, que estremece la atmósfera y ahoga los deliciosos floreos de las cuerdas y flautas, hasta los agudos y vibrantes chirridos de alguna lechuza-contralto, que se aleja del sitio lanzando una escala estridente, como una carcajada histérica.

XXI

FLORES EXOTICAS

FLORES EXOTICAS

En otros climas, estas flores anuncian a la naturaleza el reinado de la esperanza y del amor. Yo no las conozco, porque no nacen en el suelo donde vivo, en la atmósfera que me alienta; y si a través de una representación gráfica puedo comprender sus gracias infinitas y casi percibir su perfume, es por esta facultad de dar vida real a lo incorpóreo y actual a lo lejano que poseo, por mi mal, y que tantas inútiles ambiciones me sugiere.

¡Campanillas de Mayo!, nuncios gentilísimos de una primavera remota, de la opulencia en el color, en la armonía y en la pasión, ¡cuántos corazones juveniles correrán a embriagarse con vuestros perfumes, creyendo embriagarse de la dicha soñada!

Mensajeras de ventura, de vida y de gloria, símbolos de dulces afectos, de recompensas anheladas, de vigiliass febriles, pobladas de visiones risueñas, ¡qué lejos os halláis de mí, cuán distantes de mi cielo y de mi patria, y de mis ojos, y de mi alma!

Debía también con vosotras, florecillas humildes de la tierra extraña, cumplirse el destino de mi ser: os amo quizá porque estáis lejos, porque hacéis dichosos a los demás, porque, sin duda, como todo lo que es puro y realmente bueno, nacéis y morís en breves horas, en un soplo de la brisa, en un rayo fugitivo del sol, lo mismo que esta vida fugaz, este paso veloz sobre el planeta, que hacemos los hombres.

Y en este brevísimo espacio tenemos tiempo para reír, entristecernos, llorar, sangrarnos el corazón y desvanecernos

después en el polvo, en la tierra fecunda y generadora incessante de la vida y de la muerte. Así, vosotras —¡oh florecillas de mayo!— en el imperceptible espacio que os es dado vivir sobre el tallo, ¡cuántos sueños, esperanzas, ilusiones y vanos deseos encendéis en nuestros frágiles corazones!

Sentía la impulsión de pulsar una armonía en este momento psicológico, en que un nuevo lapso del tiempo se hunde en el abismo, acercándonos al reino prometido, y fuisteis vosotras las bondadosas evocadoras del pensamiento aletargado.

Gracias os doy con toda el alma; y así en el cielo remoto que os da el colorido, desearía soñar un instante más de la vida que me resta. Vosotras me enseñaréis el secreto para desvanecerse en el gran seno de los aromas que adormecen el mundo. Mi gratitud sería tan grande, tan inmensa, que en la ideal región de la belleza increada, me condenaría a revestir vuestras formas inanimadas para nacer, vivir y morir como vosotras, en un día.

¡Oh, quién pudiera seguir la onda luminosa que dejan al partir esos astros que se van para no volver, deslumbrándonos un instante con explosiones de oro y azul, y envueltos en la difusa armonía preexistente, aquella a cuyos rumores sagrados fueron saliendo los mundos del seno del caos primitivo! ¡Música también etérea y fugaz como la vida, quiero que ella me arrastre entre las vagas ondas de su inmortal e inagotable efluvio!

Enero 1º de 1888.

XXII

ESTROFAS SIN RIMA

ESTROFAS SIN RIMA

I

ARMONÍAS IGNOTAS

Vagabundo eterno por las vibrantes soledades de la cordillera andina, he oído muchas veces, entre los nerviosos silencios de las siestas y de las noches, rumores de confidencias y revelaciones inesperadas llenas de novedad y de misterio, traídos por ráfagas, por acordes, por cantos ignotos y fugaces, que pasaban junto a mí como pájaros nocturnos, rozándome la cara con sus alas de sombra.

¡Cuántas vidas ignoradas en el infinito espacio guardan los secretos de la armonía que acaso nunca percibiremos, si no ha de ser con el oído de Beethoven, asestado, como un telescopio del sonido, hacia las profundidades del abismo! ¡Cuántas almas hermanas de las nuestras, que jamás encontraremos en el mundo de las formas, vagan como astros desconocidos, siguiendo nuestros pasos, y nos responden con un eco amigo en el abandono, nos encienden una luz en la tiniebla, nos susurran un *sí* cuando el *no* universal nos detiene o nos derriba, nos alzan con mano intangible en la hora de la caída, y cual lazarillos alados nos conducen —¡oh ciegos peregrinos incurables!— hasta mostrarnos por una rendija en el fondo del firmamento el palacio encantado de la Esperanza, que creíamos perdido para siempre!

Así también, entre los espíritus revestidos de las formas humanas, aunque nunca hubiesen de verse y acercarse, adviértese esas mismas atracciones y asonancias, y siquiera no hayan de reunirse jamás, como los dos fragmentos de una estrella doble, recorren su órbita infinita con ese silencio majestuoso, dominador del que sabe que allá cerca, o allá lejos, alienta un alma gemela que sabe de él, que palpita con su emoción, que percibe el nimbo de su luz nebulosa, y para quienes la terrible condena del *nunca* resuena con la dulce armonía del *siempre*: ¿acaso la infinita armonía sideral del filósofo griego?

II

EL SECRETO DE LA OLA

(Paráfrasis)

Mientras contemplo el sosegado océano
 Desde ardua roca en áspera ribera,
 Surge a lo lejos la serena curva
 De la ola incesante, como el seno
 Virgen, de ansioso ensueño estremecido.
 Mi mente esculpe con cincel de fuego
 Tu imagen en el bloque de la ola,
 Que se acerca, se agranda y se ilumina
 Con el fulgor difuso que destella,
 Como halo sacro, tu divina forma.
 Y sus brazos me cercan, y su enorme
 Cabellera, batida por la espuma,
 Viene a arrastrarme hacia el ignoto abismo. .
 Al calor de su beso gigantesco
 Donde un amor de siglos se condensa,
 Sentí vibrar el fondo de mi entraña...
 Y el mar cantó a mi oído la inefable,
 Gloriosa Anunciación del Dios futuro.

III

LA TRISTEZA DEL CÓNDOR

Nadie imaginaría jamás que bajo la corteza brutal del ave gigantesca se oculta una fuente inexhausta de horribles dolores. Así, cuando en las noches mudas y heladas de las cumbres, oye el viajero, cual si llegasen de muy lejos, desgarradores gemidos, es que el Cóndor, errante nocturno y sin reposo, ha lanzado su queja titánica en medio de la sombra inmensa e inaccesible; lo mismo que esas vidas humanas, de sufrimientos inconfesados e incesantes, que ocultan su hondo martirio bajo la ruda apariencia del silencio, la insensibilidad o la cólera.

IV

LA LUZ PRISIONERA

El Amor es imperecedero: el tiempo que hace envejecer, y la muerte que transmuta los seres individuales, van encerrándolo en el fondo de las células más recónditas de las vidas, como la luz prisionera en el seno del metal radiógeno, quedara allí en el corazón de la piedra por el enfriamiento de los siglos, para ser en el futuro germen de renovación, unidad infinitesimal de energía expansiva, partícula yacente de calor —presentidas, adivinadas, anunciadas por el bardo milenario,— que esperan el beso de “aquel rayo de sol que ha de bajar a los sepulcros para que resuciten los que duermen en ellos”.

V

PAISAJE PARADISIACO

Una corriente azul se desliza entre colinas y cañaverales de verde originario: un árbol escueto apunta sus nuevos bro-

tes de primavera que parecen los ojos de la hada invisible y curiosa del paisaje; aves desconocidas, de colores, irisados de fondo azul, o blancos puros de nieve, o verde matizado de cobre radiante, han bajado a apagar su sed del viaje desde el Ganges, desde el Nilo, desde el Líbano; el horizonte de plomo uniforme, como una página infinita, se alza en el lienzo donde el genio del arte ha de trazar el símbolo del ensueño eterno e insaciable...

VI

LA VIDA DEL GRANITO

He querido penetrar en el corazón de la montaña, y al acercarme a sus hondas grutas, que la fantasía y el terror pueblan de tesoros y vidas sobrenaturales, he sentido una conmoción tan profunda cual si me acercase a una transubstanciación.

¿Qué hay en el seno de ese universo de la piedra y de la sombra subterránea?

¡Ah! Yo puedo revelar que he sentido la palpitación de un alma desconocida de los animales y los hombres bajo las nieves, las escorias y los bloques brutos del granito, y que su confianza se transmite al espíritu humano por el lenguaje de vibraciones aún intraducibles y cuya música y ritmo inmanentes al difundirse en el espacio envían la confianza de la Tierra a los demás astros errantes.

VII

INMORTALIDAD

No creo en la muerte. Nacido en plena naturaleza, he aprendido a ver los fenómenos de la vida en todos los seres y en todas las cosas. La piedra, la flor, el gusano, el hombre: revelaciones distintas de la savia infinita, dispersa por todo

el planeta, crecen, toman forma escultural diferente, persisten con diversa suerte y duración a la luz, y cuando su brillo y su vitalidad, su perfume o su hermosura comienzan a declinar, ya está germinada en su sitio la nueva especie destinada a perpetuarla.

La desaparición de los individuos de los llamados reinos naturales es sólo un hecho aparente, como la salida y la puesta del sol, que parecen dispuestas para hacernos percibir las maravillas del color por los cambiantes de un prisma. Cuando una flor se disuelve, otra más bella la reemplaza, y su tradición personal es así impercedera. Los grandes visionarios, los poetas, saben que esta vida es sólo un pasaje para otra mejor, y en los países tórridos hay plantas viajeras que un día se desprenden con sus raíces para alejarse sobre las aguas hacia rumbos desconocidos.

Así, yo puedo renovar mi sentencia inicial: *No creo en la muerte*, porque creo en la vida, y estas dos ideas son excluyentes, y porque el espíritu del mundo es inmortal, y ese espíritu es la Belleza, que no tiene nacimiento, sino auroras, que no tiene término, sino ocasos, para reaparecer en otras mañanas y otras noches; y en los dominios del espíritu, la Grecia del Partenón y la Venus de Milo, la Italia de Rafael y de Vinci, el alba de Homero, el crepúsculo de Dante, el sol genésico de Shakespeare...

La Belleza es el alma eterna y difusa del mundo.

VIII

LA MÚSICA NATIVA

La voz que traduce las melodías de la música nacional tiene de la religión el inefable misticismo de los antiguos templos: la belleza inmortal que el alma de la Grecia condensó en la historia, en la estatua y en la forma femenina. La canción es el efluvio del alma colectiva de toda una raza, y nace de la piedra, de la corriente mansa, del lamento del

ave solitaria; y cuando va a la voz de la mujer nacida en el mismo suelo, le imprime toda su tristeza ingénita y su vibración misteriosa.

Así, es ella inconsciente como los cantores de la naturaleza, y, como ellos, expresa los anhelos, los ensueños y los dolores que germinan en el fondo de la tierra. A mí me conmueven las músicas nativas con emoción profunda, desde la brusca y seca nota del tamboril indígena hasta la composición más alta del genio, y cuando las oigo cantar a las muchachas campesinas de la patria, me parece escuchar en ellas el lamento y los votos sagrados de todas las generaciones.

IX

EL DRAGÓN DEL ÁLBUM

Ha querido mi suerte que al escribir la primera página de este álbum, destinado a contener tantas flores de ingenio y de gracia, dedicadas a su dueña gentil, se iniciase también la primavera con su cortejo de flores reales, de vario color y perfume, las cuales, sin duda, irán en profusión ofertoria a llenar la falda y a decorar la senda de la juventud para que sea, como es su destino, risueña y auspiciosa.

Yo quiero, pues que se me erige en bautista de esta buena nueva florida, que los pensamientos de poesía, de dibujo o de colorido que aquí se graben, mantengan el timbre con que cae la gota de agua en la propia fuente de la gruta de piedra, la pureza originaria del manantial y el aroma y color de las rosas —místicas mensajeras de amor divino y humano,— nacidas, según el autor dijera en otra parte, de las heridas de un martirio inconfesado allá en el secreto inviolado de un alma sublime.

Así como el filósofo de la armonía, —quien percibió la vaga y difusa música de los mundos siderales, la música jamás tañida por mano de hombre ni de mujer y sí sólo por la invisible caricia del Único e Inefable— había escrito en el

frontispicio de su Escuela: "No entre aquí quien no sepa geometría", no debía penetrar por este pórtico quien no hubiese sido ungido por la gracia del arte o no sintiese su devoción sincera e ingénita.

Un dragón terrible guarda en el fondo de las cavernas el misterio de las Sacras Musas, y sólo al encanto de la Belleza se rinde y franquea el paso, así como devora y sacrifica a aquel que, imprudente o torpe, se aventura en su laberinto sin conocer la cifra suprema del encantamiento o el secreto de la lira invisible o de la luz conductora en la tiniebla.

Pasada la primera puerta, y dominado el monstruo como en la leyenda infernal de Dante y en la leyenda mística de Wagner, Eros vendrá a guiar al peregrino hacia el palacio subterráneo en el cual espera, sentada en trono de corales y gemas resplandecientes, la Deidad prisionera y soberana de la Gruta. El camino de Ariadna se señalará por un reguero de rosas primaverales, por una tenue luz de devoción mística y una nota de salmo, prolongada y dulce como una confidencia.

Formad, poetas, músicos y artistas de la línea y el color, la teoría epitalámica y eurítmica; y derramando vuestras rosas y coreando vuestros acordes, llegad hasta el altar de la diosa, quien os recitará la profecía del Consuelo y de la Esperanza para que volváis a llenar las selvas, las colinas y las orillas rientes del mar con los himnos de la perpetua juventud del mundo.

INDICE

INDICE

P A T R I A

PARTE PRIMERA

	Pág.
I. El problema fundamental	13
II. Patria. Patriotismo	23
III. Soberanía nacional	31
IV. El ideal de la Patria	37
V. La escuela nacional	45
VI. Una conversación familiar	55

PARTE SEGUNDA

VII. La declaración de la Independencia	69
VIII. Fundación de la República	77
IX. Los hombres de 1816	81
X. Fray Justo Santa María de Oro	87

PARTE TERCERA

XI. Fraternidad en el Río de la Plata	95
XII. Charlone	105
XIII. Sobre la civilización en América	115

IDEALES Y CARACTERES

PARTE PRIMERA

IDEAS DIRECTIVAS

PRÓLOGO, de Pedro Delheye	137
---------------------------	-----

I.—EL IDEAL DE JUSTICIA Y LA VIDA CONTEMPORÁNEA.

Discurso en nombre de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la colación de grados, el 12 de agosto de 1902	145
---	-----

	<u>Pág.</u>
II.—LA EDUCACIÓN NACIONAL Y SUS FUNDAMENTOS.	
Discurso del ministro de Justicia e Instrucción Pública en la inauguración de la primera conferencia de profesores de enseñanza secundaria, normal y especial, el 15 de febrero de 1902	161
I. Institución de las conferencias	163
II. El problema del día	165
III. La ciencia como fundamento	167
IV. La base moral en la enseñanza	172
V. El ideal común	176
III.—BASES ORGÁNICAS Y DIRECTIVAS DE LA ENSEÑANZA NACIONAL.	
Discurso de clausura de las conferencias de profesores, el 25 de febrero de 1902	179
I. Resultados generales de las conferencias	181
II. Reformas substanciales y sus artífices	183
III. De las enseñanzas fundamentales	185
IV. El trabajo como fundamento y fin	188
V. Influencia moral de los estudios científicos	190
VI. La historia y la geografía nacionales	192
VII. Conclusión	195
IV.—MEDITACIONES EVANGÉLICAS.	
I. Verdad y libertad	199
II. El poder del carácter	204
III. El drama eterno	209
IV. La política del Evangelio	214
V. La Gran Luz	219
V.—LOS TRABAJADORES DE LA MONTAÑA.	
Discurso en una fiesta de trabajadores del Famatina, el 30 de mayo de 1901	225
VI.—LA PATRIA NUEVA.	
En el XC aniversario de la Revolución de Mayo	237

PARTE SEGUNDA

RETRATOS

VII.—EL GENERAL BELGRANO.	
Discurso del ministro del Interior en el acto de depositarse los restos del general Manuel Belgrano en el mausoleo erigido en el atrio de Santo Domingo, el 20 de junio de 1903 ..	247

VIII.—EL GENERAL URQUIZA.

Discurso del ministro del Interior en la colocación de la piedra fundamental de la estatua del general Urquiza, en Paraná, el 18 de octubre de 1901 255

IX.—DR. VICENTE FIDEL LÓPEZ.

Discurso del ministro del Interior, en la inhumación de los restos del doctor Vicente Fidel López, el 31 de agosto de 1903 265

X.—DR. CARLOS BERG.

Discurso del ministro del Interior e interino de Justicia e Instrucción Pública, en la inhumación de los restos del doctor Carlos Berg, el 21 de enero de 1902 273

XI.—NICOLÁS AVELLANEDA.

Discurso en nombre de una asociación de estudiantes al colocar una lámina de bronce en el sepulcro del doctor Nicolás Avellaneda, el 25 de noviembre de 1888 281

XII.—DR. AMANCIO ALCORTA.

Discurso del ministro del Interior, en la inhumación de los restos del ministro de Relaciones Exteriores y Culto doctor Amancio Alcorta, el 8 de mayo de 1902 287

XIII.—RICARDO GUTIÉRREZ

293

XIV.—FRAY MAMERTO ESQUIÚ

299

XV.—CARLOS GUIDO Y SPANO.

I. La hora del triunfo 305
 II. La fiesta del bardo 309
 III. Un nuevo tributo 312

BRONCE Y LIENZO

LIBRO PRIMERO

I.—El general San Martín 321
 II.—El general Julio A. Roca 345
 III.—Doctor José Evaristo Uriburu 365
 IV.—Doctor Agustín Alvarez 373

	Pág.
V.—Doctor Eduardo Wilde	389
VI.—Gervasio Méndez	397
VII.—Juana Manuela Gorriti	403
VIII.—Un <i>pioneer</i> de la llanura. — Don Timoteo Gordillo	409
IX.—Un <i>pioneer</i> de la montaña. — Don Guillermo A. Treloar	421
X.—La corona británica	427
1.—Eduardo VII y la Europa	429
2.—Jorge V, Rex et Imperator	432
 LIBRO SEGUNDO 	
XI.—La visión del lago	439
XII.—El Genio	449
XIII.—Al margen del Gran Libro	453
XIV.—Dante - Wagner. — Díptico	459
XV.—Santuzza: el amor nativo	463
XVI.—Resurrectio et vita	469
XVII.—Antonio Alice, pintor	476
1. La muerte de Güemes	477
2. Antonio Alice	481
3. Los Constituyentes de 1853	482
XVIII.—El primer Ateneo y el primer Salón de Arte de Buenos Aires	489
XIX.—Un retrato de clown	503
XX.—El diablo, el loco y el enamorado	513
XXI.—Flores exóticas	523
XXII.—Estrofas sin rima	537
I.—Armonías ignotas	529
II.—El secreto de la ola	530
III.—La tristeza del cóndor	531
IV.—La luz prisionera	531
V.—Paisaje paradisiaco	531
VI.—La vida del granito	532
VII.—Inmortalidad	532
VIII.—La música nativa	533
IX.—El dragón del álbum	534